

XADIA

LA LECTORA DE
SANGRE



ANA IDAM

Sisoul

UN MUNDO DE TRES LUNAS I

XADIA,
LA LECTORA DE
SANGRE

UN MUNDO DE TRES LUNAS I

ANA IDAM

Copyright © 2019 Ana Idam
Portada: Ana Idam
Maqueta: Ana Idam
Edición: Dulce Merce, May Blacksmith
Todos los derechos reservados
ISBN:9781075367885

*Para Uxía,
por dejarme soñar con ella
este maravilloso mundo*

ÍNDICE

[Glosario](#)

[Mapas](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de la autora](#)

Glosario

Ancestras lífilas: las siete representantes y descendientes directas de las diosas lunares que viven en Ladas (Isla Elodre) y llevan a cabo el Rito de Sangre la noche del eclipse.

Júrice: mediadores de conflictos.

Lífila: las mujeres cuya sangre tiene la esencia para crear a la Dadora de Vida, a la Lífila Pura. Llevan en su piel dibujada la gota de vida.

Madre: la mamá de la Dadora de Vida o Lífila Pura.

Magma de Ignix: Lava de Ignix, una de las tierras de Siloria. Es ilegal su comercio por las propiedades de someter voluntades, y lo utilizan las satras y satros para manipular.

Metal elódrico: metal que se saca de las montañas de Isla Elodre y que es superior a cualquier otro.

Notra: periodos en los que las condiciones climáticas son similares y están marcados por el ciclo de las lunas. En Siloria hay cuatro:

Notra de luz: época cálida. En el cielo aparecen las tres lunas, que representan a las diosas y reciben sus nombres se encuentran en el cielo.

Notra de agua: época lluviosa. Lunas que están en el cielo: Rashj (grande) y Merdul (mediana)

Notra negra: época de frío. Sin lunas en el cielo.

Notra de luna: época suave. En el cielo está Maybla, la luna pequeña.

Piedras iluminatas: piedras incandescentes que se iluminan y dan luz. Están en recipientes como candiles para usarlas como lámparas.

Rashari: sanadoras.

Rito del Eclipse de Sangre/ Rito de Sangre/ Ceremonia de la Vida: nombres que se dan al momento en el que la Dadora de Vida nutre las aguas de Siloria con su sangre en un ritual llevado a cabo por las ancestras lífilas y en presencia de las diosas lunares.

Sánguira/sánguero: raza capaz de leer en la sangre las intenciones, el destino y mucho más si desarrolla el don con el maestro adecuado. Llevan la pluma lectora marcada en la piel, localizada de rodillas para abajo, además de un

rasgo visible, que los distingue de otras razas.

Satra/Satro: sánguira/sánguiro que altera sus poderes para manipular a través de la sangre, la sabia y el magma.

Yor/Yora: raza cuyos dones son la fuerza, la visión y el oído agudizado, y cuyas dimensiones son bastante más grandes que las de las otras razas. En la nuca, cuello y hombros llevan la marca del árbol de Siloria, lo que les diferencia de otras razas.

Mapas

Prólogo

Asuro Greyers, la reina de Tierra Doria, sentía orgullosa y feliz la vibrante intimidad que Bleris Nigart y su hija Síride estaban creando.

La ceremonia se celebraba al fulgor de una vela que ambos sujetaban con sus manos entrelazadas. La llama candente representaba su propia luz como pareja, y el resplandor de las tres lunas que presidían el cielo, y cuya aparición esa noche daba comienzo a la notra de luz, la época más cálida de Tierra Doria, bendecían lo que se esperaba que fuera una alianza próspera.

El jardín nocturno del castillo de Portálobe estaba exultante. La luminosidad que provenía del cielo pintaba las plantas de luces y sombras que como un manto cubrían las murallas de ese lugar, íntimo y reservado, solo para los ritos más importantes del reino. Aquel culto lo era.

Síride Greyers sería la reina de la tierra de la sangre, como también se conocía a Tierra Doria porque de allí descendían la mayoría de las Dadoras de Vida, aunque la última era de Tierra Estraria. Y además se estaba uniendo a un descendiente Nigart, la familia más potente de yores, guerreros de una fuerza superior, de aquella tierra. Que Síride fuera una lífila y Bleris un yor puro era un valor añadido a aquel compromiso.

El sonido del agua de las dos fuentes en las esquinas delanteras, justo a los lados de la escalinata que subía al púlpito de unión, llenaba el silencio que los amantes necesitaban para entregarse el uno al otro. Agua que manaba del interior de la tierra, agua que con la ayuda de la sangre purificaba y bendecía con solo su canto, agua a la que se le estaba acabando la vida.

Las plantas trepadoras, cargadas de flores de noche de un potente olor a jazmín, ascendían por las columnas situadas entre los asistentes. Su aroma debía recordarse para siempre en cada alianza de amor.

Asuro no podía estar más feliz de su situación actual. Sin soltar la mano de su compañero de vida, el rey Trox, recordó cómo se había enamorado de él a los quince años y su unión poco tiempo después.

A todo aquello debía añadir que, en ese momento y desde hacía ya unos años, Tierra Doria gozaba de una estabilidad que no se alcanzaba desde hacía mucho tiempo.

A excepción de la comarca de Lúlaras, donde el señor de aquellas tierras no apoyaba del todo su reinado y había sido un escollo desde que los Greyers subieron al trono a su hija Asuro en vez de al varón Pyros, el resto de señores del reino estaban allí, demostrando que Tierra Doria estaba más unida que nunca.

—A la luz de mi vida, a ti ofrezco mi corazón —Síride rompió el silencio y pronunció las palabras sin dejar de mirar a los ojos a Bleris Nigart, el chico corpulento, moreno y con el cuello marcado por el dibujo del árbol de Siloria, que distinguía a los yores de otras razas.

Bleris no podía dejar de sonreír. Sus ojos brillaban de dicha por la mujer que tenía delante, hermosa, con la piel tan blanca que parecía porcelana, con el pelo tan rubio que parecía etéreo, y con los ojos tan azules que, a pesar de las sombras que la llama titilante de su vela arrojaba, eran claros y sinceros.

—Con mi vida, mis luces y mis sombras, con ellas yo te entrego mi alma —respondió el chico con voz grave y algo ronca.

La pareja quedó inmersa en sus miradas, paladeando el uno las palabras del otro, rozando su piel mientras sus manos entrelazadas sujetaban la vela. Asuro contuvo la respiración y sus ojos se llenaron de lágrimas, miró alrededor para despejarse y observó con placer las sonrisas de los invitados.

Lúmina Drax, la sacerdotisa Rashj que había llegado de Brotás, la ciudad más grande de Tierra Doria, subió a la parte superior de la escalinata. Allí la pareja seguía inmersa en su intimidad, y la sacerdotisa se colocó de espaldas a ellos, frente al público.

El orgullo de aquella mujer traslució en su sonrisa y llegó a todos los asistentes. No siempre las uniones eran de una entrega tan absoluta, eso lo sabían todos los allí presentes porque más de uno había tenido un rito de unión por conveniencia más que por amor.

Lúmina miró hacia el cielo desde la parte superior de la escalinata.

—Que la luz que apagáis se introduzca en vuestros corazones y los convierta en un solo latir.

Sin que nadie presenciara aquel momento tan íntimo, la pareja sopló la vela. Quedaron iluminados solo por la luz de las tres lunas llenas, las diosas lunares que se hicieron más presentes con las palabras de la sacerdotisa:

—Que la diosa Rashj, la diosa Maybla y la diosa Merdul bendigan vuestro camino juntos.

Entonces, en aquel hermoso jardín amurallado del castillo de Portálobe, los farolillos verdes y amarillos que colgaban de un lado a otro apoyándose en las columnas cuajadas de flores, se fueron encendiendo uno a uno para dejar a la vista flores pequeñas de color plata y granate, como el estandarte de los Nigart, simbolizando aquella unión ante todos los señores de cada comarca.

Asuro miró alrededor y su sonrisa de felicidad quedó suspendida para dar paso a un ceño fruncido que acabó con la expresión de dicha.

La situación había cambiado de repente.

Había demasiada gente en aquel jardín.

Cuando distinguió claramente lo que estaba pasando su cara mutó a una de horror. Había guerreros vistiendo los colores Nigart por todas partes; se podría calcular que eran el doble que los invitados y su mente recreó lo peor cuando sintió unos potentes brazos sujetar los suyos. Miró hacia su derecha y observo a Trox en la misma situación, el miedo y la preocupación congelaban los ojos de su amado esposo.

—¡Guardia! —gritó la reina con contundencia, y con la orden numerosos yores de los Greyers aparecieron en el jardín rodeando a los invitados y a los guerreros de los Nigart.

De la nada y cercenando el silencio de la noche un siseo espectral atravesó el cielo. Llegó mucho más allá de los muros del castillo, mucho más allá de los oídos de aquellos que presenciaban el ritual. Llegó más allá de la sangre de los dorianos que allí se encontraban.

Los guardias de la corona cayeron al suelo desplomados creando un estruendo que provocó los primeros gritos y lamentos.

Asuro vio, paralizada, cómo todos los señores y sus acompañantes tenían un guerrero Nigart a sus espaldas, ellos seguían en pie.

—Mi guardia —la voz de Mortial Nigart se alzó entre el pánico de los asistentes y, como si hubiera sido una frase llave, los guerreros del estandarte del corazón sangriento redujeron a los invitados en un solo movimiento y con un amarre férreo.

La fuerza de los señores no era ventajosa. A pesar de que alguno era yor de raza, no se podrían igualar a la guardia perteneciente a los ejércitos que cada día se entrenaban para la guerra.

—Yo, como señor de Aldor y los Glaciares Xeos, bendigo esta unión. —

Mortal volvió a hablar.

Su voz llegó desde el altar y retumbó haciendo que todo el mundo, hasta la pareja recién formada, lo mirara con gesto perplejo y en silencio.

Asuro trató de mantener el porte regio a pesar de verse apresada y reducida desde la espalda por otro guerrero. Apretó la mandíbula, dotando sus rasgos de piel clara, como la de su hija, de una dureza ya conocida en Tierra Doria.

Observó cómo Bleris y Síride miraban alrededor horrorizados. Nunca habrían imaginado que su unión sagrada pudiera terminar así, nadie lo habría pensado. Nadie excepto ese yor sobre el altar; enorme, de pelo negro y cuya cara tenía una cicatriz que le cruzaba desde la ceja hasta el labio derecho.

—Mortal Nigart, como reina suprema de Tierra Doria, te ordeno que acabe esta estupidez inmediatamente si no quieres ser condenado por traición. —Quería ser suave en sus palabras, era el suegro de su hija y por lo tanto familia. Pero, por mucho que aquello pesara, lo que estaba haciendo no podría quedar indemne.

Mortal la miró, la marca de su cara se arrugó al sonreír con descaro. Dejó el suspense en el aire e hizo que su mueca se tornara casi diabólica. Ese gesto aceleró el corazón de la reina hasta el límite, supo que no iba a parar hasta el final. Fuera lo que fuese que estaba planeando.

Tragó saliva y sintió el miedo, pero no por ella sino por su hija, por Trox, por lo que iba a quedar de su reino... La horrenda sensación de haberlo perdido todo, antes siquiera de verlo con sus propios ojos, atenazó su garganta y descendió por su pecho hasta caer como algo pesado en su estómago.

—A partir de ahora, yo, Mortal Nigart, señor de Aldor y de los Glaciares Xeos, soy el rey de Tierra Doria. Vuestro rey. —No le quitó ojo a Asuro, y esta sintió la parálisis de cada porción de su cuerpo.

Rora, la pareja de Mortal, no daba crédito a lo que estaba pasando. No podía creer que el yor con el que compartía su vida acabara de dar un golpe de estado el día en el que su hijo se unía a su pareja ante las diosas de Siloria.

Sintió como le faltaba el aire cuando Mortal asintió despacio con su cabeza sin perder la sonrisa. Los cuchillos de los dos guardias que sujetaban a los Greys cortaron de forma limpia el cuello de ambos.

Los reyes de Tierra Doria estaban muertos.

Sus cuerpos desangrándose cayeron al suelo ante la estupefacción del público. Síride gritó y se soltó de Bleris para correr hacia los cuerpos sin

vida de sus padres.

Rora no podía parpadear. Con una lentitud antinatural desvió la mirada de los cuerpos de los reyes para posarla en su compañero.

Fue en ese mismo momento cuando lo sintió. Su confianza, depositada sobre aquel yor el día de su unión sagrada, se deshizo en millones de pedazos regando de tristeza y decepción el corazón que hasta ese momento había latido por él. No lo reconocía en esa barbarie.

Rora había visto asesinatos de todo tipo, era una yora versada en las artes de la batalla cuerpo a cuerpo, una guerrera que estuvo presente y fue parte activa en atrocidades que en tiempos de hostilidad estaban a la orden del día, pero, tras la época de paz que vivía Tierra Doria, ser testigo de lo que su propio esposo estaba cometiendo, consiguió revolverle las tripas y aturdirlo como nunca antes le había sucedido.

No se percató, pero había dado unos pasos hacia su hijo Bleris cuando su nuera, presa de la histeria, soltó su mano para ir a socorrer, en vano, a sus progenitores.

Yakán, su hijo mayor, le dio la mano y se quedó a su lado, sujetándola. La yora lo miró sin entender nada de lo que estaba pasando.

—Quédate aquí. No te muevas —le pidió él en un siseo con el rostro en tensión y los ojos azules saltando entre Mortial y ella.

—¿Qué es esto, Yakán? —susurró exigiendo respuestas.

—No lo sé —contestó con un, apenas perceptible, gesto de negación sin apartar su mirada.

Madre e hijo se quedaron cogidos de las manos y estáticos, esperando a que Bleris hiciera algún movimiento. Rora sentía su dolor y su incomprensión, y cuando su vástago la miró con los ojos llenos de pánico e incredulidad, ella solo pudo encogerse de hombros y negar con la cara consternada.

Tras observar cómo el benjamín de los Nigart se acercó a su esposa y se arrodilló a su lado, escuchó a Mortial.

—Qué agradable que contemos con la presencia de la sacerdotisa Rash para que todos los aquí presentes juréis lealtad al nuevo rey. —Su voz tenía un deje de sarcasmo que a Rora le provocó náuseas.

«¿Qué ha pasado con mi esposo? ¿Cuándo se ha convertido en alguien así?». Hacía alrededor de dos años que Mortial había empezado a cambiar, a tener un humor más severo; y Rora sentía cómo se había alejado de ella y de sus hijos, pero lo achacaba a lo duro que le resultaba vivir siendo un señor

encerrado en su palacio de Ulama.

La tensión se apoderó de su estómago, pensó que vomitaría, y necesitó que su compañero de vida la mirara, aunque fuera una sola vez. No lo hizo, no desvió la vista ni hacia ella ni hacia ninguno de sus hijos. Mortial siempre había sido un gran guerrero en el campo de batalla y nunca había anhelado ser el dueño de las tierras de una comarca, algo que tampoco había esperado ya que su hermana mayor parecía ser quien se convertiría en la señora de Aldor, hasta que su padre y ella murieron, hacía dos años y medio, en un extraño accidente naval en las tranquilas aguas del mar de Oyestra. Por todos aquellos antecedentes vividos con él, Rora no daba crédito en ese momento a lo que estaba viendo, el hombre que estaba frente a todos no parecía su esposo. Su postura, su tono de voz, su talante... todo él estaba impregnado de codicia. Le resultaba tan desconocido que nunca hubiera imaginado que planeaba ser el rey de Tierra Doria y mucho menos de aquella manera.

A sus oídos no había llegado nada al respecto y era la señora en Aldor. Ver que su hijo, el líder del ejército, tampoco sabía nada, convertía aquel acto en algo que iba mucho más allá de la traición a la corona. Acababa de perpetrar una deslealtad a su familia difícil de subsanar.

Uno a uno, con cierta postura de rechazo, y emanando en cada paso que daban lo poco de acuerdo que estaban con aquel acto, las señoras y señores de Tierra Doria fueron pasando por el altar frente a Mortial Nigart. Extendían las dos manos con las palmas hacia arriba y el pulgar apretando el índice, saludo que mostraba pleitesía en Siloria, mientras pronunciaban el voto de lealtad que la corona actual estaba exigiendo.

Ya no quedaba nadie más, solo los lloros de Síride rasgaban el silencio de terror que había sembrado en aquel jardín bendito, un jardín que desde ese día sería recordado por aquel acto atroz.

—Qué conveniente que Pyros Greyers, el señor de Pesala y hermano de la antigua reina, no esté entre nosotros. —Mortial acarició su barba mirando alrededor y echó un vistazo hacia la balconada lateral.

Rora desplazó su vista hacia donde miraba su esposo y un movimiento captó su atención. De forma automática volvió a mirar a Mortial y vio su sonrisa que tiró de la cicatriz de su cara. La crueldad desconocida para la actual reina tomó el semblante de su compañero y esta se quedó sin respiración.

—Apresadle, todavía está en el castillo —tronó el rey.

Capítulo 1

3 notras después...

Aquella fue una noche negra, y no solo porque era la notra correspondiente a ese cielo raso cuajado de estrellas. Durante esas noches las lunas no aparecían por el frío que reinaba en esa época en Siloria. Hubiera dado igual el clima que marcaran las notras, la actual reina no había pegado ojo y la ausencia de las lunas no eran las culpables.

Rora vio salir de la habitación a Mortial. A pesar de que se habían visto despiertos y se dieron los buenos días, el rey se marchó sin despedirse. Sentía a su marido más tenso que nunca y aquello no le transmitía nada bueno. Por ello la presión que se instaló en su pecho cuando su compañero tomó por la fuerza el castillo de Portálobe, había vuelto a resurgir. Áskara, la rashari de los antiguos reyes a la que Mortial seguía manteniendo a su servicio, le había suministrado unas hierbas que consiguieron aplacar parte de su ansiedad. Nunca del todo, esa era la verdad. Rora dudaba que hubiera algo que sanara esa enfermedad que sentía muy dentro. Tenía el corazón roto, la lealtad hecha añicos y a su familia rota. La pena y decepción que sangraba estaban convirtiéndose en pura rabia con el paso del tiempo.

Salió de la habitación, tan solo unos minutos después que él, para encontrarse en el comedor principal a su hijo Bleris con el desayuno delante. La tristeza que reflejaba su mirada era, sin duda, la consecuencia de pernoctar con Síride, su esposa, la hija de la antigua reina que no había dejado de llorar la muerte de sus padres ni una sola noche.

—Madre —saludó con una rápida mirada.

—¿Qué tal la noche? —preguntó con precaución.

Tomó asiento frente a él.

Bleris levantó la cabeza y negó.

—¿Y si le pides a la rashari que le dé algo para dormir?

—No quiere nada, madre. —Sus ojos negros, subrayados con unas enormes ojeras y rematados de preocupación, decían más que sus palabras—. Y no quiero insistir, no quiero que me odie más de lo que ya debe hacerlo por la sangre que corre por mis venas.

Rora apartó la taza y el plato de su desayuno. Ya no tenía hambre. Era fácil perderla cada vez que se encontraba con la dura realidad familiar.

—Tú no eres tu padre, y eso tiene que saberlo. No estabas al tanto de lo que pasó.

—¿Crees que no se lo he explicado? Y ella me cree —dijo con hastío—. Pero lo siento cuando la abrazo. Ella no puede evitarlo y lo entiendo. No sé cómo reaccionaría yo en esta situación.

—Te ama —afirmó Rora tajante, como si aquello fuera la salvación.

—Lo sé, madre, pero no sé si es suficiente.

El silencio rebotante de situaciones inexplicables inundó el espacio entre ellos. Desviaron la vista el uno del otro y Rora observó los platos llenos que otra jornada más quedarían intactos.

Bleris se levantó.

—Madre... —se despidió.

—Síride tiene que dormir. Va a hacer casi tres notras de lo ocurrido y no puede seguir así —habló Rora en voz alta. Bleris se paró bajo el quicio de la puerta sin darse la vuelta—. Habla con Áskara, ponle algo en la cena, en el agua, en su infusión nocturna. —La imagen de su nuera vagando por el castillo como si fuera un fantasma, delgada, pálida y con la mirada perdida, le vino a la mente—. Si no descansa va a desquiciarse y empezará a ver y sentir cosas que no son reales. No la pierdas, no permitas que los actos de tu padre acaben también con lo vuestro.

El yor, moreno e imponente, deshizo los pasos desde la puerta hasta donde se encontraba sentada su madre. Puso la mano en el hombro robusto de su progenitora y lo apretó con cariño. Solo ese gesto le hizo saber que entendía a qué se refería con perderla y el doble significado que tenía para ella. No había pasado desapercibido para nadie lo lejos que sus padres estaban el uno del otro desde el golpe de estado a Tierra Doria.

Bleris se acercó a la sala donde Áskara atendía las consultas del castillo y habló con ella.

—No se preocupe, señor, sé lo que Síride necesita y no notará que lo está

tomando. —La mujer morena y delgada sonrió y asintió.

Desde el horrible día de aquella boda sabía lo que la salud de esa chica precisaba. Tenía la suerte de que la solución creciera en los invernaderos oscuros, situados en el sótano del castillo.

Áskara adoraba a Síride. No solo por haberla visto crecer y haber asistido a su alumbramiento con su propia madre. La princesa Greyers era la mejor amiga de su hija. Eso había sido así desde niñas ya que, mientras la rashari trabajaba en el consultorio del castillo, habían compartido mucho tiempo de juegos.

Pariexa, la sánguira que el padre de Mortial siempre tuvo a su servicio y heredó con el cargo de señor de Aldor, sonreía con la cara llena de arrugas y la sed de soberanía en sus ojos.

Llevaba con aquel libro en su poder desde el inicio de la notra de las lunas de agua. Por fin había conseguido traducir y entender aquello que Mortial ansiaba por encima de todo. Las palabras de aquel texto estaban escritas con la sangre de los primeros sánguirs que poblaron Siloria, en un lenguaje que únicamente un lector de sangre como ella podía entender al pasar la yema de sus dedos por encima y que solo se activaría la noche del eclipse de sangre.

Había dado con la clave y no le cabía la menor duda de que su señor iba a estar más que encantado con las noticias.

No podía esperar más; salió del sótano de la torre sur y, antes de subir el primer escalón, se topó con la curandera del castillo. Esa rashari no le inspiraba ninguna confianza. El desdén que mostraba hacia ella era porque gozaba de mayor simpatía entre la familia Nigart que ella misma.

—¡Eh, tú! —tronó en su dirección. Áskara se sobresaltó y se dio la vuelta en el mismo momento en que ponía la mano sobre el pomo de la puerta del sótano invernadero—. Busca al rey y dile que acuda aquí.

—Lo siento —se disculpó con un gesto de extrañeza—. Estoy muy ocupada en estos momentos, no voy a...

—¿Quieres desatar la furia de tu rey? ¿Quieres que informe de tu negación a cumplir una orden?

Pariexa observó cómo Áskara se arredraba ante la amenaza velada. Mortial no era conocido por ser un rey magnánimo y era sabido, por toda la corte, que la sánguira gozaba de una gran confianza con él. Sonrió al escuchar la disculpa y verla subir de nuevo las oscuras escaleras.

Mortal entró en el sótano sin darse cuenta de que la rashari le había seguido

hasta el sótano. Estaba demasiado interesado en la urgencia con la que Pariexa le había requerido.

—Mi señor. —La lectora de sangre hizo una reverencia profunda, tanto que el rey resopló.

—Menos formalidad, satra. Y en todo caso llámame rey. Me has sacado de una reunión importante con mis consejeros. —Apenas entornó la puerta para dirigirse con paso pesado hacia ella.

—Creo que esto valdrá la pena.

Mortal la observó de hito en hito con desconfianza y con las ganas de matarla enlazadas a sus entrañas. Nunca le había gustado esa mujer, pero la necesitaban.

«El fin justifica las acciones en ciertas situaciones», se decía siempre que tenía que contener las ganas; y que Pariexa estuviera con ellos tenía un fin.

Lo que sí tenía muy claro era que no iba a perder las distancias y, sobre todo, la posición de poder sobre ella. Cada vez la sentía más insolente, aunque no la hubiera pillado en ningún momento concreto. De todas formas, tampoco podía ignorar el instinto protector hacia sí mismo cuando la tenía cerca, era una satra poderosa.

—¿A qué esperas? —apuró con desdén el guerrero.

—He llegado a la parte más interesante del *Libro de las lunas*, mi rey.

Los ojos de Mortal se abrieron por la sorpresa, pero inmediatamente volvió a su gesto anterior, sin querer que se notara la emoción de lo que eso significaba. Hizo un gesto con la cabeza, indicándole que prosiguiera.

—Debe conseguir que su hijo Yakán yazca con Síride.

Mortal estrechó la mirada sin dejar de observar a la estática señora que, aún encorvada y sin mucha gracia, lucía una túnica que valía más que cualquiera de las que llevaba su mujer.

Elevó las cejas e inclinó la cabeza. Lanzó una mirada lenta a su alrededor. El sótano tenía la chimenea siempre encendida, daba igual el frío que hiciera fuera, allí siempre se respiraba una humedad gélida; había libros por todos los sitios, en estanterías, en las mesas, en el suelo, y un pequeño armario donde él sabía que aquella mujer guardaba sangre sin coagular de gente importante de Tierra Doria.

Pensó en sentarse en una de las butacas frente al fuego, reflexionar con detenimiento, hacerla hablar de aquello que le estaba pidiendo. No era fácil llevar a cabo lo que la sánguira decía, a no ser que obligara a su hijo a violar

a aquella chica. Su estómago se revolvió lo suficiente para decidir que no quería alargar lo que ella quisiera contarle.

—Explícate —exigió volviendo sus ojos oscuros y glaciales hacia ella. Sabía de sobra que Pariexa se daba demasiada importancia y dilataba la narración de sus logros hasta el cansancio. El rey quería llegar al final de aquello lo antes posible.

—He encontrado el hechizo de inmortalidad.

Mortial pestañeó despacio, masticando con los engranajes de su mente las palabras de la vieja. Poco a poco la sonrisa poderosa y con tintes malignos se fue formando en su cara, tirando de la enorme cicatriz. Tras unos segundos asintió, apremiando a la ságuira para que siguiera hablando.

—Yakán también es un yor puro. Está un poco perdido y no le vendría mal sentir el apoyo de su padre, ese que no se le ha concedido desde hace mucho tiempo. —Hizo una pausa dramática; Mortial cambió el peso de una pierna a otra, impacientándose—. En el destino de su hijo mayor está la Dadora de Vida.

—¿Su hija? —preguntó certero sin saber muy bien a dónde quería llegar.

—Ya sabe que no es una lectura tan clara, pero... ¿Qué puede ser si no?

—¡Maldita sea, satra! —Abrió los ojos exasperado, a la vez que golpeaba la mesa donde el *Libro de las lunas* estaba abierto de par en par—. ¿Qué tiene que ver el Rito de la Sangre con esto? ¡Sé más precisa!

—Consiga que Yakán deje embarazada a Síride. —La ságuira le lanzó una mirada velada que no le gustó—. Cuando esto pase, y debe de pasar cuanto antes, seréis vos el que acompañe a su nuera embarazada a Isla Elodre. —Los ojos amarillos de la mujer, signo personal que, junto a su dibujo en su planta del pie, indicaba que era una ságuira, refulgieron con codicia—. Entonces ocurrirá: uniré mi sangre, la de vos y la segunda gota de la niña que caiga durante el Eclipse Sangre y pronunciaré el hechizo que he hallado en el libro —paró de hablar, pero el puño de su rey, apretándose fuerte, hizo que no se demorara en las siguientes palabras—. Será inmortal.

El rey aguantó la respiración unos segundos, el calor empezó a extenderse por su piel desde el pecho. Miró a la ságuira y levantó una ceja.

—¿Por qué tú, Pariexa? —La pregunta resonó entre las paredes del sótano como un latigazo contra la piedra.

—Necesita la sangre de una ságuira hembra —dijo; y el rey vio cómo tragaba saliva, nerviosa.

Mortal arrugó el entrecejo. Bajó la mirada al suelo y comenzó a caminar despacio por el sótano. Rodeó a Pariexa con sus pasos y notó su incomodidad. No era la reacción que la ságuira estaba esperando. No hubo un estallido de triunfo, una felicitación. Y aquello la alteró. Estaba segura de que, aunque Mortal no era el ser más expresivo de Siloria, sí que ansiaba desde hacía tiempo lo que ella acababa de descubrir. Cuando encontraron el libro en uno de los pozos sellados del castillo de Portálobe, el rey expresó más gratitud que en ese momento.

Vio cómo se aproximó al libro, abierto por una página cuyos bordes estaban algo mohosos y las letras ligeramente desdibujadas. Pasó, durante unos segundos, las yemas de los dedos por las líneas de sangre de formaban las palabras.

—¿Es una lengua muerta? ¿Pertenece a otras tierras? —preguntó y levantó la vista para clavarle sus ojos.

—Pertenece a los antepasados ságuiros, la tinta volverá a latir en mis dedos la noche del Eclipse.

De repente Mortal sonrió coloreando de malicia sus labios. Pariexa vio un rayo en sus ojos que le hizo temer de él, pero eso no era posible. Respiró hondo y dio dos pasos hacia el libro, para tranquilizarse, para demostrarle que no lo temía, que él la necesitaba.

—¿Algo más que deba saber?

—No, eso es todo. Ahora tiene que hacer su parte con su hijo.

—Eso no será problema.

—Cuando ocurra hablaremos de ciertas advertencias. No todo es tan sencillo —rumió Pariexa mientras se daba la vuelta hacia la puerta entreabierta del sótano. Sentía en su sangre la urgencia de que él se fuera de allí.

—¿Advertencias? —tronó Mortal.

La mujer se volvió con más velocidad de la que uno podría suponer dada su postura y edad. La voz del rey provocó un tintineo en el armario de cristal que guardaba los distintos botes de sangre.

—Mi rey... eso lo hablaremos más adelante. —Fue un descuido por su parte, en ese momento lo supo, la ausencia de un mínimo agradecimiento la había desestabilizado.

En dos zancadas él se puso delante de ella y la sujetó con su enorme mano, agarrando su estrecho cuello con los dedos índice y corazón, sin apoyar el

pulgar sobre su piel; supo que no quería que leyera ni una sola pulsación de su sangre.

—Por la Sangre de las diosas. Habla —ordenó.

—En el destino de la sangre de Yakán aparece una sánguira poderosa que no soy yo —habló a borbotones, sintiendo que se ahogaba—. Es alguien que truncará... su objetivo. —La satra temió por su vida.

—¿Quién es?

—No lo sé. No he podido verlo con claridad. —Tragó saliva y sintió cómo Mortial aflojaba su agarre para dejarla hablar—. Solo sus ojos, uno claro y el otro oscuro. —Intentó zafarse de sus dedos, sentir el pulso en el pulgar de su señor, pero entonces él volvió a presionar más su garganta.

—¿Te estás guardando más información?

—No, mi rey —dijo apenas sin voz.

Quizá si él la hubiera permitido leerlo habría tenido más datos, pero hacía mucho tiempo que no le dejaba hacerlo y el desconocimiento del motivo le hacía temer siempre por su continuidad en el castillo.

La mujer sintió la ira del rey y cómo en menos de un segundo se irguió para luego relajarse. Soltó su cuello y la dejó resollando. Pariexa se agarró a la enorme butaca que tenía frente al fuego y lo miró con el miedo en sus ojos.

En menos de medio segundo sintió cómo ambas manos del enorme yor agarraron su cuello de nuevo. El pulso de Mortial habló claro para la sánguira y vio su propia muerte antes de sentir que la vida se le escapaba en apenas un instante.

Mortial sintió las entrañas relajadas, la presión de su instinto asesino se tranquilizó mientras vio caer el cuerpo sin vida de Pariexa.

—Falot, sal.

Capítulo 2

Me quedé mirando fijamente al hijo del bibliotecario; él también lo hizo. Era inevitable a pesar de ser consciente de que no podía pasar nada entre nosotros. Era guapo, no muy alto ni fornido, pero eso no le restaba nada a la atracción que sentía por él. Era recíproco, es algo que se siente.

Mi padre y yo estábamos esperando a que mi madre mandara la señal con los planes que tenía para nosotros. No teníamos ni idea de lo que iba a pasar. Huimos porque mi madre llegó a casa con el miedo en los ojos y la urgencia de protección rezumando en cada movimiento. En un momento me abrazaba con fuerza y luego volvía a preparar lo que necesitábamos para marcharnos. Comida y ropa, eso es lo que nos metió en un macuto y en menos de lo que tarda un gallo en cantar salimos hacia el sur.

Por ese impase de espera y por las indicaciones que mi madre nos había dado antes de irnos, sabía que no debería relacionarme con nadie. Mi obligación era pasar desapercibida, pero las ganas de entablar algo más que la posibilidad de una conversación con ese atractivo chico me perseguía hasta en sueños.

Tras caminar durante cuatro frías noches llegamos a Munilos, el pueblo que albergaba la mayor biblioteca de Sandoria cuya ciudad señorial era Portálobe, nuestro lugar de origen. La nota que mi madre nos dio, la cual debíamos entregar al bibliotecario, fue la clave para que aquel propietario del enorme edificio nos permitiera escondernos en un antiguo baúl. Reconozco que cuando lo vi el pánico me invadió hasta que nos mostró lo que ocultaba en su interior. Tenía soterrada una pequeña vivienda con una cocina, una despensa, un pequeño cuarto de aseo privado y una habitación.

Durante el día nos ocultábamos en aquel departamento que, lejos de ser agobiante, era bastante cómodo. Por las noches salíamos, sobre todo yo, a explorar las enormes estanterías de libros.

Ya era la quinta vez que aquel chico y yo nos encontrábamos en uno de los

pasillos con el silencio como único testigo de la extraña electricidad que se generaba entre nosotros.

No tenía ni idea de por qué habíamos terminado aquí y nos habían dado refugio, y tampoco sabía lo que contenía la carta que mi madre escribió con urgencia. Pero cuando el bibliotecario, tras leerla, miró a mi padre y susurró su nombre asintiendo, entendí que había una historia de agradecimiento detrás. Mi padre me contó que mi abuela y mi madre ayudaron a la mujer de ese hombre a traer a su hijo al mundo, y evitaron que ambos murieran. Me pregunté si ese niño que había nacido gracias a las manos expertas de mi familia rashari era el hombre que me miraba desde el fondo del pasillo.

—Es curioso que tus ojos quieran contarme más que tú —dijo.

Sonreí y me erguí un poco, el cosquilleo en mi nuca me anunciaba un momento excitante y no lo iba a desaprovechar. No era la primera vez que me dirigía la palabra, pero sí iba a ser la primera que yo le respondiera.

—Puedo decir lo mismo de ti —dije a la vez que sacaba un libro de la estantería.

Hice ver que no le daba mucha importancia a su cercanía. Ya había jugado muchas veces a este juego, y nunca se me había dado mal.

Se paró a mi lado y continuó ordenando los libros que los lectores de la tarde anterior habían dejado sobre las mesas de lectura.

—*Cartas para Nadie* —leyó en voz alta, mucho más cerca de mí que hacía unos segundos.

Erizó la piel de mi cuello con su aliento. Para quitarme de encima esa sensación abrí el libro que tenía en la mano y ojeé la dedicatoria:

«Nadie será quien reciba el mensaje, Nadie acogerá sus palabras con amor».

—¿*Nadie* como nombre? —pregunté en un susurro.

—Sí, son poemas y cartas.

El aliento de sus palabras en mi oreja me volvió a estremecer. Me removí un poco, no incómoda, sino con la necesidad de sentir mi propia piel que notaba ansiosa por algún estímulo mayor.

—Sin autor —dije y giré la cabeza un poco. Mis labios estaban a escasos milímetros de su mentón.

Me di cuenta de que si me alzaba un poco más podría llegar a escuchar el ligero rumor del pulso en su cuello, aunque no habría pasado nada, porque no estaba entrenada para leerlo a esa distancia y sin palparlo.

—Lo escribió *Nadie*, para *Nadie*. Por eso parece mucho más universal que cualquier otro libro. Podría ser para ti y no lo sabrías. —El chico se agachó y rozó su nariz con la mía haciendo que nos quedáramos sin aliento.

La realidad entró en mí como un huracán, no podía continuar con aquello, no podía permitir que lo que estaba a punto de pasar ocurriera. Me alejé cortando por completo el conato de beso.

Miré de nuevo el libro y hablé:

—O para ti.

De repente quise leerlos para saber si de verdad podríamos ser cualquiera de los dos los destinatarios de los poemas, aunque no sé si esa necesidad fue la alerta que me dio mi cuerpo para huir de allí con una excusa perfecta.

—Puedes quedártelo, no hace falta que lo devuelvas —me dijo, apartándose de mí y volviendo a su tarea en las estanterías—. No creo que, entre todo este millar de libros, mi padre note que falta precisamente este. No es un libro que se lea.

—Gracias. —Lo miré asombrada, hacía mucho tiempo que no recibía un regalo.

—Me debes un poema —me contestó quedo y me guiñó un ojo.

Se adivinaba la picardía en su gesto, debería haber ignorado el momento, pero no podía obviar que algo crujía entre nosotros.

—Entonces no es un regalo. —Arqueé una ceja.

—*Nadie* ha dicho que lo fuera. —Sonrió y me lanzó una mirada rápida de arriba abajo.

Mientras volvió a su quehacer me sentí atractiva en el vestido que esa tarde, antes de salir del baúl, había decidido ponerme.

—Podría escribírtelo —devolví mientras apoyaba la espalda contra la estantería y dejaba que mi pierna se viera hasta la rodilla por la abertura de la falda de color verde musgo.

Bloqueé su movimiento antes de que colocara el siguiente libro y reclamé su atención. El corazón me latía acelerado. No debía hacerlo, pero este juego con un posible final ardiente me llamaba tanto que no lo podía evitar. Quizá el encierro me estaba volviendo loca.

—Hazlo, lo espero con ganas, puede que así me digas algo más de lo que tus ojos me cuentan cada día. —Se acercó a mis labios. Su cercanía hizo que de nuevo necesitara escaparme de la jaula que sus brazos habían creado para mí.

No dejé de mirarlo. Me empapé del deseo que manaba de sus oscuros ojos, ese que, desde que cruzamos las miradas por primera vez, me incendiaba.

Reí cuando ya estaba a su espalda y vi cómo bajaba la cabeza, derrotado, para apoyarse en el espacio que yo acababa de dejar libre.

—Quizá en vez de escribírtelo, te lo bese —susurré con mucha intención y muy poca vergüenza en su oído.

Salí corriendo en el mismo momento que levantó la cabeza como si tuviera un resorte.

Mis pasos acelerados resonaron en el suelo de mármol y lo siguiente que se escuchó fue una tapa de madera cerrando el viejo baúl del fondo.

—Si no conociera esa sonrisa, Xadia... —Mi padre sacó del pequeño horno de la pared lo que para nosotros sería la cena, aunque el sol acabara de salir por el horizonte.

La tarde anterior el bibliotecario le había informado de que podría encenderlo y cocinar lo que quisiera, y como eso no había pasado más que una vez en los diez días que llevábamos allí, mi padre aprovechó para hacer varias comidas con los alimentos que teníamos. Además, ese día, gracias al fuego encendido, daba más sensación de hogar.

—No me hagas caso, es una tontería —respondí sintiéndome culpable.

Pero yo no lo sentía como una tontería. En mi interior sabía que si las circunstancias hubieran sido otras la atracción por ese chico habría ocupado mi todo, cuatro notras antes habría hablado con Síride de la posibilidad de haber encontrado a alguien. Habían pasado muchos cielos nocturnos, estrellados, llenos de lunas y vacíos de ellas, y nuestra vida y la de Síride había cambiado demasiado.

—Una tontería que no puede ser —me advirtió.

Lúribo era sabio y me conocía bien. No necesitaba más que echarme un vistazo para ver cosas que a veces tampoco me decía. No era porque fuera un sánquiro, no podíamos leernos entre nosotros a no ser que nos desbloqueáramos, y aquello era todo un acto de voluntad, concentración y fuerza que no siempre daba sus frutos. Era porque mi padre siempre había tenido un sexto sentido para todo y sabía escuchar y observar. «Ser callado y paciente tiene sus recompensas», decía siempre que me enfadaba por ese don de adivinamiento que me sacaba de quicio.

—Lo sé... —Me senté al pie de la escalera con el libro que traía entre mis

manos.

Sin querer rememore la mirada del chico. Ni siquiera sabía su nombre. No debía saberlo. De hecho, no debería ni siquiera hablar con él. La primera vez que me dirigió la palabra para darme un pequeño saco de comida noté que me gustaba hasta la vibración de su voz, me calentaba por dentro de la misma forma que me pasaba con Asherov, el primo de mis vecinos que pasaba la noche de luz en Portálobe. En aquel momento deseé que su pulgar me rozara la piel solo un segundo para escuchar su sangre, un solo latido. No pasó, y no porque él supiera que era una sánguira, sino porque en Siloria todo el mundo se cuidaba mucho de no rozar con esa parte del cuerpo a nadie. Apenas un contacto ligero, una sola pulsación, podría decir demasiado si a quien estabas saludando era capaz de leerlo. Y no a todos se nos notaba que lo éramos por algún rasgo tan marcado como mis ojos de distinto color, o el pelo blanco vibrante de mi padre. Incluso la forma de saludarse establecida en Siloria, fueran de la raza que fueran, era pegando la yema del dedo pulgar a la base del índice lo máximo que podían para evitar el contacto del mismo.

Lúribo tosió de repente y me sobresalté, esa tos sonaba mal. Preocupada recogí mi melena, castaña y algo ondulada, con un nudo para apartármela de la cara. Me levanté y caminé hacia él, dejé el libro en la mesa donde ya estaban colocados los servicios completos para la cena. El acceso de tos no pasaba y vi cómo se dobló por la mitad. Había empeorado demasiado.

—Padre... —mi voz sonó alarmada.

Él sacó una mano para tranquilizarme y también para que no lo tocara. Me quedé rígida a su lado y la urgencia por socorrerlo se convirtió en miedo. Llevaba días mal, pero esa tos, ese sonido...

Mi padre se incorporó, tomó un vaso de agua bajo mi atenta mirada y se volvió.

—Te voy a pedir por favor que no trates de leerme la sangre —pidió con la voz ronca.

—¡Pero, padre! —exclamé sorprendida—. Ni siquiera podría empezar contigo. A no ser que estés demasiado débil. ¿Es así?

Leerlo a él, un experto sánguira, me resultaría demasiado difícil si no ponía voluntad. Alguna que otra vez, ayudando a mi madre en el consultorio, había conseguido leer el latido de los pocos sánguirs que se habían pasado por allí. No necesitaba saber la intención inmediata, eso no me servía, pero si profundizaba en el rumor de la sangre me podía indicar qué estaba pasando en

el interior.

Darme cuenta de que mi padre no quería que supiera lo que le estaba pasando hizo que la llama de una ira en mi interior empezara a quemarme.

—No quiero que lo intentes. Prométemelo —pidió en un susurro.

Nunca necesitó gritarme para hacerme entender lo que quería, ahora tampoco a pesar de que yo ya había elevado la voz.

—Estás muy enfermo, ¿verdad? No es una tos sin importancia. Y estar aquí abajo, sin respirar aire puro, está acabando contigo. No hace falta que te tome el pulso —solté dolida.

—Mejoraré, no vamos a estar aquí siempre. —Fue tajante, no quería hablar más del tema.

Se dio la vuelta para terminar de cocinar.

Me debatí con la fuerza de un huracán entre mi naturaleza sanadora, esa que mi madre había fomentado y que me empujaba a ayudar, aunque me lo prohibieran, y la mirada que me había lanzado Lúribo, una que no daba lugar a nada más que obediencia.

Di varios pasos en diferentes direcciones sin saber qué hacer, sintiendo que la frustración que se apoderaba de mí era difícil de manejar. Quería salir de allí, iba a ponerme a llorar, a gritar... Aquel lugar era demasiado pequeño, asfixiante más bien.

—No me esperes para cenar, voy a terminar un libro que he dejado a medias —ladré de repente mirando hacia la salida.

Mis botas resonaron en cada escalón de madera que subía. No quise ser consciente de cómo dejaba a mi padre, de la sensación de impotencia con la que debía de tratar cada día y de lo difícil que le estaría resultando la situación que estábamos viviendo. No lo pensé, como tampoco pensé en las advertencias, en las reglas, en lo importante que era mantenernos a salvo. Y no lo hice porque nunca había tenido que preocuparme tanto por nada.

Respiré profundamente en cuanto puse un pie fuera del baúl. Cerré los ojos y determiné que cuando volviera a mi cama, mientras mi padre dormía, le tomaría el pulso para leer algo que ya intuía. Estaba muy dispuesta a saltarme su exhortación cuando el sonido de las ruedas del carro de los libros, amortiguadas por el suelo, me hicieron levantar la cabeza en alerta. No eran horas para salir del baúl, pero era solo el hijo del bibliotecario, todavía no había abierto la biblioteca.

El chico empujó el carro hacia uno de los pasillos y no me lo pensé dos

veces. No podía salir a correr, a respirar aire, a gritar... El cerebro se me llenó de una niebla densa que tiraba de mis instintos más básicos. Sabía lo que despertaba en ese chico. Las miradas que habíamos intercambiado y la cercanía de hacía apenas media hora me decían que, por lo menos de momento, no era amor lo que me nublaba la vista. A mis veintidós años las relaciones de pareja no tenían muchos secretos para mí, por lo menos las que se desarrollaban en el plano físico. Esos dos últimos años con Asherov, a pesar de no estar ninguno de los dos enamorados, supimos sacar ese fuego que nos quemaba por dentro y que nos divertía.

Él se dio la vuelta en cuanto sintió mi presencia detrás. Nos miramos. Al principio solo repasé su cuerpo, pero mi intención me hizo clavar mis ojos en los suyos. Él ladeó la cabeza despacio con una sonrisa algo salaz, y comenzó a caminar hacia los pasillos del fondo.

Lo seguí a su mismo paso sin disminuir la distancia entre los dos.

El sol entró por una de las ventanas altas de la sala grande de lectura, proyectando una luz amarilla y clara en las estanterías que estaba dejando atrás a mi paso, ya había amanecido y para nosotros, los habitantes del baúl, se acercaba la hora de dormir.

Al final del todo, detrás de unos estantes de madera mucho más oscuros que los del principio, vi como el chico empujó una puerta dura, una puerta que parecía no haberse abierto en mucho tiempo. Entró y encendió una pequeña lámpara de piedras iluminatas dando luz a la estancia de forma muy tenue. Atravesé el umbral con seguridad, me puse detrás de él mientras cerraba la portezuela del candil.

Se dio la vuelta.

—Vengo a besarte el poema —susurré.

Me acerqué sin miramientos y me puse de puntillas para ponerme a la altura de sus labios. Sin mediar palabra él se dejó caer sobre la mía, hambriento, con el deseo carnal escapando en su aliento. No le di tregua, lo empujé contra la pared y sin dejar de librar la batalla de lenguas que tenía lugar en nuestras bocas, levanté la pierna, me subí el vestido y cogí la mano que el chico tenía en mi cintura para posársela con fuerza sobre mi trasero, dándole la entrada a todo.

Él no necesitó más para invadir mi intimidad; y yo le tomé el pulso en la carótida. La intención inmediata era yo, probarme y gozar con mi piel. Me gustó sentir en cada latido cómo quería disfrutarme y dejarme huella hasta el

punto de quedarme con ganas de repetir. Cada palpito que sentía se fue mezclando con la excitación que creció exponencialmente. Qué grande era poder recibir esa información sin filtros, estaba claro que los actos nos delataban, pero conocer de primera mano que era su prioridad por encima incluso de sus deseos me hacía poderosa.

Tras varios latidos el destino de aquel chico comenzó a dibujarse; una chica sin dones estaba en él. Bloquéé la lectura y me dije, mientras nos comíamos a besos y él me preparaba para entrar en mí, que en realidad lo que había visto era la luz verde que necesitaba para lo que en ese momento podía permitirme. Me convencí de que solo precisaba liberar la parte física que la ira me generaba, el ahogo que me provocaba la vida y la salud de mi padre en aquella casa oculta.

Corrí sin hacer ruido hacia el baúl, con las botas en la mano para que no se sintiera mi avance. A mi paso escuché la vida de la biblioteca, las hojas pasar, el lento caminar entre las estanterías, alguien carraspeando, una tos aislada... Se nos había ido el tiempo de las manos y el bibliotecario tuvo que ocuparse de abrir las puertas esa mañana en vez de su hijo.

Entré en el baúl y me quedé sentada en lo más alto de las escaleras, sin cerrar la tapa del suelo de aquella enorme caja de madera. Cansada, saciada, con una sensación de desconuelo en el pecho que no quería interpretar. En el fondo supe que no me sentía muy satisfecha con lo que acababa de pasar. Quizá haberlo leído no había sido lo mejor, quizá no era solo físico, quizá estar encerrada estaba volviéndome loca.

«Poco más puedo hacer aparte de esperar», me dije.

Pensé en meterme en la cama para dormir todo lo que pudiera porque ni siquiera quería levantarme al atardecer, solo que pasara el tiempo y poder salir de allí antes de que lo que estaba haciendo tuviera repercusiones serias.

Cerré los ojos y no supe cuánto tiempo estuve así. Pude haberme quedado dormida mientras rememoraba las manos de ese chico, esos dedos que me tocaron tratando de leerme como a las viejas hojas de un libro.

La voz grave que interrumpió el silencio me sacó de la ensoñación e hizo que abriera los ojos.

—Quería preguntar por un libro.

Las palabras resonaron muy cerca. No era alguien que estuviera en la puerta de la biblioteca, debía de estar a un par de pasos del baúl.

Decidí que, aunque sentí una necesidad urgente de meterme en el pequeño

apartamento, aquel no era momento de cerrar el suelo del arcón, no podía arriesgarme a que me escucharan.

—Ha venido al lugar indicado. Díganos. —Escuché al bibliotecario y me imaginé su amable sonrisa—. Llamaré a mi hijo para que le eche una mano a encontrarlo mientras yo termino aquí.

Sonreí con tristeza sin querer. Sabía que él ya estaba fuera de la sala. Se había largado de allí con la misma rapidez con la que se dio cuenta de que no estaba bien lo que estaba haciendo. Su futura compañera apareció en el único latido que se coló en mi vulnerabilidad tras el orgasmo. Eso hizo que yo también recuperara la cordura y la realidad de mi vida.

—*El orden de tu desorden* —pidió la voz grave de una forma muy clara.

Me paralicé. Sentí mi corazón golpeando las costillas con fuerza.

—Ese libro no existe —contestó el dueño de aquella biblioteca en voz tan baja que me costó entenderlo.

Con los oídos zumbando traté de cerrar la tapa que cubría el suelo sin hacer ruido. Me temblaban las manos, y no distinguí si lo que sentía era miedo o ganas de salir de allí.

El encierro estaba siendo demasiado largo y la certeza de que tras mi escarceo lo ponía en peligro me golpeó con mucha más fuerza que antes.

Bajé las escaleras sin hacer nada de ruido y cuando mis pies tocaron el suelo me acerqué de puntillas a la suerte de cama donde dormía Lúribo.

—¡Padre! —Lo balanceé en su catre; se despertó sobresaltado y comenzó a toser—. Vienen a por nosotros, padre.

Fui con celeridad hacia la cocina y cogí un vaso, lo llené de agua y se lo di. Mi sangre galopaba por mis venas, me bloqueaba hasta los tímpanos.

—¿Quiénes? ¿Has visto algo? —preguntó con la voz ronca, casi afónica, cuando le pasó la tos.

—Hay alguien preguntando por ese libro que madre siempre dice que va a escribir sobre ti.

Tres toques en la tapa del arcón nos paralizaron, miré asustada a mi padre.

—No puede ser malo, Xadia —dijo y me tranquilicé.

Se levantó y la cadencia de sus pasos, la tranquilidad que supuse aparentaba, consiguieron que mis pulsaciones casi se normalizaran. Casi.

Se puso al pie de la escalera y con el palo largo que llegaba hasta la parte superior dio tres toques con el mismo ritmo. La tapa se abrió y los dos nos asomamos. Vimos la cara del bibliotecario, con sus pequeñas gafas sobre el

extremo de la nariz y el pelo oscuro.

—Señor... preguntan por vos. —Cada vez que intercambiaban algunas palabras aquel hombre hacía gala de un respeto casi regio por el sánguero.

—Me envía Áskara. —La voz grave, la misma que había escuchado hacía pocos minutos, bajó por las escaleras.

Sentí la seriedad al escuchar el nombre de mi madre, incluso algo parecido a la serenidad se asentó entre nosotros. Era lo que estábamos esperando.

Mi padre se irguió y un amago de sonrisa triste afloró a sus labios. Sabía que él tenía mucha información y no había querido transmitírmela, quizá por órdenes de mi madre o por su propia intención.

Lúribo asintió sin apartar la vista del bibliotecario, las bisagras se abrieron del todo para permitir entrar a un hombre grande cuyos pasos ligeros como plumas no se correspondían con su tamaño y peso. Llegó a nuestra altura y lo miré inspirando con desconfianza. Fruncí el ceño y observé sus rasgos. Había visto a ese yor antes.

Noté cómo una seguridad defensiva se apoderaba de mi musculatura, la necesidad de no arredrarme ante él, de demostrarle mi fuerza. Me sacaba dos cabezas exactamente y su presencia hizo que la vivienda se quedara pequeña. ¿Por qué sabía que era un yor? Ni siquiera necesitaba ver sus dibujos en la nuca y el cuello, el poder que emanaba era suficiente. Sus botas llenas de hebillas, con las superiores sin abrochar, me decían que habían tragado kilómetros de barro hasta llegar aquí; y su ropa, que no pertenecía al uniforme color vino y negro de los nuevos señores de la corona, me decía que no pertenecía a la guardia real, o no quería aparentarlo. Imaginé que como poco era un desertor. Quizá si el pelo castaño claro con tintes dorados hubiera ido recogido en un moño, como sabía que pasaba en cualquier batalla librada, podría haber llamado la atención. Pero lo llevaba suelto, cubría su cuello y algún mechón en la cara tapaba sus ojos; con su barba rubia y apenas arreglada, y con la ropa vieja de lana y llena de remiendos, pasaba por uno de tantos trotamundos que iban y venían en busca de trabajos eventuales por las comarcas de Tierra Doria.

No llamaría la atención y mucho menos teniendo en cuenta que al norte de Munilos las montañas eran fuente de trabajo duro con la madera y en la extracción de mineral.

El hombre, que en realidad no podía tener muchos más años que yo, solo

miraba a mi padre. Parecía que esperara la confirmación silenciosa de algo.

Sentí que no se me tenía en cuenta y aquello me enfureció.

—¿Cuál es el objetivo de que Áskara te haya mandado aquí? —pregunté.

Él fijó sus ojos azules en los míos y asintió de una manera muy leve.

—Debo acompañarte a Isla Elodre, y debemos salir esta misma noche.

Capítulo 3

Mortal caminó acelerado hasta llegar a su sala personal. Entró y miró con seriedad a quienes estaban acomodados alrededor de la mesa maciza y oscura que ocupaba la estancia. El fuego crepitaba tras la silla en la que él iba a sentarse. No estaban sus dos consejeros solos, había una persona más y aquello hizo que el ceño se le frunciera hasta estrechar los ojos como dos ranuras. Escrutó a aquel hombre sin entender qué hacía allí.

—Mi rey —saludó el que se sentaba a su derecha.

Se levantó a la vez que los otros e hizo una reverencia mientras el monarca tomaba asiento.

—Hablad —exigió. No quería perder el tiempo, no iba a esperar presentaciones, necesitaba saber si la urgencia con la que lo habían llamado era tal.

—La ságuira de los ojos de colores... —comenzó a decir el que ya tenía la palabra.

Mortal lo miró tras un movimiento brusco y cortó su habla. Abrió tanto los ojos que la ansiedad les llegó a todos haciendo que se encogieran en sus sillas.

—Continúa —exhortó.

—Verá... —El consejero miró al nuevo que no levantaba la vista de la mesa—. Parece ser que la hija de la rashari cumple con esa descripción. Es una ságuira y tiene un ojo claro y el otro oscuro.

—¿La habéis localizado? ¿Está ya en el castillo?

—No...

El golpe en la mesa hizo que el miedo tensara el ambiente.

—Explícate, maldita sea. ¿Estoy aquí perdiendo el tiempo?

—Él ...—señaló al hombre de su derecha—... trabajaba con los Greyers y conoce a esa mujer. Nos ha contado que su hija era amiga de la señora Síride y que antes de nuestra llegada pasaba mucho tiempo en el castillo.

—¿Eso es así? —Buscó la confirmación en ese hombre, que asintió sin apenas levantar la vista de la mesa.

Para Mortial había sido una decepción que la noticia no fuera su captura, pero aquellas nuevas no eran tan malas. Después de todo no tendría que buscar muy lejos para terminar con ella.

—Síride no recibe ninguna visita que yo sepa, ¿verdad? —dudó unos segundos el rey.

—Esa ságuira no ha pisado el castillo desde que llegamos aquí.

—Eso suponía —confirmó el monarca—. Llamad a Tríaro.

Los tres hombres se levantaron y Mortial volvió a hablar.

—Si dices una sola palabra de lo que hemos hablado aquí, me encargaré personalmente de borrar tu estirpe de Siloria. —No hizo falta saber a quién se dirigía.

—Sí, mi rey. —El hombre que tenía aquella información hizo una enorme reverencia y con el miedo en sus ojos salió detrás de los consejeros reales.

A los pocos minutos el general de los ejércitos en Aldor, que con el golpe de estado había desplazado a Yakán de su posición, llegó a la sala y saludó al rey.

—Tenemos noticias de la ságuira —contestó el rey sin saludar.

Se las contó, pero no desveló la fuente.

—Espero que sean veraces, Mortial. No voy a mover más guerreros innecesariamente. —Tríaro lo miró a través de un pelirrojo mechón que cubría uno de sus ojos.

El rey le lanzó una mirada violenta, pero Tríaro no se amilanó. No entendía por qué, pero el general de sus ejércitos no estaba muy de acuerdo con los pasos que daba últimamente.

—No hemos tenido ninguna noticia del hombre que enviaste, bien podría haber desertado.

—No es un desertor, y es muy efectivo —contestó Tríaro airado.

Mortal le habló de lo que su consejero le había contado.

—Es muy factible que haya estado aquí desde el primer día, y a saber hasta donde se ha desviado ese hombre de tu confianza —dijo dudando de la efectividad de aquel hombre que Tríaro había enviado—. Traedla sin alarmar a nadie. Con discreción. Engañadla si es necesario. Quiero que esté en el castillo cuanto antes.

Tríaro pareció ignorar su comentario.

—Asignaré un par de hombres para que vayan a su casa esta misma mañana.

Observó a su mano derecha levantarse y antes de que este abriera la puerta lo llamó por su nombre. Tríaro se volvió.

Mortal se puso de pie y según lo hacía su cicatriz se tensó con la mueca elocuente de su cara. Por si acaso su guardia fallaba, o el hombre de Tríaro no obtenía resultados, iba a hacer que la pequeña sánguira fuera a él.

—Informad a la rashari que no tiene permitido salir del castillo hasta nueva orden. No puede abandonar su consultorio, allí será atendida con las comidas que correspondan y los servicios que precise. Informadle ahora mismo.

—¿Tengo que ser yo? ¿No tienes a alguien que se ocupe de ello mientras voy a hablar con Anitquin?

—No entiendo lo que te pasa por la cabeza para desafiarme así, Tríaro. Pero me está cansando esta insolencia que utilizas conmigo.

—A veces no me queda claro...

—¿El qué? ¿Tú posición? ¿Crees que te viene grande?

El yor con el pelo rojo agachó la cabeza y asintió varias veces.

—Mi rey —se despidió y salió de la sala.

Mortal abandonó la estancia con una sonrisa de autosuficiencia que se le borró en cuanto vio a Yakán atravesar el vestíbulo con prisa para salir por el gran portón hacia la calle.

No encontraba el momento de hablar con él sobre el tema de Síride, y no lo hacía porque últimamente Yakán se había convertido en un ser escurridizo que apenas aparecía a las horas de las comidas. No es que él compartiera muchas con su familia. No le gustaba enfrentar la mirada de su compañera y por ello se acordó de lo que Falot le había insinuado hacía unas horas antes de salir del sótano de la torre sur.

Estaba más decidido a hacerlo cuando abandonó su compañía que en esos momentos. No supo por qué, pero una sensación de rechazo le invadió cuando empezó a caminar en busca de Rora.

Pasó de largo, y sin mirar, por la puerta de la sala de lectura. Allí Rora revisaba habitualmente todo lo relativo a la corte desde que había sido relegada de su posición. Se paró tres pasos después de que su subconsciente le avisara que no estaba afrontando lo que había prometido. Cuando deshizo la distancia y apoyó la mano en la madera maciza que daba paso a la habitación,

una inexplicable sensación de tristeza lo abordó.

«Debo hacerlo», se dijo dándose fuerzas, y visualizó la cara de Falot con esos ojos suplicantes.

—No esperaba verte hasta la noche.

Escuchó a Rora que estaba sentada en un diván leyendo con la luz de la ventana a su espalda.

Había amado a esa yora de pelo rubio con locura, pero en esos momentos, y desde hacía un tiempo, una fosca densa nublaba esos sentimientos. Su porte, su enorme espalda de guerrera, el intrincado dibujo de su cuello, la fuerza que sabía que tenían sus manos... Mortial tuvo que apretar la mandíbula y estrechar los ojos para centrarse.

—Voy a ordenar que preparen otros aposentos para tu descanso —lo soltó, y lejos de quedarse tranquilo sintió su cuerpo entumecerse, como si cada uno de sus músculos quisieran dormirse, era un hormigueo incómodo que solo le pedía moverse para abandonar el lugar.

—No voy a decir que no lo esperara —dijo ella volviendo la vista al libro. A Mortial le pareció ver una lágrima furtiva cayendo sobre las páginas —. Era cuestión de tiempo.

El rey dio un paso dubitativo hacia ella, retrocedió en el mismo instante y se dio la vuelta. Antes de que atravesara el umbral se paró al escuchar a su esposa:

—Has tenido que escucharlo. Un corazón que se rompe tiene un sonido especial. Es como un lamento lleno de preguntas sin respuestas que acaba mudo porque muere.

El yor no se volvió, solo agachó la cabeza mientras notaba que en las sienes le golpeaba la sangre a un ritmo tan brutal que parecía que le fuera a estallar el cráneo, y salió con celeridad de la sala.

Capítulo 4

— Solo... ¿yo? —Ladeé la cabeza y estreché la mirada. No me intimidó, solo dudé de lo que acababa de escuchar—. No te has presentado, por cierto, ni nos has dado la opción a nosotros. —Le tuteé airada.

—Soy Karés —dijo quedo sin apartar sus ojos de los míos, solo los estrechó un segundo.

Extendió el brazo y puso la palma hacia arriba. Su pulgar quedó bien pegado a la base del índice. Sabía muy bien con quién estaba tratando, no era una mera formalidad.

—Lúribo. —Fue mi padre quién aceptó la presentación y puso su palma sobre la del chico escondiendo de igual manera su pulgar.

Karés desvió la mirada hacia él por cortesía, pero en cuanto las manos dejaron de tocarse volvió a fijarse en mí. Inspiré con fuerza, con la mandíbula tensa y los brazos cruzados.

Escuché cómo la puerta del arcón se cerraba de forma discreta, el bibliotecario entendió que todo estaba bien con sus invitados y nos dejó intimidad para resolver nuestros problemas a solas. Siempre me pareció un hombre discreto y ahí estaba la prueba.

Ante el silencio y la ausencia de movimiento entre nosotros, Lúribo habló:

—Creo que, si la salida tiene que ser esta noche, deberíamos comer algo y descansar. —Karés asintió y dejó de mirarme—. Me gustaría saber si mi mujer te dio algún mensaje.

—La rashari me dijo que no verbalizara esa información hasta estar muy lejos de aquí. Solo tiene que saber que deberá partir hacia Portálobe dos días después de que salgamos nosotros.

—De acuerdo, hijo... —Mi padre se quedó pensativo.

Conocía esa mirada. No estaba dudando de él, y que no lo hiciera provocó un repunte de ira en mí. Me iba a dejar ir con ese yor.

Karés asintió y parpadeó sin mutar su gesto serio. Mi padre le invitó con

su mano a que se sentara a la mesa donde había un servicio para comer. El sánquiropuso otro plato más, me miró y parpadeó despacio; con gesto reticente me senté frente a él.

—Viajaremos de noche, será la única manera de ocultarnos, y las llegadas a las posadas por las mañanas, en el caso de que lo consideremos necesario, serán mucho más discretas. Por lo menos mientras estemos en Sandoria. Cuando pasemos la frontera tendremos más libertad de movimiento.

—No quiero saber cuál será el camino —dijo mi padre.

—No tengo permitido hablarlo aquí tampoco.

Yo estaba fuera de la conversación, solo observaba a aquel chico, o más bien hombre, cuyo enorme tamaño hacía que pareciera que iba a reventar la silla en la que se había sentado.

Agradeció con un asentimiento la comida que mi padre nos sirvió y se puso a comer. El silencio indicó que no iba a decir nada más.

Mi corazón latía a un ritmo endemoniado, y la ansiedad amenazaba con cerrarme la garganta. Mi padre me miró y con un parpadeo me pidió que me tranquilizara. Lo miré con desesperación; si no había saltado antes era por la educación que había recibido, y el respeto que me habían enseñado a mostrar cuando mis padres estaban haciendo lo propio. Lo vi mirar la muñeca del yor con mucha atención, sé que estaba visualizando su pulso desde la distancia. Eché un vistazo a Karés y me di cuenta de que había algo en él que parecía blindado con metal elódrico, al igual que la forja del puñal que llevaba en el cinturón de su pantalón. Era de la guardia real, de eso no había duda.

Lúribo desvió la mirada hacia los azules ojos del chico, no titubeó:

—La protegerás con tu vida. —Las palabras de mi padre no fueron una petición. Sonaron como un chasquido e hicieron que lo mirara alarmada.

No pude aguantar más.

—¡Vendrás con nosotros, padre! —solté desesperada, como si las órdenes que había dado mi madre a ese guerrero pudiéramos saltárnoslas por completo.

—No, hija. En este viaje no puedo acompañarte.

Karés me miró de refilón, y tuvo la prudencia de abrir la boca solo para comer.

—No vamos a dejar a mi padre aquí —siseé con furia hacia el yor

Miré su carótida y después su arteria radial en la muñeca. Anhelé con mucha fuerza poder leerlo, quería saber más de ese chico que parecía

emparapetado tras un escudo invisible y al que mi destino se había unido sin que yo lo quisiera.

—Él volverá a Portálobe —contestó después de tragar y limpiarse la rubia barba con el trozo de tela que hacía de servilleta.

—No —pronuncié tajante.

—Xadia... —La advertencia de Lúribo impregnó el tono con el que dijo mi nombre.

Karés se levantó tras terminar su plato de guiso, miró a Lúribo y asintió, se volvió hacia mí y habló:

—Esta noche saldremos de aquí. Prepara algo ligero y práctico para el viaje, vamos a estar por lo menos treinta días en el camino. Ten en cuenta que se acerca la notra de luna, pero a pesar de que el clima será suave viajamos hacia el norte. —Miró a su alrededor buscando un lugar de aseo—. Me gustaría lavarme un poco, no sabemos cuánto tardaremos en encontrar un lugar decente para ello.

—Por supuesto, hijo —contestó Lúribo.

Lo fulminé con la mirada, pero a él no pareció molestarle. Ignoró mis palabras y casi mi presencia y desapareció por la puerta del aseo.

Me sentí atrapada, no quería dejar a mi padre solo con un viaje por delante a Portálobe, y menos sabiendo que estaba enfermo. Quería entender que si mi madre lo había dispuesto así era lo mejor para todos, pero no podía. No quería irme con ese hombre sin saber lo que me esperaba a su lado. Si tenía que huir no quería depender de él. Por unos segundos odié la decisión que había tomado mi madre, pero me duró poco, porque si seguía por ese camino iba a enfadarme con ella y se suponía que su razón última era protegerme.

«¿Por qué no puedo volver a Portálobe sin más?». Me rechinaron los dientes de la impotencia y los ojos se me cuajaron de lágrimas. Miré hacia la puerta cerrada del aseo donde él se encontraba y sentí cómo se me estrechaba el pecho. Ahora que íbamos a compartir unas horas con ese hombre en aquel apartamento, este me pareció pequeño.

Sabía que el cambio que se estaba obrando lo había pedido a la diosa Rashj con vehemencia cada noche, pero ahora que lo tenía encima no quería afrontarlo; el miedo se transformaba en frustración y esta en una ira que me cegaba.

Mi mente volvió con el hijo del bibliotecario, a esa sala que olía a libros antiguos, a la sensación, a través de su latido, de que yo era su prioridad en

ese preciso momento, aunque solo fuera físicamente. Quise subir y encontrarme de nuevo con él, necesitaba un poco de cobijo y sus brazos me parecían perfectos, esos mismos con los que me había sostenido contra la pared y que después me habían arropado hasta recuperar el resuello.

—Xadia —llamó mi padre.

Me volví hacia él y tras lanzarle una mirada rápida agaché la cabeza. Sabía que no lo había puesto fácil, que mi rebote y mal comportamiento no tenían mucha razón de ser, pero apenas podía contenerlo.

—Tienes que comer, no me hagas preocuparme por ti más de lo necesario.

Asentí y comencé a remover el guiso que ya estaba frío.

—Vas a cuidarte como sabes hacerlo, no te pongas en peligro por tus cabezonerías. Si tu madre ha mandado a Karés es porque confía en él, no necesitamos más señales.

—Soy yo la que está en peligro, ¿verdad?

—Xadia...

—Necesito saber algo —supliqué, parpadeé rápido y expulsé las lágrimas de mis ojos.

—Él te lo contará. —Miró alrededor como si esa casa subterránea, de repente, pudiera tener oídos.

—No lo entiendo. —Con un manotazo limpié la última lágrima de mi mejilla.

—Es peligroso hablarlo.

—Quizá si me dejara tomarle el pulso...

—No voy a permitirte —la voz de Karés nos sobresaltó a los dos.

—Quizá porque tienes algo que ocultar —devolví como un latigazo.

—Puede que mi hija tenga razón —dijo Lúribo—. Si me permitieras que fuera yo el que leyera tu sangre, ella se quedaría más tranquila.

—No más de un latido —le contestó Karés—. Lo suficiente para saber que ella estará a salvo.

El sánquirote asintió y el yor tendió su pulgar. Lúribo colocó su dedo índice y corazón sobre él. No dejé de observar a mi padre. Fui testigo de la relajación en su rostro y el agradecimiento hacia el yor.

Karés retiró la mano tan rápido como la había ofrecido; mi padre se quedó con el ceño fruncido. Inspiré contenida, ese gesto me produjo esperanza porque significaba que había visto algo que no le convencía, quizá entonces no permitiría que me fuera con él.

Lúribo asintió y me miró

—Es de fiar, hija.

Karés se dio la vuelta, cogió un petate que había dejado al pie de la escalera y volvió a meterse en el lugar de aseo.

—¿Qué has visto? —pregunté desesperada, no quería creerme que su gesto había sido vacío.

—Tu madre ha pedido que no se verbalice, quizá ni siquiera aquí estamos a salvo.

Me puse a cenar en silencio y tuve que dejar de mirar a mi padre, la tristeza que él sentía era transparente en sus ojos. Terminé y me levanté para dejar el plato en la pila, junto con el del yor.

—Hija...

—No volveré a verte, ¿verdad? —pregunté sin darme la vuelta y agarrándome a la mesana hasta que mis nudillos se pusieron blancos.

—Xadia...

Cerré los ojos con fuerza, las lágrimas salieron sin su permiso y de pura rabia evité volver a mirarlo. Esperé en silencio a que el chico que iba a ser mi compañero de viaje saliera de su aseo personal. Necesitaba urgentemente lavarme, en ese momento me sentí más sucia que nunca. Si me hubiera quedado a cenar con mi padre en vez de enfadarme y salir del baúl...

La certeza de que no habría más cenas con él, más lecturas comentadas entre los dos, ni intercambio de información con el hombre que más me había enseñado, con ese cariño paterno, con esa dedicación... hizo que me bombeara la cabeza, que sintiera que me iba a explotar por una ira incendiada de impotencia.

Lúribo era un hombre de pocas palabras que siempre conseguía sosegar me. Era tranquilo, sabía escuchar y analizar las situaciones sin perder la compostura. No en vano era un gran júrice popular en la ciudad de Portálobe. Yo sabía que antes de tenerme a mí había estudiado en la escuela de júrices en Brotás, la ciudad más grande de Tierra Doria. Nunca supe la razón de que se quedara a medias, razón por la que no podía ser júrice real en los conflictos, apenas hablaban de ello en casa y el trato que se le daba a la conversación hacía que nunca hubiera preguntado.

El yor salió del baño sin cruzar una mirada con ninguno. Se quedó en la puerta de la habitación donde había solo dos camastros. A mi padre no le dio tiempo a decir nada, Karés se aproximó a una pared, dejó el petate en el suelo

y acomodó su enorme cuerpo a la cama recién improvisada.

—Puedes dormir en mi catre, hijo, necesitas estar descansado.

—Este es un buen lugar para el descanso, muchas gracias. —Cerró los ojos e inspiró con profundidad, con la tranquilidad y el convencimiento de alguien que ya está acostumbrado a dormir sobre un colchón tan duro.

Observé todos sus movimientos, no me pasó desapercibido que se había recortado la barba y que su pelo estaba húmedo y consecuentemente más oscuro. No quise fijarme más en su cara, no entendía muy bien por qué, pero me asqueaba su presencia. Me metí en el pequeño espacio del aseo con un odre lleno de agua para lavarme bien antes de dormir y estar preparada para lo que me deparaba fuera de aquel edificio de libros.

Había pedido con mucha fuerza que nuestro exilio en el baúl terminara, pero no esperaba esto. No sabía de lo que huíamos, mi madre no nos dijo nada, o por lo menos no a mí. No me permitió tomarle el pulso en ningún momento, era su forma de protegerme. Saber que no volvería a ver a mi padre, que cuando volviera de Isla Elodre, si es que podía volver, no iba a encontrarlo en Portálobe, me cercenaba el pecho. Me di cuenta de que mi respiración no me saciaba, sentía que me ahogaba.

«¿Volveré a ver a mis padres?».

La tristeza se mezclaba en un remolino con el resto de emociones, no entendía por qué teníamos que estar pasando por esto. Siempre fuimos una familia humilde al servicio de los reyes, con una pequeña casa a las afueras de Portálobe. Mi madre era una rashari, una sanadora que había trabajado con mi abuela hasta que esta murió y heredó su sala de curas. Cuando los Greysers supieron de su existencia le pidieron que fuera al castillo a atender las consultas que allí surgieran. Áskara accedió a hacerlo durante unas horas al día, no quería desatender su propio consultorio. Era solicitada por mucha gente para que diera solución a enfermedades y heridas. Pasé muchas horas con ella, aprendiendo y ayudando. Se podría decir que entre lo experimentado con mi madre y mi don de sánguira, me convertí en una aprendiz avanzada en el mundo de los rashari.

Los problemas y nuestro cambio de vida llegaron cuando Mortial y su familia tomaron el castillo matando a la reina Asuro y a su compañero. Toda Tierra Doria se revolucionó, los hombres de Mortial hicieron que muchas personas válidas de la ciudad pasaran a formar parte de la vida en la corte. Áskara fue una de ellas, Mortial no le permitió salir del castillo y se vio

obligada a abandonar el consultorio. Llegaba a casa a la hora de dormir y salía al alba hacia la morada de los actuales reyes. Me sentí en la obligación de ocuparme de las consultas mientras Lúribo continuaba ayudando en los conflictos a cambio de víveres y objetos útiles. Nuestra vida se alteró demasiado.

Salí del baño con un camisón largo hasta los pies, ignoré el enorme bulto del suelo, que era Karés, y entré en la habitación. Me encontré con mi padre sentado con los codos sobre las rodillas y la cara entre sus manos.

—Deberías recoger tus cosas —me dijo levantando la cabeza en cuanto me escuchó.

Asentí, me tembló el mentón. Odie ese momento casi más que el de hacía diez días cuando nos despedimos de mi madre sin saber lo que iba a pasar.

Cogí el mismo petate en el que metí las cinco prendas que había traído la noche de nuestra huida, además del libro que el hijo del bibliotecario me había regalado. Pensé en él. Tampoco lo volvería a ver, y aunque me convencí de que era lo mejor y de que él no era para mí, sentí que algo se me apretaba por dentro.

Cuando no había más que recoger y todo lo que quedaba por hacer era dormir y descansar, miré a mi padre. Lúribo levantó la vista y caí de rodillas a sus pies. Lo abracé cuando abrió sus piernas y me dio cobijo entre sus brazos.

—Padre... —susurré ahogada en llanto—. No quiero dejarte, padre...

Me acarició la cabeza.

—Tienes que hacerlo, yo volveré a casa con tu madre, todo va a ir bien.

—No me mientas, no me tomes por tonta, por favor —dije levantando la mirada llena de lágrimas.

—No lo hago, todo lo que tenga planeado tu madre va a ir bien, no lo dudes. Quizá en este viaje descubras tu poder oculto, ese que no podemos ver, todo tiene un porqué, hija mía. Y este viaje no será en vano.

—No lo sabes, papá.

—Lo he leído en su sangre, he atisbado un poco de su destino y hay algo grande ahí, tú estás en él.

Me tensé y supliqué con mis ojos bicolor que siguiera hablando.

—No he podido ver más.

—Léeme, padre —pedí

Aparté el pelo de mi cuello y ofrecí la carótida, la potencia del pulso allí siempre daba la información más rápido.

—No es fácil, ya lo sabes.

—Inténtalo. Voy a dejarme, no voy a interferir.

—No estás entrenada para ello —dijo con demasiada seriedad.

—Por favor —pedí.

Inspiró y me miró, el gesto duro de su cara fue mutando y la ternura llenó sus ojos, así como las lágrimas.

Los dedos de Lúribo se pusieron en mi cuello; me relajé tanto como pude, traté de que mi sangre se hiciera una con la de mi padre. Entonces vi cómo él reaccionaba a mi pulso, cerré los ojos cuando tras unos segundos negó con la cabeza y respiró con fuerza. Supuse que el recuerdo del bibliotecario le llegó y de ahí la decepción en su mirada.

—Perdóname —dije tragando saliva y sintiendo las lágrimas escaparse de mis párpados cerrados.

—Shhh...

Abrí los ojos y vi su sonrisa junto con esa mirada lánguida que se nos ponía cuando hacíamos lecturas de sangre. Asentí. Sabía que aquel chico y mi escarceo estaba en mis intenciones y lo tenía demasiado presente, aunque fuera un imposible. De hecho, una intención fugaz se me pasó por la mente.

—No lo hagas —dijo mi padre en un susurro—. Prométeme que no harás nada para que ese chico sepa de tu ausencia. No te pongas en peligro, hija. Devuélvele el libro.

No tuve que hablar, mi intención cambió radicalmente. Vi a mi padre asentir y se acercó a mí, estrechando nuestro abrazo.

Sentí mi impotencia en cada latido, quise desprenderme de la coraza que sabía que iba dificultarle la lectura. Nunca me había abierto tanto a que mi pulso fuera leído, necesitaba que mi padre me dijera algo, que encontrara mi destino en todos los latidos de mi corazón.

—Está el viaje, Xadia. Un viaje a tierras lejanas —susurró en mi oído y acto seguido me soltó como si mi sangre lo hubiera rechazado—. No puedo —jadeó—. No me deja.

—Inténtalo, padre —supliqué.

—He visto luz, hay...

Un acceso de tos me hizo darme cuenta de lo débil que de verdad estaba y la energía que había tenido que emplear para no perder el ritmo de mis latidos.

—Lo siento... —Lloré y me incorporé. Puse una mano en su espalda. Sabía que el esfuerzo había sido grande—. Te traeré agua.

—No... —carraspeó y tosió una vez más—. Estoy bien.

Me senté a su lado y poco a poco nos dejamos caer en el catre.

—Sea lo que sea que oculta esa pared, hija, es grande, es bueno, eres poderosa.

Las lágrimas cayeron de mis ojos y lo abracé con fuerza. No quería que aquella noche terminara jamás.

—Hace una hora que se ha metido el sol —informó Karés desde los pies de la escalera.

Habíamos desayunado en abundancia, aunque a mí me costó tragar lo hice por mi padre y la mirada que no me quitaba de encima. Sabía que tenía que alimentarme, se lo prometí y no iba a faltar a mi palabra. Como decía mi madre y como Lúribo me recordó un rato antes, «empieza comiendo un poco, después entrará solo». No es que en ese instante estuviera muy de acuerdo, porque cada mordisco al pan caliente y cada sorbo de leche me caían al estómago como si lo pudieran ocupar todo, pero me esforcé.

A pesar del silencio abrumador y de las intenciones de alargar la situación en la cocina, los tres sabíamos que había llegado el momento. Debíamos aprovechar lo máximo posible esa oscuridad antes de llegar al lugar donde dormiríamos, uno que Karés parecía conocer.

Me abracé a mi padre y le susurré un «te quiero» al oído; me correspondió con un beso en la mejilla. Pensaba que no iba a poder separarme de él sin derrumbarme por completo, sin caer al suelo y suplicar a quien fuera que esa situación desapareciera. Quería volver a mi casa, con ellos. Me apretó como si sintiera que estaba a punto de romperme y acto seguido me susurró en el oído:

—Saca toda esa fortaleza que llevas dentro. Eres grande y todo tiene un fin.

Se separó de mí y aparté las lágrimas a manotazos ahogando un sollozo. Agaché la mirada, no quería que ese yor me viera llorar, prefería que me viera como a alguien insolente y dura. Así que determiné que solo me permitiría ese momento de flaqueza en su presencia.

Vi a Lúribo tender la mano al yor, hacia arriba y sin ocultar el pulgar, mostrando lo que era; este correspondió el saludo pegando su pulgar a la mano y evitando el contacto con el sánquiro. Mi esperanza de que pudiera averiguar algo más de ese destino, porque Karés lo ofreciera abiertamente, se quedó en nada y alimentó la llama de mi ira hacia él. Supe que aquel sentimiento iba a

ayudarme a sobrellevar la tristeza.

—Si os cruzáis con gente..., ¿qué vais a decir? —preguntó Lúribo de repente.

Miré al yor sin parpadear, esta vez me fijé más en sus despejados ojos azules oscuros y en la piel tostada por el sol que la barba dejaba ver en sus mejillas. Probablemente bajo ese pelo era un chico guapo, su nariz no era especialmente grande, solo recta, y sus labios, que ahora se veían más por haberse recortado la barba, eran finos y rojizos.

—Que somos pareja. Será la mejor forma de ocultar cualquier evidencia y de cortar habladurías.

—¿Viajando de noche? —espeté con cierto desagrado e incredulidad.

—No te puedes imaginar la de parejas que huyen de los formalismos de su familia y escapan de sus tierras. Todavía los hay muy puristas que impiden que sus razas se mezclen con otras. Los yores nunca somos bien vistos en las familias.

—Por libertinos. Toda una liga de hijos bastardos avala la teoría —respondí empujando mi tristeza hacia el fondo, y dejando que la reemplazara el enfado con el mundo que en ese momento iba a pagar mi supuesto salvador.

Sabía que otra de las razones, y quizá la que más peso tenía, era que los progenitores no aprobaban que sus hijos se unieran a esa raza de guerreros nómadas que no tenían arraigo por ningún lugar. Sin embargo, ser hiriente era prioritario para mí en ese momento.

Karés solo me miró durante unos segundos sin hacer ningún gesto, alcanzó su petate y lo colgó de su espalda.

—Creo que es una buena idea. —El sánqui cortó el silencio incómodo y me sujetó las manos con fuerza—. Y también creo que deberíais hablar entre los dos y limar asperezas. —Me miró con intención—. Conoceréis y mostrad que en verdad sois una pareja huyendo si queréis que esa idea cuaje en la mente de quienes desconfíen de vuestro viaje.

Tenía razón, pero en ese momento me pareció demasiado complicado. La rabia y la impotencia me nublaban de tal manera que no terminaba de verlo claro. Quería un culpable de los cambios de mi vida y lo había encontrado, por muy infantil que sonara.

—Debemos irnos ya —Karés lo dijo mirando durante un segundo nuestras manos cogidas.

Dio dos pasos hacia la escalera, comenzó a subir tras un saludo ligero a

Lúribo y arriba, sumido en la oscuridad de la biblioteca ya cerrada y la noche cayendo sobre ella, esperó por mí.

Capítulo 5

Karés escuchaba el crujir de los pasos de Xadia por encima de los suyos, como si les diera prioridad para controlar que iba detrás, aunque ella no quisiera acercarse. El bosque del sur de Tierra Doria estaba poblado, mayoritariamente, de árboles sagrados con su enorme envergadura y que plagaban el suelo de acículas, lo que hacía que al secarse dieran ese sonido característico al caminar por su vera. Y en ese momento, la sequía se notaba demasiado.

Llevaban unas dos horas de viaje, y seguían haciéndolo a una distancia de tres zancadas. Como desde que salieron del pueblo.

Al yor le hacía cierta gracia la insolencia y la obstinación absurda de esa chica. Había tratado con su madre más de una vez en el castillo, y viendo cómo era Áskara no esperaba encontrarse con que su hija fuera una caprichosa incapaz de ponerse a la altura de las circunstancias. Parecía no entender que se encontraba en riesgo. Aunque no tuviera toda la información su reacción no había sido la que él esperaba. Solo con conocer el peligroso plan de huida que había trazado su madre debería haber bastado para que ella lo entendiera.

Supo que no tardaría mucho en averiguar el motivo real de su fuga porque estaba seguro de que, aunque no hablara y por lo tanto no preguntara, tanto la comarca de Aldor como la de Sandoria se iba a llenar de buscadores con la descripción de una mujer con los rasgos más visibles de Xadia. El rey desconfiaba de todo y de todos, hasta de su mano derecha, y tratar de localizarla de una forma ladina y casi en secreto no le valdría. Le había extrañado no ver más guardia real en Munilos con ese propósito, supuso que la discreción todavía estaba siendo primordial, hasta que se cansara. El caso es que estaba convencido de que la poca predisposición de la chica iba a convertir aquella huida en peligrosa para la seguridad de la ságuira y el objetivo del yor. Era prioritario no descubrirse.

Al salir de la biblioteca se cruzaron con un chico. Xadia se paró frente a él

y le dio un libro, bajó la mirada sin decirle ni una palabra y Karés, tras ver el deseo y la incomprensión en los ojos de aquel chaval, no se lo pensó. Puso su mano sobre el hombro de la chica y lo miró como si fuera su pareja y le estuviera haciendo ver que no tenía nada que hacer con ella. La sujetó con fuerza y aceleró el paso. No hacía falta saber que entre aquellos dos había pasado algo, y él tenía que borrarlo de un plumazo si quería que lo que hubiera entre ellos no trascendiera. Le pareció que era un buen momento para comenzar con su farsa de pareja expatriada. Y también entendió la medida de no hablar del motivo de la fuga de Xadia, no supo si se podía fiar de quienes se habían relacionado con la sánguira y su padre esos días.

En el momento en que doblaron la calle desierta ella se deshizo de su férreo abrazo. No abrió la boca, pero sus ojos bicolors fueron lo suficientemente intensos como para que Karés recibiera el exabrupto en una mirada.

—Caminemos, no hay tiempo que perder. Y espero que no hayas cometido la estupidez de escribir sobre tu situación a ese pobre chaval —dijo el yor dándose la vuelta.

—¿Pero tú con quién te crees que estás? —bufó airada.

El yor comenzó a andar y entre ambos se creó una distancia de tres pasos, que no se acortó más que en la parada que hicieron a medio camino para comer algo.

Antes de que los rayos del sol se vieran por el este de Tierra Doria, Karés había encontrado una majada abandonada donde pasarían el día antes de volver a reanudar la marcha. Hicieron una comida ligera y fría. El padre de Xadia, cuya previsión le había hecho guardar víveres con el fin de ser transportados, les dio suministros para no tener que cocinar cada vez que precisaran comer. Unas lonchas de cecina con pan y aceite fueron suficientes para que después no tuvieran un descanso pesado por la mala digestión.

La casona, hecha de barro y abandonada, estaba al lado de un riachuelo; el cual usaron para asearse antes de subir a descansar a un altillo de madera.

La siesta de la chica fue inquieta. Karés no dejó de velar por su sueño ni un minuto. No podía dormir, durante todo el trayecto trató de no pensar y centrarse en cada paso dado. El camino por el que deambularon no era complicado de seguir, ya lo conocía, pero no quería dejar de sentir y escuchar a Xadia; estuvo en completa alerta. Su objetivo era no pensar en todas las cosas que pasaban por su cabeza, no quería analizar lo que estaba haciendo; la

deslealtad que supondría para sus padres, guardianes de la antigua corona y de principios nobles. El agotamiento mental había sido superior al físico, pero no podía descansar; una vez metidos en esa choza, con la luz del día entrando por las ventanas semiderruidas y la posibilidad de que alguien se acercara, su mente no le permitió desconectar. Tampoco le preocupaba, no sería la primera vez que pasaba varias noches sin dormir y luego rendía de la misma manera. La jornada de descanso en la biblioteca había sido muy reparadora. Dormir con todos los sentidos apagados era un lujo que hacía mucho tiempo no se había concedido, y aquella noche no supo muy bien por qué, a pesar del riesgo, se lo permitió. Lúribo le dio la sensación de ser alguien de palabra, alguien en quien confiar.

Pensó en sus padres, en cómo habían ido sobreviviendo gracias a golpes del destino que ellos llamaban suerte, en su probidad hacia la corona y sus principios. Habían sido leales servidores de su rey quedándose en su guardia siempre y cuando las cosas les eran favorables. Se había criado con esa educación, esas ganas de luchar por lo que uno cree y defiende, aunque la situación se volviera adversa. Y en ello radicaba su sensación de alevosía.

«¡Por la Sangre de las diosas!», pensó negando para sí, frotándose la cara. Era imposible rechazar lo que le habían propuesto, quiso autoconvencerse de que lo que estaba haciendo era lo correcto.

La chica se removió inquieta. Todavía no se había dignado a decirle su nombre, era testaruda. De repente vio cómo se tensaba, como si estuviera viviendo algo horrible en sueños y Karés no lo dudó, puso la mano sobre la cálida y rosada mejilla de la chica tapando su oído, tal y como hacía su madre cuando era pequeño y dormían en los ruidosos campamentos del ejército. Xadia se relajó al instante, dejó de fruncir el ceño e inspiró para dejar salir el aire después, con un sonido que indicaba que ya no había miedo, un sonido que le provocó cierta ternura. Esa chica presentaba una hostilidad, autoridad y autoconfianza tan potente que parecía crear un aura a su alrededor que impedía que te acercaras; y en ese momento se veía tan accesible, tan frágil, incluso dulce...

Dejó de mirarla, no podía perder de vista que era una sánquira. Pensó en cómo la jornada de pausa en la casa dentro del baúl, él había dormido sin darle importancia a la posibilidad de que ella le hubiera leído la sangre mientras descansaba. Se apoyó en la pared y la miró con detenimiento. ¿Se habría saltado su petición de que no le tomara el pulso? ¿Sabría en ese

momento absolutamente todas sus intenciones, todo lo que su sangre pudiera cantarle? Sabía que Lúribo solo había leído lo más inmediato, y eso era que iba a ser él quien la llevara a Ladas, nadie más. No, era imposible que lo supiera, de ser así ella se habría negado al saber que sus propósitos no eran tan nobles y que ponerla a salvo no era, precisamente, su prioridad.

Recordó su primer contacto con un sánquiro y desde entonces decidió que no quería tener relación con ellos. Durante su infancia un lector de sangre, que pasó por uno de los campamentos, le tomó la muñeca. «Vas a obrar de una forma grandiosa para Siloria», le dijo mientras la cara del hombre se deformaba por una emoción desbordante. Karés solo contaba con apenas seis años y aquello le hizo temer a todos los que pudieran ver en su interior cosas que ni siquiera él conocía. No, no le gustaban los sánquiros, y tener que pasar los siguientes días protegiendo a una de ellas le parecía complicado. Pero no tenía más opciones, la ocasión se la habían puesto en bandeja y no pudo rechazarla.

Desconectando de todos aquellos recuerdos y pensamientos se centró en las sombras y la entrada de la luz por todos los agujeros de la majada, hasta que, sentado contra la pared, se adormiló.

Un movimiento en el hombro le sacudió y Karés se puso en alerta mucho antes de que sus ojos se abrieran por primera vez. Sujetó a Xadia por el hombro y la tumbó bajo su peso, respiró con pesadez y con todos sus sentidos prestos. Entonces escuchó las voces que venían del exterior.

—¡Estás loco! —siseó la chica con el rostro demudado por el miedo.

—¡Shhh! —El sonido de Karés apenas fue audible, pero su mirada, tan oscura y asertiva con las pupilas dilatadas, dada la poca luz que entraba en la casona, hicieron que Xadia se quedara inmóvil.

—No es un mal sitio, y el padre de Ronyal hace muchos años que lo abandonó. —La voz era de un hombre, y Karés supo que había dos más por las respuestas de estos.

—Subamos arriba, por lo que vi la semana pasada es bastante estable.

—¡Quédate tumbada! —exhortó Karés, se incorporó y se desabrochó el pantalón sin llegar a bajárselo.

Los dos se tumbaron sobre el macuto y aunque Xadia se tensó como una vara, el yor no le dio opción; se abrazó a su cuerpo.

—Levántate la falda —ordenó en voz muy baja.

—¡No! —siseó con furia.

—No voy a tocarte. Por favor, hazlo —pidió con firmeza.

Xadia lo hizo y dejó a la vista solo sus rodillas y, conforme se escucharon las botas en la escalera, Karés hundió su cara en el cálido cuello de la chica.

—Nos la estamos jugando, sánguira. No te atrevas a cagarla —le advirtió en un susurro a escasa distancia de su oído.

—¡Vaya, vaya! —Las palabras iban acompañadas de una carcajada sonora —. Veo que no somos los únicos que hemos pensado en este lugar.

Karés se incorporó haciéndose el aturdido. Estrechó la mirada y trató de proteger con su cuerpo a la que en ese momento era su pareja.

—¿Os pillamos en mal momento? —Se rió un segundo hombre que subió la escalera.

—¿Tenemos visitantes? —preguntó el tercero desde abajo.

—Una parejita... —contestó el primero.

—Perdonad, nos metimos aquí... —dijo Karés sin continuar. Subió las cejas haciéndose el sorprendido para intentar dar veracidad a una farsa que había llegado demasiado pronto.

—Ya, ya se ve que... —El segundo sonrió salaz.

Karés sintió a Xadia acomodarse tras su espalda. Por lo menos había entendido que no era momento de envalentonarse y plantar cara a nadie, ni siquiera a él. Con disimulo vio de reojo que ella tenía la mano cerca de su cuerpo, la cogió y, sin dejar que el pulgar la tocara, la sujetó imprimiendo una ligera fuerza. Tampoco podía perder de vista la posibilidad de que ella leyera su sangre en un descuido. Notó la cara de la chica pegada a su espalda, probablemente estuviera sintiendo el miedo de la amenaza que esos tres hombres suponían.

Karés se irguió de forma muy poco visible en cuanto sintió su calor y la cadencia de su respiración. No supo cómo ni porqué, pero sentirla tan cerca le proporcionó una sensación de tranquilidad y mesura que aún sin entenderla la disfrutó.

—Podemos venir más tarde, no tenemos prisa. —El primero se dio la vuelta y obligó al segundo a retroceder, a pesar de que este no quería bajar.

—No sois de estas tierras... —El segundo hombre no lo preguntó y no dejó de mirarlos con demasiada intención. Nada que ver con el primero que había subido al altillo, este hombre parecía dispuesto a saber más de ellos.

A Karés no le gustó; notó la tensión repentina en Xadia. Apretó su mano, quería infundirle tranquilidad, que todo estaba bajo control, que él estaba en

guardia, aunque no lo pareciera.

Por lo que estaba viendo Karés no eran más que campesinos, pero eso no significaba que no cometieran la estupidez de atacarlos y poner en peligro su huida.

—Somos de Kárale —dijo el yor sin titubear.

—¿Kárale? ¿Tan lejos?

Karés se levantó, dejando a Xadia en el suelo tras darle un último apretón en la mano. Su única intención fue demostrar el tamaño que tenía y cortar las posibles preguntas que tuvieran, por mucho que fueran tres a Karés se le veía a la legua que era un yor.

—Nos hemos fugado, su padre no permite que nos casemos y...

—Ya... ya... Unos amantes prófugos. —El primer hombre, ese que trataba de que su amigo bajara la escalera, asintió y observó de soslayo a la chica que no levantaba la mirada del suelo.

Karés se puso delante para evitar que se fijaran en ella más de lo necesario. Xadia bajó su falda hasta cubrirse los pies. La protección de Karés hacia ella se irradió por toda la majada, como si fuera una ola de férreo poder; hasta los hombres se movieron hacia atrás.

El yor remató la situación con unas palabras en un tono de voz de una gravedad que no había descubierto todavía en presencia de la sánguira.

—Nos iremos enseguida. —Era una clara declaración de intenciones y en su rostro se velaba una amenaza—. Solo hemos parado para...

—Sí, claro, para quereros un poquito —interrumpió el segundo hombre que no parecía querer enterarse de la intimidación que suponía el cuerpo del yor—. El trayecto es largo y el calor demasiado. —Karés dio un paso hacia ellos y entonces ese hombre pareció titubear—. Como ha dicho mi amigo, podemos volver más tarde. —Entonces sí, borró la sonrisa de su cara.

—Gracias. —Karés asintió con una mirada de compadreo que traslucía una fuerza letal.

Los hombres bajaron las escaleras y dejaron a la pareja solos. Las voces de los tres fueron haciéndose cada vez más lejanas. El guerrero se volvió hacia Xadia, que sentada en el suelo lo miraba con pavor en los ojos. La mirada de Karés le indicaba que su defensa sin fisuras había sido un ejemplo de lo que él iba a ser para ella hasta entregarla a su objetivo.

—Debemos pulir un poco nuestra actuación —dijo él esperando que la chica se calmara.

Xadia no contestó nada y se levantó. Miró a su alrededor y volvió a observar con más detenimiento al enorme chico.

—Desayunemos algo —dijo ella con voz trémula.

Karés vio su miedo y supo que la tensión no se había pasado. Asintió a su propuesta. Quizá aquello era una especie de tregua. Cogió su petate e hizo memoria de los alimentos que había para preparar una sustanciosa comida antes de ponerse a caminar, el sol estaba muy cerca del horizonte.

—Quizá podamos hacer un pequeño fuego —informó él bajando las escaleras después de ella.

—Saldré a por leña, me he dado cuenta de que hay muchos palos secos por aquí —se ofreció la chica—. Pensaba que esta parte era más verde.

—Y debería serlo, pero estamos llegando al fin del milenio y por algunas zonas ya empieza a notarse la sequía. El lago Rosa ha disminuido su diámetro en la última notha.

Quedaron uno frente al otro y Xadia alzó la vista. Él vio la melancolía en sus ojos, supo que para ella Portálobe quedaba demasiado lejos y con ello su familia. Desvió su vista y se centró en la practicidad de la situación. No era necesario ni entenderla ni empatizar, solo tenía que llevarla a ese lugar y cuando lo hiciera cobrar su recompensa y entregarse a los efectos colaterales de su viaje hasta allí.

—Iremos juntos a por la madera —dijo Karés con los brazos cruzados—. Quiero que entiendas que no vamos a separarnos.

—Bueno, pensaba aprovechar y hacer mis necesidades —le contestó mirándolo otra vez con gesto suspicaz.

—Pues me daré la vuelta, no tengo problema.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Por supuesto. —Él frunció el ceño, «¿dónde quedaba el terror a la posibilidad de ser atacados como hacía un momento?»—. Y lo de caminar a la distancia que teníamos ayer ve quitándotelo de la cabeza. Hoy, para darte tu espacio, acortaremos un paso más, y mañana otro. De tal manera que en dos días caminaremos a la par. Espero que sea suficiente tiempo para que se te pase el enfado, o lo que sea que tienes contra mí.

—Eso es un poco absurdo, ¿no crees?

—Sí, es posible, deberíamos caminar juntos y dejarnos de tonterías, pero quiero que veas que no tengo ninguna intención de avasallarte. —Se miraron a los ojos—. Vamos a por leña.

El yor salió por la puerta y Xadia tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Quiere decir que cuando tú tengas que hacer tus necesidades yo tendré que estar cerca de ti? —casi lo gritó horrorizada.

—En serio, no voy a hacer nada que tú no hagas —contestó él sin volver la cara hacia ella.

No, no tenía intención de invadir su intimidad ni de hacerle compartir la propia, pero no iban a alejarse el uno del otro ni a hacer excursiones por separado a buscar alimentos o leña cuando pararan en algún lugar para descansar.

—Esto es el colmo —la chica bufó al pasar a su lado.

Lo adelantó y salió del corral de la majada en dirección al bosque.

—Cuidado con coger madera del árbol sagrado, no queremos quemar su corteza y tragarnos su humo —advirtió el yor.

—Puede que no nos viniera mal, quizá nos despeje la mente y nos vuelva más perceptivos.

—Yo no lo necesito, y tampoco me gustaría que te engancharas a esa mierda. Nos queda un largo viaje y no en todos los sitios se puede conseguir su corteza.

La chica se calló. Karés supo que ella tenía conocimientos al respecto. La adicción al humo de la corteza del árbol sagrado era muy potente e inmediata.

—Busquemos un sitio para que puedas hacer tus necesidades.

Xadia se dio la vuelta como un resorte, su mirada rezumaba odio e incredulidad.

Karés la miró sin vacilar, no estaba bromeando; provocó que los ojos bicolores de la chica se abrieran todavía más. Con una mano le indicó que se ocultara tras unos arbustos y ella lo hizo dando pasos de peso.

El yor hizo un pequeño fuego en una de las esquinas de la choza abandonada. Se acercó sin mediar palabra y, tras estabilizar la hoguera, colocó un pequeño cazo para echar leche en él.

—Esto no podemos conservarlo muchos días —dijo refiriéndose al preciado líquido que Lúribo les había dado en un pequeño odre.

—No estoy objetando nada.

El chico volvió su cuerpo hacia el cazo sobre el fuego y siguió con su cometido. Era consciente de cada movimiento de Xadia, y en ese momento escuchó su respiración profunda.

—¿Por qué estamos huyendo? ¿De quién? —preguntó de repente.

Karés se volvió del fuego para mirarla; estaba sentada. Había llegado el momento de hacer las cosas bien.

Se levantó para sentarse frente a ella.

—Mi nombre es Karés, y a partir de hoy soy tu compañero de viaje. —El chico dejó la palma de su mano a la vista escondiendo el pulgar.

Ella se mordió los labios y no dejó que la sonrisa que quería escapar de ellos se formara. Tendió la mano y la puso sobre la del chico, sin esconder su pulgar pero sin posarlo como acto de respeto hacia él.

—Yo soy...

En cuanto sus pieles contactaron el calor de ambos se unió y los dos lo sintieron ondular por la piel de sus antebrazos. La calidez que Karés había sentido cuando Xadia se pegó a su espalda no fue nada comparado con aquella sensación. La chica inspiró; y él notó cómo, con su propia respiración, la expansión de sus pulmones repartía un hormigueo hacia su cuello y brazos, que se unió a la misma sacudida extraña que experimentaron sus manos.

Karés frunció el ceño e hinchó el pecho de nuevo, ardía. Su columna vertebral se irguió para soportar el estremecimiento de su piel ante la unión.

—¿Qué está pasando? —preguntó él abriendo mucho los ojos.

—No lo sé, no lo entiendo —susurró ella.

Sus voces se escuchaban amortiguadas como si se hubieran metido en una burbuja en la que nadie más podía entrar. Alrededor de ellos se formó una especie de humo azulado y brillante, que no tenía nada que ver con la pequeña hoguera que habían hecho.

La niebla y la luminosidad hacían que apenas se distinguiera el otro lado. No se veía la choza y, aunque el sol cada vez estaba más bajo y apenas les iluminaba, la claridad azul que les rodeaba refulgía lo suficiente para que ellos se vieran como si estuvieran a pleno día.

Se estaba bien en ese lugar. Era increíble la sensación de protección que se extendió entre ellos rodeados de esa niebla densa. Se miraron a los ojos con mucha intensidad. Karés quiso, de repente, muchas cosas de ella; le atraía como si fuera un imán, quiso tocarla y hacerlo bien, necesitó sentirla más. Le dio la sensación de que entre los dos pudieran crear un escondite secreto para ocultarse de una forma segura y mágica.

Karés, tranquilo, arrugó un poco el ceño, pero sin perder el agradable brillo de sus ojos mientras ninguno de los dos apartaba la mirada.

—¿Estás...? —empezó a decir ella.

—Tienes... ¿magia? —terminó él.

—¿Yo? —Xadia miró a su alrededor.

—¿El magma de Ignix? —inquirió Karés perspicaz.

—¡No! —respondió frunciendo el ceño, ofendida.

Pero aun así ninguno retiró su mano.

Él observó su rostro que hizo varias muecas como si estuviera pensando demasiado deprisa y de repente, todo cambió.

Xadia acercó su dedo índice a la arteria radial de Karés.

En una décima de segundo en la que él sintió el calor del dedo de la sánguira acercándose a esa zona de su piel, Karés se tensó y retiró la mano de un tirón. Dejó la de ella en el aire y la niebla se esfumó como si nunca hubiera estado allí.

Tras ser expulsado de esa burbuja con cierta violencia sintió que sus extremidades pesaban demasiado. Era algo físico. Y a ello se sumaba la traición que había quedado suspendida en el ambiente, el propósito de atravesar esa barrera, la clara intención de leerle la sangre.

Xadia abrió los ojos y Karés le lanzó una mirada cargada de desconfianza.

—No esperaba que fueras alguien de quién recelar, sánguira. Pero ya entiendo que no puedo bajar la guardia ni siquiera contigo.

Ella bajó la mirada avergonzada; a él no le importó ver lo vulnerable que se sentía en aquel momento. Se dio la vuelta hacia el fuego y retiró el cazo.

Capítulo 6

Mortal subió nervioso a sus aposentos. Estaba evitando a su esposa porque en la última reunión el enfrentamiento había sido demasiado duro. No podía estar de acuerdo con su magnanimidad con el pueblo; necesitaban subir los impuestos para aprovisionarse en lo que sabían que no tardaría en llegar. La guerra sería inminente porque los Greyers nunca se habían caracterizado por dejar las cosas pasar. No en vano llevaban milenios siendo los reyes de Tierra Doria. Aunque todavía no tenían noticias de Pyros Greyers, el hermano de la fallecida reina, estaban seguros de que no se harían esperar.

«Si consiguiera la inmortalidad antes de que todo estallara...».

Y aquello le preocupaba. No estaba seguro de poder confiar en los planes de Tríaro para dar caza a la sánquira, por mucho que hubiera enviado en su búsqueda y captura a un guardia de su confianza. Un solo guardia de la corte para localizar a una chica no era suficiente.

Se sentó tras servirse una copa de brandy de Isla Roley.

A todo aquello tenía que sumar que no había conseguido hablar con su hijo. Cuando lograba dar con él parecía ausente, incluso a veces trasnochado y borracho, y por si fuera poco se pasaba los días fuera del castillo. Resultaba, en numerosas ocasiones, imposible de encontrar.

No dejaba de darle vueltas a la posibilidad de enviar a Bleris como Capitán General a los Glaciares Xeos; donde había una zona de rebeldes dentro de Aldor, la tierra de los Nigart, y donde Mortial ejercía su hegemonía antes de hacerse con todo Tierra Doria. Estos seguían plantando cara a su ejército, antes como señor de las tierras y ahora como rey, pero sabía que era algo fácil de manejar ahora que contaba con un ejército tan potente. Bleris se desharía de ellos y estaría lejos de Síride.

Quizá, de esa manera, mandándolo lejos, Yakán podría conquistar a su compañera, dejarla embarazada y que se cumpliera paso a paso todo lo que Pariexa tenía previsto. Quizá lo mejor era ponerse manos a la obra con aquel

plan y luego centrarse en su primogénito.

Rora pasó por delante de la habitación que hasta hacía poco compartía con Mortial. La puerta estaba abierta y lo vio sentado en el sillón de oscura piel granate, frente a la chimenea apagada. No supo el porqué, pero entró. Miró la copa de brandy en su mano. Aquella bebida fue un presente que habían traído el día del matrimonio de su hijo, aunque en realidad el regalo había sido para la reina Asuro y su marido, pero, como todo en ese castillo, era suyo desde el momento en que los había matado y había usurpado el poder.

—¿No es demasiado temprano para beber? —preguntó su esposa con cautela y cierta preocupación en sus ojos.

Rora llevaba puesta su capa color vino con los ribetes plateados, capa que representaba a los Nigart, y dudó si quitársela para tomar asiento. Solo se la apartó tras los hombros para que no le estorbara. Todavía sentía aquella habitación un poco suya, aunque en aquel castillo no reconocía nada verdaderamente propio. Ni siquiera a su familia.

Miró a su alrededor, contemplando los aposentos que su marido había hecho cambiar nada más tomar posesión del trono. Parecían haber pasado solo un par de días desde que la enorme cama de matrimonio de Asuro Greyers y su esposo salió por la puerta para ser sustituida por dos camas enormes, esas que, desde entonces y hasta hacía pocos días ocupaba con su compañero.

«¿Compañero? ¿Todavía podía dirigirse a él en esos términos?».

Se tragó el nudo de ansiedad y pena que le poseía cuando pensaba demasiado en esos detalles y se volvió hacia Mortial que no había contestado nada. Dudaba si la había mirado siquiera.

—Llevo despierto desde las tres de la madrugada, podría ser mi hora de cenar —respondió él sin dejar de observar el líquido ámbar moverse en forma circular.

—Bleris te ha estado buscando.

—No es muy difícil encontrarme.

—Pues no lo parece, ¿lo estás evitando?

Rora se quedó fría al ver el asqueo en el rictus del rey con la sola mención del nombre de su hijo. No dijo nada y fijó la vista en la copa.

—Síride está embarazada —sentenció Rora.

El cuerpo de Mortial se tensó como si esas palabras hubieran accionado un muelle interno que acababa de soltarse por no aguantar más tensión. Se levantó llenando con su enorme cuerpo la estancia y estampó la copa de

brandy contra la pared; el ruido sordo que se deshizo en chirriantes notas como el cristal roto sobresaltó a Rora.

—Quiero hablar con Yakán. Inmediatamente —exigió con voz grave.

No miró a su mujer, en realidad hacía mucho tiempo que no lo hacía. Llevaba tres años sintiendo cómo su marido había sido absorbido por una coraza de dureza, indiferencia y beligerancia.

—Pues mueve tu ilustre culo de rey y ve a buscarlo —le contestó Rora, con una ceja levantada y los brazos cruzados sobre su ropa negra como la noche, que solo se diferenciaba de la de su guardia por la pequeña corona plateada bordada sobre su hombro izquierdo.

—No estás nada colaboradora, Rora. —Mortal volvió la cabeza hacia ella sin llegar a mirarla—. Sigues siendo la reina. —Ella esperó con el reto en sus ojos y la pose inquebrantable a que la enfrentara cara a cara, pero no pasó. Supo que aquellas palabras demostraban el poder que él tenía sobre su cargo—. ¿Es que no entiendes nada? —preguntó Mortal con un deje de hastío en su voz.

—No esperes que entendamos tu camino cuando no hemos pisado las mismas piedras, y yo hace tiempo que dejé de caminar por tu mismo sendero. —La yora se levantó despacio y paseó hasta colocarse frente a él, sin amilanarse—. Hoy en día nadie tiene ni idea de lo que debemos entender. Bueno, quizá aquella ságuira que murió si supiera algo más.

—Sigues con la misma estupidez de que no consulté contigo lo que tenía en mente para llegar al poder, ¿verdad? Es eso. —Mortal se pasó la mano por los labios, limpiándose algún resto de la bebida que ahora estaba derramada por la pared—. Me lo habrías impedido, lo sé... No te creas tan necesaria.

Rora lo sintió como una daga. Pensaba que él ya no podría dañar más su corazón después de que le comunicara el cambio de aposentos, pero no era así.

Mortal se aproximó a la mesa donde más copas y botellas de cristal llenas de bebidas espirituosas esperaban a ser servidas.

—Antes, para ti, lo era —contestó ella consiguiendo que su voz no temblara—. Hasta que hace años dejaste de verme, de contar conmigo, de hablarme como la persona que he sido desde que te conocí. —Caminó hasta la puerta sintiendo que iba a desmoronarse por dentro. Ella, la guerrera que había luchado en la guerra de las doce notras y había vencido, sentía que había perdido la batalla junto al hombre al que siempre había amado—. Desde que

dejé de ser tu amante, Mort.

Salió de la habitación y no lo hizo con un portazo.

Se quedó solo, aunque siempre se sentía así. Pero esta vez algo dentro de Mortial se removió, como si ese hombre que ella había mencionado, ese yor que ensalzaba y protegía a su familia por encima de todo, se revelara desde su interior, pero lo hiciera desde una posición profunda y atado a unas cadenas férreas e indestructibles.

Se sirvió otra copa y se la bebió de un trago, sin degustar en absoluto el delicado líquido con aroma a melocotón destilado en Isla Roley.

Salió de la habitación, bajó por las majestuosas escaleras de piedra llenas de la luz solar que entraba por las ventanas del vestíbulo del piso intermedio. Miró a su alrededor, a las paredes de ese castillo que tres notras atrás no era suyo, y fijó la vista en la enorme lámpara, siempre encendida, forjada en aristas marcadas de hierro que colgaba desde el techo haciendo que los tres niveles de escaleras recibiesen su luz, la cual provenía de las piedras iluminatas de magma. Los estandartes de los Nigart, apuntalados a la pared, con su corazón negro y sangrante atravesado por una daga plateada, acompañaron su descenso.

«Síride está embarazada», las palabras de Rora resonaron en cada recoveco de su cerebro. Todo estaba saliendo mal.

Entró con paso firme en el pequeño salón familiar, las ventanas abiertas dejaban pasar los rayos de sol dándole un aspecto acogedor y fresco. Observó a la figura que yacía acurrucada en uno de los sofás individuales que todavía quedaban del mobiliario de los Greyers.

La delicada chica de pelo rubio y largo dormía con un libro abierto sobre sus piernas.

Mortial la miró con odio, sabiendo que no podía hacer nada contra ella, que era su valor máspreciado en ese castillo y que en contra de todos sus instintos debía de protegerla si quería conseguir su objetivo. Agarró el respaldo del sillón con fuerza, apretando los dientes, preguntándose si esto no echaba por tierra todos los planes. Quería pensar con claridad, necesitaba partir desde esa situación y volver a rehacer paso a paso el proyecto. El alcohol ingerido y las escasas horas de sueño no facilitaban la labor.

La chica hizo un pequeño movimiento y de sus labios salió un ligero suspiro, no parecía perturbada. Dormida, soñando de forma placentera, distaba mucho del alma en pena en el que se había convertido el día de su

boda en el que se había quedado huérfana. Desde luego que no debía de ser agradable convivir con la familia que había matado a la tuya. «No, no lo sería», pensó Mortial. Bleris, su hijo, se había convertido en el puerto seguro para aquella chica. El yor, hijo de los Nigart, demostró contra viento y marea que era completamente ajeno a los planes que tenía su padre tras el enlace de ambos. No le mintió, nadie de su familia sabía lo que iba a suceder, tan solo necesitó confiárselo a Tríaro y ellos gestionaron todo bajo una calma secreta que no despertó ninguna sospecha.

Mortal elevó la comisura del labio tirando de la larga cicatriz que le cruzaba la cara y haciendo que sus facciones resultaran más duras, incluso terroríficas. Tenía que limar asperezas con Bleris, eso era. Su hijo menor y él debían volver a ser uña y carne como lo habían sido hasta hacía un tiempo.

—Madre me ha dicho que querías hablar conmigo. —Yakán entró en la salita levantando la voz.

Sírde se despertó asustada.

Mortal cerró los ojos e inspiró con profundidad. Tenía los sentidos embotados, ya no estaba seguro de necesitar esa charla con Yakán y mucho menos cuando escuchó el tono arrogante con el que se dirigió a él.

Sírde, sobresaltada por la voz de su cuñado, se levantó deprisa. Sin mirar a ninguno de los dos y fijando la vista en el suelo, salió por la puerta más cercana a la chimenea. El terror que le producía su suegro era muy difícil de ocultar, de hecho, ni siquiera se molestaba en hacerlo, simplemente huía y evitaba su cercanía siempre que podía.

Mortal lanzó una mirada torva a su hijo; Yakán retrocedió un paso y se quedó inmóvil. Su hijo mayor había heredado los rasgos de su familia materna, los ojos azules verdosos de su abuelo, y el pelo rubio de su madre.

—Haces que tus ausencias prolongadas me provoquen amnesia, hijo — soltó Mortial.

—Vengo de la ciudad... —el tono ya no era tan altivo.

El rey elevó su ceja izquierda, observó el pelo alborotado y la ropa arrugada. Su hijo bajó la mirada, por lo menos se mostraba avergonzado.

Bleris, que era físicamente igual que su progenitor, moreno, de pelo negro y fino, ojos oscuros como la noche y rostro cuadrado y contundente, entró en la sala con un gesto de extrañeza. Observó el sillón donde su esposa había estado durmiendo y miró a los dos hombres que parecían mantener una discusión en silencio.

—Padre —saludó con seriedad.

Evitó mirarlo a los ojos, algo que hacía ya mucho tiempo no aguantaba y que desde que tomó el castillo por la fuerza se había negado a hacer.

—Síride acaba de marcharse —le informó Mortial en un tono mucho más suave que de costumbre.

Bleris parpadeó asombrado.

Probablemente la inflexión en su voz para ofrecer esa información sobre su esposa, le mostraron el cambio en su padre. Bleris se cuadró en su postura, extrañado y entrecerrando los ojos.

—¿Sobro? —Yakán, destilando celos, no pudo evitar el latigazo que salió por su boca.

—No sobras, aunque si tienes algo mejor que hacer en Portálobe puedes irte —espetó Mortial.

Yakán soltó un bufido y se marchó de la sala.

—¿Te ha contado madre la noticia? —Bleris ignoró a su hermano, desde el asedio estaban demasiado distanciados.

—Felicidades, hijo.

—Te diría lo mismo, pero sé que probablemente ni siquiera te agrade ser abuelo.

Mortial trató de controlar el acceso de ira que brotó ante su trato, no soportaba que se le apartara de las situaciones importantes, y esta lo era; era el abuelo de la criatura. Además, este no era el buen camino si quería aliarse con Bleris de nuevo.

Echó un vistazo a su hijo que le miraba con el asco y el desdén reflejado en su cara. Un repunte de soberbia le azotó las venas y le hizo elevar una ceja. ¿Por qué consentía esa mirada? Hacía notras que no había visto sus ojos tan de frente y en ese momento, justo cuando él trataba de acercarse, de ser el abuelo de su hijo, le devolvía su aversión silenciosa.

La ira en su interior le revolvió el estómago. Quizá no era tan necesario acercarse. Rehacer el escabroso camino que había trazado con él le resultaba demasiado complicado para el poco tiempo que tenían, y además sentía que por mucho que lo intentara el abismo entre ellos iba más allá de los actos cometidos contra sus suegros.

El rey buscó a su hijo mayor en la salita, ni siquiera se había percatado de que había salido hacía un rato.

«Quizá...».

Mortal se cuadró, y sin decir ni una sola palabra salió de allí, dejando a su hijo plantado. Esquivó a Rora, que en ese momento se acercaba a la sala, como si fuera alguien invisible y desapareció por la puerta que daba al sótano de la torre sur.

El rey dio las seis vueltas a la cerradura de la pesada puerta que para el resto del castillo no se abría desde la muerte de Pariexa, la antigua y última ságuira de la corte. Entró e impuso su enorme presencia en el espacio de ese sótano que olía a hojas de árbol sagrado.

—Síride está embarazada. Tienes que conseguir que lo pierda —ordenó Mortal a la mujer de pelo azul que, imperturbable, fumaba en pipa, sentada en un enorme sillón de terciopelo también azul.

—Querido... —empezó a hablar condescendiente y suspiró, mostrando de esa manera la única sorpresa que supuso la noticia para ella—, es posible que en su vientre lleve sangre pura —dijo sin apenas hacer un solo movimiento con su cuerpo.

Parpadeó despacio a la vez que volvía a dar una calada a la pipa. Dejó escapar el humo de su boca como si nada la hubiera perturbado.

—No es hijo de Yakán, es imposible que Bleris nos permita acompañarlos a Ladas —dijo contrariado. Odiaba no sentirse apoyado por ella, que era la única que podía ayudarlo.

—Eres el rey —sentenció ella.

—Falot ...—Mortal se arrodilló de repente frente ella, como si solo esa ságuira pudiera hacerle perder la autoridad que demostraba en su corte—..., debes hacer que Síride pierda al bebé. Yakán tiene que ser el padre de la criatura. No voy a aliarme con Bleris, es imposible que eso ocurra. Me encargaré de mandarlo lejos, tengo planes para él —insistió.

Los rasgados ojos gatunos color miel de la chica se abrieron despacio para fijarlos en los negros de su interlocutor. Apartó la pipa, la dejó sobre una mesa de madera pequeña que siempre utilizaba para ello, bajó las piernas al suelo y muy despacio se acercó a la cara de su rey.

—No hace falta que el padre sea Yakán. El bebé ya está en camino, es sagrado. No puedo hacer nada contra esa criatura sin que sea detectado, Mortal.

—¿Y qué sugieres? Bleris no va a dejar que me acerque a su mujer.

Todo el porte, que era más que visible delante de su familia, se derramó por el suelo de forma pueril frente a Falot.

—Sigue adelante con el plan.

—¿Cómo? —Se puso de pie desesperado y se llevó las manos a la cara.

—Mata a Bleris.

Capítulo 7

El sol salía a nuestras espaldas. Desde las alturas veíamos frente a nosotros el mar que bañaba una pequeña playa de arena blanca. Fuimos bajando por las piedras y el ritmo no era lento. Tenía ganas de llegar en cuanto Karés me dijo que nuestro destino era una playa, así que lo seguí sin perder el paso. Siempre me sorprendía la agilidad de los yores a pesar del enorme tamaño de sus cuerpos, y sí, sabía que formaba parte de sus dones, pero era asombroso verlo bajar como si apenas pesara como una hoja.

Dos paredes ciclópeas estratificadas de roca blanca pertrechaban los lados de la cala de no más de cincuenta metros de longitud. La espesura del bosque en lo alto de las paredes, de un color verde intenso, dotaba al lugar con una variedad cromática embelesadora. El amanecer, el azul del mar, la claridad de la piedra, el verde exuberante... Era un terreno que hacía que los sentidos colapsaran. Observé el paisaje fascinada. En mi vida apenas había salido de Portálobe. Alguna vez con mis padres nos habíamos acercado a las aldeas que rodeaban el lago Rosa, pero poco más.

Karés pisó la arena primero, se volvió y me miró; yo seguí echando un vistazo al lugar más bonito en el que había estado nunca.

—Esto es precioso —dije cuando me puse a su lado, frente al mar.

—Cala Blanca.

—¿Lo conocías? —Di dos pasos hacia la arena y en cuanto mis botas se hundieron en ella, me senté y me descalcé. Até las hebillas de las mismas entre sí para colgarlas del macuto que dejé en el suelo.

—Sí, aunque hacía tiempo que no venía por aquí y no sabía cómo iba a encontrarla. A veces las mareas de la notra negra se la comen y apenas queda arena.

—Me voy a meter al agua —dije comenzando a quitarme la ropa.

Hacía fresco, pero era el sur y la calidez se intuía en la piel a pesar de no haber llegado aún la suavidad de la notra de luna.

—¿No conocías el mar?

—Es la primera vez que lo veo —respondí ansiosa y desabrochándome los cordones de los pantalones—. Me he bañado muchas veces en el lago Rosa, pero como puedes imaginar, no es lo mismo.

—No deja de ser agua —susurró y no lo miré, me daba igual lo que pensara, necesitaba sentir esa agua en mi piel y nadar—. Voy a acercarme hasta la cueva. —De reojo vi como señalaba una enorme boca en la piedra; asentí—. Al otro lado desemboca un río, debería haber una pequeña cascada, por si quieres que vayamos y terminas tu baño allí.

—¿No vas a meterte? —pregunté como si no hacerlo fuera pecado.

—Por supuesto que sí, pero primero quiero asegurarme de que estamos solos y que el lugar que he elegido para dormir está en condiciones. ¡No te alejes! —gritó por encima de su hombro.

Me sumergí en el agua helada sin pensármelo. La piel me aguijoneó durante unos segundos hasta que empecé a nadar hacia un lado. No quería adentrarme mucho, siempre había oído a mi padre que las corrientes en el mar Túrigo eran traicioneras y más en aquel lugar tan cercano a Tierra Rápari. No era cuestión de ponerme en un peligro absurdo. Después de todo, ya estaba entendiendo ciertas cosas de mi situación, por muy enfadada que estuviera con las diosas por haberme tendido este destino.

Mientras me desplazaba y sentía cómo mis músculos se relajaban tras la larga caminata nocturna, recordé el último día en el que Karés y yo habíamos hablado, hacía dos noches de aquello. El viaje lo habíamos hecho en un mutismo casi absoluto ya que solo mantuvimos una comunicación básica. Me limité a no separarme de él, no era imbécil. Sabía que cuando hacíamos las paradas necesarias en los caminos alejarme no era una buena opción. Todavía notaba en mi nuca la sensación del miedo trepando por ella al recordar a aquellos hombres que nos descubrieron en la choza abandonada.

Empecé a percibir cierta necesidad de no volver a sentirme tan dependiente. La parálisis que me provocó aquel miedo, en cualquier otra ocasión, podría costarme la vida. Quién sabe lo que podrían haberme hecho aquellos hombres de encontrarme sola.

Estar en peligro iba a ser inevitable y por ello decidí que debía poner remedio a aquello. Además, podría darme un poco de intimidación, que no es que fuera lo primordial, ya poco me importaba agacharme tras unos matorrales divisando la cabeza de Karés mientras hacía mis necesidades, pero no dejaba

de ser algo a tener en cuenta. Quizá el yor se ofreciera a...

Un chapoteo frenó mis pensamientos e hizo que dejara de nadar, traté de encontrar el fondo con mis pies. El corazón comenzó a bombear tan rápido que tragué agua intentando no hundirme.

Entonces lo vi. Lo distinguí, más bien.

Karés, a mi lado, sacudió la cabeza y lanzó su pelo mojado hacia atrás. Me sujetó del brazo y evitó que me sumergiera.

—¡Pero estás loco! —grité.

—¿Por evitar que te hundas?

—Casi me ahogas del susto.

—Estás muy lejos de la orilla.

Me miró a los ojos durante unos largos segundos. No supe qué responder, no tenía mucha defensa. No hacía pie y con mi visión periférica me di cuenta de que llevaba algo de razón, aunque no la suficiente como para asustarme así.

El rictus de Karés empezó a rebajar la dureza, hasta convertir su cara en algo neutro.

—Voy a ver si encuentro algo de comer en las rocas. No te alejes, si tengo que estar pendiente de ti no voy a poder pescar.

No me di cuenta en qué momento me había soltado, yo ya me mantenía a flote y cuando comenzó a nadar no pude dejar de mirarlo.

El dibujo de su piel, que iba desde sus hombros y se perdía bajo la melena clara que ahora tapaba su cuello, era impactante. La musculatura de su espalda, las dimensiones de estas y los brazos que parecían palas, hacían de su movimiento algo impresionante.

Cogí aire y lo retuve unos segundos, acto seguido comencé a nadar hacia la orilla. Era la primera vez que él me miraba a los ojos tras nuestro único contacto plagado de... ¿magia? No tenía ni idea de lo que había pasado, no sabía si tenía algo que ver con mi poder de lectora de sangre. Desde luego mi padre nunca me había hablado de ello. Necesité tanto saber qué estaba pasando que parecía que leerle el pulso fuera lo único que me podría dar respuestas. No lo pensé, solo lo hice, como si aquel ambiente hubiera favorecido la confianza que en realidad no teníamos, pero que podría haberse empezado a dar de no ser por mi descuido.

Los dos días en silencio y caminando a su lado me habían hecho pasar por varias fases tras aquella situación. Empezó por la vergüenza. Sentí cómo había traspasado una barrera que él no me permitía atravesar, pero había sido

sin ninguna mala intención, casi sin voluntad. Tras superarla nació una gran desconfianza hacia él, me pregunté qué quería ocultar de su vida para que ni siquiera me dejara leer un latido. Sí, Lúribo le había leído la sangre y supo que no tenía malas intenciones, pero, ¿por qué ocultármelas a mí? Esa sensación de desconfianza me llevó a un enfado que me tragué sin exteriorizarlo, no quería darle ni una sola muestra de mis emociones, y estaba convencida de que tampoco habrían sido aceptadas.

Karés me ignoró durante todo el tiempo, aunque su presencia a mi lado me recordara que su protección me rodeaba. Que él no confiara en mí, tras hablar con mi madre, con todo lo que estaban pasando, no terminaba de gestionarlo. Esa ira fue la que me trajo hasta esa misma mañana a Cala Blanca. Hacía solo un rato de aquella sensación oprimente y frustrante, y entonces me di cuenta, en cuanto respiré el aire cargado de humedad y salitre, que estaba cansada de soportarme a mí misma en ese estado tan amargo.

En la orilla, tras sentir cómo la sal y el agua habían limpiado mi cuerpo y despejado mi mente, decidí que no podía seguir en ese plan tan hostil. Me tocaba dar mi brazo a torcer.

El camión corto y sin mangas que me había dejado para meterme al agua, se me pegó a la piel. Traté de ahuecarlo, pero era complicado. Recogí mi ropa y caminé por la orilla en dirección a la cueva que Karés había ido a inspeccionar. La arena blanca apenas contrastaba con mi piel, si no fuera por el dibujo de la pluma lectora que tenía en el dorso de mi pie derecho casi no se distinguiría. El agua era tan cristalina que la visión era muy relajante. Sentí cómo el cuerpo empezaba a pesarme un poco por el cansancio de la caminata de la noche y del baño.

Al llegar al final de la playa me encontré con el pequeño río del que Karés había hablado, y decidí seguir su curso para buscar la cascada que había mencionado. Pasé por delante de la cueva que tenía una boca inmensa y me adentré en un pequeño vergel donde enseguida escuché el agua caer. Estaba claro que la vida del agua estaba empezando a ser escasa; ese maravilloso lugar lleno de plantas y hierba había empezado a amarillear.

En cuanto vi el pequeño estanque que se formaba antes de que se escapara el río, decidí darme un baño allí para retirarme el salitre y poder descansar mejor. La sensación pegajosa que estaba sintiendo en mi piel adherida a la tela de algodón no me estaba agradando mucho.

Antes de meterme observé las caídas ligeras de agua que apenas hacían

espumero en su choque con el cauce. Recordé las veces que había ido al lago con mi padre y cómo desde pequeña me enseñó a nadar, no era comparable al que tenía delante, la vegetación de aquí era muy superior a la que rodeaba al lago Rosa, pero el sonido y el olor a humedad me transportaron a esos momentos de dicha y felicidad junto a ellos. Los echaba de menos, y una ola de tristeza y añoranza aguó mis ojos. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas y sentí la debilidad de encontrarme tan lejos de ellos.

Con dos manotazos me limpié la cara de impotencia, de rabia porque no entendía qué estaba haciendo allí, sin ellos, con un yor al que no conocía y que no se fiaba de mí. Me sentí tan cansada y tan voluble. Me lancé al agua y bucé hasta acercarme donde el agua caía con no demasiada fuerza.

Tenía que hablar con Karés, no iba a pasar ni un solo día más sin saber por qué estaba allí y qué probabilidades tenía de volver a casa, él tenía que saberlo. Me había comportado como una estúpida niña obstinada, y me centré únicamente en mi enfado con el mundo, sin pensar que lo que estaba pasando en mi vida era demasiado importante. Como si de alguna manera así se lo hiciera pagar a alguien, a él.

Me puse bajo el chorro de agua y cuando salí vi a Karés. Estaba en la orilla, como su madre lo trajo al mundo. Me observaba con las manos apoyadas en las caderas y con cara de enfado. Sin un atisbo de vergüenza mostraba sus partes nobles con demasiada naturalidad.

—¡Estás desnudo! —grité horrorizada tras estar varios segundos repasando su anatomía sin amilanarme en absoluto.

Me di la vuelta en el mismo momento en que fui consciente de lo descarada que había sido, y quise morirme de vergüenza. Era imposible que no se hubiera dado cuenta de que mi primera reacción no había sido de rechazo, el horror de mi grito fue más por mí que por él, y el calor se apoderó hasta de mis orejas.

—¡Y tú te has largado sin avisar! ¿Pero no te ha quedado claro que no podemos separarnos? —voceó desde la orilla.

—¡Pero si me has dejado sola en la playa y te has ido a la cueva! —grité a la vez que golpeaba el agua con la mano sin volverme para mirarlo.

Escuché su zambullida y en menos de lo que esperaba salió a la superficie a mi lado, de la misma manera que había hecho en la playa.

—No he dejado de vigilarte, sabía dónde estabas a cada paso que daba. —Estaba serio—. ¡Pero luego has desaparecido!

Él me había pedido que no me alejara y... bueno, iba dándole muchas vueltas a todo, supuse que allí no había peligro.

Bajé la vista y susurré un lo siento que casi no escuché ni yo.

—Si no te lo tomas en serio nos pondrás en peligro.

—¿Nos? —Levanté la cara y arrugué el ceño.

—Que yo esté aquí conlleva un riesgo.

Inspiré profundamente y traté de volver al pensamiento positivo, por lo menos en lo que se refería a la relación que debía empezar a fraguar con él. Quería que las cosas cambiaran, quería que todo fuera mejor. Y estaba odiando sentirme como una cría a cada paso que daba al lado de Karés.

Retiré un mechón de mi cara y lo miré, ya no parecía tan enfadado.

—Dame tiempo —pedí y cerré los ojos unos segundos. Al abrirlos me pareció ver que en sus ojos ya no había tanta beligerancia.

—Por cierto, que estuviera desnudo no parecía que te importara mucho después de tu laaaarga mirada —bromeó estrechando los ojos.

Entonces sentí el arrebol de mis mejillas y una carcajada áspera brotó con fuerza de su pecho, negó mientras se tranquilizaba y, bajo mi mirada de asombro, se sumergió en el agua hasta salir al lado de uno de los chorros.

El bochorno no se esfumaba, pero la curiosidad de seguir mirándolo tampoco. Tenía que ser el cansancio, ni siquiera intenté darme la vuelta. Observé sin remordimientos cómo el agua caía sobre su cabeza mientras peinaba con sus manos el pelo hacia atrás. Era hipnótico.

No era el primer yor que veía. En mi día a día era habitual encontrármelos; vivir en Portálobe, donde estaba el castillo real con todos sus guerreros, implicaba cruzarte en diferentes situaciones con algunos de ellos, porque no todos eran de raza. Y visitar a Síride o acompañar a mi madre al consultorio del castillo me obligaba a cruzar el patio donde la guardia siempre estaba peleando para entrenar.

Síride...

Hacía tanto tiempo que no la veía. Desde que el señor de Aldor asesinó a sus padres para alzarse con el poder no había vuelto a salir del castillo. Recordé aquella mañana antes de la ceremonia de su unión sagrada. Su felicidad y la luz de enamorada en sus ojos. También recordé cómo me pidió que leyera su sangre. Síride era de las pocas personas a las que le gustaba que la leyera, ser amigas era lo que le hacía cometer tal osadía. El resto de sílores, fueran de la raza que fueran, preferían no saber. La manipulación a lo largo de

las notras en el pasado a través de las lecturas de destino había sido algo muy común a todos los niveles, los sángueros gozamos de cierta posición elevada en algunas épocas y en otras éramos satros. Supuse que la reticencia de Karés a ser leído tenía el mismo origen.

Los primeros latidos de Síride, aquella mañana, eran alborozo puro, pero cuando empecé a sentir su destino en mi sangre algo horrible quiso traslucir. Entonces Bleris pasó por delante de la puerta de sus aposentos, juguetón, y alborotó a las chicas que estaban ayudando a componerse a la princesa.

Me quedé extrañada, no era posible que su lectura hubiera cambiado tanto. Ella iba a ser la reina de Tierra Doria junto a Bleris. La unión entre ambos era poderosa.

«Deja de poner esa cara», me pidió «no me lo cuentes todo, prefiero descubrirlo». Se rio sin parar, salió y entró varias veces de su habitación buscando a su futuro compañero, y me dije que no había leído lo suficiente como para alertar a nadie. Los nervios, la felicidad del ambiente, quizá hasta la envidia de que fuera a unirse con un yor tan impresionante como era Bleris...

Dejé atrás ese pensamiento. Lo encerré bajo llave, porque la culpabilidad tras los hechos era horrible, y volví al presente.

Era la primera vez que veía a un yor desnudo. Sus torsos nunca estaban al descubierto, aunque la ropa que llevaran puesta chorreara de sudor por el esfuerzo.

Ese cuerpo que se mostraba ante mí era demasiado atrayente, tocarlo debía de ser...

—¡Quiero hablar contigo! —grité para hacerme oír por encima del agua. Tenía que desconectar de los pensamientos y sensaciones que verlo desnudo, ahora de cintura para arriba, me provocaban.

Me di la vuelta y salí hacia la orilla. Una vez fuera vi cómo salía del pequeño salto de agua y me hacía un gesto con la mano, para que le repitiera lo que le había dicho.

—¡Que me gustaría hablar contigo! —mejoré el tono e intenté tranquilizarme y canalizar esa ira absurda que subía y bajaba. Me sentía incongruente y no podía entender por qué me ponía así.

Respiré hondo y enfoqué mis ojos en su cara mientras alcanzaba la orilla. «Sigue desnudo y le da igual, ¡por las diosas!».

—¿Te parece si hablamos mientras comemos? —preguntó cuando llegó

hasta donde estaba yo.

—Me llamo Xadia —dije manteniendo su mirada y dándole a entender que quería zanjar aquello cuanto antes. Repetía su presentación antes de que la magia azul apareciera.

Tenía que empezar a hacer las cosas bien, aunque en aquel momento no sabía si echarme a llorar de la frustración que sentía por no entenderme ni a mí misma.

—Yo Karés. —Sonrió y asintió.

No hubo ninguna intención de saludarnos tomando contacto, no después de lo que había pasado en la majada.

Nos quedamos parados y sin decir nada a una distancia prudencial. Los ojos de Karés abandonaron los míos para descender por mi cuerpo. Me tensé, me sentí expuesta y entonces vi cómo se fijó en mis pechos. Nerviosa pasé la vista por sus hombros, su pecho, vi de reojo el pelo que cubría su masculinidad y sin avistar nada más me miré a mí misma. Estaba cubierta solo por el camisón empapado, que pegado a mi piel dejaba toda mi anatomía a la vista. Toda.

Me tapé con los brazos, me di la vuelta y salí del agua. Recogí la ropa con premura y corrí hacia la cueva donde sabía que descansaríamos hasta que llegara la noche.

Antes de llegar Karés se puso delante de mí, impidiendo que diera un paso más. No dijo nada, su mirada de ojos azules, dura e impertérrita, no dejaba lugar a dudas. La mandíbula tensa y su posición, que hacía que pareciera más grande de lo que era, fueron suficientes para entender la impulsividad, de nuevo, de mi acto.

—Perdona —dije mirando sus ojos sin querer desviar mi vista ni un ápice. Y es que él seguía desnudo y empapado frente mí—. Pero cúbrete, por favor.

—Te lo advierto... —siseó y sonó más amenaza.

—Lo sé —le corté arrepentida.

Karés se apoyó en un tronco y se puso los pantalones con dificultad mientras lo esperaba paciente y sin dirigirle una sola mirada.

Entramos en la cueva y me sorprendí al ver que había un pescado del tamaño de dos manos sobre la arena, tirado de cualquier manera. Miré al yor y este se frotó la cara para terminar enredando sus dedos en su pelo mojado.

—No me has dado tiempo a más. —Parecía una disculpa.

Los dos nos quedamos callados mirando a nuestro alrededor.

—Y lo siento —dijo el chico de repente—. No debería haberte mirado ... —con la mano me señaló de arriba abajo—... así.

—Vale, bien. Yo tampoco debería haberlo hecho contigo. —Karés elevó las cejas—. Antes. —Frunció el ceño—. En el río.

—No pasa nada. —Nos callamos durante unos segundos en los que solo se escuchaba el mar.

—Supongo que aquí estamos a salvo, —empecé a hablar—, la cueva solo tiene una entrada, ¿verdad? —El chico asintió—. Si quieres puedes ir a pescar mientras preparo el fuego.

—Voy a las rocas que hay justo a la salida de la cueva, hay mucha pesca, no tardaré.

Karés llegó y miró todo lo que había hecho en su ausencia. Detecté un amago de sorpresa en su cara. La fogata estaba encendida y el pescado limpio, clavado a un palo y colocado sobre el fuego para que se fuera cocinando.

Ambos nos miramos y no hizo falta ningún saludo. Él se sentó en una de las rocas, frente a mí, para ensartar las piezas de pescado que ya había limpiado en la playa.

—Supongo que lo mejor será empezar por una disculpa —dije frotando las manos con cierto nerviosismo.

—¿Quieres que interprete esas palabras como si ya lo hubieras hecho? —Le lancé una mirada como si hubiera hecho restallar un látigo—. De acuerdo... —Desvió sus ojos y siguió con su quehacer—. En realidad, te has disculpado dos veces, no hace falta que lo vuelvas a hacer. —Mostró las palmas de sus manos en señal de paz—. Tú dirás.

—Perdona por haber tratado de leer tu latido, fue... —dudé, no encontraba explicación. Nerviosa miré a varios puntos hasta que mis ojos se posaron en el colgante que llevaba al cuello. No había reparado en que era una punta de flecha.

—Pasó algo extraño, quizá reaccioné demasiado mal —murmuró.

Que admitiera aquello me liberó de cierto peso.

—En eso llevas razón, ...—levanté la vista del colgante y la fijé en sus ojos azules—... porque de verdad que mi intención no era hacerlo, no sé qué me pasó, toda esa niebla, esos colores...

—No hace falta que digas más. ¿Era la primera vez que te pasaba?

—Sí, nunca había... —corté la conversación, tampoco quería poner mis

emociones en bandeja, quizá lo que había sentido era solo cosa mía.

—Fue extraño. Era... cómodo. —Pero cuando lo dijo me dio la sensación de que le diera vergüenza. Quizá sí que habíamos sentido lo mismo.

—Sí —admití.

Me puse nerviosa, no había sido solo cómodo, fue una sensación de estar a salvo que me dolió perder cuando todo se acabó.

—¿De verdad no está relacionado con el magma de Ignix? —insistió.

—No he visto nunca cómo funciona la magia con el magma de Ignix. Creo que tampoco lo he tenido cerca, que yo sepa. Pero por lo que me han contado no es... visible —expliqué.

—Quizá sería interesante volver a experimentarlo, saber qué es exactamente lo que pasó. —Lo dijo con verdadero interés. Terminó de clavar el último pez en el palo y me miró frunciendo el ceño.

—No sé si quiero volver a pasar por eso, no lo domino. Tú no quieres que yo te lea la sangre, y de alguna manera esa... lo que sea que haya pasado, me llevó de forma inconsciente a hacerlo.

—Me tranquiliza saber que tu intención es respetarme.

—Por supuesto, aunque acepto que me molesta. No sé por qué no me dejas leer tus intenciones inmediatas, creo que tendría derecho a saberlas. Me he fugado contigo a ciegas.

—Tu padre me leyó. Y si tú has estado a ciegas es porque no has preguntado. Una vez estuvimos solos y salimos de Munilos no tenía ningún impedimento para hablarlo. —Hizo una pausa—. Además, no soy el único que rechaza ser leído por un sánquiro. —Me miró con intención.

El silencio dejó que el sonido de las olas del mar entrara en la cueva.

—Pregunta si es lo que quieres. No entiendo cómo no lo has hecho antes —me animó mientras se levantaba para hundir los palos con el pescado en la arena alrededor de la fogata.

—Sí... bueno, yo tampoco —dije por lo bajo—. ¿Por qué estamos huyendo? ¿Por qué tengo que ir a Isla Elodre?

—Te puedo contestar a la primera.

—Por favor —pedí sintiendo el palpito de mi corazón en la sien.

—El rey quiere acabar con una sánquira cuyo rasgo característico es que tiene un ojo de cada color.

Un terror oprimente se apoderó de mí como un yugo. Me costó respirar. Y supe con certeza que, aunque había conocido el miedo, aquella sensación

había adquirido una nueva dimensión al enterarme de que el rey me buscaba para matarme.

—Por las diosas... —murmuré casi sin aire—. Soy yo... ¿verdad? Es una sánquira y no un sánquiro —susurré tocándome la cara y con los ojos muy abiertos, pero sin ver lo que tenía delante.

—Una sánquira. —Su voz hizo que lo mirara, y lo hice como si fuera la tabla de salvación a ese miedo que había comenzado a vagar por mi mente. Su pelo rubio que ya estaba seco, sus fuertes hombros y sus manos apoyadas en las rodillas. Su cara, sus labios finos apretados en una línea. El gesto de Karés era grave—. Hembra —añadió.

Las fisonomías en los sánquiros eran irrepetibles. Solo había un sánquiro con el pelo blanco nieve como mi padre, nació así y fue el rasgo distintivo que le caracterizó como lector de sangre, y habría una sánquira con esa característica. Por esa misma razón solo había una sánquira con un ojo de cada color.

Yo.

No reaccionaba. Me zumbaban los oídos.

El riesgo que intuí que corría mientras esperaba en la biblioteca de Munilos se convirtió, en ese mismo momento, en una sensación de peligro abrasadora. Sentí que una losa me aplastaba el pecho. Empecé a temblar, no había expuesto demasiado relacionándome con el hijo del bibliotecario. Presa de un pánico irrefrenable y de una gran culpabilidad llevé las manos a mis ojos, mis piernas se pegaron a mi pecho, y me quedé en posición fetal apoyada contra la pared de la cueva. Mis dientes comenzaron a castañetear sin control.

«No quiero estar viviendo esto, quiero volver con mis padres», pensé con altas dosis de histerismo. «Por favor, diosa Rashj, haz que esto sea un sueño, llévame junto a ellos, a mi casa, a Portálobe», y así comenzó una plegaria silenciosa que me perdió en el tiempo y espacio.

—Deberías comer algo y tratar de descansar, es casi medio día. —La voz del yor me sacó del sopor en el que me había introducido cuando mi mente se cansó de repetir la rogativa desesperada. No sabía cuánto tiempo llevaba apoyada en la pared de la cueva con los ojos cerrados.

Como primer pensamiento lúcido enfoqué mi destino, y tampoco lo entendí.

—¿Qué va a pasar en Ladas? ¿Por qué a Isla Elodre? —mi voz salió ronca, como si hubiera estado gritando de verdad y no solo en mi interior.

—No lo sé.

—No entiendo por qué el rey quiere matarme —susurré con pánico.

—Hay muchas cosas que no se entienden de este nuevo rey. Pero no seré yo el que tiente a la suerte.

—No puedo afrontar esta huida. —Lo miré y los ojos se me llenaron de lágrimas. Sentí que de verdad no tenía fuerzas para hacer aquello que se me pedía.

—No tienes otra opción.

—Me encontrarán. —Volví la cabeza hacia la voz de Karés—. Nos encontrarán y no moriré solo yo. Tú eres un desertor, ¿verdad?

Karés me miró fijamente, apretó la mandíbula y el ángulo de sus mejillas se acentuó.

—Eso no es de tu incumbencia. Tengo un cometido y no voy a permitir que nadie se interponga. Tú llegarás a Isla Elodre, que no te quepa duda.

Ninguno de los dos hablamos después de aquello, la respuesta de él había sido tan tajante que no supe qué decir. Admití en silencio que su determinación me había resultado reconfortante y poderosa, como si desde ese mismo instante hubiera un halo de protección a su alrededor que se extendía hacia mí.

Me levanté en silencio y me acerqué a las ascuas que quedaban de la fogata, cogí uno de los peces que Karés había dejado para mí y comencé a comer sin apenas hambre, sin dejar de pensar en mi padre y en aquello que siempre me repetía cuando no quería comer. Si no quería ser un estorbo en aquella misión lo mejor era hacer lo que tocaba hacer en cada momento. Recordé mis pensamientos mientras me había bañado en la playa hacía unas horas. Tenía que tomármelo tan en serio como pudiera, así que debía aprender a defenderme para no ser una carga.

—Quiero que me enseñes a pelear —pedí sin mirarlo.

Capítulo 8

Al día siguiente de su estancia en la playa, por la mañana, llegaron a la falda oeste de una de las montañas de la cordillera Central. El paisaje era mucho más verde. Las lluvias en la comarca de Benied eran las de mayor intensidad en Tierra Doria, los altos picos sujetaban a las nubes en su viaje por el viento de oeste a este y descargaban allí. Por ese mismo motivo la comarca de Sandoria era más seca y cálida que su vecina.

—¿Paramos aquí? —preguntó Xadia mirando a su alrededor sin ver un refugio claro. Las nubes sobre nuestras cabezas amenazaban con descargar en cualquier momento.

—Sí. Desde aquí hasta Fícol quiero hacerlo en una sola etapa. A ver si esta tarde tenemos un golpe de suerte, quizá nos facilite el camino. —Karés dejó su petate apoyado en el tronco de un árbol y miró hacia arriba—. Bajo este saliente estaremos protegidos.

Los dos se sentaron en el suelo y se apoyaron sobre la pared de piedra; el yor se estiró del todo y se tumbó cerrando los ojos. Se habían alimentado de la fruta que habían cogido de unos árboles y no iban a necesitar hacer la comida antes del descanso. Era la primera jornada en la que sentía el cansancio de verdad. Pensó en que si todo salía como esperaba estaban a una noche de la siguiente aldea donde quizá podrían conseguir una cama para dormir.

—Estás hecho trizas —apuntó Xadia con una vitalidad que no se correspondía con la caminata que llevaban encima. El último tramo había sido escarpado y de altura.

—¿Tú no? —Karés abrió un solo ojo para mirarla.

—Puede, pero estoy un poco... inquieta. Lo que te dije ayer iba en serio.

El yor cerró los ojos y trató de recordar aquello de lo que estaba hablando.

—Sé más precisa, ahora mismo no soy capaz de entenderte.

—Quiero que me enseñes a luchar.

El chico se sentó frunciendo el ceño y abriendo los ojos con pereza. Flexionó una rodilla para apoyar su brazo sobre ella y habló:

—Es eso... No me parece mala idea. —Acarició su barba un poco larga ya, rescatando los pensamientos que le rondaron el día anterior al respecto—. No sé si sirvo para entrenar a nadie, pero no tenemos muchas más opciones, si estuviera Serta aquí... —habló más para él y se acordó de aquella yora que junto a Trékor habían formado parte de su vida hasta que decidió largarse de Portálobe—. Nos vamos a centrar en la defensa. Físicamente no estás preparada para ir atacando a nadie, sin embargo, librarte de alguien puede ser muy útil.

—Y así podré ir a hacer pis yo sola. —Xadia sonrió emocionada.

—Entre otras cosas, claro. —Él asintió y correspondió su sonrisa, pero se extrañó de inmediato. Hacía tanto tiempo de su última sonrisa real que ese repunte de emoción positiva le resultó curioso. Estaba cansado—. ¿Te parece si descansamos y antes de partir empezamos con las primeras lecciones?

—De acuerdo.

—No obstante ...—el yor se puso serio—... tengo que pedirte una cosa. Y necesito saber que puedo confiar en ti. Sabes lo que nos estamos jugando.

—Lo que sea —se adelantó ella.

—No me leas —dijo tajante—. Si te enseñó ciertas técnicas de defensa y lucha vamos a tocarnos. Sé que los sángueros podéis bloquear la lectura a pesar de estar sintiendo el pulso. Necesito confiar en ti y saber que no lo vas a hacer.

—No te preocupes. —Xadia lo miró a los ojos, de color azul oscuro como las nubes de tormenta, y no parpadeó siquiera—. No te leeré.

—Júralo por tu alma inmortal —pidió solemne.

—Lo juro.

Karés inspiró y quiso creerla por completo, quiso sentir la confianza que necesitaban para ello.

—Confío en ti, no me falles.

—No lo haré —susurró de forma inmediata, asintiendo deprisa.

Se levantaron antes del atardecer. Había llovido durante toda la mañana y en aquel momento el cielo se despejó y en él apareció la luna más pequeña, la que representaba a la diosa Maybla, para encontrarse con el sol. Aquello significaba que la notra de luna, la época suave, comenzaba en Tierra Doria y eso siempre era bienvenido, aunque a veces trajera lluvias.

—Cuando lleguemos a Fícol, ¿podremos dormir bajo techo? —preguntó Xadia estirándose.

—Eso espero —contestó él tras un bostezo—. Asíate lo que necesites que en breve empezamos la primera lección.

Xadia se vistió con unos pantalones que parecían una falda hasta media pierna, pero que le dejaban moverse con soltura. Frente a Karés, que ya había empezado a explicar los diferentes ataques que podría recibir, la chica tiró de su chaleco, atado y ajustado, hacia abajo. Karés se dio cuenta de los nervios que traslucían por sus movimiento.

Al principio, y antes de la experiencia en la cueva, le había dado la impresión de que ella se aproximaba más a la descripción de una niña malcriada e inútil que a alguien con el suficiente arrojo como para pedir que le enseñaran a luchar. Que se hubiera decidido a hacerlo le sorprendía y le gustaba. Hacía el viaje mucho más agradable y podría llegar a ser divertido.

Comenzaron en serio con lo que ella llamaba clase y Karés trató de hacerlo lo más sencillo posible.

—...te pueden agarrar por el cuello con el brazo y llevarse tu cabeza a su cintura, tal que así. —Hizo la simulación delante de ella como si tuviera a alguien agarrado—. Eso conlleva una asfixia de la que te tienes que librar. Pero vamos a empezar por la primera, que te agarren del cuello con su mano.

El yor se acercó a ella, que se posicionó para prepararse, y cuando lo vio vacilar Xadia habló:

—Tienes que fiarte de mí, te lo he jurado. No tengo intenciones de leerte. —Se besó los dedos índice y corazón de su derecha, dedos habituales en la lectura de sangre, y asintió sin quitarle la vista de los ojos.

Karés, que tuvo que reprimir una sonrisa ante el gesto casi infantil, alargó la mano y la sujetó por el cuello, abarcándolo casi por completo, sin apretar.

—Si la cierras podrías matarme —dijo sorprendida.

—Lo sé, por eso tienes que reaccionar pronto. Con tu mano haciendo un cuenco tienes que golpear mi muñeca y llevarla siempre hacia tu pecho, hincharlo con fuerza y golpearme la cara. Nunca trates de quitar la mano de tu atacante de otra forma, ni hacia los lados ni hacia arriba, con uno de esos movimientos podría matarte.

Mientras ella prestaba atención y parecía interiorizar lo que él le explicaba, Karés sintió el pulso de Xadia en sus dedos. Se puso nervioso, pero trató de alejar el pensamiento. «Confianza», se dijo.

—Vas a agarrarme tú a mí de la misma manera y te lo voy a demostrar.

—Mejor, porque todavía no lo veo —admitió la chica con muchas dudas.

Retiró su mano y la animó a que imitara su posición, abrió las piernas agachándose un poco y le facilitó el movimiento. Las delicadas manos de la ságuira se posaron en el enorme cuello del yor.

Karés carraspeó al sentirlas frías y algo húmedas por la tensión.

Xadia parpadeó y él observó la determinación en sus ojos, como si el bloqueo que hubiera creado entre su pulso y el don que poseía se hubiera hecho físico.

—Voy a hacerlo despacio varias veces. Aprieta un poco más, no me va a pasar nada.

—Desde luego, parece que estés hecho de metal elódrico —admiró con cara de sorpresa.

Karés sacó pecho y sonrió dejando traslucir en sus oscuros ojos azules su vanidad. Esa chica estaba desatascando sus sonrisas, incluso sus ganas de bromear.

—Allá vamos, *ojitos*. Atenta...

Xadia retiró la mano y frunció el ceño.

—¿*Ojitos*? —Miró a otro lado, volvió a ponerse en posición, agarró su cuello—. De acuerdo, *morritos*.

—¿*Morritos*?, ¿y por qué no *musculitos*? —Se cuadró y elevó las cejas demostrando lo factible que hacía su físico el mote.

—*Morritos* —aseveró con una sonrisa satisfecha.

—Aprieta, *ojitos*.

Karés sonrió y con su mano golpeó ligeramente la muñeca de la chica quitándose la mano de su cuello. La sujetó contra su pecho e hizo un movimiento rápido y brusco de su otra mano contra la pecosa cara de Xadia sin llegar a tocarla.

—Demasiado rápido —sentenció ella.

Frente a ellos, en medio de los verdes prados y rodeada de algunos árboles, había una enorme casa de piedra y adobe. Y rodeando esta casa, abarcando parte de los terrenos verdosos y llenos de árboles frutales, un muro de poca altura y del mismo material diferenciaba los terrenos de los dueños de los del señor de Benied. Y es que en esa comarca el señor permitía tener sus propias tierras a los campesinos siempre y cuando trabajaran las que colindaban con la vivienda. El labriego se encargaba de la recogida de los frutos y de su venta

y daba un tercio de los beneficios al señor. Benied siempre había sido la comarca más liberal con sus gentes, aunque Sandoria, hasta la muerte de Asuro Greyers, había empezado a adquirir esa política en las zonas rurales.

—¿Vamos a entrar aquí? ¿No será peligroso? —Xadia parecía mucho más consciente de los posibles riesgos.

—Son viejos conocidos de mis padres, no te preocupes, son de confianza.

Caminaron hacia la puerta una vez que atravesaron el muro de piedras y adobe.

Un señor de muy baja estatura, cargado con un montón de hierba a las espaldas, salió por la enorme puerta lateral de la casona y se les quedó mirando. Estrechó los ojos y de repente, sorprendiéndolos a ambos, tiró la hierba al suelo.

—¡El chico Odalta! —Levantó los brazos y se acercó a ellos gritando con una enorme sonrisa en la boca—. ¡¡Estina, sal!! ¡¡Ha venido a vernos el chico Odalta!!

Karés creó una sonrisa entre forzada y asombrada para recibir a ese hombre que mostraba tal entusiasmo.

—¿Qué haces por aquí? ¿Y tus padres? Ya sabía yo que con el revuelo en el trono no tardaría en veros. Tu padre nunca ha sido un vendido. ¿Dónde está? —preguntó mirando a la chica un segundo y luego detrás de ellos, como si fuera imposible que no vinieran juntos—. ¡¡Estinaaaaa!!

«Nunca ha sido un vendido». Las palabras de aquel hombre se hicieron eco en las venas de Karés. Inspiró para infundirse tranquilidad y trató de mostrar una sonrisa de agradecimiento en el rostro, empujando con fuerza la tristeza que se alzaba en su interior con tintes de ira.

—¡Ya voy, ya voy! —Una mujer, de la misma altura que el hombre y redondeada como una pequeña bolita, salió de la puerta más pequeña secándose las manos en un delantal—. ¿Qué es este jaleo, Turius?

—Es el chico de Niria y Kádadras.

Karés no podía decir nada, no había un hueco en la conversación de los granjeros en el cual él pudiera introducir una sola palabra, así que se limitó a mirarlos y a esperar que pararan.

—Vamos, entrad y esperamos por tus padres tomando algo que os refresque. —El tal Turius, sin dejarles abrir la boca, les indicó el camino hacia el interior de la casa.

—Gracias, Turius —dijo Karés antes de dar un paso—. Verá, mis padres

no vienen con nosotros.

—¿Se han quedado con los Nigart? —se extrañó el hombre.

—No exactamente —contestó.

El ambiente de bienvenida se cargó de grises; la cara de Turius y su mujer se tornaron serias y Karés endureció sus facciones.

Entraron con la pareja de granjeros. El yor lanzó una mirada de advertencia a Xadia tras echar un vistazo a su alrededor y percatarse de que había varios trabajadores por la finca. La chica bajó la mirada y su actitud casi la hizo invisible. Lo siguió sin separarse de él.

Se sentaron en la cocina, en unas bancadas de madera alrededor de una chimenea apagada donde se cocinaba, y lo hicieron en silencio. Estina se puso cerca de Karés y justo cuando Turius fue a sentarse frente a ellos la mujer dio un grito:

—¡Haz el favor de sacarles algo para tomar! ¡Ve a por el odre de vino! — La mujer cerró los ojos y negó—. Es un poco bruto, tendréis que perdonarlo.

Xadia se llevó la mano al corazón; Karés abrió los ojos sorprendido de su vitalidad, las voces de aquella mujer también lo sobresaltaron. El yor y la sánguira intercambiaron dos medias sonrisas.

Turius llenó los vasos de vino y se los ofreció. Los dos viajeros los aceptaron con un asentimiento de agradecimiento.

—Cuéntanos, hijo, ¿cómo están Niria y Kádadras?

—Los asesinaron el mismo día que a los Greyers.

Karés no pudo evitar mirar a la sánguira, que dejó de beber y abrió los ojos de par en par. Sus miradas se encontraron y aunque él supo que su gesto era estoico, los ojos bicolors le transmitieron un sentido pésame. Antes de continuar leyéndolos, desvió la vista para mirar a la pareja de granjeros.

—Que las tres diosas lunares los guarden, hijo —dijo Estina solemne con los ojos demasiado abiertos, como si estuviera guardándose la reacción por respeto.

—Deberíais quedaros aquí a dormir, en una hora no habrá luz —sugirió el hombre.

—Gracias, Turius, pero estamos caminando de noche y hemos descansado hasta hace un rato —explicó Karés.

Xadia se tensó visiblemente y esperó paciente a que Karés se decidiera a hablar.

Por muy tentador que fuera el ofrecimiento, quedarse allí iba a ser más

peligroso que hacer noche en Fícol, donde Xadia podría ocultar sus ojos sin problema. En aquella granja la familiaridad podría despistarla y hacerle bajar la guardia. Tampoco veía claro lo de tener que estar fingiendo ser pareja tanto tiempo, porque venía el momento de jugar a la coartada.

—Estamos huyendo de sus padres...

Karés sujetó su vaso con una mano y llevó la otra al hombro de Xadia, introdujo sus dedos bajo el pelo y los posó en su nuca. Ella lo miró con las cejas levantadas y una sonrisa algo forzada. Karés fijó sus ojos en ella, tenía que fingir que era su pareja, pero la sonrisa le salió sola por su reacción. Debían ensayar un poco más los acercamientos o no iban a creerlos y su objetivo podría verse truncado.

Algo similar a lo que ocurrió en la majada, pero sin tanta intensidad, sucedió entre ellos. No había niebla azulada, pero sí sintió cierta paz, incluso notó un regocijo en su estómago, como si el papel que estaban interpretando se hubiera hecho real y no necesitara mucha energía para fingirlo.

La pareja de labriegos los miró con una sonrisa cómplice.

—Así que te has enamorado de quien no debes, ¿eh truhán? —bromeó Estina.

Karés asintió con reticencia, muy metido en su papel, sin apartar la mano de la chica. Sin querer apartarla, en realidad.

—¿Hacia dónde vais?

—Hacia la costa de Médiáne. Tengo unos conocidos que me darán trabajo en los astilleros. Queremos llegar cuanto antes. —Karés mintió sin vacilar.

—En Puerto Cila está mi hermana —dijo Estina de repente—. Su pareja es el encargado de uno de los astilleros. Si te fallan tus amigos vas ponerte en contacto con ella.

La señora no esperó a que nadie contestara, se levantó y salió por la puerta, entrando poco después con un papel en la mano.

—Toma, con esto no vas a tener problemas y os acogerán en su casa hasta que encontréis algo decente.

Salieron de la granja con un caballo llamado *Farol*, el cual dejarían en Puerto Cila con la hermana de Estina. Insistieron tanto que no pudieron decir que no. Karés ya esperaba que pasara algo así, y que le ofrecieran el rocín sin pedirlo lo hizo mucho más sencillo.

La bendición de los granjeros al partir de allí fue efusiva, por la forma de mirarlos parecía como si quisieran protegerlos ellos mismos con uñas y

dientes, y es que esa pareja y los padres de Karés habían compartido mucho. Kádadras, el padre del yor, salvó a Turius de una muerte segura cuando lo encontró en uno de los riachuelos de la sierra Travana con la pierna fracturada.

Llegaron a Fícol justo antes de que saliera el sol gracias a *Farol*, y encontraron la pensión abierta y sin problemas de alojamiento, aunque el descanso sobre una cama improvisada de paja hizo que Xadia mostrara una cara de horror que a Karés le hizo reír, otra vez.

Capítulo 9

Falot, la sánguira del pelo azul, fumaba en su pipa mientras no quitaba ojo del paisaje en el cual el frío batía en retirada por la llegada de la notra de luna. Observaba las luces previas al amanecer desde la ventana de la habitación superior de la torre sur. Su sótano seguía cerrado bajo llave. Aquella torre prohibida para el resto de los habitantes del castillo eran sus aposentos.

No le gustaban las estaciones suaves y mucho menos las calurosas, siempre había preferido el frío de la notra negra a pesar de que en su infancia el frío casi la quebró por completo.

Sabía que hoy era un día importante para Mortial, también para ella. Podrían dar con el paradero de la sánguira de los ojos bicolors. El padre de aquella maldita cría estaba desde hacía dos días en los calabozos, su estado era lamentable, pero seguía teniendo la fuerza suficiente para bloquear su lectura incluso dormido, que era cuando Falot había ido a su celda para tomarle el pulso.

Cuando se acercó a él, a oscuras y solo escuchando su respiración tranquila, como si estuviera durmiendo en un plácido lugar, quiso que le repugnara por haber traído al mundo a quien iba a interponerse en unos planes tan importantes, pero no pudo sentirse así. No le asqueó acercarse a él, no le produjo ningún rechazo tocarlo, y aquello la sorprendió. Quizá debería haber bloqueado sus sensaciones como hacía la mayor parte del tiempo cuando contactaba con otros.

Pensar en aquel momento con el sánquiro le trajo a la mente el contacto con la rashari, su compañera, la madre de la poderosa sánguira que estaba en busca y captura. A esa mujer le habían enseñado a perpetrarse tras un muro infranqueable. No era de extrañar, conviviendo con dos sánquiros era primordial aprender a bloquear la lectura. Cuando Falot puso sus dedos sobre la arteria radial de Áskara supo que, además, había tomado algo para alterar la posible lectura si es que su fuerza de voluntad fallaba, y solo traslució su

férrea posición de no desvelar el paradero de su hija.

Fue increíble sentir el rumor de esa sangre correr por sus venas, esa protección maternal que a la ságuira de pelo azul tampoco le echó para atrás. Lo que hizo que ni siquiera pudiera demostrar ser una satra fría a la que no le afecta nada de su alrededor. Se largó del consultorio al que la había llevado Mortial en cuanto dejó de tocar su piel.

Lo único que dio frutos fue la lectura de sangre del chico que había delatado a la guardia real el paradero de Lúribo. En su pulso se sintió el despecho hacia la ságuira de ojos bicolors, hacia la que había tenido intenciones amorosas y que se había largado con otro. Estaba claro que estaba recibiendo ayuda, pero Áskara decía no saber dónde estaban.

—Rora... —la adormilada voz del rey llegó a los oídos de Falot, que giró la cabeza saliendo de sus recuerdos, y estrechó la mirada.

El efecto sobre la voluntad del rey, que su sangre mezclada con el magma de Ignix producía, estaba empezando a debilitarse, y apenas le quedaba lava de aquel lugar.

Dejó la pipa humeante apoyada en el alféizar de la ventana y con ese paso característico suyo, que más bien parecía que se deslizara por el suelo, se acercó al pequeño armario de tres cerraduras. Abrió una a una tratando de hacer el menor ruido posible y, cuando tuvo las puertas abiertas, sacó un frasco de cristal de color blanco lechoso para vaporizar su contenido en la boca. Con suaves movimientos de su lengua lo extendió por todas sus mucosas y finalmente tragó. El sabor a tierra y a humo inundó sus fosas nasales, y el calor del magma de Ignix se expandió por todo su cuerpo. En ese momento se sintió poderosa, pero sabía que con el paso de los días su sangre pesaría más y su alma se iría petrificando. Pero era joven, podía soportarlo porque pronto llegaría ese momento en el que el interior de la tierra no pesaría en su vida.

Se desplazó hasta la cama de sábanas deshechas donde el rey dormía boca arriba con el torso desnudo. Localizó la pequeña y afilada daga de metal elódrico que su rey le había regalado hacía tiempo, cuando solo era señor de Aldor.

Debía de apuntalar en su mente lo importante que era matar a Bleris, no podían perder más tiempo.

Falot se puso a horcajadas y Mortial se removió. Ella acarició su piel viendo cómo el vello se le erizaba al paso de sus manos. Se inclinó hacia él, pegó su cara a la frondosa barba negra del hombre y susurró:

—Mi rey...

Su mano alcanzó el filo del cuchillo y con un solo roce de la yema de su dedo la sangre de la sánquira brotó. Colocó su mano cerca de la boca del yor y dejó caer varias gotas en su interior. Mortial se relamió dormido y Falot sonrió con maldad, frotándose sin pudor contra su masculinidad y contoneándose, emitiendo bajos gemidos de placer ante su contacto y la sensación de poder.

—Sánquira —pronunció él con la voz ronca. A la vez su mano alcanzó el muslo desnudo de la chica hasta posarse con dominancia en su trasero.

Ella volvió a acercarse y abrió los labios del rey con los propios. Cuando las ganas de él salieron a recibir su boca, Falot enredó la lengua posesiva inundando su cavidad bucal con el sabor de su propia sangre.

—*Da tu nov... vine ma.* —Y su voluntad fue a ella tal y como lo había pedido.

Los ojos de Mortial se abrieron de repente, como si el sopor por el sueño hubiera desaparecido.

Falot pensaba en sus logros y se enorgullecía de ellos, de haberse convertido en una satra, una bruja de sangre superando con creces sus dones de sánquira. Todo se lo había enseñado otra satra en una pequeña aldea de Los Glaciares Xeos. Su devenir por Tierra Doria siempre había sido fructífero.

Falot supo que Mortial volvía a su merced, se separó de su boca con una mirada lasciva, se irguió sobre él y dejó caer la túnica abierta sobre la cama. Apretó con las manos sus pechos mientras sus ojos mostraban una mirada salaz. Él no apartó la vista de sus movimientos y acto seguido comenzaron una lucha cuerpo a cuerpo ondeando el deseo crudo como estandarte.

Lúribo, con la cabeza erguida, entró en el patio de armas agarrado por dos guerreros Nigart y seguido de un chaval apuesto y fibroso, con atuendo de un ciudadano de a pie, y que lucía una sonrisa satisfecha en la cara.

Áskara, custodiada por la guardia real, lo observó subir a la plataforma de madera que desde que llegaron los Nigart al castillo no se había retirado y había servido para castigos ejemplares. La mujer sentía que todas sus entrañas gritaban de miedo, de frustración, de dolor. No sabía dónde estaba su hija. No sabía si había sido capturada también junto a su compañero, y por ello miraba en todas las direcciones sin mover la cabeza, solo sus ojos, nerviosos, escudriñaban cada salida esperando que Xadia apareciera en cualquier momento para correr la misma suerte que su amado.

Situaron a Lúribo de rodillas frente al tocón de madera manchado de sangre.

—Rashari —habló Tríaro de mala gana—, ¿este es tu esposo? —En sus ojos se vio el ansia de conseguir colaboración. Ninguno de los dos, desde que el sánquiro fue capturado, había admitido su parentesco, pero trabajadores del servicio del castillo lo corroboraron por ellos.

La sanadora lucía imperturbable, aunque su sangre cantara con tanta fuerza que hasta Lúribo podría sentirla de no ser por su estado tan lamentable. La imagen del sánquiro era la de alguien que había sido torturado, y sumado a su terrible salud, que ella conocía bien desde antes de que partieran padre e hija a Munilos, supo que no le quedaba mucho tiempo de vida.

Áskara no se pronunció, y no iba a hacerlo pasara lo que pasara. Por encima de ellos estaba la vida de su hija, y sabía que todo lo que tuviera que ocurrir iba a suceder hablara o no.

—Sánquiro. Habla por tu vida. Es tu última oportunidad. —El segundo al mando de los Nigart desvió, aburrido, su pregunta al hombre de pelo blanco—. ¿Dónde se encuentra tu hija?

Silencio.

Parecía que hasta las aves, que habían llegado para dar la bienvenida a la notra de luna, hubieran enmudecido.

Tríaro hizo una negación mínima con su cabeza y accionó el macabro movimiento del verdugo que portaba un hacha en su mano. Esta quedó suspendida en el aire ante un gesto del rey, que miró a su segundo increpándolo con sus ojos.

—Áskara Vashi, si no habláis del paradero de vuestra hija este hombre morirá —sentenció Mortial.

Lúribo levantó la vista y clavó sus ojos llenos de determinación en su esposa. Le transmitió todo el amor que por ella sentía, y con un gesto calmado dejó salir media sonrisa. Áskara supo que Xadia estaba a salvo y aguantó con estoicidad el grito que quería brotar de su pecho. Se estaba despidiendo, sí, y era inevitable, pero su corazón no era capaz de asimilarlo.

«Nos veremos en la Cara Oculta de Rashj», pensó la rashari apretando los labios y sintiendo las lágrimas surcar sus mejillas.

Lúribo cerró los ojos sin variar el gesto en sus labios y así se quedó, hasta que con un movimiento lento se agachó sobre el tocón sin que nadie se lo pidiera.

Mortal elevó la mano y un guardia pisó la espalda del sánquiro con brusquedad para acostarlo del todo sobre el tronco partido.

La mujer inspiró con fuerza mientras no dejaba de mirar a su compañero de vida, recordando momentos junto a él, sintiendo el peso de su abrazo que tanto la reconfortaba, grabando a fuego su historia juntos. De esa manera sacaba de su campo de visión el arma que pendía sobre su cabeza.

Se centró en la plegaria que elevó a las diosas para que su entrada a la Cara Oculta fuera como aquel hombre merecía tras la vida de amor, bondad, protección y entrega que había llevado.

La cara del rey tornó de repente en una mueca feroz.

—¡Poned a la rashari en el tocón! —gritó.

Áskara no mutó su gesto, no le importaba ser ella quien muriera, de hecho, seguir viva confinada en aquel castillo era prácticamente como estar muerta. Incluso sintió el latido de sorpresa con alborozo por unirse a su marido.

Los guardias dieron un paso, pero el segundo al mando alzó la mano y paralizó el movimiento.

—Mi rey —habló Tríaro—. Es la mejor sanadora en, prácticamente, toda Tierra Doria.

Mortal, con la impotencia en sus ojos, observó al verdugo y al guardián que sujetaba al sánquiro, asintió y volvieron a su posición. Con cara de asqueo volvió a mirar a la rashari, bajó su mano y el hacha siguió el movimiento cercenando el cuello de Lúribo en un solo golpe.

La cabeza rodó hasta caer de la plataforma hasta el suelo. El pelo blanco manchado de sangre escarlata se llenó de la tierra del patio.

Áskara sintió que no le entraba el aire y miró al cielo mientras el sollozo de insoportable dolor que lanzó llegaba a todas las estancias del castillo.

—Matadlo —ordenó el rey con hastío señalando al hijo del bibliotecario.

—Mortal —reaccionó Tríaro.

—Deja de entorpecer mis órdenes, Tríaro. —Lanzó una mirada con furia contenida—. Si solo nos trae al padre de la sánquira no nos sirve para nada. Además, ha mantenido ocultos a unos fugitivos. Matadlo y localizad a ese bibliotecario; quizá él tenga más información.

—Tenemos cosas más importantes, déjalo en manos de...

—¿De quién?, ¿de tu hombre? —tronó sintiendo que dejarse llevar por aquel yor de confianza estaba empezando a ser una pérdida de tiempo—. Ni siquiera ha venido.

—Nos lo ha dejado en bandeja, y su objetivo es llevar a la sánquira a Ladas cuando la encuentre.

—¿Te ha enviado al menos noticias de ella? —El rey estaba fuera de sí, después de no sacar absolutamente ninguna información sobre el paradero de la chica de los ojos bicolors, no sabía ni por dónde seguir. No esperaba que aquello fuera tan complicado.

—Las habrá.

—¡Matadlo! —ladró de nuevo a sus guardias a la par que lanzaba una mirada aburrida al chico al cual le cambió la expresión por completo.

El rey bordeó la figura de Áskara, que se mantenía erguida y estática, con los ojos cerrados y las lágrimas empapando sus mejillas, mientras musitaba una plegaria más a las diosas Lunares.

—Llevala a su consulta —susurró Mortial con furia entrando en el castillo—. ¡Y que no salga de allí para nada!

Rora se encontraba en la torre norte, la que recibía a las aves. Esperaba visita.

Miró hacia el enorme lago situado al oeste de Portálobe y pensó en su otra casa en Ulama. Echaba de menos su vida allí cuando era la señora de Aldor junto a Mortial. Eran una familia feliz que trataban de resolver los conflictos de los ciudadanos y aldeanos y de rendir cuentas a la reina tratando de evitar los problemas dentro de sus posibilidades. Su ejército era el mayor de Tierra Doria y siempre estaba al servicio de la corona.

Anitquin entró en la torre; Rora escuchó sus pasos casi desde que puso un pie en el primer escalón. Ni siquiera la miró cuando alcanzó la sala circular. Se frotó los ojos con fuerza. No había podido dormir por la brutalidad ocurrida en el patio de armas la tarde anterior, había pasado la noche como si de una yora en guardia se tratase y sentía los ojos como si tuviera arena en ellos.

—Mi reina —saludó la yora.

—Por favor, Anit, menos formalismos conmigo. Sabes que ni siquiera me corresponde.

—Lo hace, Rora. Eres la reina de Tierra Doria.

—Por imposición —respondió tensando la mandíbula y con gesto aburrido.

No perdió de vista el lago Rosa, que parecía ir perdiendo agua según pasaban los días.

—Como casi todos los reyes —añadió Anitquin encogiéndose de hombros

mientras Rora se volvía para mirarla.

—¿Has averiguado algo? O estás aquí para recordarme mis deberes como soberana.

La coronela chascó la lengua y lanzó una sonrisa a su amiga, era la tregua a su diatriba real.

—No mucho más de lo que sabe todo el mundo. Buscan a la hija de la rashari, pero nadie sabe el motivo.

—¿Tríaro no te ha contado nada?

—Tríaro no apoya ni siquiera su búsqueda porque no entiende el afán de encontrarla. Es una muchacha, ¿qué amenaza puede suponer contra la corona?

—La chica de pelo negro y liso, cuyos pómulos demarcaban su cara, hizo el gesto que indicaba incompreensión—. La forma de obrar de Mortial es cada vez más extraña. Tríaro está cansado de su actitud.

—¿El rey está desatendiendo su mando? —inquirió Rora estrechando la mirada.

—No sé decirte. Pero no le da mucha importancia a que cada vez tengamos más desertores, y ni siquiera presta atención a lo que va a ser un levantamiento contra el trono. Tríaro se está volviendo loco.

—Parece mentira con todo lo que lucha contra mí para subir los impuestos y quitar beneficios a los labriegos. «Todo por la causa que se nos viene encima», dice —trató de imitar el sonido grave de la voz del rey.

—Pues no da esa impresión. Está más interesado en el ejército marítimo y en proteger el comercio exterior que en lo que está pasando en tierra.

—Tierra Rápari, ¿verdad? —bufó la reina hastiada.

—E Ignixia —añadió Anitquin.

—¿Ignixia? —Se extrañó Rora—. No me consta que tengamos un tratado comercial en vigor.

—Habla con Soryana, ella te informará.

—Sabes que la única que no trata de guardarse información conmigo en este palacio eres tú —contestó la reina dulcificando el gesto.

Anitquin asintió.

Un pájaro se posó en el alféizar y Rora se acercó, sabía que no se iba a escapar. En el cuello llevaba un pequeño pergamino de cuero enrollado y atado a una cuerda. Lo desató y se lo guardó en un bolsillo interior de su pantalón color vino. En un cuenco depositó unas semillas y en el otro, agua.

—Noticias importantes —anunció Anitquin.

—Noticias milenarias —apostilló Rora reconociendo el origen del pájaro.

Ambas mujeres bajaron las escaleras sabiendo que la información que guardaba en su bolsillo era importante, provenía de las ancestras lífilas y era algo que estaban esperando desde que Síride y Bleris dieron la buena nueva. Era la primera vez que recibía una notificación por parte del característico pájaro rojo y es que eran contadas las veces que salían mensajes desde Isla Elodre.

Al llegar a la planta baja se despidió de su amiga, aquella que, cuando era la señora de Aldor y capitana general de los ejércitos, había sido su consejera de gestión.

Entró en la sala donde su nuera y su hijo Bleris estaban acomodados en el sofá.

—¿Qué tal la noche? —les preguntó nada más entrar.

—Buenos días, madre —saludó él en un susurro, indicando que la chica, cuya cabeza estaba apoyada en su regazo, se había quedado dormida—. No ha sido buena.

Rora se sentó en un sillón de una plaza y sacó el pequeño pergamino que al tacto parecía tener vida, como si respirara.

—¿Has visto a Yakán? —preguntó a su hijo mayor.

—Ha llegado de madrugada y no en muy buen estado.

La yora negó cerrando los ojos, no entendía qué le estaba pasando a su hijo. Aceptaba que siempre había sido el menos centrado de los dos y que una salida con alcohol de por medio siempre le llamaba. De hecho, en Aldor tenía un grupo de amigos en la guardia real con los que no se perdía ni una salida a la ciudad, pero desde que llegaron a Portálobe su actitud había cambiado.

—Han llegado noticias importantes. ¿Sabes dónde está tu padre?

Bleris no hizo ningún comentario, solo negó. No hacía falta decir nada, su madre sabía que la relación padre hijo se había deteriorado hasta un punto de no retorno.

—¿Vas a desvelarlas sin su presencia? —Miró el mensaje de su mano.

—Si no aparece en toda la mañana no me quedará otra opción.

—Quizá deberíamos esperar a la comida.

—Las ha traído un carduelis —sentenció.

—¿Las ancestras?

—Sí.

En ese mismo momento Mortial hizo acto de presencia en la sala. Los miró

con esa mueca extraña entre el asco y el desdén que utilizaba cada vez con más asiduidad al estar entre ellos. Fijó la vista en Síride.

El silencio y la tensión podían cortarse.

Rora mantuvo el porte altivo, aún sentada era una mujer de dimensiones importantes y su presencia seguía imponiendo igual. La inexplicable razón de que su marido, y antiguo amante, tuviera esa actitud era la causante de toda esa rabia que le consumía por dentro.

—Dichosos los ojos —espetó hacia él que parecía que ni siquiera la escuchaba.

Bleris se tensó al ver la extraña mirada de su padre sobre Síride. Y en un acto de protección hacia ella se levantó depositándola sobre el sofá, para ponerse delante.

—No voy a hacerle nada, hijo. —Pareció un insulto en vez de un apelativo de cercanía, y la risita que le siguió lo corroboró.

—Las ancestras lífilas han mandado un mensaje —anunció Rora.

Mortal se volvió hacia su mujer, que esta vez sí había captado toda su atención.

Por fin recibían el mensaje, sabía que tarde o temprano tendrían que partir hacia allí, que serían llamados por aquellas brujas poderosas. Por esa razón, y a partir de ese momento, el destino de la sánquira de los ojos de colores era Ladas, porque allá donde la encontraran lo más rápido y efectivo era poder darle muerte en aquella isla a la que él tenía que acudir.

—Habla.

—Trátame con respeto. —Rora se levantó y lo encaró. Olió el humo de corteza de árbol sagrado en él y se preguntó dónde había pasado la noche.

Mortal elevó una ceja y respiró profundamente.

—¿Vas a decir lo que quieren las ancestras?

—Quizá deberías darte un baño antes de que podamos hablarlo. —Se dio la vuelta y salió a paso rápido de la sala.

—¡Rora! —gritó el rey despertando a Síride y yendo tras ella.

Observó cómo con paso acelerado su mujer subía las escaleras y se perdía en el pasillo que llevaba a su nueva habitación.

Mortal salió disparado hacia sus aposentos. Tendría que haber pasado por ellos antes de entrar a hablar con su familia, debería haberse cambiado de ropa y quitado el olor de Falot de su cuerpo, pero la repetición de la orden de la sánquira de pelo azul todavía resonaba en su mente con demasiada fuerza, y

una energía ajena a él le había llevado hacia su nuera, la que haría realidad su deseo de ser inmortal y conseguir ser el monarca de todo Siloria.

—No lo soporto, Bleris... ¿A quién más va a asesinar? No estamos nadie a salvo. No dejo de pensar en Xadia. —Se quedó en silencio y miró a su compañero—. No quiero seguir viviendo con él —sollozó Síride en brazos de su marido cuando su suegro salió de la sala.

—Lo sé, yo tampoco. —Besó su cabeza. El acto de su padre del día anterior los tenía aterrorizados y ninguno de los dos soportaba convivir con aquella violencia.

—No entiendo por qué no nos vamos. Podemos irnos a Anthexis o a Roley, mis padres tenían propiedades allí que ahora son más.

—Mortal no va a permitir que nos vayamos —dijo sintiendo el peso de esa determinación.

—¿Por qué? ¿Qué más le da? Ni siquiera nos presta atención. —La chica se levantó del sillón y lo miró a la cara con los brazos en jarras.

—Ya lo hablé con él. Lo sabes. —Se levantó y se puso a su altura, acarició la mejilla y la miró con tanto amor como tristeza había en su corazón—. Fue lo primero que le dije cuando... Después de la boda —mencionar la horrible muerte de los Greyers le dolía—. Mi padre dijo que no iba a permitir que ninguno de sus hijos viviera fuera de las paredes de este castillo.

—¿Y si lo intentas de nuevo? —preguntó desesperada.

—No sé si funcionaría, mi padre está cada vez peor. Cada vez es más difícil encontrar en él un resquicio del hombre que fue.

—Fuguémonos —propuso ella con vehemencia.

—Síride... Estás en estado. Mortal podría capturarnos si pudiéramos un solo pie fuera de Portálobe en menos tiempo de lo que tarda en ordenarlo.

—¡Pues no puedo más, Bleris!

Escapó corriendo hacia su habitación y su marido salió tras ella, se le partía el cuerpo por la mitad viéndola así.

No permitió que ella cerrara la puerta, entró y fue él quien pasó la cerradura.

—Seguro que tenemos la manera de hacerlo, Bleris. —Comenzó a caminar nerviosa de un lado a otro—. De noche avanzaremos más, incluso si nos llevamos un caballo.

—No puedes montar a caballo, Áskara dijo que no era conveniente.

—Si sigo bajo el mismo techo que Mortal, no seré capaz de seguir

viviendo para dar a luz a tu hijo, ¿no lo entiendes? —Estaba histérica.

Bleris la abrazó, aunque ella no estaba receptiva y le costó que aflojara, que los delgados brazos de su mujer se anclaran en su cuello, pero lo consiguió y con ello llegó el llanto.

Tenía que decirle que, además, debían de cumplir con Siloria, con las diosas. Habían engendrado un hijo que podría tener la sangre pura necesaria para el ritual del Eclipse de Sangre. Ella parecía haberlo olvidado, pero él era un yor puro, hijo de dos yores, y ella una lífila, las ancestras ya habían enviado el mensaje y la suerte para ellos estaba echada. Tenían un viaje ineludible a Isla Elodre.

Quizá... quizá podrían huir por su cuenta. Un plan desesperado se apoderó de él.

A la mañana siguiente Bleris tenía un objetivo claro. No podían seguir allí, si para él era desagradable encontrarse con su padre por las estancias del castillo, para su esposa entendía y sabía que era inviable. Le causaba terror y asco a partes iguales.

Tocó la puerta de la habitación donde Áskara, la rashari del castillo a la que su padre trataba como a una prisionera, sin darse cuenta lo valiosa que era como sanadora, pasaba consulta y ahora estaba confinada.

La encontró muy demacrada y con los ojos rojos de haber estado llorando. No era de extrañar, aunque Bleris se hubiera negado a presenciar el asesinato que había perpetrado su padre, toda la gente del castillo lo sabía. Lo que no entendía nadie era la razón; hacía mucho tiempo el rey se había vuelto inaccesible. Posiblemente estaba demostrando ser un cobarde haciendo caso omiso de todo lo que acontecía en la corte, pero a él sólo le importaba estar cerca de su esposa ya que cada día que pasaba parecía consumirse.

—Adelante.

Bleris entró y la mujer se puso en pie en cuanto se dio cuenta de que su visita no era de las habituales.

—Señor. —Hizo una reverencia.

—Buenos días, vengo a hacerle unas preguntas que me gustaría que quedaran entre nosotros.

El yor de pelo negro se fijó en su rostro. Tenía la piel cetrina, no estaba como otras veces, pero ella le contestó y lo miró a los ojos con la entereza de la profesional que era.

—Por supuesto, nunca hablo de mis pacientes con nadie, es información

confidencial.

—Es sobre Síride. Me gustaría saber si podría viajar a caballo. Sé que dijo que si se pudiera evitar era mejor, pero... ¿cuán perjudicial es?

—En su estado no se recomienda por la posibilidad de que se produzca la pérdida del bebé. Si fuera salir a dar un paseo, después de la experiencia que su esposa tiene montando a caballo, no habría problema. Siempre y cuando fuera despacio, sin llegar a galopar. Pero estar durante horas montando no es aconsejable. A no ser que el viaje sea a Isla Elodre, si es por eso por lo que me pregunta debo decirle que está completamente protegida para hacerlo.

Bleris entrecerró los ojos sin apartar la mirada.

—La protección de las diosas ante esta situación es un hecho comprobado —corroboró Áskara.

—Ya veo. ¿Y si no fuéramos allí? —preguntó mirándola de hito en hito, esperando que aquello también resultase confidencial.

—En ese caso debería viajar lo más cómoda posible en un carro y realizar las paradas necesarias. Debería hacerle un chequeo completo antes de partir. Comprobar que está todo correcto.

Ambos se quedaron en silencio. Bleris pensando en si había alguna posibilidad de eludir aquel viaje a Isla Elodre, y en el caso de que fuera inadmisibles en la posibilidad de alejarse del castillo una vez decidieran viajar allí.

—Gracias.

—No las merece. —Ella asintió con un gesto solemne y él trazó un amago de sonrisa en gratitud.

Se dio la vuelta hacia la puerta y antes de salir volvió la cabeza.

—Siento muchísimo lo de su compañero. —Él sabía del parentesco por Síride.

Vio como ella apretaba los labios y forzaba los ojos abiertos.

—Se lo agradezco, señor —susurró.

—Bleris, llámeme Bleris. Y cualquier cosa que pueda hacer por usted, por mejorar su estancia...

—No se preocupe.

Todos los Nigart estaban reunidos por orden del rey en el comedor principal. Habían terminado de comer en un silencio solo roto por el sonido de los cubiertos, la comida y la bebida. Nadie habló, y solo Mortial y Rora tenían la información que querían comunicar.

La vajilla y las sobras desaparecieron en el mismo silencio de la mesa.

—¿Puedo retirarme? —pidió Síride en voz baja—. No me encuentro muy bien.

Apenas había comido, como era habitual si tenía que compartir mesa con su suegro. Antes de que Bleris la disculpara, como hacía siempre, Mortial se adelantó con un golpe de voz:

—No, no puedes. —El rey se limpió la boca con la servilleta de su regazo y la lanzó a la mesa con asqueo.

—¿No puede? —Bleris lo miró sin parpadear. De repente los nervios le tensaron la mandíbula.

—Es algo que le incumbe, hijo. —Esta vez fue Rora la que interrumpió, y con ello le lanzó una mirada que transmitía una petición de paciencia.

Mortial observó a sus hijos y parpadeó con lentitud. Uno de los hombres del servicio le trajo una copa de Brandy y lo movió con parsimonia sobre la madera ya limpia de todo rastro de comida.

—Ayer llegó una misiva importante de Isla Elodre —empezó a hablar Rora.

—No entiendo qué tiene que ver esto conmigo, padre —Yakán se dejó caer sobre el respaldo con hastío.

—Si dejas tu impertinencia a un lado quizá te enteres —espetó el rey sin mirarlo.

—¿Pero de verdad me interesa? No soy el rey, no soy el padre de esa criatura. —Aquello pilló por sorpresa a Mortial.

—¿Así que ya estás enterado de todo? —lanzó con una sombra de malignidad en su mirada.

—Claro. No hay que pensar mucho. El Eclipse de Sangre se acerca. Las noticias de los campos pudriéndose en toda la zona sur de Tierra Doria ya llegan hasta aquí. Solo hay que ver el nivel del lago Rosa. En la ciudad los rumores se escuchan por encima de cualquier murmullo —respondió con petulancia, recostado con desgana y sin apenas mirar al rey—. No pinto nada y, además, tengo asuntos que resolver en Portálobe.

—¡No quiero volver a escucharte hablar, Yakán! —tronó el rey mientras golpeaba la mesa con el puño cerrado.

—Como bien dice Yakán —tomó el mando Rora—. Las ancestras lífilas anuncian la llegada del Eclipse, y con ello ordenan la salida hacia Ladas de todas aquellas lífilas que estén embarazadas de un yor puro.

Síríde inspiró con fuerza, se irguió y miró a Bleris con el terror en sus ojos.

—Entiendo que, en tu estado, tras las pérdidas que has sufrido, no te hayas parado a pensarlo. Pero tú tienes que viajar, Síride. —La reina se dirigió hacia ella con una mirada maternal.

—En siete días partiremos hacia Ladas —dijo Mortial saliendo del ensimismamiento bélico hacia su primogénito.

—Tierra Doria está llenándose de bandos en los que se exige partir a todas las lífilas en estado —añadió Rora—. Las caravanas hacia Isla Elodre van a empezar a salir de inmediato.

—¿¡Has ordenado tú el bando sin mi consentimiento!?! —Mortial desvió su atención a su mujer.

—Por supuesto, es nuestro deber. Y el mío desde que he sido relegada a la posición de gestora de la corte. ¿Acaso lo has olvidado? —Mortial parecía aturdido y Rora lo observó confundida.

—¿Y si nos negamos? —preguntó Bleris con templanza, haciendo que Mortial lanzara su vista a su hijo mientras apretaba la copa con fuerza.

—Somos la máxima representación en Tierra Doria, no podemos negarnos —contestó la reina.

—Pero... —La chica de pelo pajizo abrió la boca con terror en sus ojos.

—Síride irá —sentenció el rey, se levantó sin mirarla, apuró el Brandy y se fue del comedor.

Capítulo 10

Después de tres días de viaje a caballo pedí por favor bajar del animal y así entrar en Reilos caminando. Nunca había hecho un trayecto tan largo a lomos equinos y tenía los músculos adoloridos de la posición.

Llegamos al arco que indicaba el inicio del pueblo, atravesamos su entrada y Reilos apareció ante nosotros. Era el pueblo más grande de Benied. A priori, según dijo Karés, iba a ser un lugar complicado donde atravesar la frontera hacia Médiáne, pero era el único paso seguro del río Droid. Había otras formas, otros pasos, pero no salvaguardaban nuestra seguridad por ser demasiado peligrosos dadas las barreras naturales que presentaban.

Reilos iba a ser nuestro último lugar seguro antes de llegar a Pesala, comarca de Pyros Greyers, el hermano de la difunta reina.

Durante el camino, mi compañero de viaje, que había resultado ser más conversador de lo que aparentaba, me habló de las relaciones hostiles de esta comarca con el nuevo rey, lo que la hacía más segura para pernoctar. Una pequeña esperanza, por la posibilidad de salir a la calle y sentirme un poco libre en una ciudad, comenzó a prenderse en mi interior, pero no le quise dar importancia porque me había planteado, desde hacía ya unos días, no intentar variar los planes que él tenía.

Karés bajó del caballo, sujetó las riendas por delante del cansado animal y me siguió; yo apenas había dado unos pasos por delante de él. Miré hacia atrás y lo vi abrigado hasta las orejas con una chaqueta gruesa llena de remiendos, la única que tenía. Yo llevaba una capa corta cuyo interior estaba forrado de lana gruesa y ligera de oveja, fue un regalo de mis padres en mi último cumpleaños.

Me sentía exhausta, no habíamos descansado mucho, excepto el día en la posada de Fícol que, aun durmiendo sobre paja, comparado con las otras jornadas de descanso, había sido una bendición lunar. Las últimas noches las habíamos alargado desde antes del atardecer y hasta más allá de la salida del

sol.

Antes de partir y del correspondiente desayuno entrenábamos duro, y es que ni Karés sabía bajar el ritmo ni yo quería que lo hiciera. Me sentía presta a aprender y reconozco que era muy rápida reaccionando, algo que compensaba de alguna manera la fuerza que no tenía, tal y como me recalaba Karés cuando le satisfacían mis defensas.

Traté de acomodarme al paso de mi compañero, de no entorpecer en absoluto nuestro camino. Sé que cambié de forma muy radical mi comportamiento, pero era lo que debía de hacer. Tras la parada en la granja no pregunté nada sobre lo que él les contó a aquellos labriegos. Cuando confesó cómo habían sido asesinados sus padres, el mismo día de la boda de Síride, se me heló la sangre. Reconozco que la vergüenza de mi comportamiento inicial con él me hizo meditar mucho más en mi conducta. Ni siquiera me había parado a pensar en la posible historia que guardaba aquél yor, porque todos tenemos una y Mortial Nigart parecía querer ser el protagonista de todas ellas.

Miré hacia arriba, a los edificios de varios pisos de los colores de la tierra anaranjada y con pequeñas ventanas. Era una población extraña, construida en altura para aprovechar el espacio.

Reilos se encontraba en una pequeña meseta de sierra Travana, sistema montañoso que ejercía de frontera real entre Benied, Médiane y parte de la comarca de Aldor, por cuyo valle corrían las poderosas aguas del río Droid. Esta sierra era casi tan impresionante como la cordillera Central, que se situaba entre Aldor y Sandoria y rodeaba con montañas altas y extensas el volcán que llevaba el mismo nombre de la diosa Rashj. Si bien Travana no contaba con su extensión lo compensaba con los picos más altos y abruptos. Dicho desnivel salvaguardaba la comarca de Benied, de tal manera que en las guerras más antiguas los beniedos se convirtieron en una resistencia impenetrable. No era de extrañar que allí, en ese momento, se reuniera el segundo mayor foco de rebeldes contra el actual reino.

El sol todavía no había salido, y esa era nuestra intención. Encontrar el menor número de personas por las calles ya que siempre era mejor moverse en solitario o entre la marabunta. Reilos era un poblado grande en el que la actividad comenzaba temprano, pero de esa forma nuestra llegada al mismo y la travesía hasta el lugar donde íbamos a pasar el día, fue solitaria.

Ascendimos por la calle empinada, las ventanas estaban cerradas a cal y canto. Apenas se veía el cielo algo más claro por el este. Karés aceleró un

poco el paso y se puso a mi altura.

—La posada está al otro lado del pueblo. Debemos pasar por la plaza y llegar hasta el baluarte que está sobre el acantilado —me dijo.

Asentí y caminamos hasta llegar a la mencionada plaza que estaba llena de puestos tapados. A esta la rodeaban dos torreones que se alzaban a ambos lados de una enorme muralla. Por allí empezamos a ver las luces azuladas y violetas propiciadas por la salida del sol.

—Voy a pegarme a ti —advirtió Karés sin rozarme todavía—. A ojos de cualquier otro, aunque sean pocos los que se fijen en nosotros, somos pareja y venimos de Estor.

—¿Estor? ¿Pero no éramos de Kárale? De todas formas, no hay nadie por las calles —susurré al tiempo que me separé un poco de su cuerpo. De repente lo sentí demasiado cerca.

Sabía lo que venía ahora. Lo habíamos hecho con los campesinos. Incluso sentí lástima por toda la mentira que les contó Karés sobre nuestra huida de enamorados. Me daba un poco de pena que la historia no fuera verdad, porque cualquier alternativa a la realidad que estábamos viviendo era mucho mejor.

Pero aun y todo, después de haber tenido que tocarnos para mantener la apariencia de ser lo que no éramos, me resultaba demasiado difícil fingirlo. Todavía no podía quitarme de encima la sensación que me embargó al despertarme en la posada de Fícol aquella noche, y darme cuenta de que mi cuerpo estaba rodeado por sus brazos mientras dormíamos. Me retiré, y no sé si lo hice porque era lo que tocaba, ya que allí no había nadie corroborando nuestro falso testimonio, o porque me sobrepasó la sensación de... ¿pertenencia?

—Es mejor cambiar de lugar, no vamos a encontrarnos por aquí con los hombres del primer día. Hoy Estor será nuestro lugar de origen. Es una ciudad muy dispersa y con mucho tráfico marítimo, además de lejana.

No puse ninguna objeción, me quedé con el dato y seguí caminando al lado de Karés, pero sin tocarnos. Por mucho que me costara tenía que hacerme a la idea de que fingíamos ser pareja y debíamos llevarlo a cabo.

Resoplé y me paré. Mi padre y sus consejos se hicieron presentes en mi mente, era imposible obviarlos.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Claro que pasa. —No podía no hacer lo correcto, aunque no me sintiera del todo cómoda.

Me miró entrecerrando los ojos para después echar un vistazo a su alrededor. Bien era cierto que por allí no había nadie, ni siquiera estaban abiertas las contraventanas de madera.

—Yo no sé a cuántos compañeros has visto, pero... —empecé a hablar.

Karés, nervioso, se pasó la mano por la barba y por la cara hasta llegar al pelo. Tenía que ser tan consciente como yo de que a nuestra interpretación de pareja le faltaba mucho por pulir.

—No sé cómo hacerlo —dijo de repente, como si estuviera agobiado por los signos de cercanía.

—¿Nunca has estado con nadie? —pregunté sorprendida.

—No es eso...

Vi una duda en él que no había visto en todo el camino, ni cuando me tocó delante de Estina y Turius, ni cuando los hombres nos sorprendieron en la majada.

—Tienes mi palabra de que no te voy a leer, no lo entiendo —le reproché con dolor en mi voz.

—No es eso. Nos falta...

—Sí, confianza, ...—terminé por él—... claro, es lógico. —Si el yor supiera el esfuerzo que me estaba suponiendo tratar de cambiar mi actitud quizá no hubiera estado tan reticente—. Pero unos amantes que están huyendo, que por amor se van de casa de su familia para vivir juntos y con libertad, no pueden ir sin más el uno al lado del otro. Van de la mano o tocándose o algo...

Me sonrojé con fuerza, lo sentí y tuve que mirar hacia el suelo. No podía olvidar que era una coartada y debía sostenerse, la vida nos iba en ello y desde que me enteré por qué huíamos sabía que, a pesar de lo incómodo que pudiera llegar a ser, teníamos que intentarlo con todas nuestras fuerzas.

—¿Te parece si lo hablamos una vez hayamos descansado? —sugirió Karés frunciendo el ceño. No parecía sentirse muy cómodo y no lo entendía, nada había cambiado desde que habíamos estado en casa de Turius y Estina.

—¿Vamos a entrar a la posada cada uno por nuestra cuenta? —pregunté certera, alzando una ceja.

—No —lo noté dudar.

No dije nada más, solo lo miré a los ojos. Karés tuvo que parpadear ante mi mirada bicolor. Ahí había una inseguridad que no supe por qué, pero me dio calor.

—Seré yo quien te toque —sentenció de repente, como si hubiera llegado

a alguna conclusión.

—Pero... —No entendí.

—Pondré la mano en tu cuello, bajo tu pelo. Si... si te parece bien —titubeó.

Procesé la información y el gesto que vi en su cara. Asentí, no obstante, sentí que el corazón amenazaba con salirse de mi pecho, se me secó la boca y no entendí, en absoluto, por qué el plan me ponía tan nerviosa. Quizá si nos hubiéramos cogido de la mano sin darle más importancia no estaría así. Tragué una saliva que no tenía. Debíamos hacerlo por muy íntimo que pareciera; él no había elegido ir de la mano, prefería ir rozando mi cuello, como ya había hecho en casa de Estina y su marido. Pensé que debía de ser algo personal y no quise darle más vueltas.

Me encogí de hombros, me acerqué más a él. Lo miré, inspiré con fuerza, sentí como si necesitara ese contacto y a la vez mi cuerpo quisiera rechazarlo. Por un segundo pensé que me estaba volviendo loca.

Karés hizo un gesto con el mentón hacia donde nos dirigíamos, carraspeó, vi cómo apretaba la mano en un puño y con la mano puesta a modo de saludo, con el pulgar pegado, ahuecó mi melena oscura.

Sentí sus dedos sobre la piel de mi cuello.

Y ahí estaba de nuevo.

Una corriente que fluía entre los dos, un bienestar que ya reconocíamos. Algo que, curiosamente, no sentía cuando practicábamos las clases de lucha y defensa, solo pasaba cuando parecíamos acercarnos de forma más íntima.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —le pregunté con la voz ahogada.

—Debemos hablar sobre esto y averiguar algo más. —Comenzamos a caminar y descendimos por una calle empinada que llevaba a la posada—. Pero más tarde. Necesitamos descansar en una cama y comer algo.

Desvié mi vista a *Farol*, se le veía relajado y algo cansado, necesitaba refresco para poder continuar por la noche.

Llegamos frente a una puerta de madera maciza cuya aldaba era una luna. Karés no rompió el contacto entre nosotros, movió sus yemas ligeramente por mi piel e hizo que ese cosquilleo erizara mi vello. Aguanté la respiración y cuando me di cuenta de que había sido demasiado audible abrí mucho los ojos y miré al suelo arrepentida. Escuché un carraspeo por su parte, vi de reojo cómo soltaba las riendas del caballo y acto seguido oí los dos golpes secos y contundentes en la puerta.

El yor volvió a aclararse la garganta e inspiró, sentí que me miraba y no sé si fue por la conexión de esa magia entre los dos, pero volví mi cabeza hacia él y le correspondí. Una sonrisa ligera por su parte hizo que lo imitara; me gustaba verlo sonreír, era algo insólito después del rictus serio que llevaba de forma perenne sobre su cara. Ya no sentía el corazón acelerado, solo una especie de magnetismo hacia él, como si estar a su lado fuera a calentarme por dentro en aquella mañana fresca.

—Parece un hechizo —susurré sin querer.

Los trancos de la puerta se escucharon en ese mismo momento y ambos miramos hacia delante.

Una mujer pequeña, de pelo blanco rizado y corto, con unas gafas de metal redondas y doradas, apareció en el umbral con una sonrisa a pesar de las horas que eran.

—Buenos días —saludó Karés.

—Bienvenidos a Reilos, muchachos —contestó ella—. ¡Sotrix! —llamó en un grito mirando el interior—. Ahora se ocuparán del animal, amárrelo aquí. —Señaló unas barras sujetas a la pared exterior de la posada y nos franqueó la entrada.

Él me dejó pasar y retiró la mano de mi cuello. La calma desapareció, y mi alrededor dejó de tener los colores agradables y vibrantes con los que se pintaba el mundo a su contacto.

Se quedó fuera para atar las riendas del caballo; bajé la mirada y oculté mis ojos. Karés volvió a poner su mano bajo mi pelo en cuanto se puso a mi lado, no me lo esperaba y me sobresalté un poco. No fui consciente de lo que echaba de menos su toque hasta que lo volví a sentir, podría hacerme adicta a esa sensación, y agradecí en silencio que lo hubiera hecho sin siquiera pedir permiso. Y es que no solo era calma, había algo parecido a la vida que ronroneaba en mis venas con ese contacto, incluso parecía que estaba menos cansada, menos dolorida por el trayecto a caballo.

En la entrada el olor a lavanda y a humo impregnaba todo el lugar. A esa altitud las noches no eran calurosas, ya lo habíamos comprobado en nuestro ascenso hasta el pueblo. Aun estando en la notha de luna, al cielo nocturno de toda sierra Travana se le unía el humo de las chimeneas de cada casa para templar la noche.

—Quisiéramos pasar todo el día de hoy, si tiene sitio. Estamos agotados de viajar —habló el yor.

—Claro, seguro. Se les ve cansados. —La señora se metió detrás de un mostrador de madera rojiza—. Está fuera. —La dueña se dirigió a un chico que salió por una puerta. Al lado de esta se encontraba un altillo donde había una especie de estufa chimenea—. Sotrix llevará al caballo a la parte de atrás, lo podrán recoger cuando quieran.

Se dio la vuelta para buscar en un armario que tenía a sus espaldas, en la pared, entre dos ventanas que ofrecían las vistas al escarpado paisaje de la sierra y el río Droid. La estantería parecía contener las llaves de las habitaciones, aunque en ese momento no se veía ninguna más que la que cogió. El resto de la estancia era pequeña, únicamente había un sillón de cuero con una plaza situado frente a la estufa sobre el altillo. Todo estaba forrado con lamas de madera del mismo color que el mostrador y sobre este, un enorme ramo de lavanda fresca decoraba y aromatizaba el ambiente.

Con las llaves en la mano se volvió y cogió un libro grueso. Lo abrió y frunció el ceño.

—Me queda solo una, un poco ...—miró a Karés levantando la vista, sin mover la cabeza del libro abierto donde estaba consultando—... pequeña. Estamos en la semana del Mercado de las Hierbas y habéis tenido mucha suerte. —Dejó sobre la superficie rojiza un llavero de una luna similar a la del llamador y una llave grande—. Está en el tercer piso, la del fondo del todo. A pesar de su tamaño tiene aseo y una tina. Acomódense y en breve les llevaré un desayuno para reponer fuerzas. —Según lo dijo se fue hacia la puerta contraria a la que nos había indicado con la mano.

—Muchas gracias —dije dando un paso hacia la dirección indicada y sin dejar de pensar en la comida. Mi estómago rugió con solo su mención.

Entonces perdí el contacto con Karés y la burbuja se rompió. Quizá el alimento estaba por encima de aquella sensación, pero al no sentirla me desequilibré. Me agarré a la repisa y Karés se puso a mi lado de forma inmediata.

—¿Estás bien?

—Sí —susurré extrañada—. Subamos, estoy cansada.

Y es que el agotamiento de mi cuerpo volvió a pesarme en las articulaciones. Subimos el último tramo de escaleras que se habían estrechado considerablemente, se parecían mucho a las que tenía el baúl donde nos ocultábamos en Munilos. El yor iba por delante y el espacio se le quedaba pequeño, pero en seguida encontramos la que iba a ser nuestra habitación.

—Dormir en una cama me va a parecer mentira —susurré con impaciencia mirando cómo metía la llave en la cerradura de la puerta, que no era tan alta como las que habíamos visto en el resto de la posada.

En cuanto estuvo abierta apareció ante nosotros un pequeño y extraño cuarto en el que la luz del sol empezaba a colarse con suaves colores anaranjados. Era una sala de seis lados iguales, a nuestra izquierda un sofá de cuero oscuro al que le seguía un armario bajo de color azulón. A nuestra derecha una estufa similar a la de la recepción, con una pequeña puerta detrás, a la que le seguía una bañera grande, tanto que era casi absurdo que estuviera en esa habitación porque ocupaba más que el sillón.

El techo era abuhardillado y sobre la tina había una ventana enorme. Delante, el sexto lado justo frente a nosotros, una abertura sin puerta que daba lugar a un espacio ocupado por una cama apoyada por completo en el suelo. Esa parte, la de la cama, tenía en su techo, también abuhardillado pero con una caída diferente al resto, un ventanal enorme a través del cual en ese momento entraban los rayos solares haciendo de la estancia algo mágico a pesar de las dimensiones.

Desde la mitad de la pared, y cubriendo todo el techo, la madera hacía dibujos geométricos aprovechando el cambio de color, desde el rojizo al azul, pasando por el color vino.

No sabía cómo sentirme en ese rocambolesco lugar. Rezumaba cierta comodidad un tanto decadente, aunque sin duda era el mejor sitio en el que habíamos descansado.

Karés pasó por detrás de mí y se quedó en el centro mirando todo.

—Tú no vas a estar muy cómodo, va a faltarte el aire —dije analizando el espacio y comparándolo con sus enormes dimensiones.

Dio un paso con decisión topándose con el sofá para sentarse en él. Estaba claro que no estaba para remilgos; los dos arrastrábamos el cansancio de días atrás. Justo cuando echó mano de sus borceguíes de cuero, para quitárselos, el sofá se vino abajo.

Me tapé la boca de inmediato, primero por el susto, pero cuando vi que él estaba bien, porque negó con la cabeza y me miró con gesto de resignación agotada, empecé a reír. Aun así no quería ser grosera, ya había hecho el cupo con él, pero entonces él agachó la cabeza y empezó a temblar de la risa. No pude más, no sé si por el cansancio o por todo lo que mi cuerpo estaba, pero di rienda suelta a las carcajadas que brotaban sin querer. Me doblé hacia

delante ante la imagen del enorme hombre sentado en un sofá de dos plazas partido por la mitad, era demasiado grande para ese sitio y el mismo lugar se lo había demostrado.

—Nos va a salir cara la habitación como te cargues el mobiliario —dije en un momento en el que me llegó la respiración.

—No probaré la bañera. —Fue suficiente para que los dos volviéramos a estallar en risas.

—Cierra la puerta si no quieres que los vecinos vengan a prestar ayuda, estoy seguro de que, por lo menos, hemos despertado a los de este piso —dijo señalándola.

Cerré trancando por dentro, como había aprendido por seguridad desde que llegué con mi padre a Munilos, y porque allí tampoco me parecía descabellado hacerlo.

—Me da miedo moverme mucho por aquí —dijo él mirando alrededor.

—Quizá deberías hacerlo con cuidado. —Sonreí y caminé hacia el hueco que llevaba a la cama, donde me senté dejando las piernas estiradas hacia la sala.

Me dejé caer hacia atrás y permití que el sol, que empezaba a colarse por la ventana, me calentara la cara. Cerré los ojos y me quedé traspuesta.

Unos golpes en la puerta me despertaron, me sentí acalorada. Llevaba todavía la capa, las botas, los pantalones y en esa habitación había subido la temperatura. Me incorporé a tiempo para ver cómo Karés recogía la bandeja de desayuno a la vez que se disculpaba por haber roto el sillón.

—Es muy viejo, debería haberos avisado. No importa, mi esposo lo repondrá cuando acabe el mercado.

El yor cerró la puerta y se volvió con un montón de comida en los brazos. Se me hizo la boca agua. Llevábamos dos días comiendo fiambre seco y panes especiados y duros. Nuestro paso por la cantina de Fícol no fue destacable en comida, el guiso que nos sirvieron tenía un gusto impreciso y además estaba frío.

—¿Aquí? —Karés señaló el suelo.

—Para no perder la costumbre —respondí.

La sensación de que ya éramos un poco más cercanos me reconfortó, había cierta familiaridad entre nosotros, y eso hacía que todo por lo que estábamos pasando pareciera un poco más agradable.

Me levanté para quitarme la capa y la chaqueta que llevaba debajo, sentí

con alivio que el calor se esfumaba. Las botas las dejaría para más tarde, no respondía sobre el estado de mis pies.

—Hay un aseo —informó él señalando una pequeña puerta justo al lado de la entrada.

—¿Lo has probado?

—Sí, y casi tengo que quedarme dentro.

—Esto es una caja de caracoles —reí. Me senté en el suelo al lado de la bandeja.

Tenía delante de mí dos platos de gachas dulces y calientes, pan tostado y mantequilla especiada, además de fruta y dos jarras. Supuse que una era de café y la otra de leche, y las ganas de empezar a devorarlo todo me sobrepasaron.

Él se sentó y empezamos a comer en silencio, con hambre.

Una vez saciada decidí tomar una taza de lo que parecía café. Me serví, Karés ya se había puesto en su tazón, y luego lo mezclé con leche. Le di un sorbo y lo saboreé. Empecé a chascar la lengua contra el paladar deprisa y con toques cortos...

—No es café —dije con cierto asqueo.

—No lo es —corroboró él.

—¿Y qué es? —pregunté dejando la taza en el suelo y mirándola con desconfianza.

—Es un té de hojas de set.

—Por la Sangre de las diosas... no lo había probado nunca. —Lo miré frunciendo el ceño.

—Échale un poco de miel, te sabrá mejor. No tiene un sabor muy diferente al café.

—Sí lo tiene —dije dejándolo en la bandeja—. No voy a tomarlo. —Levanté la vista y al mirar al hombre que tenía frente a mí me avergoncé un poquito.

A lo largo de los días de viaje me había dado cuenta de que el vivir bajo la, quizá excesiva, protección de mis padres me hacía actuar, de vez en cuando, como una niña consentida.

—No me agrada —aclaré y mejoré el gesto de asco que sabía que había tomado mi cara.

—Quizá te acostumbres, o no. Pero es lo que se toma en toda la costa oeste. Aquí el café de Anthexis no llega, y si lo hace resulta difícil de

conseguir, además de caro.

—Bueno... quizá con el tiempo... —dije esperanzada aun sabiendo que para mí el sabor de ese brebaje por las mañanas era importante. Mi padre siempre se preocupaba de tener cantidad suficiente de ese grano molido, procedente de la Isla de Anthexis, en la despensa.

—Deberíamos dormir. Si quieres asearte antes de hacerlo te daré privacidad.

Miré alrededor.

—¿Sí? ¿Cómo? —Moví las manos sin entender la cuestión que me planteaba en tan minúsculo espacio. Era algo del todo imposible.

Karés me miró de hito en hito, con cierto regocijo en sus ojos pero que sus labios no manifestaban.

—No es que no haya visto ya lo que guardas bajo la ropa —me dijo recordando la mañana en Cala Blanca.

—Bueno, yo también sé lo que guardas tú y no voy a pedir una repetición —solté queriendo fingir molestia. No tenía fuerzas ni para ofenderme.

—Yo ya estoy listo, y no me has visto, ¿verdad? Me meteré en esa suerte de habitación y te aseguro que me dormiré como un tronco. Te lo juro por mi alma inmortal que no voy a intentar verte de nuevo. Aunque no te puedo mentir, no me importaría. —Me guiñó un ojo. Me sorprendí, no me lo esperaba.

Le lancé la monda de una fruta de mi plato y él la esquivó con soltura. Siguió riéndose y se levantó.

No me había dado cuenta hasta ese momento, pero él ya no llevaba la ropa que traía puesta y estaba descalzo.

—¿Te has metido a la bañera y no la has roto?

—Así es, está a prueba de yores fabulosos —me contestó jocosamente mientras se arrodillaba en la cama—. Retira la apertura del depósito un poco para que no te salga mucha agua.

Parpadeé y no pude evitar sonreír. «Va a resultar que no solo es guapo, también es gracioso», me avergoncé en el mismo momento en que lo pensé. ¿Guapo?, ¿de dónde había salido eso?

Me levanté con premura y cuando vi que el chico se tumbaba boca abajo en un lado de la cama, después de bajar una lona que cubría la ventana, empecé a desnudarme para meterme en la bañera. Una vez dentro abrí el extraño mecanismo del final del depósito, similar a un enorme odre colocado boca abajo. Sentí cómo el agua, bastante fría para mi gusto, empezaba a caer

en un ligero chorro.

Capítulo 11

—Lo último que quiero es ir a Ladas, y menos con... Mortial —Síride lo dijo con voz trémula y su mentón comenzó a temblar a pesar de que trataba de apretarlo para que no se le notara—. Me arrebatasteis a mis padres, no haréis lo mismo con mi hijo.

Rora observó cómo Bleris cogió su mano por debajo de la mesa y acto seguido agachaba la mirada. Estaba claro que su hijo pequeño no había hablado de aquello con su compañera.

—Hija... —habló con un tono que, además de traslucir lo inevitable, dejaba entrever la lástima que sentía por ella y la impotencia ante toda la situación.

—¡No me llames hija! —gritó la chica y se levantó echando hacia atrás la pesada silla de comedor en la que estaba sentada—. ¡No te atrevas!

Se deshizo de la presa férrea que Bleris tenía sobre su mano, y salió corriendo de la sala dejando a Rora con sus dos hijos.

—¿No hay ninguna manera de eludir el viaje? No va a soportar ser la Madre. Ni hablar del trayecto con padre.

—La única forma de que se cumplan los deseos de Síride es que traiga un varón —respondió apenada.

—Seguro que se puede localizar algún sánguero que sepa leer el sexo del bebé, no lo veo tan complicado. —Yakán, terminando su vaso de Brandy, soslayó a los miembros de su familia con tintes de aburrimiento en sus ojos—. Si me permitís, yo también me voy. Como siempre mi presencia aquí no es necesaria.

No le dijeron nada, él mayor de los Nigart salió del comedor dejando un silencio doloroso tras de sí.

—Síride está débil, madre —dijo Bleris.

—Lo veo. Se marchita. Quizá durante el viaje, con la protección que le brindan las diosas...

—Lo que más necesita ahora mismo es no estar bajo este techo —le cortó a Rora de forma abrupta—. Convivir con los asesinos de sus padres... —Bleris cerró los ojos, apoyó los codos en la mesa y metió la cara entre sus manos—. Madre... —La volvió a mirar con los ojos negros llenos de profunda tristeza—. Piedad, por favor. Permitidnos vivir en otro lugar, que ella se cure, que aprenda a sobrellevar la ausencia de sus progenitores, que su mundo lo llenemos ese niño y yo.

Rora alcanzó la mano de su hijo y la apretó asintiendo.

—Sé lo que queréis, y sé que sería lo mejor. No entiendo por qué tu padre no os lo concedió en el mismo momento en el que lo pediste. Es como... parece otro. —Negó con la mirada perdida. Trataba de encontrar alguna justificación al comportamiento del rey, algo imposible después de todos los actos cometidos—. Nunca hubiera pensado que sería capaz de ordenar el asesinato de Asuro y Trox, ni mucho menos en el mismo día de vuestra unión sagrada. —Tembló como si lo estuviera viviendo en ese mismo momento—. Y tampoco entiendo el empeñamiento en viajar con vosotros. Es como si quisiera estar en los acontecimientos importantes de Siloria, hay un afán de poder que no... —Frenó las palabras. Mortal nunca había sido así. Miró a su hijo—. Pero ten en cuenta que, si antes no lo permitió, ahora mismo tampoco os lo va a otorgar. Es ley, es nuestro deber con Tierra Doria, con Siloria en realidad. Nos debemos al mundo al que pertenecemos, y a las diosas lunares. Debéis viajar a Ladas.

—Sé de lo que estamos hablando —dijo resignado—. Pero no puedo subir a la habitación y mirarla a la cara para decirle que no puedo hacer nada por ella, otra vez.

Se derrumbó sobre la mesa, apoyó su cara sobre los brazos y dejó a la vista el cuello con el dibujo de su raza que marcaba su piel y que se perdía bajo su ropa. Rora le acarició las líneas con cariño, con consuelo y llena de impotencia y dolor.

Todavía recordaba cómo Bleris le contó que se había enamorado de Síride, tras el baile que los Greyers daban todos los años para celebrar la nostra de luz, la estación cálida de Siloria.

Bleris y Síride se conocieron esa misma tarde. En cuanto ambos se presentaron como obligaba el protocolo de las familias más importantes de Tierra Doria en esos eventos, no tuvieron ojos para nadie más. Síride se quedó prendada de la mirada certera, oscura y tenaz de Bleris. Con su porte alto y

elegante, fuerte e imponente, era un yor con el pelo negro que lejos de llevarlo largo y recogido en un moño como los guerreros de su estirpe en batalla, lo tenía muy corto y pegado al cráneo, el atractivo era innegable y la hija de los Greyers no tuvo más opciones. Bleris hablaba de ella como si lo que hubiera visto, tocado y besado fuera un ser mágico. No se extrañó cuando Rora le contó que era una lífila. Y su madre supo, por su expresión de obnubilación con ella, que no le habría parecido raro si le hubieran dicho que era descendiente directa de las ancestras, de esos seres eternos con una belleza etérea e infinita. Para Bleris Síride era pura magia.

Aquella tarde se rondaron como si de un juego se tratase. Se miraron como si no existiera gente a su alrededor. Rechazaron todas las peticiones de baile. La música que se tocaba hasta la salida de Merdul, la luna mediana que era la más perezosa para aparecer en el cielo, los unió y no permitió que dedicaran sus bailes a nadie más.

Cuando la cúpula celeste se llenó de más luz con su tercera luna acompañando al resto, Bleris dejó un beso suave en la comisura de los labios de Síride. A partir de entonces comenzó un cortejo en el que la distancia y los mensajes, a través de las aves entre Aldor y Sandoria, se sucedieron sin parar.

Tres notras pasaron, en las que los amantes terminaron desesperados por no poder verse, hasta que llegó el compromiso. Tras este Bleris se quedó como huésped en el castillo de Portálobe, donde los Greyes lo trataron como a un hijo más. Después de la notra de luna, justo un año después, celebraron su unión sagrada y dio comienzo el inicio del infierno que Mortial les estaba obligando a vivir.

Bleris subió a sus aposentos tras varias horas paseando en soledad por los parajes traseros del castillo. Se escondía de su esposa. La cobardía de enfrentarla se apoderaba de sus actos, la impotencia de verse obligado a hacer lo que las leyes ancestrales de Siloria pedían le ahogaba.

Cuando abrió la puerta de su habitación se encontró una imagen que no esperaba. Áskara, la rashari, estaba de pie en medio de la habitación y Síride se encontraba con el rostro demudado por el terror, y con la espalda y las manos pegadas a la pared.

—¿Qué está pasando aquí? —Bleris avanzó en enormes zancadas llegando hasta su esposa para ponerse delante en acto de protección.

—No quiero que me toque... —la lífila lanzó el susurro tembloroso que a Bleris le partió en dos—. Dice que nos vamos, Bler...

—Pequeña... —el murmullo de dolor que Áskara soltó le indicó al yor el cariño que esa mujer sentía por su esposa. Tratando de mutar el gesto a uno más correcto, y sin conseguirlo, miró a Bleris—. El rey me ha enviado para hacerle un chequeo y comprobar que todo en su embarazo va bien. En unos días salen de viaje y es una rutina que tengo que realizar cada mañana hasta vuestra partida.

—Que no me toque... Por favor, Bler... ¡que no me toque! —suplicó en un susurro ocultando su cara llorosa en la enorme espalda de su pareja.

—¿Puede venir más tarde? —le pidió el yor con tranquilidad.

Áskara, inspirando con fuerza, como si le costara reprimir su impulso hacia la chica, se marchó de la habitación tras asentir con rigidez.

La puerta se cerró y Síride se dejó caer al suelo. Lloró con la cara tapada, mientras balbuceaba una plegaria a la diosa en la que pedía poder vivir su vida.

Bleris se acuclilló y la cogió en sus brazos para sentarse con ella sobre su regazo.

—Te quiero, Bler. No quiero a nadie en esta tierra como te quiero a ti. No dejes que me arrastren a ese viaje, llévame contigo a donde quieras. Sácame de aquí —imploró desgarrada, abrazada a su cuello y empapando de agua salada su jersey negro.

El hijo del rey sintió la humedad en su pecho y cerró los ojos con fuerza.

—Iremos juntos, estaremos juntos en esto. No nos separarán. —La estrechó entre sus brazos.

—Nos quitarán a nuestro bebé, se lo quedarán allí —sollozó.

—Quizá no sea lo que están buscando, no somos los únicos que van a peregrinar hacia Ladas.

Síride ahuecó su agarre y le miró a la cara.

—No sé si quiero confiar en eso, porque si pongo todas mis esperanzas en volver con mi bebé y eso no pasa... Bleris... si eso no pasa...

La mano de ella se posó en su propio abdomen. Apenas se notaba abultado, pero a ellos les daba igual, ya llevaban días cantándole y hablándole mientras descansaban tumbados en la cama.

Mortal había sido interceptado por Tríaro con urgencia en cuanto salió del comedor, y en ese momento escapaba de la sala dejando a sus dos consejeros y al responsable de sus ejércitos con la palabra en la boca. Sabía que era cuestión de tiempo que las comarcas rebeldes se llenaran de los desertores

que cada vez eran más en sus filas, pero había cuestiones más importantes que a ellos no les parecían. Era el rey y su última palabra era la que contaba.

Salió disparado hacia la torre de la sánquira. Desde el mismo instante en que Rora le confirmó lo que ya esperaba del mensaje de las ancestras lífilas su emoción y ansiedad subieron al límite. En ese momento estaba algo irascible.

A sus oídos llegaron las noticias de que ni Síride ni Bleris estaban por la labor de realizar el viaje.

«¿Acaso no saben que esto es ley? ¿Qué no hay nada que impida ese peregrinaje?». El asqueo hacia la pareja nubló la emoción que le había embargado al saber que sus planes ya tenían fecha.

Falot no estaba en el sótano. El rey subió las escaleras estrechas que llegaban a los aposentos de la satra casi de dos en dos. Entró en la habitación circular y la encontró con solo un camisón largo, negro y transparente. La abertura frontal dejaba al aire desde el cuello hasta el ombligo y tapaba estratégicamente sus pechos. Estaba de pie, apoyada a un lado de la ventana, fumando corteza de árbol sagrado y mirando hacia afuera como si no le hubiera escuchado llegar.

—Hay noticias, ¿verdad, mi rey? —el sonido de su voz denotaba cierto desaire enmascarado con amabilidad.

—Así es, ¿cómo lo sabes? Todo se está complicando —dijo derrotado, con aspecto cansado.

—No, mi rey. Se puede hacer más sencillo.

—Bleris y Síride están poniendo impedimentos para ir. Y no estoy seguro de que Rora no les ayude a no partir, empatiza demasiado con mi hijo y esa muchacha —soltó asqueado.

—No puede hacerlo, y lo sabes. Si tu mujer se niega a entregar a su nieta a las lífilas la maldición sobre Siloria estará servida.

—Lo sé, y entiendo que debe ser así, pero veo difícil que todo salga como tenemos planeado, Falot. —Se sentó en la silla al lado de la cama y metió la cara entre sus manos, con tintes de desesperación.

—Tu hijo pequeño debe morir, Mortial —decretó ella parpadeando y sin variar un ápice su posición.

El rey levantó la cabeza y en su interior, en lo más profundo de sus entrañas, algo se removió rechazando la orden.

—Si eso no ocurre va a ser del todo imposible que perpetremos los planes —continuó ella.

—Quizá... —La duda cruzó su semblante, el dolor, un rayo mínimo y casi inapreciable, atravesó sus ojos.

—No hay quizá, mi rey. —La ságuira, cuyo pelo azul le caía por los hombros hasta más abajo de los pechos, dejó la pipa en el alféizar de la ventana y caminó despacio hacia él.

Mortal quedó hipnotizado con su forma de avanzar, de acercarse, y por ello se puso de pie en cuanto ella estuvo a su altura. El hombre, que ahora parecía con menos porte que lo que demostraba con su familia, dejó vagar la mirada por las manos de la chica. Treparon como si fueran arañas con sus dedos desde los botones de su chaqueta hasta llegar a su cuello, y allí se posaron en la carótida.

Falot habló de nuevo:

—Serás inmortal. Serás el Rey Inmortal de Tierra Doria, de Siloria —pronunció con solemnidad—. Y para ello Bleris debe morir.

—Lo entiendo —asintió con los ojos fijos en sus labios.

—Si él viene a Isla Elodre, si él llega hasta Ladas con su esposa ni a ti ni a mí nos van a permitir acompañar a Síride. Ya sabes lo que pasará entonces.

—Bleris morirá antes de partir —sentenció Mortal con el pulso acelerado por su cercanía.

Los labios de Falot alcanzaron los del yor a pesar de su baja estatura, y mientras sus dedos subían por el pelo del rey acariciado el cuero cabelludo con cierta presión, susurró contra su boca de nuevo.

—Bleris morirá.

El beso entre ambos selló las palabras como si de un juramento se tratase, las manos del rey se enredaron en las gasas negras de la muchacha y ambos se dejaron caer, entre suspiros, a la gran cama que todavía estaba deshecha desde la noche anterior.

Capítulo 12

—¡Padre! —Supe que había gritado y me desperté asustada.

Me incorporé, estaba sudando y me costaba respirar. Traté de ubicarme, parpadeé y vi al yor.

Karés ya estaba despierto, me miró con gesto de alerta. Llevaba el pecho desnudo y vi su colgante de punta de flecha justo debajo de la escotadura yugular. Me quedé anclada en esa pieza que no sabía si era de metal o de piedra, como si me hipnotizara.

La luz todavía se colaba por las rendijas de la ventana, las que la lona que habíamos bajado, para protegernos del calor del sol, no llegaba a cubrir.

—Esto es un horno —me quejé con la vista fija en la pieza y aturdida. Pasé una mano por mi cuello empapado de sudor—. Casi no puedo respirar. —Inspiré con fuerza, de verdad me faltaba el aire. Quise dejar de pensar en la última imagen que mi mente me devolvía sin piedad. Soñar con mi padre enfermo era demasiado triste para decirlo en voz alta.

—Desde luego. —Carraspeó y consiguió que levantara la vista fijada en su amuleto—. Hace un rato que me he despertado. Aquí no hay quien pare de calor, y todavía quedan unas cuantas horas de sol. En Benied tarda más en ponerse. —Se sentó cruzando las piernas y me miró; yo seguía estando un poco atarantada.

—No podemos salir de aquí, ¿verdad? —pregunté. Traté de que sonara prudente, pero pensar en pasar más horas dentro de aquella suerte de habitación me pareció asfixiante.

Miré a mi alrededor y me fijé en los picos abruptos al otro lado del Droid. Quería salir fuera y respirar.

—Bueno, si hay alguna aldea en Tierra Doria donde más seguro sea salir, además de la comarca de Pesala, es aquí. Por cierto, me estoy planteando cambiar el plan para abandonar Benied. —Sopesó rascándose la barba—. Según contó la posadera hoy es el último día de mercado, irnos justo cuando

cruce la frontera los comerciantes puede ir en nuestro beneficio.

Entonces sí, lo miré directamente. Procesé lo que había dicho sobre la seguridad en este lugar, y estaba segura de que la esperanza y las ganas se trasladaron en mis ojos. Llevaba una veintena de días sin poder pasear por un lugar con gente alrededor. Fueron días de huida, escondiéndonos de algo que, por lo que parecía, podría acabar con mi vida. Entender que en aquel sitio podría gozar de cierta libertad conllevó a que el miedo quedara relegado a un segundo plano.

—Eso quiere decir que podemos cenar fuera de esta habitación —dije con demasiada esperanza en la voz.

Nos miramos fijamente, sin parpadear.

—Pero tenemos que llevar cuidado, que este lugar no simpatice con el nuevo rey no significa que no haya guardianes a su servicio. Se dice que todas las comarcas tienen infiltrados de los Nigart.

—Podremos pasar desapercibidos, juro por la Sangre de las diosas que no haré ninguna tontería —hablé con demasiada efusividad—. Fingiré ser tu pareja y no pondré en duda en ningún momento mi papel —prometí—. Pero, por favor, salgamos de aquí o nos coceremos como el pan.

Karés pasó un rato en silencio.

—No te falta razón, este lugar parece más un horno que la habitación de una posada.

Empezó a moverse y salió del espacio que ocupaba la cama; se puso de pie y se adentró en el diminuto aseo. Aproveché y, en la bañera de la salita, me lavé la cara y me aseo. Refresqué mi cuello, lo sequé y traté de peinarme. Trencé mi pelo por encima de la oreja derecha y llegué hasta la nuca, no quería apartarlo todo de mi cara porque me servía para ocultar mis ojos.

Me vestí con una de mis prendas con la que sabía que pasaría desapercibida, pero que me quedaba bien. Quería sentirme así, bonita. Después de tantos días siendo tan práctica, que mi apariencia casi parecía la de un chaval con el pelo demasiado largo, quería resultar atractiva. Esos días atrás llegué a pensar que había perdido mi esencia, esa que tanto me definía en Portálobe junto a mis padres y amigos, y necesitaba recuperarla.

El vestido era sencillo, de un color verde bosque que dejaba parte de los brazos al aire; se ajustaba a mi torso hasta la cintura y caía marcando discretamente las caderas hasta la mitad de las pantorrillas. Me volví por completo y encontré a Karés mirándome fijamente. No sé por qué, pero hice

como que no me había dado cuenta y agarré las cuerdas delanteras del vestido para ajustar el falso corpiño de la parte superior. No quería interrumpirlo, no iba a saltar como una chica abochornada como hice en Cala Blanca, y no iba a hacerlo porque... en el fondo me agradaba que él me mirara tal y como lo estaba haciendo.

Supe que algo había cambiado entre nosotros. El nivel de hostilidad había disminuido mucho, casi se había evaporado y, tras conocer lo que Karés estaba haciendo por mí, entendí que él no tenía la culpa de mi realidad, después de todo era el que estaba velando por mí en aquel horror que me estaba tocando vivir. Las sensaciones extrañas, y a veces antagónicas, que estaba experimentando con él ya eran otra historia. Era cierto que el yor era atractivo a ojos de cualquiera, y además había sido bastante agradable conmigo, pero quizá eran las circunstancias. No sé si me hubiera fijado en alguien como él de no ser el único hombre al que podía dirigirme. Reconozco que siempre me habían atraído los chicos más delgados, así como el hijo del bibliotecario. Que no era un enclenque, pero ni mucho menos tenía las proporciones de un yor como Karés.

—¿Nos vamos? —Su voz cortó mis pensamientos.

Levanté la vista para responder con un asentimiento de cabeza y una alegría extraordinaria en mi cara. La perspectiva de salir a la calle y sentir que no tenía que caminar entre las sombras para no ser detectada, que podía olvidarme por completo de que era una prófuga del rey, que iba a pasar el rato con gente a mi alrededor, disfrutando del bullicio y sin la necesidad de avanzar para llegar, me agradaba más que la mañana de mi cumpleaños.

Reilos rezumaba actividad. Observé lo que había ante mis ojos y miré a Karés que manifestó su arrepentimiento en el rostro de forma inmediata. Me sujetó por el brazo y retrocedió dos pasos.

—No sé si ha sido una buena idea. Quizá deberíamos volver y cenar algo en la misma posada para hacer tiempo hasta nuestra partida —dijo bajando la voz.

—¡No! —Me di la vuelta por completo y coloqué las manos en un ademán suplicante—. Con toda la gente que hay nadie va a fijarse en nosotros. ¡Mira! —Señalé la plaza y me volví—. Está lleno de parejas, de niños, de gente que disfruta, compra, habla... Ya has escuchado a la señora de la posada, es el mercado de las Hierbas, vienen a comprar y vender. ¿Quién va a reparar en una pareja más? No están buscando a una sánquira.

El yor se pasó la mano abierta por la boca en un gesto de desesperación, lanzó una mirada a la plaza por la que esa madrugada habíamos pasado temprano. Me di cuenta de que podía claudicar, así que cogí parte de la tela delantera de su camisa y la arrugué en mi puño, lo acerqué a mi cuerpo y lo obligué a agacharse un poco para que su cara quedara a la altura de la mía.

—No va a pasar nada —susurré con esperanza en la voz.

—No puedes saberlo —devolvió en un tono bajo—. Es una imprudencia.

—Vamos, Karés —dije y me alejé varios pasos de él, abriendo los brazos como si le mostrara lo que nos íbamos a perder—. Será solo un rato.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre y tragué saliva cuando retumbó en mi cabeza el eco de pronunciarlo en voz alta. Nos miramos a los ojos, él relajó el gesto, pareció pensarse algo, parpadeó y miró alrededor. El sol estaba rodando por los altos picos de sierra Travana y le quedaba poco rato entre nosotros.

Entonces, de repente, algo cambió en su cara, lamentablemente no fue una sonrisa, le sentaba bien hacerlo, pero sus ojos mostraron algo parecido a la diversión. A veces me parecía un chaval escondido en el cuerpo y en la vida de un hombre.

Con su dedo índice me hizo el gesto para que me aproximase; lo hice de inmediato.

—Eres mi pareja —me susurró una vez llegué a su altura.

—Por supuesto. —Me puse a su lado esperando que las yemas de los dedos de Karés se introdujeran bajo mi pelo y me tocaran la piel del cuello.

No lo vi, pero sentí el movimiento de mi melena en su mano y esperé con ganas a que rodeara con sus dedos, incluido el pulgar, mi cuello, abrazándolo, introduciéndonos a ambos de nuevo en esa agradable burbuja de paz. Esta vez fue más intenso que la última, como si a más piel en contacto el efecto fuera mayor.

—Otra vez esa sensación —susurré en un tono tranquilo.

—Sí, y va a resultar tan atrayente que nos vamos a hacer adictos —ronroneó él a mi lado.

Los dos soltamos una pequeña risa inducidos por ese estado de bienestar que ninguno entendía, pero que ambos disfrutábamos. Y su risa, en aquella burbuja extraña, me pareció mucho más adictiva que aquella sensación.

Caminamos el uno al lado del otro, coordinados, y sentí cómo el cuerpo de él se pegaba al mío en cuanto nos introdujimos en la plaza cuajada de gente.

Olía a la comida que estaba por los puestos ambulantes de la plaza; a salchichas, a castañas, a pasteles de carne de cerdo, a sidra caliente, a cerveza... Mi estómago rugió y las papilas gustativas despertaron a mi saliva que salió a borbotones hacia mi boca. De fondo se escuchaba a un grupo de músicos que tocaba una canción muy conocida en toda Tierra Doria.

*Si la sangre al agua debe caer
déjala caer.*

*Si el latido en sus dedos debe leer
permítele leer.*

*Si mi corazón en tus manos debes proteger
protégelo también.*

*No habrá un doriano más afortunado que yo
si en mi piel reposa tu ser.*

Era una canción que hablaba de las razas de Siloria, pero que muchas veces se usaba como canción de amor si se cantaba con esa intención.

Que a cada paso que dábamos nos topáramos con alguien y que sortearlos resultara cada vez más complicado, supuso un cambio de posición. La piel de Karés dejó de tocarme y se rompió esa especie de hechizo. Me sujetó por el brazo, para dejar resbalar la mano hasta encontrarse con la mía y entrelazar los dedos. La sensación volvió con la misma intensidad que me provocaba su contacto en el cuello.

En ningún momento experimentamos lo mismo que la primera vez, esa fuerza que incluso hacía desaparecer todo a nuestro alrededor y nos sumía en una especie de niebla azulada. Parecía que la energía se había controlado de alguna manera.

Pasamos al lado de los puestos llenos de hojas, ramas, cortezas, pequeños arbustos cuyas raíces se conservaban en un hatillo de tela y hasta frascos con sabias de diferentes colores. Algunos comerciantes, al sentir la cercanía del ocaso, comenzaron a iluminar sus tenderetes con candiles de piedras iluminatas, una roca incandescente que solo daba luz y no calor, extraída del volcán Rashj de Tierra Doria. Según me fue explicando Karés, más por el acento de los vendedores que por que supiera mucho de plantas, cada puesto era de una determinada zona de las diferentes comarcas de Tierra Doria, pero sobre todo eran de Benied.

Una vez atravesamos el mercado, y dejamos atrás la algarabía, nos aproximamos a un lado de la plaza. Llegamos al parapeto que era la

continuación del baluarte y nos soltamos de la mano para apoyarnos en el tabique. Miramos de frente el imponente acantilado del Droid. El sol empezó a esconderse.

En silencio observé mi solitaria mano y eché de menos la suya, fue una sensación inmediata. Sentí el frío, supe que no era solo por haber perdido esa magia que nos envolvía.

—Mi madre sería feliz aquí —rompí el silencio y me di la vuelta para mirar el mercado—. Recuerdo haberla acompañado una vez a un mercado cerca del río Porici. Siempre ha tratado de explicarme todo lo que sabía. Tenía una consulta en Portálobe donde trataba las afecciones de todo aquel que se acercara. Es una ráshari muy buena y siempre ha intentado que yo me convirtiera en su igual. Reconozco que me costó tomármelo en serio, pero al final lo consiguió. Aunque, si podía, de vez en cuando me escaqueaba. Antes de que pasara lo de los Nigart, claro. —Resoplé acordándome de cómo se transformó mi día a día con la usurpación del trono—. Con mis dones de sanguíra ayudaba mucho en las dolencias y en los tratamientos. Aprendí a escuchar el rumor de la sangre y sentir dónde se estancaba o se acumulaba porque esa zona estaba enferma.

—¿Y lo conseguías? —me preguntó girándose para mirarme con interés—. Tenía entendido que los sanguíros solo leéis el destino y las intenciones.

—Bueno, eso es a groso modo lo que todos los sanguíros podemos leer, y siempre y cuando lo practiques y te orienten. Es un don complicado y con muchas posibilidades el de nuestra raza. Hay que esforzarse, hay que buscar, hay que aprender a discernir unos latidos de otros. No todo es ni tan sencillo ni tan simple. Fue algo complicado, porque además como apenas hay sanguíros y muy pocos se dedican a la sanación, tuve que dejarme guiar por Lúribo y los conocimientos de Áskara.

—¿Entonces tú estabas entrenando tu don para enfocarlo a la sanación?

—Yo ayudaba a mi madre. —Me encogí de hombros—. En realidad, no sé a qué me quería dedicar, supongo que trabajar con ella estaba bien. Cuando llegó Mortial y su familia todo cambió.

El yor hizo un gesto de asentimiento. A todos nos había cambiado la vida.

—Tuve que encargarme de su consulta y traté de hacerlo lo mejor posible. Preguntaba las mil dudas que me surgían cuando mi madre, que se iba de casa por la mañana y ni siquiera venía a comer, volvía por la noche.

—¿Y no pensó en enviarte a la escuela de rashari en Brotás?

—No, mis padres nunca se plantearon mandarme a ningún sitio. —Miré al yor y negué—. No me puedo imaginar cómo lo están pasando ahora mismo con el miedo que han tenido siempre a dejarme sola. —Me encogí al acordarme del terror que sentían hasta hacía pocos años cuando tardaba en llegar a casa—. ¿Sabes?, creo que nunca he estado sola. Lo tenía prohibido. Si no estaba con ellos, debía de haber alguien acompañándome.

—Me hago cargo. —Asintió Karés mirando al frente. Tenía un perfil limpio, su nariz recta, sus labios en proporción a su mentón, y sus ojos...

Cerré los míos y mis pensamientos volvieron a mis padres. La melancolía y añoranza me estremeció al sentir que él había estado con mi madre hacía menos tiempo que yo. Los echaba tanto de menos que dolía pensarlos.

—¿Los volveré a ver? ¿Sabes algo de cómo va a terminar esto? —Quise saber.

—Solo sé que tienes que llegar a Ladas. Una vez allí yo continuaré mi camino.

—¿Y cuál es tu camino? —pregunté curiosa, tuve una necesidad repentina de saber qué futuro estaba buscando aquel yor.

—¿¡Qué estáis poniendo ahí!? ¿¡Es un bando real!? —El grito de unos hombres tras nosotros nos hizo volvernos.

Karés se pegó a mí y pasó su brazo por mis hombros en un gesto protector; asumí mi posición y me dejé caer sobre él, acogiendo el calor que desprendía. El miedo hizo que aguantara la respiración.

Dos guardias, con una sobreveste que indicaba que pertenecían a la guardia del señor de Benied, estaban pegando al muro del baluarte varios papeles.

—Es un mensaje del rey, pero informa sobre un bando de las ancestras lífilas. No tiene nada que ver con los Nigart —dijo uno de ellos a la muchedumbre que se había congregado alrededor.

Solté el aire y me relajé, el primer latido de mi corazón me dolió en el pecho.

Los curiosos se acercaron y terminaron agolpándose para ver lo que ponían en el bando informativo.

Nosotros no nos movimos de nuestro sitio. Nos dimos la vuelta, hacia el muro, y seguimos mirando hacia delante, hacia sierra Travana, hacia el cauce del Droid, hacia el atardecer que estaba dando paso al crepúsculo. Esta vez Karés, en un acto de protección, se colocó justo detrás de mi enjaulando mi

cuerpo entre sus brazos, su cuerpo y el muro. Nuestras pieles no se tocaban y por tanto no había ni rastro de esa burbuja que ya teníamos claro que era por el contacto, pero eso no quitaba para que la ligera atracción que parecía estar sintiendo hacia él me latiera silenciosa bajo la piel.

No pude evitar mi sonrisa. El corazón se me aceleró, me tensé, tragué saliva y analicé la situación sin moverme ni un ápice, sin querer notarlo más de lo que ya lo hacía. Entendía que era su trabajo, que mi madre, por lo que el yor había insinuado, le había pagado una muy buena cantidad de dinero para cuidar de mí. Pero había algo de lo que no podía deshacerme y era una clase de fascinación carnal y deseo por él. Era absurdo negarlo, el calor me sonrojó las mejillas. No me quedaba más remedio que reconocer que me atraía más allá de lo físico. Podría confundirlo con lo que sentí con el hijo del bibliotecario o incluso lo vivido con Asherov. Sí, podría engañarme, pero lo cierto era que lo estaba sintiendo con mucha mayor intensidad y la posición en la que me encontraban en ese instante lo corroboró. Con aquellos chicos perpetuar el deseo no comprometía nada, o eso pensaba. Con el yor, con Karés... todo era diferente y lo consideré en el mismo momento en el que allí, rodeada por su cuerpo y por su olor a aire caliente, a cuero, a sándalo, que ya había reconocido como algo muy suyo, me imaginé dejándome llevar por el frenesí de ese apetito sexual. Pero dejarme llevar con Karés implicaba demasiado, no era un juego.

El calor me atoró la garganta y tosí con fuerza. Inspiré, cerré los ojos, hice el esfuerzo para olvidar las imágenes de mi mente y me centré en lo que estábamos viviendo; el cartel que acababan de colgar y el miedo repentino cuando pensé, durante una décima de segundo, que podría ser alguna recompensa por mí. El peligro a ser descubierta en ese instante me cubrió como una capa de lana en la notra negra.

—¿Tú sabes de lo que están hablando? —pregunté, ladeando la cabeza.

Me di de bruces con los ojos azules de mi protector. Sentirlo tan cerca y su intensa forma de mirarme hizo que el corazón me latiera desbocado durante unos segundos.

Quise besarlo, allí, sin darle importancia a nada más.

Carraspeó y miro al frente, como si yo hubiera expresado mis deseos en voz alta y le hubiera hecho sentir incómodo.

Me avergoncé por el descontrol que sentí.

—Las ancestras lífilas se comunican muy poco. Apuesto a que es por lo

del Eclipse de Sangre —susurró Karés, no hacía falta levantar la voz, estaba demasiado cerca.

—¿Entonces ya está pasando? ¿Una lífila embarazada irá a dar a luz allí para ofrecer a su hija a la diosa Rashj?

—Sí, supongo que ha llegado el momento de hallar a la Madre —me contestó sin mucho interés.

—¿Sabes? En casa apenas me han hablado de esto. Creo haber escuchado algo, sobre todo a la abuela. —Me quedé pensativa rescatando ciertos recuerdos—. La madre de Áskara siempre andaba con esas historias que a mí me parecían cuentos.

—Supongo que cuando no hay ninguna lífila en la familia, esa historia toma el cariz de leyenda. En realidad, poco hay que podáis hacer, y como da lugar cada mil años hay muchas generaciones que no lo viven.

Me encogí de hombros.

Karés echó un vistazo hacia el gentío, que ya se había dispersado, y se alejó de mí de forma tranquila. Vimos varios carteles colgados por las paredes que rodeaban la plaza y supuse que contendrían la misma información.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Yo traté de recomponerme de su ausencia repentina mientras miraba al suelo. Esperaba que los colores de mis mejillas hubieran desaparecido, porque el calor de mi cuerpo seguía agarrado a la piel sin ganas de irse.

—Sí, desde que hemos llegado me muero por comer algo. —Me volví, tratando de disimular y fingir una entereza que no sentía.

Me agarré de su brazo, éramos pareja. Él me miró, echó un vistazo a mis manos entrelazadas y ancladas a su codo, y volvió a mirar al frente. Sentí el latido en una de sus arterias, pero había hecho una promesa y no iba a romperla, el pulso pasó por las yemas de mis dedos índice y corazón y nada se transcribió a mi mente.

—¿Y yo que voy a hacer en Ladas? ¿Me llevas al palacio? —Me surgió la duda.

—Sí, allí debes ir. —Su voz sonó demasiado seria y parpadeé confusa. No entendí su cambio y lo miré extrañada—. Ladas es un palacio en sí mismo —dijo y echó a andar.

Paseamos despacio, como si de verdad fuéramos dos amantes que solo disfrutaban de su tiempo.

—Pero voy a cruzarme con todas esas madres que peregrinan a Isla

Elodre. —Volví a la carga, quizá me había confundido con el cambio de actitud.

—No lo creo —cogió aire y lo soltó despacio—. Se dice que el palacio es inmenso. Seguro que ni siquiera te enteras de lo que está sucediendo allí.

Al pasar por delante del cartel nos paramos para confirmar que, efectivamente, se trataba del llamamiento al ritual del Eclipse.

—Me da pena que tengan que sacrificar a su hija —susurré.

—Se hace para salvar al resto de los hijos que están por venir, y no la sacrifican, es solo una gota de sangre.

—Pero mi abuela contaba que esa hija era cedida a las ancestras.

—Sí, pero no la sacrifican. Incluso los padres pueden optar por quedarse a vivir allí, en Isla Elodre. Hay aldeas como en cualquier otra comarca. El único requisito es que la Dadora de Vida no abandone la Isla, y parece ser que su pacto de sangre con Siloria no lo hace posible sin un salvoconducto de la propia diosa Rashj que, por cierto, nunca se ha dado.

Llegamos a una cantina que parecía tener ya bastante gente cenando en su interior; algunos comían y bebían en la calle disfrutando de la noche estival. En el interior había familias, parejas y grupos de amigos haciendo lo propio de esas horas. Nadie estaba pendiente de nadie, cada uno disfrutaba sin echar cuenta a nada más. Me fijé en varias parejas comiendo y tentándose entre risas, algunas se besaban sin ningún pudor. Aquello volvió a reactivar algo en mi interior que me sorprendió. Entramos y localizamos un pequeño estante en la pared con una silla alta. Karés me indicó el lugar y llegamos hasta él. Me senté en el taburete mientras el yor se acercó a la barra con algo de dificultad.

A los pocos minutos dos pasteles de carne de cerdo estaban sobre la pequeña tabla que hacía de mesa, además de un postre caliente de un líquido dulce y espeso de color violeta.

—Está hecho con las frutas del árbol de set, el mismo del que nos hemos tomado la infusión esta mañana —señaló Karés con una sonrisa pícaro—, pero te garantizo que el sabor no tiene nada que ver.

Fruñí el ceño con desconfianza, pero algo en su mirada y en su intención provocó que cuando llegó el momento de probarlo lo hiciera sin prejuicios. Y llevaba razón, lo metí en mi boca y no pude menos que cerrar los ojos y paladear el dulce jarabe que activaba todas mis papilas gustativas.

—El té de sus hojas no, pero el pastel de su fruta... Mmm —murmuré.

Escuché la risa suave de Karés y mi paladar se detuvo porque ese sonido

me acarició algo por dentro.

Al abrir los ojos él había agachado la cabeza, pero sentí la mirada de otra persona fija en mí. Desde la barra alguien me miraba de hito en hito. Cuando fui consciente de que aquel extraño no dejaba de observarme, y me centré en mi situación real, la fuga, la necesidad de ocultarme, mis ojos... el miedo arrasó con todo. Sentí el bombeo de la sangre en mis sienes.

—Karés... —susurré.

Inmediatamente mi tono lo alertó. Agaché la cabeza, nerviosa, moví mis manos en mi regazo.

—¿Qué pasa?

—Hay un hombre... Me... —balbuceé.

—Vaya —una voz ajena, desde detrás de Karés, hizo que yo diera un respingo. Supe que era aquel hombre sin necesidad de mirarlo, y sonaba lo suficientemente cerca como para saber que se dirigía a nosotros—. Tienes unos ojos preciosos.

El yor se levantó de inmediato y me tapó toda la visibilidad.

—¿Algo más que deba saber mi pareja sobre su opinión? —el tono destilaba beligerancia, protección. Me puso la piel de gallina.

Sentía el corazón tan acelerado que no supe qué hacer, escuché un murmullo entre ellos.

Karés se volvió con el rostro perturbado. Su mandíbula estaba tan apretada que parecía que el mentón le fuera a estallar. Los labios eran una fina línea y sus ojos se clavaron en los míos.

Me escudriñó con atención, como si evaluara hasta qué punto, con la luz de la cantina, aquel hombre podría haber vislumbrado la diferencia de color en mis ojos.

—El amarillo tenue de las luces no deja ver muy bien el contraste de color. —Se acercó a mí un poco más—. No sé cuánto rato llevaba observando, un movimiento de cabeza, una luz incidiendo... —Se frotó la boca con fuerza, la mejilla, la barbilla—. ¡Vámonos! —siseó.

Me tendió la mano y yo la cogí sin pensar. Estaba asustada y cuando me levanté choqué con su enorme cuerpo. Nos quedamos quietos.

—¿Tú crees...? —pregunté dudosa.

—No lo sé, mejor dejamos de exponernos, esto ha sido una gran imprudencia por mi parte —respondió en tono grave.

—¿Si nos vamos así no crees que levantaremos sospechas? —pregunté de

repente.

Ya me había arriesgado, ya me habían visto, si desaparecíamos de allí de forma tan repentina llamaríamos más la atención.

Él inspiró y cerró los ojos. Sin decir nada me abrazó mientras que echaba un vistazo discreto a su alrededor. Se agachó para acercar su cara a mi cuello; sentí que me iba a besar allí mismo, en esa zona, y la piel me hormigueó como si de verdad lo estuviera pidiendo.

—Ríete, haz como si estuviéramos jugando, como esas parejas que no pueden dejar de tocarse ni esperar para irse al lecho.

El calor se extendió por toda mi piel. Cerré los ojos sin querer, tragué y traté de no prestar atención al cosquilleo de su aliento en esa zona que me hizo erguirme y encogerme al mismo tiempo. Como si fuera difícil fingir lo que me estaba proponiendo. Solo debía dejarme llevar, pero no quería hacerlo así, no quería sentir que no controlaba las reacciones de mi cuerpo.

—Pon las manos en mi cuello, en mi nuca, tócame —siguió ordenando; lo hice, primero puse mi palma sobre él sin ninguna gracia. Tragué saliva mientras la cálida respiración que emanaba de la boca del yor sobre mi piel me desconcentraba—. Así no. Tócame.

Para él podría ser una farsa, pero llegados a este punto me sentí sobrepasada. Cerré los ojos y con las yemas de los dedos comencé a acariciar su cuello bajo el pelo suelto, sentí cómo él se enderezaba un poco. De nuevo la sensación de paz, de tranquilidad, de protección, se apoderó de mí. El no esperararlo me sorprendió, pero me tranquilizó de tal manera que mi caricia empezó a ser suave, y mi acoplamiento contra su cuerpo lo sentí natural.

Nos separamos lo justo para mirarnos a los ojos; seguí dibujando a ciegas las raíces del árbol de su piel, y elevé el mentón. Él se agachó lo justo para que la punta de mi nariz casi rozara la suya. Inspiramos a la vez, la necesidad de que me besara estaba ahí, latiendo en mi sangre, y deseé poder leer la suya para saber si estaba sintiendo lo mismo.

—¡Buscaros un catre, parejita! —el grito jocoso de alguien cercano y las risas posteriores nos sacaron de la realidad paralela que estábamos viviendo.

Karés se separó parpadeando, como si le costara. Mi mano se enredó en la cuerda que sujetaba su punta de flecha y ambos respiramos con fuerza. Yo necesitaba oxígeno y tomar conciencia de la realidad.

—Este colgante tuyo parece un buen arma —dije intentando romper el momento tan intenso.

—Para matar a un rey —contestó en tono jocoso con la voz un poco ronca.

—Si me llevan ante Mortial se la clavaré en el corazón —dije con una sensación de fuerza que me hizo sentir poderosa ante aquella posibilidad.

Él abrió los ojos con cierta sorpresa, pude verlo, aunque tratara de recomponerse en seguida.

—Eso si logras quitármela. —Inspiró, no dejó de abrazarme.

Retiré despacio la mano del cordel y rocé la punta de flecha.

—No tiene que ser muy difícil. —Sonreí y arrugué la nariz. Fui muy consciente de que estaba flirteando, pero no me desagradó. Quizá era la energía mágica que fluía entre nosotros, pero quise seguir jugando.

Karés cogió mi mano. De forma repentina algo cambió en él y habló:

—Ahora sigue sonriendo, vamos a salir de aquí.

Afirmé con mi cabeza y me sentí un poco estúpida, porque, aunque yo sí, él no había perdido para nada el objetivo de todo aquello. Caminamos hacia la puerta. A escasos metros de alcanzarla paramos para unirnos a la fila de gente que salía.

—Dicen que el rey ha perdido el norte. Mató al sánquiro de pelo blanco frente a su pareja. Ni siquiera su propia corte lo apoya en esas atrocidades excéntricas que está cometiendo. —Un hombre detrás de mí había alzado la voz lo suficiente para escucharlo claro entre el gentío.

Me quedé paralizada. Dejé de sentir mis manos, mis brazos, dejé de sentir la posición que ocupaba mi cuerpo en aquel lugar. No sabía si Karés tiraba o no de mi mano; cerré los ojos y mientras mi piel se tornaba fría, un suspiro ahogado en llanto se atoró en mi pecho. No fui consciente de cómo salí de allí, no escuché a mi acompañante, no sé si fui capaz de abrir los ojos en algún momento. Solo sé que el dolor anidó en mi sangre y rugió en silencio durante un tiempo que me pareció eterno.

Capítulo 13

—Blaris sigue vivo, mi rey —Falot lo susurró con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo de Mortial. Dejó un beso en su piel y se levantó con un gesto bastante contrariado, sabiendo que él ya no veía su cara.

—Mañana ordenaré su muerte —dijo.

La satra se volvió y lo vio parpadear con nerviosismo.

—En tres días salimos hacia Ladas. —La información parecía más una amenaza.

—Tengo que encontrar a un hombre de confianza que lo haga. —Resopló.

—¿Por qué no lo haces tú? —Una enorme sonrisa ocupó la cara de Falot—. Ya sabes que todo implica un sacrificio y lo que vas a conseguir no está exento de ellos.

—Déjame pensarlo. —El yor se sentó en la cama y comenzó a vestirse—. Necesito...

—Si lo sigues postergando las cosas seguirán saliendo mal. Debería haber sido tu hijo mayor el padre de tu nieta, y lo pensaste tanto que la naturaleza se adelantó. —Hubo un silencio en el que la satra sintió como si el vitriolo estuviera recorriendo su garganta. A ella también le costaba aceptarlo, pero entendía de sacrificios y estaba ante uno propio—. Si ahora no...

—He dicho que me des un tiempo. Soy consciente de que vamos contrarreloj —alzó ligeramente la voz y Falot se extrañó.

Estaba sometido a mucha presión y quizá su naturaleza estaba resistiéndose a la magia como nunca antes lo había hecho.

Terminó de vestirse y, antes de que el corpulento yor llegara a la puerta, Falot se interpuso en su camino, alcanzó sus labios y los besó despacio. No podía dejar que se fuera de allí ofuscado con ella, nunca sabía cuándo aparecería, ni con quién hablaría que pudiera cambiarle los vientos. Si se iba contrariado podría ser contraproducente y apenas tenían tiempo.

Tras el beso se separó, dejándolo claramente con ganas de más, y le

susurró:

—Mi rey inmortal...

Una sonrisa ladina apareció en los labios de Mortial, y otro beso más apasionado, ardiente y desmedido se sucedió.

Falot no lo dudó, al ver su reacción se pegó a su cuerpo y le dio acceso a todo lo que él estuviera dispuesto a hacerle.

La profunda arruga de la frente de Mortial se relajó, y la erección en sus pantalones decidió por él.

El comedor del castillo, plagado de estandartes Nigart, disponía en su mesa más viandas de las que la familia iba a comer, pero desde que Mortial había llegado al poder este precisaba ver la abundancia en su mesa. Era algo tan diferente a cuando vivían en Ulama, la ciudad pesquera de Aldor donde los Nigart habían tenido hasta hacía varias notras su lugar... Todo había cambiado mucho.

Yakán entró en el comedor e hizo demasiado ruido al arrastrar la silla. Incomodó a todos los comensales, pero a él pareció no importarle. Se dejó caer sobre esta con hastío.

—¿Algún problema, hijo? —Mortial y su humor cambiante provocó que este lo mirara con desconfianza.

—Supongo que las cosas aquí no están saliendo como esperaba —contestó el primogénito y cogió el tenedor para empezar a comer.

En la mesa solo se escuchaban los ruidos que una comida como aquella generaba, en la que nunca había conversaciones agradables. Ni Bleris ni Síride hablaban, y Rora, como siempre, se limitaba a observar el horror inaccesible en el que se había convertido su familia.

—¿Y qué esperabas? —El rey apoyó el codo en la mesa y terminó de masticar mientras miraba a su hijo.

—No me gusta Portálobe.

—¿Y esa respuesta te parece madura?

—¿Madura? —El chico rubio ladeó la cabeza y entonces su madre se dio cuenta de que había bebido, su mirada azul era turbia, y tenía las mejillas sonrojadas.

—Pareces un crío al que hemos castigado —espetó Mortial volviendo la vista a su comida—. Quizá si te dedicaras a cubrir tu puesto al frente del ejército no te daría tanto tiempo a pensar en lo que esperabas o no.

—¿A qué puesto te refieres, exactamente?

—A Tríaro y a Anitquin les vendría muy bien tu ayuda.

—¿Ahora? —Miró a su padre con los ojos entrecerrados y la osadía que le proporcionaba el alcohol—. Desde que eres el rey de Tierra Doria ...— extendió los brazos con una mueca insolente—... yo salí de mi puesto sin darme ni cuenta. Tú me relegaste a la nada. Era el general de los ejércitos, esos a los que tú manipulaste saltándome para dar un golpe de estado. —Dejó de mirarlo y cogió un cubierto observando su plato—. Tríaro lo hace según quieres, dudo mucho que me necesiten.

—¿Lo hubieras aprobado? —El rey frunció el ceño de repente, como si de verdad necesitara una respuesta—. El golpe al trono. ¿Me hubieras apoyado?

—¿Tenía otra opción? —Lanzó el tenedor al plato y el ruido hizo que todos se sobresaltaran en la mesa.

Mortal y Yakán se mantuvieron la mirada durante un extenso minuto hasta que el hijo mayor de los Nigart miró su comida con disgusto. De forma brusca se apartó de la mesa para salir del comedor tras una leve reverencia de respeto a su madre, que estupefacta observaba la situación. No podía creerse que se hablara de aquello con tan poco tacto estando Síride en la mesa. Hacía tiempo que no podía creerse muchas cosas.

—No servís para nada —siseó Mortal—. Yakán una decepción y tú...

Miró a Bleris que, desde el mismo momento en que su padre tomó el trono a la fuerza, renunció a su puesto de almirante al frente del mayor y más leal ejército marítimo de Tierra Doria y casi de Siloria. Bleris Nigart fue siempre un referente para el resto de las comarcas y nadie dudaba en ponerse bajo su mando ante cualquier situación.

El benjamín de los Nigart sonrió con desgana bajo su respiración, el sarcasmo se deslizaba en aquella respuesta silenciosa. Continuó comiendo como si con él no fuera la cosa. Rora sabía que no iba a entrar en sus provocaciones. Nunca lo hacía.

—Si quieres abordar a Yakán y acercarte a él, estas no son las formas —intercedió la reina.

—No tiene límites. Aparece cuando quiere, viene bebido. Necesita un duro correctivo.

—Es posible, pero no es el único que debería pensar más en la familia y en lo que ahora somos para Tierra Doria. —Lo dejó caer, haciendo que el rey la contemplara como si acabara de sufrir una afrenta.

La severidad de sus ojos, que para Rora cada vez eran más opacos, no la

amedrentó y le mantuvo la mirada. Gracias a ello observó un gesto que le trajo de vuelta a su pareja, a esa de la que se había enamorado hacía años. Fue una sorpresa que hizo que el corazón de la yora latiera más fuerte de repente. Fue imperceptible, apenas duró unas décimas de segundo, pero en ellas se percató del cansancio de su compañero tras su pose de rotundidad, de una necesidad que no demostraba y que ella pensaba que había dejado de existir. Las mejillas de Rora se colorearon esperanzadas, pero tras el lapsus que mostró su esposo volvió otro donde la negrura de sus ojos lo convirtió en infranqueable.

El postre llegó y todos lo probaron sin degustar mucho, era la tarta de queso que nunca había faltado en un cumpleaños de los Nigart y en la que no depararon, nada era motivo de júbilo entre ellos. La tomaban sola, excepto Bleris, cuya superficie cubría con mermelada de ciruela. Aun así, este la dejó a medias.

Rora pensó en lo ilógico de que esa noche hubiera ese postre, no lo entendió, pero tampoco preguntó porque las comidas en sí rozaban el absurdo.

La pareja pidió permiso para levantarse de la mesa y, sin ninguna respuesta por parte de su padre y sí la sonrisa de la yora al frente de la familia, abandonaron el comedor.

La tristeza que embargaba a Síride era demasiado palpable. Llevaba días sin hablar y si se alimentaba era porque amaba al hijo que portaba en su vientre por encima de todas las cosas. Rora lo sabía, y había conseguido que Áskara atendiera a la lífila embarazada y le hiciera entender lo necesario de cuidarse y dejarse revisar por la sanadora. La reina consorte fue testigo de cómo aquella chica abrió sus ojos de repente y abrazó a la rashari como si fuera su madre. Pidió perdón y la mujer la consoló diciéndole que no había nada que perdonar.

Había tantas cosas rotas desde que su marido se había convertido en un extraño monstruo, tanta desgracia a su alrededor...

Bleris abrazó a su pareja por la espalda, con entrega, hundiendo su cara en el cuello de Síride; mientras ella miraba por la ventana de ese castillo que tanto había cambiado. Sí, aquella era la habitación en la que había crecido, y la que, tras enamorarse de Bleris Nigart y anunciarlo a sus padres, se había modificado para que la pareja tuviera su intimidad antes de la unión sagrada. Más allá de esas tierras estaba el lugar en el que ambos continuarían con su amor, más allá de Portálobe, más allá de las fronteras de Sandoria. Allí ambos formarían una familia, porque Síride estaba segura de que su hijo no era una

Lífila Pura, o eso quería pensar. Sabía que había posibilidades de que así fuera y entonces tendrían que quedarse acogidos en Isla Elodre. Si eso ocurría ella no iba a irse de allí, se quedaría para siempre al lado de su hija...

Síríde se volvió en los brazos de Bleris, se separó solo un poco de su pecho para poder mirarlo a la cara.

—¿Y si fuéramos los padres de la Dadora de Vida? ¿Y si las ancestras lífilas nos tuvieran que dar una vida en Ladas? —Los ojos de la chica adquirieron un brillo que hacía mucho no tenían, incluso sus mejillas se colorearon. La llama de la esperanza prendió con una fuerza imprevista.

—¿Qué estás diciendo? —Bleris frunció el ceño y la miró con un amago de sonrisa contagiado por su efusividad repentina.

—Eso es, Bleris. Nos quedaremos allí y tu padre se volverá.

El hombre empezó a asentir, y a entender lo que ella quería decir. Síríde se soltó de su abrazo y caminó nerviosa por la habitación.

—Síríde... —La mirada del yor se oscureció de repente—. ¿Y si no somos los padres de la Sangre de Siloria? ¿Sabes las posibilidades tan escasas que tenemos de serlo?

—Nos fugaremos, Bler. —Ella lo miró con férrea determinación—. Antes de que Mortial se dé cuenta nos iremos de allí. Él no puede estar con nosotros todo el tiempo. Nos acompaña, sí, pero tú y yo somos los padres de la criatura.

Bleris inspiró con fuerza y sonrió con ganas.

—Quizá empiecen a salir bien las cosas. Por fin —susurró el yor, pero de repente su semblante volvió a cambiar.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada Síríde—. Podemos pensar en la segunda opción durante el viaje, Bler.

—¿Sabes? Dejar a mi madre aquí, al lado del hombre que ha destrozado todo, hasta su unión sagrada, me duele. —Se alejó de su esposa y le dio la espalda, miró por la ventana. Perdió la vista en tierras que nunca habían sido de su familia—. Sé que ella se va a quedar a su lado por el pueblo, aunque este no la quiera porque piensa que ella también es parte de la usurpación del trono. Para Tierra Doria, aunque tengan la obligación de rendirle pleitesía, ella nunca será su reina, y con el esfuerzo que hace no se lo merece.

—Bleris... —Síríde habló sorprendida—. ¿No quieres irte?

Él se volvió como un rayo, se acercó a ella, cuyos ojos estaban de repente cuajados de lágrimas, y la abrazó con fuerza.

—Quiero estar contigo, que seas feliz y yo pueda serlo a tu lado, Síride — su voz sonó amortiguada contra el rubio pelo—. Y sé que para ello debo abandonar a mi madre. Y sé que si ese es el camino lo voy a seguir, de tu mano.

Síride se separó de él y sonrió, con las mejillas arreboladas.

—Gracias —susurró.

Las lágrimas, en ese momento de agradecimiento y felicidad, rodaron por sus mejillas.

Cogió las enormes manos de su esposo y lo llevó hasta la cama. Lo obligó a sentarse en ella para poder acomodarse en su regazo donde, dado su tamaño, parecía una muñeca.

—Lo haremos. Y si no nos permiten quedarnos en Ladas nos fugaremos. Pyros seguro que nos da asilo —narró Bleris como si lo visualizara.

—Seguro, mi tío estará encantado. —Algo similar a una pequeña risa acompañó sus palabras.

Bleris la miró demasiado complacido como para dejarlo pasar.

—Isla Elodre está a media jornada por mar de Falor Fory —continuó con efusividad.

Síride se abrazó a Bleris y este se dejó caer en la cama con ella encima. La chica levantó la vista y le profesó su amor en un susurro para después besarlo, convirtiendo ese primer contacto en algo incendiario en cuanto Bleris acomodó el cuerpo de su pareja sobre el suyo. Hacía tiempo que ella no se sentía así, receptiva, deseosa, ansiosa por él. La reacción masculina no se hizo esperar y la lífila sintió con regocijo cómo trataba de controlar su fuerza, supo que no quería lastimarla ni a ella ni al bebé. Él rodó sobre la cama para ponerse encima y comenzar a desnudar el ansiado cuerpo de su esposa.

Lo hicieron sin prisa. Se besaron y acariciaron cada porción de piel que perdía la ropa, comenzaron a desatar las ganas que tenían guardadas desde hacía tiempo. Bleris lamió sus pechos, de los cuales se derramaron varias gotas de un líquido de sabor suave y ligeramente dulzón. Se sorprendieron y rieron, para continuar amándose hasta perderse el uno en el cuerpo del otro.

Por la mañana Síride se despertó sintiendo que abrir los ojos no iba a ser tan duro. La realidad que se presentaba tras sus párpados, aunque era dolorosa, tenía otro color diferente al gris oscuro que cada mañana pesaba en su pecho. Era insoportable ser consciente de que sus padres ya no estaban y que vivía bajo el mismo techo que su asesino.

Volvió la cara hacia su pareja, que estaba tumbado sobre su espalda y con el semblante tranquilo, sereno. Bleris era guapo, de una belleza bruta, con rasgos marcados, mandíbula prominente, nariz recta; pelo oscuro y duro como la noche. Al principio, cuando Mortial mató a sus padres, le era insoportable ver la cara de su esposo que tanto se parecía a su progenitor. Pero sus actos hicieron que esa cara se desvinculara por completo del asesino al que no soportaba mirar. Bleris era su hombre y por fin veía un camino hacia el futuro.

La chica acarició su propio vientre algo abultado y con la sonrisa vistiendo su cara se acercó a los labios de su esposo. Los notó extraños, fríos, o por lo menos no tan cálidos como esos besos solían ser. Aquello la desconcertó y le tocó la mejilla con la palma de la mano. Aumentó la presión de la caricia a la vez que sentía cómo se tensaba.

Inspiró sintiendo que iba a desmayarse.

No podía ser. Sus ojos miraron a todos los lados sin ver. Su cerebro se aturulló y llegó a pensar que estaba viviendo una pesadilla.

Balanceó el enorme cuerpo con una mano, Bleris no reaccionó y Síride se incorporó del todo. Se arrodilló a su lado, con premura, y movió con toda la fuerza que tenía a su esposo.

—No... no... —susurró desesperada con la garganta atenazada.

Miró su cuello, tocó con los dedos la piel por donde intuía que estaba su pulso y al no sentirlo comenzó a gritar hasta que la habitación se llenó de gente que no era capaz de ver.

No podía dejar de intentar reanimarlo sin parar de llorar.

Tras la histeria y el arrebato, alguien la sacó de encima de la cama.

La sanadora del castillo tomó el pulso al yor.

—Está muerto... —susurró Áskara mirando a Rora que observaba sus movimientos mientras abrazaba a su nuera contra el pecho.

Capítulo 14

Karés metió en la cama a Xadia. La trajo casi en volandas, agarrada por la cintura, cuando se quedó en shock. Él también lo escuchó, y estaba casi seguro de que aquel chaval de la biblioteca había largado la información.

La chica lloró durante un buen rato, en silencio, hasta que cayó en un sueño lleno de sobresaltos y pequeños quejidos.

El yor tenía que despejar su mente y pensar en lo importante de todo aquello. Que su padre hubiera sido asesinado era un varapalo para la sánguira, de todas formas, para él no interfería en sus planes. Tenían que seguir hacia delante y tenían que ser más precavidos.

No deberían haber salido, pero resultó ser un blando ante las súplicas de los vivarachos ojos de aquella chica. Se sentía enfadado consigo mismo y no lo podía evitar. A partir de aquel lugar la ruta se complicaba, había más poblaciones, más gente que podría verlos a pesar de seguir aprovechando las noches para avanzar. Debía de ser más riguroso; lo de aquella tarde había sido un descuido que no podía volver a pasar.

La observó dormida, quieta, con la cara sosegada, y se alegró de su paz. Aquella mujer era mucho más fuerte de lo que ella creía, y a pesar de la horrible noticia sabía que iba a reponerse. Debía hacerlo por el bien de su objetivo, del de ambos.

Se había dejado llevar, era muy consciente de ello. Tocarla, dejarse tocar, reírse con ella... Reír. No solo la extraña magia lo reconfortaba, había más. Desde que la había visto en Cala Blanca con su piel trasluciendo la camisa blanca que se había dejado para bañarse, sabía que esa chica despertaba en él algo terrenal a lo que no iba a dar alas. No debía hacerlo.

Cerró los ojos y frunció el ceño. Se frotó la cara, la barba y, sentado a los pies del colchón, volvió a mirarla.

El yor observó su perfil, con las pecas sobre su nariz, el pelo castaño oscuro revuelto, y su mente hizo un recuento de los días anteriores. Su actitud

había dejado de ser desafiante, o por lo menos sin intenciones hirientes. Las jornadas de camino las hizo más callada y pensativa. Esperaba que tras la parada en la granja de Turius y Estina le hiciera más preguntas sobre sus padres, pero, lejos de aquello, Xadia no se pronunció al respecto. Él sabía que esa no era su naturaleza, tampoco la hostilidad con la que le trató los primeros días de viaje. Nadie bajo las circunstancias que estaba viviendo podía actuar tal y como era desde el primer día. Todo tenía un proceso, así que fue paciente esperando a que mostrara ese término medio que sabía que debía tener. Y esa noche había descubierto a la chica detrás de la ságuira que debía escapar de Portálobe.

Se tumbó a su lado, sin tocarla, inspiró profundamente y el aroma de Xadia, a brezo, madera y musgo, que ya había reconocido en otros momentos durante el viaje, se metió con fuerza en sus fosas nasales.

«Quizá esto favorezca el papel de pareja que tengo que interpretar con ella. Cuando llegemos a Ladas y la entregue todo habrá terminado y no tendré que darle mayor importancia», quiso convencerse.

Karés escuchó cómo la chica se levantaba y supo que no iba a poder dormir. No lo había conseguido durante aquellas horas, y era mejor empezar a prepararse para salir de allí. Los comerciantes saldrían de Reilos sobre esas horas para evitar el calor del mediodía.

Se puso en pie y comenzó a vestirse, Xadia había entrado al pequeño aseo y cuando salió susurró un saludo matutino.

—Buenos días —respondió él, atando sus borceguíes—. Vamos a comenzar el tramo más peligroso. Lo de ayer fue una imprudencia y no puede volver a pasar. Tenemos un objetivo y no debemos perderlo de vista. Sé que la culpa la tengo yo, tú no eres consciente del peligro real que supone y no debí ceder.

—Creo que sí lo soy. Pero perdona, me dejé llevar. No volverá a pasar —su voz sonó alta, un poco ronca y algo brusca.

El yor desvió la vista de su ceño fruncido sin entender por qué estaba molesta y continuó preparándose para la partida.

Tras varios movimientos bastante bien sincronizados en aquel mínimo espacio, ambos estaban listos.

—Trata de no mostrar los ojos, debemos intentar pasar lo más desapercibidos posible. —El chico se acercó a la puerta.

—Como si fuera tan fácil —musitó algo airada.

Karés se dio la vuelta y la miró sorprendido.

—¿Algún problema?

—Quizá mi madre debería haber pensado en elegir a un yor un poco feo para la ocasión. Porque mis ojos los puedo cerrar, pero a ver qué haces tú con tu... —Movi6 la mano de arriba abajo señalando todo su cuerpo.

El yor se dio la vuelta, si no hubiera sido por el tono beligerante que imprimía en cada palabra se hubiera reído, habría incluso bromeado. Eso se lo provocaba ella. Como si aquel chaval que era antes de la muerte de sus padres quisiera salir de nuevo.

Xadia llevaba a *Farol* cogido por las riendas. El caballo se agitó un poco al empezar a subir la cuesta hacia la plaza, pero la mano firme de la sánguira lo sostuvo sin problemas, acarició su quijada y continuaron el ligero ascenso. Karés, al lado de Xadia, portaba el macuto, mientras que el de la chica iba atado al animal.

El silencio entre ambos era tan grande que vibraba. Cuando llegaron a la plaza vieron que había movimiento, varios puestos estaban siendo recogidos y algunos de los vendedores ambulantes ya salían hacia el camino que ellos mismos iban a tomar.

El descenso por las calles de Reilos fue lento y sin llamar la atención. A la salida del pueblo, tras atravesar el arco cuyas enormes puertas estaban abiertas como el día anterior cuando entraron, vieron a la guardia en el puente.

—En Médiáne son aliados de los Nigart, juraron lealtad a la nueva corona, aunque sé que no toda la guardia está de acuerdo con el cambio.

Escuchó a Xadia inspirar con fuerza.

—¿Qué vamos a hacer? —La chica se retiró para dejar paso a un carromato.

—Pasar como si no tuviéramos nada que ocultar. Somos una pareja que va a Ulama, que vive allí.

—¿Y si me piden que los mire?

Antes de iniciar el paso por el puente sobre el río Droid, Karés ató el macuto a la montura, se subió al caballo y tendió la mano a Xadia.

—Monta delante, pero de espaldas. Abrázate a mí.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Vas a ir dormida. La guardia de Benied no va a decir nada, pero quizá la situación se complique más cuando crucemos hacia Médiáne. Ya hay gente

pasando y eso nos beneficiará. No creo que una pareja llame más la atención que un carromato en el cual se puede ocultar algo.

Xadia agarró su mano y puso el pie derecho en el estribo de la montura, se alzó y se acomodó como Karés le había indicado. Las piernas de la chica pasaron sin problema sobre las del yor y, despacio, se abrazó a su cuerpo para apoyar la cabeza sobre su pecho.

—Xadia —llamó en un susurro y ella levantó la cabeza para mirarlo—. Lo siento. Lo de tu padre. —Tragó saliva, se dio cuenta de que haberlo ignorado para evitar pensar en los suyos no era adecuado ni siquiera para él—. Es duro, pero... te sobrepondrás. Créeme.

La chica asintió, inspiró con los labios temblorosos y volvió a apoyarse en su pecho. El caballo se movió hacia delante espoleado por un suave toque de Karés.

—No te sobresaltes, voy a tocarte como si fueras mi pareja —empezó a susurrar contra su pelo poniendo la mano sobre su espalda mientras con la otra sujetaba las riendas—. Y si de aquí en adelante tengo que besarte sin pedir permiso, no dudes que lo haré.

Ella se tensó y asintió inspirando.

Los guardias antes del paso del puente simplemente saludaron al yor sin ninguna objeción. Pero al llegar al final del mismo había unos ocho hombres parando carros y dos de ellos se aproximaron a la pareja. Karés negó y supo que se lo iban a poner difícil, los aires de revolución que se respiraban en Tierra Doria hacían que en las fronteras entre las comarcas que no apoyaban a la corona los pasos se reforzaran. Y, aunque había querido tranquilizar a Xadia, en el fondo sabía que estaban en un momento crucial.

Uno de ellos alzó la mano.

—Buenos días.

—A la orden —saludó Karés, dejando a la vista la empuñadura de su cuchillo de filo largo y curvado, y demostrando, con la presencia del escudo en el mango del mismo, que era un guerrero de la guardia real.

Uno de ellos alzó el candil poniéndolo a la altura de la grupa e iluminando la cara del yor. El que había saludado frunció el ceño.

—¿A la orden de quién? —preguntó.

—Pertenezco a la guardia de Aldor, a la guardia de Tierra Doria —contestó Karés.

—¿Y tu uniforme Nigart? —gruñó el guardia.

—Estoy de asueto. Venimos de visitar a unos familiares de mi pareja. Hemos partido temprano para embarcarnos en Puerto Cila hacia la ciudad de Ulama. Nos gustaría estar allí antes de siete días.

Solo hablaba el más corpulento de los dos, tenía un aspecto fiero y a Karés su rostro le resultó familiar, estaba seguro de haberlo visto de pasada en el castillo de Portálobe. No supo si eso podía ayudarles, por si acaso no quiso decir nada.

—¿Cuándo cruzasteis este paso? —preguntó el guardia.

—Hace doce días. —Karés sabía que hacía diez días había empezado el mercado de las Hierbas en Reilos, durante ese periodo el paso habría estado atestado de gente.

—No recuerdo haberte dado paso —sopesó el guardia.

Karés sintió la respiración profunda y nerviosa de Xadia. La acarició por encima de la ropa tratando de infundirle control y tranquilidad. Sabía que aquello era una posibilidad, estaba preparado para lidiar con ello.

—Yo tampoco te recuerdo —dijo Karés estrechando los ojos y mirándolo de hito en hito.

—El puente estuvo atestado de carretas, Drator —le dijo el que los alumbraba.

—¿Puedes acreditar que eres de la guardia Nigart? —volvió a preguntar arrebatándole la lámpara a su compañero.

Karés desvió su vista hacia el cuchillo de su cintura, pero al guardia no le valía, así que metió la mano en una pequeña alforja colgada de la montura y sacó un pedazo de tela arrugada, cuyos colores vino y negro llevaban cosido un pequeño escudo bordado con hilo plateado de un corazón sangrante atravesado con una daga.

—Vale... —sopesó el guardia—... ¿Por qué estás destinado a Aldor entonces?

—Estoy al cargo de la formación de guerreros que no descienden de yores.

Drator observó al hombre sobre el caballo y al bulto que llevaba sobre él.

—¿Eras guerrero de Mortial Nigart cuando mató a los Greyers? —No se anduvo con disimulos, más de uno de los que atravesaban el puente los miraron de reojo y con el terror en sus rostros.

—Así es, y allí estuve apoyando al nuevo rey. La reubicación de los guerreros hizo que me enviaran con una partida de guardias de los Greyers hacia Ulama. Mi misión allí es el adiestramiento de muchos de ellos que

además servían a los antiguos reyes —lo dijo sin dudar. Era algo que había pasado al poco de que Mortial tomara el trono por la fuerza, los que estaban formándose partieron hacia la comarca de Aldor tal y como había contado.

Durante lo que duró el silencio otros dos guardias se unieron al marcaje que Drator estaba haciendo a la pareja. Parecía como si les divirtiera y aquello incomodó a Karés. En ese momento el paso de carromatos había parado. Estos hicieron un par de comentarios sobre lo poco sospechosos que parecían aquellos tortolitos. El guardia con la voz cantante les echó una mirada asesina por restarle importancia y quitarle autoridad.

—¿Y quién es ella?

—¿Mi pareja? —Karés dejó que la duda de la pregunta inundara su rostro, como si preguntar por ello fuera absurdo.

El guardia no contestó, elevó el candil para intentar verle la cara.

—Va dormida, está en estado —informó Karés—. Nos queda un largo viaje.

Xadia se tensó un poco y él la sintió de inmediato. Apretó la mano sobre la espalda de la chica y la movió despacio.

—No te he preguntado qué le pasa.

—Es natural de Ulama. Su familia es labriega, labora unos terrenos a las afueras.

Los dos guardias que se habían mantenido al lado de Drator miraron a su compañero y volvieron la vista a la pareja a caballo.

—¿Tiene algo que lo demuestre? —insistió el guardia.

Uno de sus compañeros resopló y se ganó una dura mirada por su parte.

—¿A qué te refieres? —Se extrañó Karés, sintió cómo la sangre comenzaba a correr más deprisa, aquel guardia se olía algo, o quizá actuaba así con todos aquellos que interceptaba. El resto de guardias parecían ser menos duros a la hora de dar paso.

—Despiértala —ordenó; la respiración de Xadia inundó el cuello de Karés.

—¿Lo crees necesario?

Drator no respondió, miró al yor con tal suficiencia que parecía que no les separara medio cuerpo de altura.

—Quítale las botas —ordenó de repente—. Sube su vestido hasta las rodillas.

Karés lo supo, aquel guardia estaba buscando a Xadia, no cabía ninguna

duda. Si veía el dibujo en el dorso de su pie iba a cerciorarse si el color de sus ojos correspondía con lo que estaba buscando.

—¿Para qué? —Karés fingió extrañeza.

—Desmontad —mandó.

Los dos guardias se removieron inquietos.

La orden fue un latigazo para Karés y la tensión de su cuerpo reverberó en Xadia. Durante unos segundos dudó en salir corriendo, en volverse hacia Reilos. Valoró su posición. Aquel guerrero no se iba a dar por vencido y debía convencerlo.

—Niria... —susurró Karés sobre la cabeza de Xadia. Llamarla por el nombre de su madre le había removido algo por dentro, al igual que sujetarla por su cuello y nuca, los días anteriores, de esa forma tan íntima que solo había visto en sus padres. Pero entendió que sería el único nombre que podría pronunciar con el cariño que la situación merecía—. Despierta, Niria. —Besó su cabeza y movió la mano en su espalda, esperando que la actuación de Xadia fuera tan fiable que aquel guardia cejara en su empeño por hacerles desmontar.

La chica empezó a aparentar que se desperezaba. Elevó la cabeza sobre el pecho de Karés e inspiró con un ligero temblor. Se removió en el abrazo y se pegó a su cuello, posando los labios sobre su carótida.

El guerrero se tensó, ella le había dado su palabra, pero en situaciones como aquella nadie sabía cómo iba a reaccionar. Trató de tranquilizarse y supo que su pulso era estable, estaba preparado para situaciones extremas y controlar su temple.

—¿Hemos llegado? —preguntó la sánguira fingiendo adormilamiento.

—No —contestó él, hizo que ella lo mirara sin volverse todavía al grupo de guardias que esperaban su próximo movimiento.

Karés acarició el cabello de Xadia acercando sus caras de tal manera que se rozaron la punta de la nariz.

«Si tengo que besarte lo haré sin pedir permiso», recordó las palabras de hacía un rato y supo que podría darse en cualquier momento. Inspiró y sonrió de la forma más natural que pudo.

—Estoy cansada, déjame dormir entonces —pidió ella en un susurro que los guardias escucharon.

Esperó que aquel guerrero de aspecto rudo, al servicio de los Nigart, dejara que siguiera durmiendo, pero lo dudaba mucho.

No quería tener que enfrentarse a él y se dio cuenta de que iba a ser

inevitable.

—Debes despertarte, Niria —Karés volvió a decir su nombre, con voz cariñosa, amable, esperando que cuando el guardia le pidiera que se presentara inventara solo el apellido.

Xadia hizo un movimiento que Karés no esperaba, se aproximó a él y posó los labios sobre los del yor para rozarlos despacio.

El yor sintió su temblor. La sensación de paz, la tranquilidad, y la niebla azulada les envolvió de repente. No pudo menos que dejarse llevar por la suavidad y el calor de sus labios. Los abrió despacio y con ello hizo que la boca de Xadia respondiera al movimiento. Los cuerpos de la pareja reaccionaron como si de repente se convirtieran en uno solo y necesitaran dejarse llevar por algo ajeno a ambos.

—Desmontad —Drator exhortó la orden.

Xadia se apartó de Karés, de repente y muy asustada.

El yor sintió su distancia, descolocado, como si acabaran de despertarlo con una jarra de agua helada. Necesitó más de ella, pero se tragó su necesidad repentina sabiendo que se estaban jugando la vida y se centró.

—Perdón... —habló la chica soslayando al guardia—. Pensaba que estábamos solos. —Fingió arrebató, aunque el sonrojo parecía muy real—. ¿Qué ocurre? —Cambió el semblante a extrañeza, a un terror que seguro no tuvo que fingir.

Drator elevó el candil para iluminar su cara, Xadia entrecerró los ojos, haciendo que este alejara la luz de los mismos sin dejar de alumbrarla.

—¿Me puede decir su nombre? ¿Dónde vive? ¿Qué labores desempeña en ese lugar?

—Sí, claro —la voz le tembló; Karés la apretó contra él—. Soy Niria Tresha. —Carraspeó para aclararse y sintió los labios del yor sobre su sien—. Natural de la comarca de Aldor. Vivía con mis padres en una casa a las afueras de Ulama, hasta que Asherov y yo nos unimos como pareja hace apenas veinte días. —Karés se quedó con el nombre que de repente ella le había concedido, mientras la chica se explicaba con voz tomada y algo ronca—. Cuando volvamos viviré con él en una de las casas de la ciudad que nuestro señor dispone para sus guerreros. Seguiré trabajando con mis padres, me ocuparé del puesto en el mercado.

Era creíble, no había dudado y cuando Karés observó al guerrero frente a él supo que se lo había tragado, aunque hubiera cierta duda en él. Xadia se

volvió hacia Karés y con la luz del candil vio las enormes pupilas dilatadas que se comían casi por completo los iris coloreados de la ságuira. No supo si sería suficiente.

Con la lámpara en alto Drator miró a la chica.

—Asherov. —El guardia desvió despacio la vista de la chica para mirar de nuevo a Karés.

—Asherov Tresha —confirmó él con un gesto neutro.

El guardia inspiró con gesto hastiado y, tras un silencio en el que no quitó ojo a la chica, habló.

—Pueden continuar.

Acercó la luz de nuevo a la grupa y el caballo se removió obligándolo a retroceder pero sin bajar el brazo que portaba el quinqué.

—A la orden —respondió Karés, como si estuviera de servicio y fuera un superior quien le hubiera dado paso.

Xadia susurró un «buenos días» y sonrió. Aquel gesto llegó a sus ojos antes de que Drator apartara del todo el candil de su cara.

Capítulo 15

Sírde no había salido de su habitación. No dejó de velar el cuerpo dormido de Bleris desde que Áskara, tras una exploración exhaustiva, cambió el horrible veredicto de su muerte. Su pareja estaba inconsciente y su situación parecía grave. Tenía el pulso muy débil, pero su corazón se aferraba a la vida.

La rabia silente en su sangre era cada vez más protagonista. La tristeza e incomprensión cuando escuchó que estaba muerto la cegaron, no hubo espacio para darse cuenta de que su vida volvía a convertirse en una ratonera y que habían vuelto a quebrar los planes que tenían juntos. Pero una vez fue consciente del tamaño de la atrocidad, la ira se apoderó de ella. Y es que, en su interior, Síride sabía que aquello era obra de Mortial Nigart. No podía ser de otra manera.

—Hija... —La voz de Rora le sobresaltó—. Deberías prepararte para el viaje.

Sírde procesó las palabras, dejó de mirar el cuerpo de su pareja. Observó despacio la enorme cama cubierta con mantas de colores verdosos, hechas con la mejor lana de las ovejas de la cordillera Central, los postes que sujetaban las esquinas del lecho, el dosel cuyas telas de colores claros hacían de esa cama regia una visión un poco más ligera de lo que realmente era.

Cerró los ojos, negó despacio. Inspiró y lo hizo a trompicones; sus pulmones no parecían querer permitirle respirar. Sus ojos se cuajaron de lágrimas y la luz que entraba por los ventanales abiertos se distorsionó. Se aproximó a Bleris y se subió junto a él, despacio. La mandíbula inferior empezó a temblarle. No era posible, no podían estar pidiéndole que abandonara a su pareja en ese estado.

Se tumbó a su lado, acarició su cara lentamente, no emanaba el calor al que ella estaba acostumbrada; se rompió.

—No iré hasta que él despierte para venir conmigo —susurró en medio de su llanto silencioso.

—Hija...

—No soy tu hija —siseó entre dientes llena de rabia. Se abrazó con fuerza al único que sentía que de verdad estaba a su lado, y al que ellos se habían encargado de silenciar—. Sois la peor familia de Siloria, no hay lealtad entre vosotros. Estáis tan cegados por la necesidad de poder que ni siquiera distinguís a los vuestros —escupió en un murmullo.

—Síride —cortó Rora con seriedad—. Entiendo tu dolor. Es mi hijo el que está ahí luchando por su vida. Yo también he perdido todo. —Se dio la vuelta y caminó despacio hasta la ventana desde la que contempló el paisaje del sur, con el cielo azulado salpicado de nubes algodonosas—. Lo que no podemos ignorar, porque está por encima de nuestras miserias, es la llamada al deber con las diosas, con la sangre, el agua y la vida de Siloria, de nuestro mundo.

El silencio se instauró en la habitación, la brisa movió con suavidad las livianas telas del dosel, Síride ahogó un lamento sobre el pecho de Bleris cubierto por las mantas.

No podía desatender su deber, y al día siguiente salían hacia Ladas estuviera Bleris despierto o no.

Lanzó una mirada a la madre de su esposo. Su porte siempre la impresionaba, era una mujer fuerte cuyos dibujos del cuello se le veían gracias a su rubio y corto pelo, incluso en la nuca. A pesar del odio no podía ignorar que aquella mujer libraba una batalla detrás de otra desde que ponía un pie en el suelo cada mañana.

Síride asintió y bajó la mirada al suelo, un cansancio antiguo sacudió su cuerpo, como si todo lo que le había pasado y lo que estaba por ocurrirle le pesara tanto que le traspasara la piel llegando hasta los huesos.

En las caballerizas estaban preparados los cuatro caballos que iban a tirar del carro doble tras otros dos enormes jamelgos negros que iban a ser cabalgados por Yakán y Mortial.

El primogénito de los reyes mostraba el mismo gesto de aborrecimiento que últimamente no se quitaba de encima. Sintió a su madre sujetarle la mano y hacer cierta presión. La miró. El dolor de sus ojos había aumentado tras el inexplicable incidente con Bleris. Él no podía quitárselo de la cabeza, desde que estaban en ese lugar todo había ido a peor y le daba verdadero asco estar allí. Alejó el dolor por la pérdida de su hermano. A pesar de haber sido como uña y carne cuando soportaban los cargos de los ejércitos en Aldor, la

distancia entre ellos desde que estaban en Portálobe era tan grande que casi le había desprovisto de sentimientos hacia él, en general hacia todos. No toleraba a su padre, y no saber dónde radicaba ese cambio de actitud lo había catapultado al odio. A su madre le tenía estima, pero su pasividad ante la situación que estaban viviendo le asqueaba.

Síríde, con el semblante más pálido que nunca, llegó acompañada de Áskara. Yakán vio cómo se subía a la enorme caravana, la más cercana a los caballos, que tenía todas las comodidades posibles para realizar el viaje. Había revisado por encima el interior de los dos cubículos, sin ganas, pero era lo que se le había pedido. Iba a estar cuidando de su cuñada durante todo el trayecto, habían decidido que el rey se acercara lo mínimo posible a ella.

Entonces apareció Mortial y con él iba otra persona que provocó la sorpresa en todos los presentes.

Yakán se quedó paralizado. La chica de pelo azul que iba al lado de su padre llamó su atención poderosamente, y es que, aunque hacía mucho tiempo que no la había visto, la reconocería entre un millón de personas. Era imposible de olvidar. Se soltó de la mano de su madre que observaba con reticencia a su marido y a la extraña que le acompañaba.

—¿Falot? —preguntó el primogénito de los reyes cuya mueca viró de la más intensa amargura a la sonrisa más ladina.

—¿Falot? —preguntó Mortial, mirando a la sánguira con la extrañeza en sus ojos.

—Sí, mi señor —su voz infantil no era a la que Mortial estaba acostumbrado.

De repente el tono añinado junto con la reverencia que le hizo a Yakán produjo en el estómago del rey algo similar a la repulsión, haciendo que se irguiera en todo su porte.

—Falot es una sánguira que nos protegerá durante el camino —anunció el rey mirando a Rora, cuyo rostro reflejaba desagrado y entendimiento doloroso.

—La caravana que emigra hacia Ladas con la posible Madre, no necesita sánguirs que la protejan, Mortial —dijo la reina con una seriedad que no consiguió tapar la tristeza de sus ojos.

El silencio se alzó en el patio. El rey sintió un gran peso en la boca del estómago que reconoció como angustia, mientras miraba cómo la que había sido su compañera de vida aguantaba las lágrimas.

Un carraspeo por parte de la sánguira sacó a todos de su particular

ensimismamiento y Mortial reaccionó.

—Somos la familia real, toda protección será poca. No pongo en duda el amparo que nos brindarán las diosas, pero así iré más seguro, al igual que llevando a mis guardias con nosotros. —En ese mismo momento aparecieron tres guardias a caballo.

—Los escritos dicen que no es necesario, podrían haber viajado Bleris y Síride solos si... —Rora no pudo terminar, Mortial levantó una mano para frenar sus palabras.

—No hay nada más que aportar.

Observó a la sánguira y a su hijo. No le gustaba que Yakán la conociera, pero no sabía por qué. Realmente lo que más le inquietaba era la posibilidad de que se hubieran cruzado alguna vez ya que la sánguira, siempre oculta y a buen recaudo del rey, nunca le había informado de tener contacto con ninguno de sus hijos.

—Debemos de partir cuanto antes —añadió Mortial inquieto mirando alrededor y esperando por su consejero.

Este apareció con prisa y se acercó hasta donde estaban todos reunidos. Mortial caminó con él alejándose del grupo.

—No hay noticias de la sánguira, mi rey.

—No puede ser tan difícil. —El asunto de esa mujer de los ojos bicolors y la ausencia de noticias lo tenían al límite de su paciencia.

Era demasiado para manejar y esperaba que aquello se resolviera pronto. Los bandos reales con la descripción escueta habían sido esparcidos por toda Tierra Doria desde el mismo día en que decapitó al sánguira de pelo blanco, y no podía haber dado tiempo a que tratara de huir fuera donde fuese que se encontrara. No parecía tan complicado cuando toda su guardia estaba en alerta y cuando, además, sabían desde donde habían partido. Esperaba que la recompensa incentivara a cualquiera que la encontrara.

—No estamos seguros de que los bandos hayan llegado a Benied o Pesala, mi rey. Si se encontrara en esos lugares...

Mortal no lo vio, pero la rashari cerró sus ojos en señal de petición y una ligera sonrisa adornó su triste cara.

—Ordena la entrada de la guardia real —continuó el soberano.

—Lo que está diciendo es complicado. En Pesala no nos lo van a permitir sin que haya una revuelta y perdamos guerreros en ella. Es una locura —dijo con cierto temor el consejero.

—Reforzad las fronteras, introducid partidas pequeñas de guerreros por los pasos fronterizos que no estén vigilados. Que la guardia vaya camuflada, que se hagan pasar por comerciantes, labriegos... ¡me da igual! Esa sánguira no puede estar lejos de nuestro alcance. —Apretó la mandíbula—. ¡Quiero que aparezca cuanto antes! —tronó Mortial haciendo que el consejero asintiera varias veces.

—Le mantendré informado, mi rey.

—Así lo espero —espetó sin mirarlo a los ojos—. Quiero que ella esté en Ladas cuando llegue.

—En cuanto al número de deserciones...

—No quiero saber nada —murmuró.

Se dio la vuelta sin decir nada más, caminó con paso firme y rudo hasta su enorme caballo de pelo negro y brillante y se subió con agilidad. Mortial no había perdido al luchador que llevaba dentro, y en los momentos en los que se llenaba de rabia parecía exacerbado, trayendo de vuelta al antiguo guerrero leal que todos recordaban de hacía tiempo.

Capítulo 16

El viaje a Puerto Cila, de una jornada completa, fue agotador. La tensión vivida en el paso de Médiane nos impidió interrumpir el viaje para dormir, queríamos alejarnos todo lo que pudiéramos de ese paso e ir a lomos del caballo lo hizo viable, aunque a mí me dolía el trasero.

Hicimos una parada de refresco para el animal, y antes de comer algo le pedí a Karés que practicáramos los movimientos defensivos que había aprendido los días atrás. Necesitaba liberar algo dentro de mí que removía mis entrañas. Los nervios en el paso fronterizo habían sido horribles, pero el peso de la pérdida de mi padre no me dejaba ni siquiera focalizarme en el objetivo que teníamos. Quería hacer algo con esa energía que venía de dentro y que, si no sacaba, iba a desvanecerme de la pena. Cada golpe y rechazo lo realicé con mayor precisión y rabia que los días anteriores. Y no paré, incluso ataqué a Karés. Y reconozco que lo hice también porque era él. No puedo negar que me decepcionara la poca empatía que estaba demostrando tras la horrible noticia, pero tampoco podía reprocharle nada. No era mi amigo, no era mi pareja por mucho que fingiéramos serlo. Él se limitó a dejarme embestir contra él y solo me bloqueaba cuando quería centrarme. Creo que usó mi respuesta y ataque para ir un paso más allá en mis enseñanzas.

Ninguno de los dos dijimos nada al respecto.

Continuamos el viaje por la noche, yo a lomos de *Farol* y Karés intercalando tramos a pie para no agotar al rocín.

Apenas hablamos, ni del beso ni de las sensaciones que experimentamos. Cada vez que pensaba en la energía que me envolvió cuando sus labios y los míos hicieron contacto sentía una fuerza interior que parecía volver a empujarme hacia él. Mejor no hablarlo, me habría puesto en evidencia. Además, me sentía desleal por tener esos sentimientos cuando una parte de mí lo quería rechazar.

En Puerto Cila dimos en seguida con la familia de Estina, donde dejamos a

Farol. Y no pudimos resistirnos a una comida caliente de la insistente hermana de aquella granjera, yo lo agradecí. Karés había hablado del viaje en barco que nos quedaba por delante. Nuestra siguiente escala era Réludo, una de las ciudades portuarias de Pesala, al norte de Tierra Doria; si llegáramos hasta allí sin incidentes se habrían terminado los tramos hostiles.

En el camino hacia el puerto nos encontramos con varios bandos reales en los que había una descripción escueta de mi físico. El rey estaba buscando a una ságuira y se hablaba de una gran recompensa, los ojos bicolors era el único rasgo que marcaba, además de mi raza. Algunos panfletos estaban rotos, pero habían sido repuestos por otros más nuevos. Fue el primer lugar donde vimos ese despliegue para capturarme. Miré a Karés y de nuevo tuve que hacer un acto de perdón interno para entender que él estaba conmigo para protegerme, no para arropar mi tristeza y mi pérdida. El miedo al cerciorarme de que en aquella ciudad portuaria se me buscaba con tesón se anudó a mi alma como un enredo negro y denso.

—Tenemos que llegar al puerto —dijo Karés haciendo que desviara mi vista de los panfletos de las paredes—. El barco que necesitamos que nos lleve parte al mediodía. Es un navío mercante que transporta minerales y piedra de sierra Travana hacia el norte de Tierra Estraria.

—No sabía que entre ellos y nuestra tierra hubiera relaciones mercantiles estables. Pensaba que Mortial había reventado cualquier posibilidad con su golpe de estado —dije extrañada.

—Su petulante rey quiere esta piedra, nada le va a impedir construir su ciclópeo palacio. Cada treinta y seis días sale un cargamento hacia allí. Y nos va a beneficiar.

—Pero nosotros no queremos ir a Tierra Estraria.

—No, nosotros nos quedamos en su primera escala, en Isla Turla. Allí arrendaremos una embarcación de vela para llegar a Réludo. El mar de Oyestra es templado y tranquilo incluso en su parte norte, y con los vientos silóreos no vamos a tener problemas para llegar.

—¿Seguro que no es como el mar Túrigo? Dicen que tiene unas corrientes mortales que llegan a la costa de Tierra Rápari.

—No tiene nada que ver. —Me miró fijamente, era la primera conversación de más de tres frases que habíamos intercambiado en días—. ¿Sabías eso y aún así te dejaste ir nadando en Cala Blanca? —Elevó una ceja y yo me encogí de hombros.

—No tengas muy en cuenta a esa chica enfadada —dije, queriendo quitarle importancia; y sé que podría haber resultado graciosa, podía haber roto el ambiente lúgubre que reinaba entre nosotros, pero no tenía energía para hacerlo.

—Vamos al puerto, voy a agarrarte, ya sabes...

—Sí, ya sé. —Una mueca que no se aproximaba a una sonrisa se formó en mi cara para volver al gesto neutro y cansado que sabía que tenía.

Llegamos al puerto y mantuve mi mirada lo más baja posible. La mano de Karés en mi nuca y la sensación de unión, cada vez más fuerte, hacían que quisiera pegarme a él como si estuviera magnetizada por su piel. De reojo vi el mar tranquilo, las embarcaciones amarradas, las nubes bajas y grisáceas cubriendo todo el cielo de tal manera que no pasaba ni un solo rayo de sol. Era imposible ignorar el trajín de los marinos cargando las naves, y el crujido de los barcos sobre las aguas y contra el muelle. El olor salobre y marino entraba con fuerza por mis fosas nasales, y volví a recordar Cala Blanca; supe que el lugar donde nos encontrábamos no tenía que ver con aquella pureza, con aquella sensación de libertad. Y también supe que la Xadia de aquel lugar no tenía nada que ver con la que ahora mismo pisaba la comarca de Médiáne.

Karés, sin soltarme, se acercó a dos marineros que fumaban corteza vieja de árbol sagrado en sus pipas. El olor a rancio de su humo y de sus ajadas ropas, que visualicé en un vistazo de pasada, impregnaba el ambiente marino.

—¿Vais a bordo de este barco? —preguntó el yor, señalándolo.

Lo miré sin querer mostrar mis ojos. Era una nave enorme con tres mástiles en la que cargaban sin descanso cajas y barriles además de bloques enormes de piedra. Me sobrecogió la envergadura del mismo, estaba acostumbrada a las embarcaciones del lago Rosa, y aquello superaba con creces cualquiera que hubiera conocido antes.

—Así es —indicó uno de ellos—. ¿Quieres alistarte como marino? Siempre hacen falta un par de brazos como los tuyos.

—Me gustaría viajar con mi pareja. —Me pegó a su cuerpo, no fue brusco, pero me sobresalté.

El marino se inclinó echándome un vistazo y pude ver de refilón como elevaba las cejas mientras fumaba de su pipa llenando el aire de humo añejo.

—No parece que ese cuerpecito vaya a poder soportar las inclemencias de a bordo.

—No la subestimes —refutó el yor con dureza en su voz.

—Habla con la capitana. —Se rio el otro hombre, dando por hecho que eso era del todo imposible.

Me puse nerviosa, no sabía cómo pretendía que subiéramos a ese barco y no entendía en calidad de qué íbamos a viajar. No estaba muy segura de estar preparada para afrontar el afán de cubierta.

Karés sacó un pequeño saco del macuto que al moverlo sonó a metal entrechocando. Iba a sobornarlos.

—Si no me enseñas las monedas no pienso hacer nada —dijo el primer hombre, sin dejar de mirar la bolsa con cierta avidez mientras se agarraba con intención la enorme barba.

Miré a Karés directamente, esperando su siguiente movimiento y queriendo confiar en que aquello podría salir bien. Él sonrió despacio, perezoso, con petulancia.

—Este saco será vuestro en cuanto nos dejéis viajar en un lugar seguro de la nave. —Metió la mano y sacó un puñado de monedas doradas. Miré de refilón a los marinos y vi cómo tenían la vista fijada en el valioso metal. Se les abrieron los ojos con codicia—. Y cuando llegemos a puerto os daré uno a cada uno con la misma cantidad si conseguís que nadie sepa de nosotros en el barco.

Los dos observaron a Karés sin parpadear, y este alzó dos sacos más y los agitó haciendo que el tintineo de las monedas en su interior abriera todavía más los ojos de los marineros.

—Pero eso es imposible —dijo el más reacio, el otro le propinó un codazo haciéndolo callar.

—Hay un lugar —empezó a hablar el compañero—, en las bodegas. Si conseguís que el cocinero no os vea cada vez que entre a por la comida una vez al día, llegaréis a puerto.

Karés miró al hombre y lo amenazó:

—Si nos descubren me encargará de que seas pasto para los peces.

—Me estás diciendo que me vas a pagar como seis veces lo que gano en cada travesía a Tierra Estraria, ¿crees que me la jugaría?

—Yo ya me la estoy jugando, solo queda saber si tú también quieres formar parte —contestó el yor.

Mi compañero era inquebrantable pactando, mostraba una seguridad que cualquiera diría que sabía con quién iba a tratar antes de llegar hasta ellos.

El hombre asintió, miró a su colega.

—La zona de bodega tiene un pequeño apartado, y es segura. No es la primera vez que viajan polizones allí. Yo soy el encargado del vino —añadió ufano.

—¿Los has metido tú? —le preguntó el marino más indeciso.

—En cada viaje me saco un sobresueldo, pero en este tú y yo vamos a ganar mucho más de lo que he conseguido en un año. —Se rio y enseñó sus dientes amarillentos.

El hombre pareció quedarse convencido.

—Esperad tras esas cajas de allí, yo me ocuparé de subiros a bordo. —Se metió el extremo de la pipa en la boca y continuó fumando como si allí no hubiera pasado nada.

Nos dimos la vuelta y comenzamos a caminar. Sentí que el estómago se me arremolinaba, íbamos a ser polizones durante días. En aquel momento no supe a qué tenía que atenerme.

—¡Yor! —llamó aquel hombre haciendo que Karés se volviera—. Como al llegar a puerto no nos pagues lo sufrirás —advirtió; el guerrero asintió.

—Cumple tu palabra y yo cumpliré la mía —sentenció.

—¿No crees que es demasiado peligroso viajar de forma clandestina? —pregunté en un susurro.

Estábamos sentados en el suelo, en el interior del barco, en un pequeño recoveco en el que apenas cabíamos tumbados y cuya altura hacía que tuviéramos que encogernos para no rozar el techo con la cabeza. Unos barriles enormes cubrían la entrada.

—Es mucho más arriesgado atravesar Médiane y Aldor a pie, créeme.

—No sé si voy a ser capaz de pasar varios días en este cubículo —dije sintiendo que en cualquier momento me podría faltar el aire.

—En cuanto carguen dejarán de entrar aquí, y solo cuando el cocinero necesite los alimentos diarios tendremos que escondernos. La escotilla que deben abrir hace demasiado ruido para no enterarnos —susurró con todo su cuerpo pegado al mío.

—Pero tendremos que dormir aquí, en este espacio —reflexioné tocando las paredes con las manos y pringándome de una especie de aceite mezclado con salitre.

—Sacaremos ropa para hacerlo más cómodo.

Su voz era demasiado neutra para sacar conclusiones sobre su estado de ánimo, aun así, ya iba conociéndolo más. Habíamos conseguido pasajes para

viajar de la forma más segura, pero, aunque sus palabras parecían querer infundir sosiego, su tono no me convencía.

El ruido de una escotilla abriéndose volvió a reverberar en la bodega, se escucharon cajas arrastrándose por el suelo, gritos, voces y quejidos por el esfuerzo. Los últimos barriles rodaron con estruendo hasta llegar a su lugar.

Karés me miró, me había pegado todavía más a su cuerpo al escuchar el ruido.

—Siento que esta forma de viajar sea tan incómoda —susurró de repente en cuanto la escotilla se cerró—. Siento que estés pasando por todo esto —chascó la lengua.

Inspiré despacio y reprimí las ganas de llorar, aunque si lo hubiera hecho la oscuridad habría encubierto mis lágrimas. Aprecié su disculpa y lo que emanaba su cuerpo hacia el mío. De alguna manera sus palabras habían potenciado la sensación que ambos creábamos con nuestro contacto.

—Cuando lleguemos a Isla Turla todo va a ser mucho más sencillo —me dijo, parecía que quería garantizarme, algo que en realidad no estaba en sus manos, que todo iba a salir bien.

El olor que impregnaba el ambiente a alimentos en salazón, al fermentado del vino, a humedad... supe que, conforme pasaran los días, se haría mucho más repulsivo y, a pesar de las tranquilizadoras palabras de Karés, entendí que necesitaba llegar cuanto antes al destino.

—¿En estos barcos no viaja la guardia del rey? —pregunté de repente, como si no lo hubiera contemplado.

—Sí, claro que lo hace. Amparan el comercio entre las dos tierras para que no haya problemas. Por eso no nos podemos arriesgar a estar en cubierta. Podríamos habernos alistado para trabajar, pero eso nos habría expuesto demasiado.

—Creo que prefiero desempeñar cualquier labor en un barco a viajar como lo vamos a hacer. —Asentí deprisa, cualquier alternativa a aquello era mucho mejor.

—No lo dudo. Pero deberías cambiar la forma de verlo o se te hará demasiado largo.

Cerré los ojos, resignada. Me dejé llevar por el cansancio y sin darme cuenta me dormí sobre su hombro.

Unos ruidos se metieron en mi cabeza y despacio salí del cálido lecho que me proporcionaba el sueño hasta olvidar dónde estaba. De repente una mano tapó

mi boca y sentí, pegado a mí, el cuerpo fornido de quien me tenía presa. El corazón me latió tan fuerte que me dolieron las costillas. La adrenalina pinchó en mis dedos y el miedo creó un grito desde el estómago que se aplacó por un sonido en mi oído.

—Shhh —susurró Karés—. Tranquila.

No solo fue su voz, ni siquiera el olor característico que me envolvió en cuanto inspiré con fuerza. Mis dedos, en un acto de defensa inconsciente, sujetaron la muñeca de mi captor para leer un solo latido de su arteria radial. La protección que irradiaba hacia mí y que me llegó en esa primera lectura fue abrumadora. Bañó cada célula de mi ser, e hizo que, de forma inmediata, me dejara arropar por él. Dejé de tomarle el pulso porque mi conciencia me recordó que no debía seguir, lo había prometido.

El ruido fuera del cubículo, donde estábamos tumbados de lado y abrazados sin apenas espacio para menearnos, indicaba que por lo menos había dos personas moviendo cajas y revolviendo en bolsas de legumbres secas.

En silencio Karés retiró la mano que hacía de mordaza mientras me volvía más consciente de la realidad que nos envolvía. La sensación en aquel lugar era asfixiante. Los días hasta llegar a Isla Turla, sumidos en aquella semioscuridad, más ese olor cada vez más repugnante, me hicieron pensar en lo que nos quedaba por delante.

Pensé en la higiene personal, en las necesidades de nuestros cuerpos... Dos lágrimas enormes se cuajaron en mis ojos y cayeron hacia el lateral de mi cara. Sé que mojaron el brazo del yor, porque lo notaba bajo mi cabeza como si este hubiera sido mi almohada durante el descanso. Me sentí agotada.

Quise no estar allí, sentí la impotencia por no tener otra elección. Añoré mi casa con fuerza, a mi familia. La voz de aquel hombre en la taberna hablando de la muerte de mi padre frente a mi madre me hizo temblar de rabia, de tristeza. Odié al rey todavía más, no solo era el culpable de estar viviendo aquellas miserias y de que tuviera que sentir el miedo como si fuera un componente más de mi cuerpo; había matado a mi padre de la forma más cruel. Me mordí los labios para no deshacerme en ruidosos sollozos y entonces decidí taparme yo misma la boca. Cerré los ojos y me dejé llevar por aquel mar de odio, ira, rabia, tristeza, pérdida... y por el dolor de mi cuerpo aterido, ya que, a pesar de haber tratado de descansar, hacerlo en aquella posición y sobre ese suelo de madera húmeda, no había sido lo más reconfortante.

La escotilla se cerró. Sin decir nada Karés me estrechó en su abrazo, apoyó su cabeza sobre mi pelo y lo sentí respirar profundamente. No habló, solo me sostuvo hasta que dejé de llorar y de temblar.

Me moví despacio para desasirme de él; aflojó el abrazo y yo lo miré de frente.

—Esto va a salir bien, ¿verdad? —susurré con la voz tomada—. Este miserable viaje, estar aquí con la asfixiante sensación de que en cualquier momento podemos ser descubiertos y acabar muertos... —murmuré ronca y me di la vuelta para apoyar toda la espalda en el suelo.

Con los ojos abiertos traté de diferenciar el techo bajo donde estábamos agazapados.

—Va a ir bien. No voy a dejar que nos descubran —Karés lo dijo rotundo, pero ambos sabíamos que era una pose para infundir seguridad.

El ruido de la escotilla nos volvió a tensar. No esperábamos que volvieran a entrar.

—Polizones —dijo una voz hosca y conocida mientras bajaba las escaleras—. Soy quien os ha metido en esa ratonera. Traigo comida.

Fui la primera en salir y al ponerme de pie sentí un leve mareo por el movimiento del barco.

—Vengo a por el vino. Aprovecharé la bajada y una vez al día os traeré comida. Hoy solo tenemos carne salada y un poco de pan. El puchero no se ha terminado de hacer.

—Gracias —dije cogiendo el paño en el que estaba envuelta la comida.

—Si queréis vino también os puedo dejar un pequeño odre.

Karés intervino:

—No sé si será...

—Te lo agradecemos —lo corté. Y deseé que el fermentado hiciera efecto y me dejara derrotada para que aquel viaje pasara entre nebulosas etílicas.

Vi a Karés elevar las cejas y me encogí de hombros. El marino, sin mediar palabra, se puso con su cometido y rellenó varios odres de vino, uno de ellos nos lo dio.

—Es vuestra ración de dos días. —No se despidió. Se dio la vuelta, subió los escalones y salió por la trampilla sumiéndonos, de nuevo, en esa penumbra a la que no nos quedaba más remedio que acostumbrarnos.

—Mañana deberíamos pedirle que nos consiguiera un candil de piedra iluminata —lo pensé en voz alta y Karés se encogió de hombros, como si

aquello no fuera una posibilidad, pero preguntó de forma inmediata:

—¿Vas a beberte el vino?

—Para eso lo he pedido —le dije como si otra opción fuera absurda—. Quiero dormirme cuanto antes, quiero pasar el viaje abriendo los ojos lo justo.

El yor no contestó, nos metimos detrás de los barriles, pero no entramos al estrecho cubículo. Nos recostamos en la pared y desenvolvimos la comida.

La vista se fue haciendo a la oscuridad y era capaz de empezar a distinguir formas con la escasa luz que se filtraba por las juntas de las tablas del techo.

Mastiqué la carne con pocas ganas, destapé el odre y le di un sorbo para ver si así pasaba mejor. Tras tragar supe que mi mueca de asco me había delatado.

—¿Es la primera vez que lo pruebas? —preguntó el yor.

—¡No! —me quejé pasándome el dorso de la mano por los labios—. Este sí, claro, pero no recordaba que el vino fuera tan... amargo, ácido... es asqueroso. Quema. El de la granja de los amigos de tus padres estaba mucho mejor.

—El de Turius y Estina era mosto —dijo y escuché cierto deje risueño—. Déjame probarlo. No creo que lleven un vino de primera calidad, eso seguro. —Alargó el brazo y le di el odre.

Karés le dio un trago y no se inmutó.

—No es de los mejores, pero tampoco de los peores. Conforme lo bebas le cogerás el gusto, aunque quizá te de sueño antes de que esto pase. Tiene una graduación alta.

—Ni siquiera sé si es una buena idea lo del vino. —Suspiré, y me di cuenta del arrebató que me había poseído con las posibilidades éticas.

—Come —me ordenó—. No podemos permitirnos el lujo de desperdiciar la única comida al día que nos van a dar.

—¿No nos quedan víveres?

—Sí, pero tenemos otro trayecto en barco. Estaremos solos y no me quiero arriesgar. Aunque hagamos escala en Isla Turla no estoy seguro de poder reponer allí. Comeremos lo que nos den —sonó como un capitán dando órdenes, como si fuera alguien mucho mayor de lo que era.

—¿Sabes? —Miré mi trozo de pan duro y negué con una sonrisa triste—. Nunca me hubiera imaginado tener que pasar por esto.

—La vida da mandobles continuamente. Hay que saber esquivarlos o sobrevivirlos si es que te hieren.

Lo miré; él no levantó la vista del suelo, mordió su pedazo de carne y masticó despacio.

Recordé cómo contó la historia de la muerte de sus padres a manos de los Nigart en la granja de Turius y Estina. A pesar de querer mantener su gesto neutro no lo consiguió, sus ojos expresaban mucho más que su cara. Estaba segura de que eso le había hecho desertar. O por lo menos tenía que ser una de las razones. No era fácil servir al rey que había asesinado a tus progenitores.

Nunca había odiado, o no con tanta fuerza como lo sentía en ese momento. Los Nigart estaban sesgando vidas y no solo asesinando, estaban dejando Tierra Doria llena de rencor por el afán de poder que habían demostrado. Se sentía el rechazo a la corona entre la gente, pero también el miedo a darle la espalda.

Tomé otro trago del asqueroso líquido, que no resultó ser mejor que el primero.

—¿Crees que hay alguna manera de acabar con los Nigart? —pregunté de repente.

Karés levantó la cabeza como si tuviera un resorte.

—Porque estamos solos, pero lo que acabas de preguntar no lo hagas delante de nadie, ni siquiera en voz baja. Te pueden juzgar por traición a la corona, por actos de rebeldía —su tono fue amenazante.

—Creo que mis ojos me llevarían al rey antes que mis ideas rebeldes —contesté con cierta desgana. El vino estaba haciendo que no solo se me relajara el cuerpo, también la lengua, la mente, el miedo...

—Llevas razón, pero es mejor que no lo hagas.

—No me has respondido, y por seguridad no voy a repetirlo —insistí con cierta sorna.

Karés soltó el aire y apretó los labios reprimiendo una suerte de sonrisa, acto seguido me cogió el odre para darle un trago.

—Siempre te has salido con la tuya, ¿verdad?

—Siempre lo he intentado. —Me metí un trozo de pan a la boca y mastiqué sin dejar de mirarlo.

Las pupilas dilatadas hasta los extremos hacían que viera mucho más allá de la silueta de Karés, distinguía sus labios, y sus ojos, también sus pómulos marcados sobre la barba clara y larga.

—Espero que la haya —dijo solemne y se frotó la barba inspirando con fuerza—. Si las fuerzas del mal salen victoriosas no sé qué sentido tiene la

vida.

—¿No tienes más datos? —indagué curiosa.

—Te refieres a todo lo que sé sobre las comarcas que no admiten al rey actual, ¿verdad? —Me miró de hito en hito.

—A eso me refiero, y a que tú te has largado del lado de los Nigart.

—Estoy protegiéndote, tengo un cometido contigo —sonó a que quería zanjear el tema, pero no teníamos mucho más que hacer y quizá ya era hora de que él también pusiera las cartas sobre la mesa.

—Sí, pero si fueras leal a la corona no estarías aquí —contrataqué.

—No lo soy, no. Es imposible serlo después de lo que les hicieron a mis padres —confesó.

El silencio entre los dos solo estaba interrumpido por el sonido de navegación, el mar contra el bote, el crujido de las maderas en su movimiento.

—¿Cómo sabías que Tresha era un apellido de Ulama? —El yor cambió la conversación.

Me sonrojé, y agradecí que la escasa luz de la bodega no se lo mostrara. Carraspeé un poco y tras varias miradas y una inspiración profunda hablé:

—Conocía a un chico cuya familia era de allí. Solía venir en la notra de luz a Portálobe con sus primos, y fue lo único que se me ocurrió. No sabía que fuera exactamente de allí, solo probé suerte.

Karés volvió a destapar el odre y le dio un trago, se limpió los labios con el dorso de su mano y me lo ofreció.

—Sí, bebamos. Aunque esto sepa peor que la infusión de hojas de set —dije acordándome de aquel apacible momento que superaba con creces el presente.

La carcajada de Karés reverberó en mi pecho e hizo que lo mirara; me gustó escucharla, me calentó algo por dentro.

—Pero no todo el vino, hay que guardar para mañana —sugirió él.

—Seguro que con un par de tragos más yo me quedo inconsciente.

—¿Te has hecho la valiente?

—No —dije con seriedad repentina—. Creo que ya no sé fingir para agradar, o para demostrar que soy otra persona. —Recordé cómo pasaba los días junto a mis padres, con mis amigas. A veces tratábamos de ser quienes no éramos para gustar a un chico o para conseguir algo. Sentí aquello como algo demasiado lejano. Aquella chica me resultaba desconocida, incluso infantil.

Le di un trago más largo que el anterior, esta vez el ardor en mi garganta no

fue tan fiero como la primera vez. Mordí un pedazo de carne y lo mastiqué con desgana.

—Tengo la sensación de que me estoy perdiendo por este camino — reflexioné y miré al yor—. Creo que si vuelvo a ver a mis... —me callé, no iba a volver a ver a mis padres, lo supe en ese mismo momento. Lo de mi padre era obvio, pero seguro que volver a Portálobe con mi madre no estaba escrito en mi destino.

—Todo implica un cambio, Xadia. Y a veces esos cambios no son tan malos como las circunstancias que te han hecho llegar a él.

Escuchar mi nombre de su boca me enterneció. Me acordé de la sensación de protección que me había transmitido su sangre cuando la leí sin querer. Quise olvidarme de ello, aquel acto implicaba traición a su palabra, pero solo en cierta manera porque no seguí leyendo una vez entendí que todo estaba bien.

—¿Crees que podríamos practicar las clases de defensa? —cambié de tema.

—¿Aquí?

—Algo tendremos que hacer con todo este tiempo que nos queda por delante. Y la oscuridad puede ser un añadido para sacarle partido —propuse con interés.

—Levántate y deja ese odre a un lado —ordenó Karés poniéndose de pie de forma ágil.

Hice lo que me pidió. Me sentí un poco entumecida y el vino hizo que me tambaleara de forma ligera, pero me puse en posición de ataque y, en cuanto Karés lanzó su puño a mi cuello, lo rechacé con un movimiento rápido y duro.

—Parece que el vino marinero agudiza tus sentidos —dijo sorprendido—. Atácame —pidió.

Y lo hice como él me enseñó cuando corrigió mis embestidas no tan vanas en nuestro viaje hacia Puerto Cila.

En un momento dado agarró mi puño y con una rapidez que me tomó desprevenida, pegó mi espalda a su pecho. Yo jadeaba, a él no le notaba ni la respiración.

—Eres muy rápida —dijo en mi oído y erizó la piel de mi nuca.

—Y tu capacidad para ver en la oscuridad te da demasiada ventaja.

—Sí... —Rio bajo su respiración, cómo me gustó escucharlo de nuevo y sentir la reverberación de ese sonido contra mi espalda—. Y el alcohol en tu

sangre.

Estar tan pegada a él alteraba muchas partes de mi cuerpo y forcejeé para que me soltara. Lo hizo de inmediato, también lo eché de menos con la misma celeridad.

—¡Yor! —La voz ronca de nuestro aliado nos despertó a los dos—. Escúchame —empezó a hablar con premura—. Nos hemos desviado hacia Ulama, no queda mucho tiempo para atracar. Nos ha abordado una embarcación y ordenado, en nombre del rey, que la nave se desvíe de su ruta. Debemos bajar toda la tripulación y hacerlo por la pasarela.

No era posible, aquello no podía estar pasando. Iban a encontrarnos, no había manera de salir de aquel lugar sin que nos vieran. No conseguía que mi cabeza se despejara, la ansiedad se había apoderado de mí porque solo visualizaba cómo nos capturaban.

—Tenéis que salir de aquí, y por la borda. —Nervioso, el marinero salió de la bodega y cerró la trampilla.

—¿Por la borda?! —exclamé mientras escuchaba el trasiego de gente en la parte superior del barco.

No habrían pasado más que un par de horas desde que habíamos decidido dormir cansados de practicar las clases de defensa. Cansados y bebidos, porque el vino nos había hecho jugar más que entrenar.

—Sal de aquí —me pidió Karés—. Recojamos todo y salgamos por la escotilla.

La oscuridad de la noche hacía que no hubiera luz y por lo tanto debíamos manearnos a ciegas. Salí del cubículo arrastrando mi bolsa de ropa, mientras él metía con prisa su ropa extendida en el suelo que nos había servido como colchón y mantas.

Me quedé de pie al lado de un barril frente a la escalera que conducía a la escotilla de salida. Los nervios hacían que la sien me palpitará con fuerza. No sabía qué decir y decidí que iba a seguir lo que Karés propusiera sin rechistar para facilitar lo al máximo. Él podía sacarnos de allí, confiaba ciegamente en la capacidad de reacción de aquel yor.

—Voy a echar un vistazo. —Pasó por delante de mí y subió las escaleras—. Con el ajeteo en cubierta va a ser fácil camuflarnos.

Esperaba que aquello que decía de forma tan tajante se lo creyera, porque mi miedo me impedía verlo con claridad. No teníamos otra opción, si habían pedido la salida por la pasarela es que sospechaban algo, y nosotros éramos

una gran posibilidad para hacerlo.

Karés abrió el acceso al exterior despacio, sin hacer apenas ruido, y se asomó por una ranura. Tras unos segundos observando cerró y bajó los escalones.

—Llegaremos a nado hasta Ulama —dijo mientras caminaba directamente hacia una caja de madera que destrozó de un pisotón.

Cogió un pedazo grande, la oscuridad no era problema para él. Acto seguido se movió hacia la pared del fondo y trajo algo en sus manos y, sin pedir permiso, me quitó mi bolsa. Estuvo afanado durante un rato que a mí se me hizo eterno.

Estaba bloqueada, no sabía qué esperar de la travesía a nado, la ropa iba a pesar demasiado, nuestras pertenencias encima, el miedo... No sabía si iba a ser capaz de nadar para salvar mi vida, si iba a retrasar a Karés...

—Quítate las botas y el vestido —ordenó el guerrero mientras él hacía lo mismo—. ¡Vamos! —apremió al ver la lentitud con la que me movía.

Reaccioné y comencé, con movimientos más torpes de lo que esperaba, a hacer lo que me había dicho. Me quedé con la camisola interior y le di mi prenda y mis botas.

—Se va a empapar todo, pesará demasiado. —Señalé la tabla.

—Sí, pero lo podremos arrastrar sin tener que dejar pruebas aquí o perderlo en el mar, no pesará tanto. —Se dio la vuelta y me sujetó por el brazo—. No te separes de mí.

Subimos los escalones juntos, Karés se asomó de nuevo por la escotilla.

—Está muy oscuro, no nos van a ver, y el puerto está muy cerca. Lo lograremos —me dijo como si con ello quisiera tranquilizarme—. Sal, agáchate y corre hacia tu izquierda, hay unas cajas apiladas, ponte detrás. Y en cuanto yo te diga salta.

Así lo hicimos. El jaleo de la cubierta nos protegió y corrimos para resguardarnos tras las cajas, yo lo hice sin mirar a nada más que al frente. Karés observó unos segundos la distancia hasta la costa, agarró con una mano el tablón con las mochilas, cuyo extremo de la cuerda iba atado a su cintura, y cogió mi mano.

—¡Ahora! —susurró con energía.

Capítulo 17

Yakán tenía a Falot contra el tronco de un enorme árbol. Se besaban y se tocaban por encima de la ropa con ansia. Hacía más de tres notras que no se habían visto. La última vez había sido días antes de que todos los Nigart partieran al enlace de Bleris y Síride. Yakán nunca pensó que no volverían a Ulama, y el no hacerlo, debido a la orden de Mortial de no abandonar el castillo recién tomado, causó en el primogénito de los Nigart un cabreo de proporciones épicas. Todo ello se sumó al desplazamiento que sufrió de su puesto al mando de los ejércitos, sintió que ya no era útil en la corte.

Falot y Yakán apenas habían intercambiado dos palabras, pero estas sobraron en el momento en que ambos se metieron en la espesura del bosque. El objetivo era hacer un aseo rápido en el riachuelo que pasaba cerca de donde habían parado para hacer un pequeño refresco; nada más lejos de la realidad. Desde el momento en que el mayor de los Nigart la vio, su intención de tener ese primer contacto con ella nublaba cualquier posibilidad de conversación.

Cuando Yakán la vio en el patio del castillo, y fue consciente de que era su sánguira azul, la observó con una mueca lobuna, hambrienta; mientras ella, con esa seguridad que siempre había logrado ponerlo de rodillas, pasaba a su lado despacio, mirándolo de refilón y rozándolo apenas con una brizna de su vestido. Entró en la caravana y desapareció de su vista, dejándolo como un pasmarote hundido en la incomprensión y en el deseo de tocarla y besarla para recuperar el tiempo perdido.

Por el remanente de aquellas ganas a la sánguira no le dio tiempo a llegar al agua; el yor tiró de su mano y la enfrentó. A pesar de encontrarse con una mueca que bailaba entre la inocencia y la lujuria, algo que se correspondía poco con la chica que había conocido en Ulama, la besó con fiereza. Tras separarse para tomar aire, el siguiente paso fue de mutuo acuerdo con solo una mirada.

Los labios de Yakán comenzaron a resbalar por el cuello expuesto de la chica y las manos lucharon por colarse bajo las faldas que tapaban sus piernas.

—Tenemos que volver —pidió ella entre jadeos, pero sin dejar de tocar la nuca y el pelo del yor y atrayéndolo con fuerza hacia su cuerpo.

—Espera... solo quiero sentirte —susurró ansioso.

El yor temía perder el contacto con su piel justo cuando había logrado alcanzar algo con lo que se había resignado a solo soñarlo. Una mano del chico logró colarse entre los pliegues de tela y se topó con sus piernas desnudas. La acarició y llegó, con más prisa de la que le hubiera gustado, al vértice de sus muslos. De la garganta de Falot brotó un gorjeo de placer.

—No podemos... —ella ahogó las palabras con el gemido y Yakán volvió a su boca.

El grito de Mortial atravesó el espacio de árboles y aire tranquilo hasta llegar a sus oídos. Les hizo despegarse con fuerza, agitados, respirando con dificultad como si se hubieran repelido. Parecía que de verdad no existiese otra manera de hacerlo si lo que querían era irse de allí sin que nadie sospechara nada.

—Aséate y vamos —ordenó él. Miró al suelo para no encontrarse con los ojos de aquella mujer que le nublaba por completo. Estaba enfadado, frustrado y obnubilado por la concupiscencia—. No sé si voy a ser capaz de aguantar esta locura. —Se llevó la mano a la boca y se limpió su sabor. Aunque en realidad daba igual, todo el olor de esa mujer le inundaba, hiciera lo que hiciese para quitárselo de encima.

Falot soltó una pequeña carcajada, lo miró por encima de su hombro y se acercó al riachuelo. Mortial volvió a gritar sus nombres, sabían que el rey iba a ir hasta allí.

Yakán había descubierto que su padre estaba incómodo con la posibilidad de que él conociera a aquella ságuira que había introducido, repentinamente, en la caravana hacia Ladas, cuando todos sabían que no era necesario para Síride. La protección de las diosas era más que suficiente.

Yakán se acercó a la ságuira mientras ella se arrodillaba en el riachuelo y lavaba su cara y sus manos.

—¿Por qué mi padre dice que eres la ságuira del castillo? —Al yor se le amontonaban las preguntas y las ganas por igual.

—Has tardado demasiado en hacer esa pregunta. —Ella lo miró y se

mordió el labio inferior con cierta lascivia.

—¡Contéstame! —exigió confundido.

—Estás frustrado y caliente. Háblame con más delicadeza —dijo ella molesta y altiva.

—Has cambiado —le reprochó. Le cogió del brazo para levantarla.

—No lo he hecho —espetó soltándose airada—. Estoy al servicio del rey por encima de todo —recalcó con seriedad—. Compórtate.

—Tenemos que hablar —Yakán bajó el tono y asintió, en una disculpa muda.

—Y lo haremos, pero creo que hemos agotado el tiempo por culpa de tu lujuria desmedida.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la caravana que les esperaba en las lindes del camino. El yor no perdió de vista ni uno de sus movimientos. La había echado de menos tanto que casi se había perdido con su recuerdo. Hacía casi una jornada que habían salido de Portálobe, pero habían avanzado bastante. Mortial hablaba del viaje con los guardias como si fuera él mismo uno de ellos. No parecía el rey, no parecía ni siquiera el señor de una comarca. En aquellos momentos, viajando, liderando una caravana, se sentía más aquel Mortial Nigart de Ulama que vivía junto a su familia a las órdenes de su padre, el señor de Aldor, y que realizaba el trabajo a pie de campo y no desde una robusta silla llamada trono.

Sintió que salir fuera del castillo le estaba haciendo bien, los dos últimos días habían sido un infierno. No lograba sacarse el regusto a hiel que le provocaba pensar en Bleris. Falot le confirmó que había perpetrado la muerte de su hijo, añadiendo lo infalible que era el veneno que había utilizado. Aseguró que la muerte le sobrevendría en cuestión de días, pero una incomprensible fortaleza le había mantenido vivo.

Supuso que, por todo aquello, alejarse de Portálobe le hacía sentir más liviano, menos culpable, porque, aunque no lo llegaba a entender, había un lazo interno, como si fuera su propia sangre, que tiraba de él hacia la pena más inconmensurable. La apartaba, tenía que hacerlo, su objetivo era implacable y no podía hacer caso a esos impedimentos que se encontraba en su camino hacia su deseado destino.

Observó a Falot salir de entre los arbustos del camino y cuatro pasos después lo hacía su hijo. Estrechó los ojos. No le gustaba cómo Yakán miraba a la sánguira, y por primera vez en su vida sintió el desagradable e

incomprensible sabor de los celos.

Falot era suya.

—Nos queda mucha distancia hasta la parada de descanso —dijo el rey en un tono que no daba lugar a la réplica—. En marcha.

Falot subió a la caravana sin dirigirle ni una sola mirada a Yakán, entró y se sentó frente a Síride que dormitaba en el sillón ajena a lo que estaba pasando a su alrededor.

La ságuira cambió de sitio y se colocó a su lado, aproximó la mano a la muñeca descubierta de la chica, sabía que no iba a poder leer el sexo del hijo que llevaba en su vientre, era un privilegio reservado a la ságuira portavoz de las ancestras lífilas. No obstante, quería saber cómo se veía el destino de Síride, quizá podría tener una pista al respecto, porque esos últimos días las visiones que Mortial le estaba ofreciendo con su sangre eran tan cambiantes que ya no estaba segura de nada. La única certeza, de momento, era que la ságuira de un ojo de cada color interrumpiría el objetivo de Mortial y eso implicaba que el suyo también.

Un solo roce sobre la piel del interior de la muñeca de Síride bastó para que se despertara sobresaltada, asustada.

—¡No me toques! —La chica se aovilló en el rincón del sillón y el carromato empezó a moverse.

—No me temas —le dijo Falot dulcificando la voz—, estoy aquí para cuidarte.

—No me toques —repitió con dureza.

—Como quieras, descansa.

La satra sabía que era complicado, pero si no se ganaba a esa lífila iba a ser muy arduo conseguir que le dejara estar en la Ceremonia de la Vida, sobre todo si estaba tan a la defensiva con ella. Su objetivo durante el viaje era ser esa persona cercana que ella necesitaba, ya que Bleris no estaba a su lado, y presenciar el rito sin problemas. Sabía que Mortial, como rey, iba a poder gozar del beneplácito de estar presente, aunque fuera por imposición real, pero Falot tenía que conseguirlo por méritos propios.

Era de sobra conocido que la presencia de varias personas en el ritual era posible. No solo estaban los padres de la criatura, familiares cercanos habían acompañado a la Madre y a la Dadora de Vida para ser testigos del milagro de cada milenio en Siloria.

Síride no cerró los ojos. Observó a la ságuira mientras acariciaba su

vientre con el aire protector de una loba.

—¿Sabes? Entiendo que tengas esa reticencia —habló Falot. La mirada de la lífila fue tan dura como el metal elódrico—. Sí, de acuerdo, no es reticencia. Hay odio. La familia de Bleris...

—No lo menciones... —susurró entre dientes—. Estoy cumpliendo mi deber como sílore, como lífila, como posible portadora de una lífila pura en tiempos del Eclipse de Sangre. No he venido para acercarme a vosotros, nunca lo haré. Ni siquiera lo intentes.

—No soy familia de los Nigart —dijo la sánquira con una mueca, como si además de obvio ella se considerara al margen de lo que rodeaba a la actual familia real.

—Me es indiferente. Estás con ellos. —Síride volvió la cara hacia el ventanuco que ofrecía las vistas de las montañas de la cordillera Central.

—Estoy trabajando para el rey. No soy diferente a los demás empleados del castillo.

Síride parpadeó incómoda. Falot pudo ver el pequeño temblor en su mandíbula inferior, y cómo, de repente, la apretó. No esperaba tanta reticencia, era una mujer mucho más fuerte de lo que pensaba.

—No me hables. Yo también entiendo tu posición, pero no quiero ser descortés y no puedo fiarme de nadie —concluyó.

—Como desees. Yo viví los primeros años de mi vida en un orfanato y fiarse de la gente es muy difícil. Sé lo que sientes.

El silencio, aderezado con la vibración de la carreta al paso por los caminos, fue lo único que se escuchó en el camino hasta Dux, donde pararon para pasar la noche.

Falot sentía cómo el poder del magma de Ignix daba los últimos coletazos en su sangre. Mortial le había asegurado que una partida que venía de aquella tierra, e iba hacia el castillo, había sido desviada para que pudieran recogerla en Brotás, a su paso por allí. No dudaba de él, era el rey y nunca le había fallado con sus peticiones, pero sentir cómo el magma se iba diluyendo, así como los poderes que le conferían, le ponía muy nerviosa. Notaba que tenía que dar de beber a Mortial su sangre con más asiduidad que de costumbre, y aun así no conseguía someterlo a su voluntad del todo. El rey fue incapaz de matar a su hijo cuando en otro momento habría hecho lo que le pedía sin necesidad de repetírselo.

Cuando llegaron a Dux Falot decidió salir a dar un paseo inocente,

alegando que necesitaba estirar las piernas, por los alrededores del volcán Rashj, el gran volcán activo de Tierra Doria bajo el cual latía el magma. Ella era capaz de sentirlo, la roca llamaba a la roca y las piedras de su alma pesaban mucho más en aquel lugar.

No era el de Ignix, pero sabía que el satro de Tierra Estraria estaba trabajando con esta lava, de la que se desconocían muchos de sus efectos en la sangre, pero que parecía ser válida para la manipulación. O eso decían los informes que había recibido en palacio durante la última notra.

La sánquira no se fiaba de que la partida de magma de Ignix llegara a tiempo, podrían pasar demasiadas cosas y el mercado negro a veces no resultaba fiable ni aunque fuera ordenado por el mismo rey. Así que decidió que no iba a tirar todo el trabajo por la borda. El fin último para el que tanto se había preparado no podía fracasar por falta de prevención. Quizá no había dosificado lo suficiente el magma, sí, de eso era culpable, pero Mortial estaba siendo cada vez más difícil de manipular y eso, llegados al punto en el que se encontraban, no podía permitirlo. Así que lo iba a probar.

La sánquira se sentó desnuda sobre la tierra. Hacía frío, pero lo aguantó estoicamente. Pensó en la lava que corría por sus venas y esta hizo aparición calentándole la piel. Con un alfiler pinchó la yema de su dedo índice y apretó hasta que se formó una gota hermosa y de color caldero. La dejó caer sobre el manto de vegetación. La sangre penetró y llenó de raíces de luz rojiza el interior de la tierra. En un lenguaje antiguo como las montañas que estaba nutriendo, pronunció unas palabras en un sonido bajo y espectral, paralizando el viento y creando una pesadez sobre ella.

—*Lred prietre, ñalora catrá... Vine ma.*

Le costaba inspirar, el magma de su sangre empezaba a pesar mucho más que el ligero pálpito que le había llevado hasta allí. No había magia sin castigo, y tener ese poder de la tierra en su interior le quitaba vida, le confería años, hacía su cuerpo más pesado, pero estaba dispuesta a pagarlo.

Conectada a la tierra, escuchando cada crujido de su interior, y cada sonido que sobre ella se hacía, sintió cómo el magma del gran volcán se acercaba sinuoso, quemando con sus pequeñas vetas ardientes la naturaleza que atravesaba. Notó la euforia al sentir que estaba cerca y siguió pronunciando las palabras sin cesar, con esa voz espectral que no parecía la suya.

Un sonido tras ella hizo que abriera los ojos. No estaba sola. Dejó de

tocar la tierra y con un golpe de cabeza salió del trance, todo volvió a su estado anterior, se levantó y notó más que nunca el peso del magma en su sangre, el agotamiento. Encargarse de hacer sangrar a la tierra la había debilitado y encima no había logrado nada. Se vistió lo más deprisa que pudo, se dio la vuelta y se encontró a Yakán caminando hacia ella.

—Te he buscado por la posada. Incluso en tu habitación. No esperaba que te hubieras alejado tanto.

—Quería estar sola —dijo nerviosa.

Lo miró fijamente, quiso averiguar si había visto algo. Era un yor y su don podría haber hecho que la detectara desde lejos.

—¿Y mi padre? —preguntó mirando alrededor como si algo no le cuadrara.

—Supongo que durmiendo. —No era una suposición, ella se había encargado de que lo hiciera profundamente.

—Y lo mejor será que no se entere de lo nuestro, ¿verdad? Porque podría ser una muy buena oportunidad para hacérselo saber —soltó de repente, con cierta acidez.

Falot frunció el ceño, no entendía a qué venía esa impertinencia, pero era mejor hablar de ello que levantar sospechas sobre lo que estaba a punto de hacer.

—¿Estás loco? ¿Tú crees que tu padre va a permitir que te unas a mí? ¿A una sánquira?

—¿Y por qué no? ¿Por qué no puede saber que estamos juntos? ¿Por qué no le has informado a mi padre que eso es así? ¿Por qué te has ocultado de mí todo este tiempo?

—¿Acaso estamos juntos, Yakán? —Cambió el enfoque del yor, y es que todavía le dolía lo que había averiguado de él esos últimos meses en Portálobe, aunque ella no hubiera sido precisamente una santa.

—La última vez en Ulama hicimos hasta planes de unión, Falot. ¿Acaso no lo recuerdas? —Había un deje de dolor en sus palabras.

—Y desde que llegasteis a Sandoria tengo entendido que no has perdido el tiempo.

Yakán se paralizó. Hizo un amago de abrir la boca, pero le costó. Parpadeó varias veces.

—No estoy entendiendo nada, Falot. No he sabido cómo hacerte saber que no podía salir de Portálobe, aunque sabiendo que era el hijo de Mortial

Nigart, pensaba que todo Tierra Doria, y probablemente Siloria entera, sabía lo que había pasado. Ya sabes, el asesinato de los antiguos reyes, la toma por la fuerza del trono...

—Lo sabía; y por ello viajé hasta Portálobe. Y por ello también sé que no has sabido mantener la polla en los pantalones. Es vox populi que el hijo mayor de los Nigart hace las delicias de las chicas en la cama.

Falot se cruzó de brazos enfadada. Era la primera vez que dejaba salir aquella emoción que había reprimido desde el momento en que se enteró de sus andaduras.

No entendía por qué, ya que la situación que estaba viviendo con Mortial le obligaba a tener que ocultarse y centrarse en las cosas importantes y no en la aventura tórrida que se traía con Yakán Nigart en Ulama, pero desde que se enteró de que el primogénito de los reyes se pasaba los días de taberna en taberna y acostándose con toda aquella que se lo permitiera, su humor había cambiado y se había agriado. Quizá por eso se había empezado a acostar con el rey más a menudo y no solo por incentivarlo, quizá era una especie de venganza hacia el crápula de su hijo. Eso no se lo iba a contar a Yakán, estaba segura de que su padre lo llevaría en secreto hasta la tumba, así que solo jugó su baza de celos.

—Ha sido una tortura no poder hacer nada —confesó él con arrepentimiento.

—Podrías haberlo intentado —espetó la satra, y cerró los ojos intentando recuperarse de un ligero mareo del que Yakán no estaba percatándose.

Demasiada energía empleada en ordeñar al volcán.

—¿Sí? Dime, dime que habrías hecho tú en mi situación —la retó.

—No follarme a todo aquel que se me pusiera por delante. —La chica respiró con fuerza, parpadeó varias veces y se fue sintiendo mejor.

El silencio entre ellos fue interrumpido por los ruidos del bosque que poblaba aquellas montañas, a cuyos pies, en uno de los valles más transitables para llegar hasta Aldor, se encontraba el pueblo de Dux.

—Lo siento, Falot... Lo siento muchísimo, mi sánguira azul —dijo derrotado, dejando el desafío, la sorpresa y la frustración a un lado.

La sánguira se aproximó a él y lo abrazó. Con aquel gesto sintió que él la reconfortaba, y que ella lo perdonaba. Aquello le pilló por sorpresa, lo quería cerca, había echado de menos las tardes con él en un lecho, haciendo el amor, jugando y hablando de todo y de nada; era un hecho que no podía negar.

—Ni siquiera sabía lo que hacía, he bebido tanto, te he buscado tanto que esperaba encontrarte en cada mujer que yacía conmigo —confesó.

Puso su mano en el fuerte cuello y leyó su pulso. Estaba arrepentido, su intención era entregarse a ella, sentirla de nuevo.

—No hablemos más de eso, porque más que buscarme a mí me ha parecido que me sustituías, y no quiero seguir pensándolo.

Yakán se agachó para llegar a ella, besarla y acto seguido recorrer su cuello. Lo hizo despacio, saboreando en cada roce la piel que tanto había echado de menos.

—¿Por qué te has cortado el pelo? —preguntó la ságuira en un gemido con los ojos cerrados y sus manos entre el pelo claro del yor.

—¿No te gusta? —ronroneó contra su boca.

—Te has unido a la tendencia entre los altos mandos. Parece que renunciaras a ser el guerrero que eres... —Lamió sus labios y se alejó, intercambiando los alientos.

—Los dibujos siguen en mi piel, no puedo renunciar a eso. —Se pegó a ella y mordió su boca.

Y así comenzó una lucha entre los dos, en la que empezaron a comerse de esa forma tan agresiva que a ambos tanto les gustaba.

Falot, encendida por el toque de los labios y lengua del chico, fue directa al grano y a por lo que desde hacía meses había echado en falta. Lo quería todo, y tenían muy poco tiempo porque no se podían demorar. La satra metió la mano dentro del pantalón del yor y masajeó su masculinidad haciéndole perder el aliento.

Yakán se separó, echó un vistazo al suelo y acto seguido la tumbó, le subió las faldas y, bajándose el pantalón con presteza, se acercó a sus piernas abiertas para penetrarla sin dilación. Cualquiera diría que discutir era un incentivo para ella, se resbaló hasta su interior y comenzó el bombeo que subió el ritmo hasta que ambos se dejaron ir.

Fue el comienzo con Yakán, un nuevo comienzo en el que Falot supo que lo quería a su lado. De todas formas, que aquel chico estuviera presente en la caravana había sido idea suya. No iba a darle más explicaciones de su paradero, no iba a contarle ninguna verdad.

Capítulo 18

Las noches en Ulama eran frías. La humedad y su proximidad al norte hacían de su clima una condición muy poco agradable.

Karés y yo llegamos helados hasta los huesos a la puerta de la posada Porticaria. Ponernos la ropa mojada del macuto por encima de la ya empapada nos había hecho un flaco favor, el frío no se me iba de la piel y me habían comenzado a castañetear hasta los dientes. La puerta nos la abrió un hombre con pinta de marinero y nos arrendó una habitación pequeña sin hacer ninguna pregunta. La parte positiva era que tenía una chimenea en la que quedaban rescoldos. Los anteriores inquilinos hacía solo unas horas que la habían abandonado.

Nos encontramos con una cama encajada entre las paredes, la chimenea frente a ella y nada más. El aseo íbamos a compartirlo con el resto de ocupantes de la posada y Karés me apremió para que fuera a darme un baño caliente antes de que me amoratara por completo. Debía de tener un aspecto horrible, la urgencia de su voz me lo dijo todo.

Cuando llegué al cuarto, con otro color y con la sensación de que mi cuerpo necesitaba tumbarse sobre esa cama, Karés había esparcido toda la ropa por la estancia y las llamas refulgían por el escaso espacio. No había luz, nos lo había dicho el patrón, pero con el fuego iba a ser suficiente.

El yor me miró en cuanto cerré la puerta. Me había enrollado en un pedazo de tela limpia que encontré en el aseo y traía la ropa calada, hecha una bola, en una de mis manos. Me miró con mucha intensidad, por un momento pensé que saltaría sobre mí, para abrazarme o...

—Se ha mojado todo —sus palabras me sacaron de mis pensamientos, o más bien de mis deseos—. Espero que mañana el calor lo haya secado, mantendré el fuego vivo toda la noche, tampoco nos vendrá mal a nosotros —dicho aquello salió de la habitación.

Me senté en los pies de la cama. El cobertor era de la piel de algún

animal de pelo largo y de color gris. Tenía pinta de ser cálido y no pude evitar que se me erizara la piel al pensarlo. Después de la travesía la perspectiva de pasar la noche en aquel lugar hizo que me entraran ganas de llorar.

Comencé a agitar el pelo frente al fuego y a pasar parte de la tela que me cubría para secarlo lo máximo posible. No quería enfermar, si eso llegaba a pasar el viaje iba a resultar más infierno de lo que ya estaba siendo.

Cerré los ojos y me acordé de los momentos vividos en el agua. El trayecto a nado había resultado muy duro, el agua fría se me había adherido a la piel y parecía que tuviera agujas que se clavaban y me atravesaban hasta el propio hueso. Mientras tratábamos de llegar a puerto llegué a pensar que no lo conseguiría, que moriría congelada en las aguas del tranquilo mar de Oyestra. Pero, gracias a la inagotable insistencia de Karés, lo logré.

Me pregunté si el hecho de que el barco variara su ruta había sido por nuestra presencia en él o habría otra opción. El miedo y la rabia salieron a flote, me tapé la cara y comencé a gritar contra mis manos. Odiaba estar allí con todas mis fuerzas, necesitaba a mis padres, sentirme arropada, querida, protegida...

De repente sentí las manos de Karés sobre mis piernas, como si estuviera tanteando si podía tocarme. No lo había escuchado entrar. Paré el sollozo y sus manos tocaron mis brazos desnudos, alcanzó mis dedos y despacio hizo que mostrara mi cara. Enfoqué mis ojos en los azules de Karés, me temblaban los labios, mi cara estaba empapada de lágrimas y él me miraba con preocupación a una distancia demasiado corta.

—No puedo... —susurré—, no puedo... Prefiero que me lleven ante el rey y me maten. No quiero seguir con esto —sollocé derrotada—. Tengo frío, me duele todo, no quiero seguir aquí, no quiero llegar a Ladas y no saber qué me espera... ¡no quiero! —grité histérica.

El yor tuvo que hacer algo de fuerza para sujetar mis brazos. Mis manos se habían convertido en puños y trataban de golpearlo, como si pudiera liberar aquella rabia a través de él. Y no, no le echaba la culpa de nada, él estaba padeciendo la situación tanto como yo, pero mi histerismo necesitaba algo a lo que enfrentarse.

Forcejeó conmigo hasta que paré y me abrazó, inhabilitando mis brazos entre los suyos y haciendo que la magia azul, la calma magnética nos envolviera.

—Eres una mujer muy fuerte, y no eres capaz de verte. Está siendo duro,

pero no es fácil doblegarte. Eres increíble, Xadia. No te rindas —lo dijo alto y claro, con su boca muy cerca de mi oído.

Me rendí.

Escuchar aquello hizo que aflojara el instinto de desasirme y me dejé caer sobre él. Me apoyé en su hombro, sentí las lágrimas caer y la respiración recobrar su ritmo.

Cerré los ojos. La calidez de Karés me reconfortó, no solo era la ya conocida magia, había más y yo lo sabía, lo llevaba notando días aunque quisiera negarme a ello. Me pegué más a él y, sin preocuparme por la tela que cubría mi desnudez, me aferré con mis piernas a su cuerpo arrodillado. Necesitaba ese contacto y al conseguirlo en mi vientre bulló una necesidad tan atávica como las lunas.

Tragué saliva, no quería delatarme ni aprovecharme del consuelo. La atracción hacia ese guerrero y lo que me acababa de brindar no debía confundirme. Sentí que él me apretaba contra su pecho y me acomodaba sobre sus piernas, a horcajadas. Entonces atravesé la barrera sin permiso, burlando su petición y violando mi promesa. Coloque los labios sobre su palpitante carótida y la intensidad del deseo del yor me hicieron retirarme de su piel. En su pulso sentí su contención, su necesidad hacia mí era tan fuerte que me hizo temblar. Bloqueé la lectura y respiré despacio intentando tranquilizar mi propio corazón desbocado.

No levanté la vista, no quería que viera mis ojos y que la sinceridad en ellos mostrara mi traición.

A nuestro alrededor la neblina azul, la sensación de paz, de tranquilidad, de protección, se había intensificado. Aquellos maravillosos efectos estaban aderezados con el ardor y deseo que dominaba no solo mi cuerpo, sino también su sangre. El ambiente se hizo más denso y sentí su respiración tan pesada como la mía. Me aproximé de nuevo a él, y dejé que las emociones que campaban a sus anchas hablaran por sí solas. Posé los labios en su masculino y ancho cuello. Lo besé despacio. Presioné con mi boca lo suficiente para que él la sintiera, retirándome con lentitud mientras cerraba los ojos y gozaba de la reacción de su piel en aquella zona. Inspiré con fuerza, el calor de Karés entró por mi nariz junto con ese olor tan suyo, a sándalo, a algo picante que en ese momento predominaba por encima de todo, y enderecé mi cuerpo para pegarme a él.

—Xadia... —el susurro de mi nombre en mi oído me hizo temblar.

Quería, necesitaba sentirlo y, como si él lo hubiera leído en mí, sus manos viriles y callosas comenzaron a acariciar mi espalda de una manera muy diferente a lo que había hecho hacía unos segundos. No había ganas de reconfortarme, se notaba la intención de sentirme por completo, de arrastrar cada pasada de sus dedos para pegarme más a su cuerpo.

Me despegué de su cuello y, sin poder mirarlo todavía a los ojos por vergüenza, por no entender la necesidad de él, tanteé despacio los labios del yor con los míos. Su boca exhalaba un aliento caliente a través de unos dientes apretados por la contención. Su sangre me lo había mostrado de una forma muy clara.

No nos demoramos más, nuestras bocas hicieron contacto directo y mientras las manos de Karés me apretaron por encima de la tela, mis dedos ansiosos subieron por su nuca para acariciar con fuerza su pelo y su cuero cabelludo.

Me levantó a pulso sin dejar de besarme. Se sentó en la cama para ponerme sobre él, y comenzó a tocarme en cada parte de mí que la tela iba mostrando en retirada.

Acaricié su torso, quería tocarlo, pero lo hice sin dejar de besarlo porque me resultaba imposible renunciar a saborearlo. Su gusto me hacía estremecer. Ese chico sabía besar; su lengua me acariciaba con devoción, con una cadencia lenta, no era invasiva; sus labios jugaban conmigo haciendo que no tuviera suficiente de él.

La mano de Karés acarició mi cuello, arrastró el pulgar por mi mejilla y con mis ojos entrecerrados vi cómo abría los suyos nublados por el deseo. Sentí un ligero temblor en su cuerpo, me rozó con sus caderas alzándose un poco e intensificó el beso. Mordió mis labios hinchados y, como si no tuviera suficiente de mí, bajó por mi escote para lamer y mordisquearme. Un gemido brotó de mi garganta. No podía más, estaba demasiado excitada, sentía la piel vibrar de necesidad.

Mis manos, frías como el hielo, apretaron sus pezones y su siseo fue combustible para mis ganas. Retiré como pude el resto de tela enroscado a mi cintura y me apreté contra él, que seguía cubierto por un trapo más pequeño. Me así con más fuerza, con ansia. Lamió mis pechos y creí que iba a enloquecer. En un movimiento que no vi venir me sujetó para darme la vuelta y poner mi espalda contra la cama. No se puso sobre mí, no sentí su peso, pero no dejó de rozar mis pezones con la lengua. Me sujeté a su nuca y él, con un

movimiento brusco, retiró la pieza que tapaba su masculinidad.

Me miró a los ojos.

«¡Por las diosas...!»). Me atraía tanto que sentí la necesidad de introducirme en él, de no separarme nunca de su lado.

Nuestros centros se presionaron y cerré los ojos disfrutando del latigazo de placer que me recorrió entera. Sentí un beso sobre mis párpados y mordí su mentón, lamí su cuello y llegué a su oreja para sisear:

—Hazlo... hazlo ya... —pedí ansiosa. Mi piel no lo podía soportar, necesitaba estallar con él.

Con las respiraciones entrecortadas, tanteó mi sexo, lo rozó haciendo de cada pase una deliciosa tortura, y cuando ya no podía más, colocó su erección en mi entrada.

Lo hizo despacio, mirándome a los ojos. Sentí cómo la luz azulada nos arrullaba como si estuviéramos protegidos en el interior de un capullo de vida. Karés cerraba los ojos y los apretaba según se introducía más; cuando estuvo completamente enterrado ambos soltamos el aire que habíamos aguantado.

Acaricié sus labios con manos temblorosas y él comenzó a moverse dentro de mí, lo sentía, iba a convertirme en polvo de estrellas porque notaba que mi piel me hormigueaba como si pidiera permiso para deshacerse y lanzarse como tributo a las lunas.

La intensidad de su mirada me provocaba tanto como sus roces, el calor se arremolinó en mi vértice, la fricción y el ritmo me indicaban que ese yo sabía lo que hacía. Me tenía al borde del abismo, iba a caer, pero el ímpetu de sus ojos oscurecidos por el placer me mantenía en vilo... hasta que no pude más. Lo quería ya, y me sujeté a su espalda. Amarré mis piernas con fuerza a su duro trasero, me aferré y forcé la posición para que Karés se dejara rodar.

Galopé sobre él hasta que sentí que no podíamos alargar aquella tensión durante más tiempo.

Y entonces llegó.

Y todo nos sobrepasó.

Y estallamos.

Y nos diluimos el uno en el otro, sin buscarlo, sin quererlo.

Y fuimos uno.

Capítulo 19

Karés se despertó con la cara de Xadia frente a la suya. No sabía cuánto habían dormido. Entraba claridad a la habitación, pero no podía intuir si era demasiado tarde ya que el cielo plomizo le impedía ver el sol.

Cerró los ojos y recordó parte de la noche junto a la ságuira que ahora yacía a su lado con una mueca tranquila. Satisfecha, tal vez. Se sonrió porque no podía negarlo, había sido una de las mejores noches de toda su vida, y no es que no tuviera experiencia con el sexo.

También supo que no solo era el tiempo que hacía que no yacía con una mujer, era Xadia y todo lo que había ido conociendo de ella lo que lo había hecho especial. La ansiedad de poseerla luchó contra la contención para disfrutarla despacio, porque sabía que aquello tenía caducidad y esta era más temprana de lo que sus cuerpos en aquel momento les pedían.

Cuando Karés entró en la habitación y encontró a su compañera llorando y con el cuerpo tenso, supo que no había notado su presencia. Los sollozos que salían de ella y su cuerpo agitado le indicaban que se había derrumbado por completo. Como si le hubiera poseído una fuerza impropia, y motivado por una emoción que no reconocía hacia alguien ajeno a su círculo, lanzó su ropa mojada al suelo y en dos zancadas llegó hasta Xadia, se arrodilló en el suelo frente a ella y puso sus manos sobre las piernas de la chica.

No esperaba sentir aquella atracción sin límites hacia ella. Una fuerza intrusa se apropió de sus deseos y quiso contenerla, no estaban allí para aquello que le dictaba su piel, pero le estaba resultando demasiado difícil luchar contra aquel instinto primigenio.

Entonces cayeron y se dejaron llevar, ella atravesó la barrera con sus labios y él se aferró a ellos y a lo que significaba aquello.

Todo fue demasiado; cada roce, cada paso dado, cada movimiento...

Tras su primer orgasmo sintió que había descubierto un lugar al que pertenecía.

Recordó el momento en que la sánguira se desplomó sobre su cuerpo, le pareció tan pequeña y a la vez tan fuerte... La admiración que sintió por ella le hizo sentir el latido de su corazón reverberando en toda su piel.

El pecho del chico subía y bajaba con fuerza, buscando resuello; ella le acompañaba y también trataba de serenar su respiración.

Un temblor en el interior de Xadia, que todavía tenía atrapada la virilidad del yor, repercutió en él y siseó de placer. La chica fue consciente de lo que estaba haciendo y se movió despacio, solo las caderas; Karés respiró audiblemente en su oído y ella soltó una suave risa que bañó de aliento su piel. No quería que acabara. La niebla azul seguía rodeándolos, y la sensación de pertenencia le hizo no querer romper ese vínculo físico al que acababan de entregarse. Ella continuó moviéndose, sin mirarlo; Karés volvió a hincharse en su interior.

Las manos de Karés sujetaron su trasero, se lo acariciaron llegando a una pequeña cicatriz justo sobre el glúteo izquierdo; la chica siseó. Ese lugar ardía y ella le quitó la mano de allí.

—¿Te duele? —preguntó preocupado.

—Quema —susurró ella.

Karés sujetó su muslo sin llegar a rozar esa zona. No se miraron, la cara de ella seguía enterrada en el hueco de su cuello, y solamente se escuchaban gemir.

Xadia apretó su interior y Karés no lo soportó más, la sujetó y rodó con ella para ponerla bajo su cuerpo. Entonces se encontró de nuevo con sus ojos bicolors entrecerrados por la satisfacción. La chica tenía una mirada lánguida y salaz. El yor apoyó su mano al lado de su cara y, sin haber salido de su interior, se apretó contra ella, salió despacio y entró con más fuerza haciéndola gemir.

Lo hicieron lentamente, rodeados de ese azul que parecía intensificarse a cada acometida, con sonrisas extenuadas y siseos de ambos. Las manos de Xadia acariciaron con devoción el torso marcado, y Karés bajó hasta que su lengua alcanzó los pezones erectos de ella, que boqueó y se agarró al pelo suelto y rubio mientras las caderas de ambos luchaban por encontrarse una y otra vez.

Y así, hasta bien entrada la madrugada, casi hasta la salida del sol, se entregaron el uno al otro como si debieran hacerlo, como si no solo fueran necesidades de ambos.

Cayeron rendidos tras la sesión de sexo, y era algo previsible porque el cansancio de sus cuerpos arrasó con ellos sin darles mucha tregua. El jadeo de Xadia al terminar se fue regularizando hasta que se convirtió en una respiración profunda. Él no tardó en dormirse con una sensación mucho más allá de la satisfacción.

Trató de no molestar mientras se levantaba de la cama, se vistió y, antes de abrir la puerta, comprobó que ella seguía en la misma postura sin haberse movido ni un ápice.

Tenía mucho que hacer en Ulama, y debía ser rápido porque ese lugar era demasiado hostil para ellos.

Bajó las escaleras y se encontró de frente con el posadero con aspecto de marinero.

No le dijo más que buenos días sin mirarlo a los ojos. Karés desconfiaba bastante porque no le había dado muy buena espina la noche anterior cuando llegaron pidiendo una habitación. No sabía qué era exactamente, quizá las miradas que les había lanzado o las pocas palabras que había pronunciado, pero eran motivo suficiente para entender que debían irse de allí cuanto antes. Su instinto estaba en completa alerta y esa misma mañana parecía que lo estaba todavía más. Sin embargo para largarse necesitaba encontrar una forma segura de salir de allí.

En el puerto buscó un barco que partiera a cualquier puerto de Pesala. No los había, todo el intercambio marítimo entre esa comarca y la de Aldor estaba vetado. Las averiguaciones tuvo que hacerlas de forma muy discreta y siempre integrándolas en conversaciones que no parecieran que quería sacar información.

Un viejo lobo de mar le dijo que era posible alquilar una barca y llegar a la frontera. Tras un rato de conversación él mismo le insinuó que por una buena cantidad de monedas le prestaba su embarcación. Karés se quedó callado, frotó su barba con fuerza y le dijo que le enseñara el bote. No era muy grande, pero tenía una vela que podría facilitar la travesía. Además, bordeando la costa podría manejarse. En día y medio habrían llegado a la frontera con Pesala, al pueblo donde el marinero le indicaba que podían dejar la barca, y continuar a pie hasta Falor Fory. El trayecto se había alargado debido al contratiempo en el barco, pero el objetivo era llegar, tardaran lo que tardaran.

Una vez que entre ambos entendieron que podían conseguir un trato, Karés

le preguntó sobre el porqué dejar la barca en esa aldea y no en otra más lejana. A ellos les convendría adelantar camino por mar.

—Yo no soy de Ulama —le dijo el hombre de barba y pelo blanco cuyo gorro negro le dejaba escapar los mechones largos por la nuca—. Entiende, muchacho, que no soy leal a la nueva corona, y no falta material para transportar y vender de estraperlo. Por mucho que se empeñen el metal de Pesala no se puede comparar con el extraído en las montañas de Aldor, y desde que los Glaciares Xeos decidieron limitar el comercio del suyo a toda Tierra Doria, el de nuestra comarca es el siguiente en calidad. No es comparable con el metal elódrico, ese que tú llevas en tu puñal. —Lanzó su mirada a la cintura del yor dándole a entender que sabía con quién estaba tratando—. Esa barca que tú dejarás en Rítera volverá en dos semanas cargada.

La explicación del hombre conllevó una tertulia sobre por qué estaba ayudando si sabía que él estaba al servicio del rey, pero el marinero, que parecía más sabio por lo que no decía que por lo que hablaba, le dijo que había cosas que se dejaban ver solas.

Aquello derivó en un justo regateo por parte del yor y, aun así, sin estar del todo convencido para usar esa vía de escape, decidieron que antes del mediodía se verían en ese mismo punto. Si llegado el momento ninguno de los dos se presentaba entenderían que no había trato.

El yor no lo tenía muy claro, el plan era similar a lo que quería hacer a su llegada a Isla Turla, pero en Ulama todo era diferente. Desconfiaba hasta de las sombras que nunca se formaban en aquella ciudad sin rayos de sol.

Volviendo a la posada y dándole vueltas al plan, entró en una panadería para llevarle a Xadia algo de comer, algo recién hecho y que le saciara. De repente sintió cómo el calor, acompañado de los recuerdos de la noche anterior y del aroma de ella, impregnado por todo su cuerpo, arrasaba con su mente.

«Debo enfocarme en mi objetivo», se amonestó a sí mismo.

Decidió, en ese mismo instante, que debían continuar el viaje con los mismos términos.

Al entrar en la tahona el olor a panes horneados acaparó todos sus sentidos, él también tenía hambre.

—¿Entonces también partes hacia Ladas? —Escuchó a la señora delante de él.

—Sí. Debemos acompañar a mi hija en este viaje —respondió la panadera.

—Es una pena que tenga que ser así, si no hubiera desaparecido... —dijo la señora, afligida.

—Ese bastardo es mejor que no aparezca por aquí. Nunca me he fiado de los yores. Ese maldito no me gustó desde que cruzó el umbral de mi puerta —escupió la mujer tras el mostrador.

—Bueno, ya sabes que, aunque fuera sola no le pasaría nada, las diosas lunares cuidarían de ella durante el camino. Esas caravanas van protegidas de todo —apuntó la mujer—. ¿Quién se ocupará de la panadería?

—Estará cerrada —zanjó el hombre a su lado que parecía faenar sin prestar atención a la conversación. Su mirada fue de advertencia, estaba claro que no le gustaba hablar del tema.

De repente a Karés le pareció una idea perfecta. Si lograra que Xadia viajara a Ladas con una familia cuya hija lífila fuera la posible Madre sería su salvación. Estaba claro que aquellos panaderos no eran los candidatos perfectos, y el problema era el propio Karés.

Salió de la tienda pensando en cómo hacerlo, y para cuando subió el último escalón hacia la habitación lo tuvo muy claro: Xadia se presentaría en la panadería con una bolsa de monedas para ofrecerles por llevarla hasta Ladas. Karés los seguiría de cerca, todavía podía permitirse pagar un rocín para hacer el último tramo, y sería el vigilante del carro. Sin duda era la forma más segura de hacerlo, sobre todo de atravesar Aldor.

No se había dado cuenta hasta que sujetó la manilla de la puerta, pero estaba entreabierta. Abrió extrañado y con la alerta recorriendo su sangre, además de un extraño miedo que no le gustó. Cuando se asomó a la habitación y de un vistazo observó que la sánquira no estaba allí, pero sí su ropa y sus botas, su cerebro lo convirtió en un yor en plena batalla.

Capítulo 20

Falot estaba de un humor complicado. La noche que había pasado con Yakán la había liberado de una forma que tampoco sabía que necesitara. Tuvo muchos hombres en su vida, pero por ninguno había sentido esa pasión arrebatada que sentía por el hijo mayor de Mortial. Estaba claro que al resto los había tenido a su conveniencia, de todos había sacado algo, y ellos a cambio la habían tenido.

Luego estaba todo el tema de Mortial, con quien había empezado a permitir que frecuentara su lecho con asiduidad cuando se enteró de las andanzas de cama en cama de su hijo mayor. ¿Venganza?, siempre había sido rencorosa, y si podía se cobraba sus resentimientos, por lo tanto, supo que ese había sido el sentimiento que la llevó a los brazos de Mortial, disfrazada de necesidad para actuar con mayor convicción sobre las decisiones del nuevo rey.

Esa mañana sentía que estar cerca de Yakán le hacía sentir bien, pero también odiaba esa sensación porque sabía que descuidaba una parte importante de lo que había ido a hacer en aquel viaje. Ella era consciente de que Yakán iba a estar presente en la caravana hacia Isla Elodre, pero cuando se lo propuso a Mortial lo hizo también con ansias de resarcimiento. Pasearse frente a ese yor rubio y casquivano y hacerle ver que no podría tenerle más, era una de las razones. Nada más lejos de la realidad, poco había durado la ronda delante de sus narices, aunque si se quería engañar y solapar aquella intención, la segunda parte de su plan era mucho más sencilla desde la posición de la que gozaría a partir de aquel momento.

No obstante, el malestar venía directamente del fracaso con el magma de Rashj. Cuando se despertó, en los brazos de Yakán todavía sobre la hierba de aquel valle, se irguió nerviosa. Trató de averiguar si le daría tiempo para conectarse con la poderosa lava y poder mamar de su poder sin que él se enterara.

Pero no pudo ser, el yor la notó y abrió los ojos.

—Mi sánguira azul —susurró, y sus enormes manos la atraieron hacia su cuerpo.

Ella se deshizo de su abrazo adormilado.

—Tenemos que irnos. —Falot se incorporó y se levantó. Hizo una inspiración profunda mientras miraba la tierra. Sentía su peso, enfadada y frustrada.

Se adecentó y soslayó al yor que conseguía licuar su sangre hasta hacérsela tan liviana como antes de trajinar con el poder de la tierra.

—No tengas prisa —murmuró Yakán perezoso.

—No olvides lo que hemos venido a hacer —advirtió y salió disparada hacia la pensión.

No debía permitir que Mortial se enterase de lo que acababa de pasar. Con el magma de Ignix fallando tenía que mostrar su cariño y devoción al rey si no quería levantar sospechas, y debía hacerlo en la clandestinidad. Nadie podía enterarse de la relación estrecha que mantenía con el rey y, ni mucho menos, con el mayor de los Nigart.

Una mano le agarró el brazo e hizo que se volviera; Yakán la enfrentó con esa rudeza que le caracterizaba.

—¿Qué hemos venido a hacer? —Ya no tenía pinta de estar adormilado. Elevó una ceja.

—Proteger a Síride.

—A Síride la protegen las diosas —apostilló.

—Pero tu padre, el rey —remarcó—, quiere una protección más terrenal, y por eso estamos tú y yo aquí, guerrero. —Le costó, pero forzó una sonrisa lo más cándida posible.

—Ya... bueno... —Miró alrededor y el semblante mutó de la dureza anterior a una sonrisa con cierta picardía—. Quiero dormir todas las noches contigo —soltó como si con pedirlo se le fuera a conceder.

—No va a ser posible —contestó ella cuadrándose en su premisa, aunque supiera que en su interior las fuerzas flaqueaban.

Se odió por sentirse tan endeble ante aquel yor.

—¿No? —inquirió—. Explícame por qué.

—Porque si tu padre se entera...

—No va a pasar nada.

—No quiero que lo sepa. Por mí, por mi labor aquí con la caravana real

—dijo cazando al vuelo el pensamiento rápido que pasó por su mente—. Respétalo, por favor. Es mi cometido.

Yakán inspiró ruidosamente, levantó los brazos, entrelazó las manos y, apoyándolas en su nuca entintada, se estiró. En su mueca se veía cómo sopesaba las palabras de la satra y el rictus se volvió serio.

—De acuerdo. Pero esta no va a ser la última noche que tú y yo compartamos en este viaje. Te lo advierto.

Falot reprimió las ganas de agarrar esas manos ancladas a su enorme cuello para besarlo con hambre. Luchó contra sí misma y se enfadó por esa sensación. Se dio la vuelta y aceleró el paso hasta llegar a la posada. Allí subió las escaleras agradeciendo que no se escuchara ni un solo ruido en los pisos superiores y llegó hasta la puerta donde Mortial descansaba. Esperaba que todavía no estuviera despierto.

Su mano derecha se aproximó al pomo de la puerta, pero no la llegó a tocar. Estaba pensando en meterse en la cama del rey, en despertarlo como había hecho esas últimas semanas si se quedaba dormido con ella, pero el olor de Yakán entró en sus fosas nasales con fuerza. Bajó la mano de forma brusca, se dio media vuelta y se dirigió a su habitación.

Síride, pálida, cansada, y sin muchas ganas de nada, entró en la caravana y se sentó sin reparar en Falot.

—¿Has descansado? —preguntó en un tono dulce la sánguira.

Síride le lanzó una mirada gélida y no contestó. No quería hablar con ella. Lo que le había dicho el día anterior iba muy en serio.

La caravana se movió de repente y Yakán metió parte de su cuerpo por la pequeña puerta, como si hubiera saltado sobre el escalón que accedía al interior y estuviera colgado del quicio.

—Señoras, vamos a partir. Espero que tengan un buen viaje —guiñó un ojo—. Cuñada, deja que las manos de Falot te cuiden, ha venido con nosotros para eso, y puedo asegurarte que es muy buena en su cometido. —Miró a la sánguira y elevó una de sus cejas rubias, se mordió el labio para rematar el gesto ladino.

Síride se quedó extrañada ante los gestos y el cambio que observaba en el hermano de su pareja, desprendía una arrogancia coqueta que no había visto nunca en él. En cuanto este desapareció, haciendo que volviera a balancearse, miró a la sánguira de pelo azul directamente. Aunque hubiera querido no hacer caso a lo que él venía a decir, lo cierto era que no tenía nada en su contra, se

había manifestado contra el golpe de estado de una forma bastante abierta, y sus intervenciones siempre le habían causado cierta estupefacción por el humor tan voluble que tenía. Pero observar la intención de su gesto hacia la chica que tenía enfrente llamaron su atención.

No le duró mucho el entretenimiento. Su mente y corazón volvieron a Portálobe, donde había dejado a su pareja postrado en una cama y al filo de la muerte. Le hizo jurar a Rora por la diosas lunares que le comunicaría cualquier cambio, y con ello fue categórica. Si Bleris moría quería saberlo. Al recordarlo sintió cómo el pecho se le hundía tanto que casi le faltaba el aire para respirar.

El carruaje comenzó a moverse y a avanzar por los caminos algo escabrosos en aquel valle del volcán Rashj. La cordillera Central, que partía Tierra Doria en dos mitades delimitando de esa manera el clima del este y del oeste, presentaba muchos picos, ascensos y descensos, y los valles que tenía estaban surcados por caminos estrechos y ríos cuya fuerza se desataba en el deshielo, ese que estaba empezando a iniciarse.

Síride miró por su ventana, intentando respirar con tranquilidad. Acarició su abultado vientre por encima de la capa de piel que llevaba para resguardarse del frío y alzó una plegaria silenciosa para que su hijo no fuera la Dadora de Vida. Tenía que volver a casa con Bleris. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo, pero el clima no tenía la culpa, aunque adentrarse en esos terrenos y ascender a esas altitudes repercutía directamente en la temperatura. Cerró los ojos con fuerza y trató de sujetar las lágrimas.

—Es la segunda vez que atravieso estas tierras —habló Falot de repente, consiguiendo que la lífila dejara de pensar en su compañero—. Me fugué del orfanato por primera vez y toda mi intención era llegar al otro lado de la cordillera Central. Según me habían dicho, mis padres eran de cerca de Brotás. Supongo que la Madre Prima mentía. Todas las regentes de los orfanatos deben de mentir a los niños que dejan. Si estás allí nadie quiere saber de ti, y la mentira la disfrazan de esperanza.

Síride miró de soslayo a Falot que también observaba a través de la ventana, como si se lo estuviera contando al viento que ululaba moviendo las hierbas y las copas de los árboles. No pudo obviar las palabras de la sánquira, la historia era triste y en ese momento, en el que ella ya se sentía madre, la sensibilidad hacia los niños se había intensificado.

La sánquira esperó un rato para continuar.

—Creo que las Dadoras de Vida que son abandonadas en Ladas por sus padres deben de sentir algo parecido. —Entonces se dio la vuelta y la miró directamente.

Sírde no pudo evitarlo y habló, rompiendo su pacto de silencio.

—No todas son abandonadas allí —espetó—. De hecho, creo que, según los escritos, solo quedaron dos y porque nacieron durante guerras que sesgaron muchas vidas, entre ellas las de los padres de las criaturas.

—¿Tú te quedarás allí? —preguntó en un tono entre inocente y demasiado curioso.

La reacción de Síride fue inmediata, radical. Su mirada lo dijo todo y a pesar de ello habló:

—Nunca se me ocurriría abandonarla.

—¿Y Bleris?

—¿Qué pasa con él? —Síride estrechó la mirada.

—Sigue en una cama.

—Despertará y vendrá a buscarnos.

—Mortal me dijo que su vida pendía de un hilo. Lo más probable es que esté muerto cuando lleguemos.

Sírde inspiró, y lo hizo como si en su tráquea hubiera un líquido espeso que se lo dificultara.

—¡No te atrevas a insinuar tal cosa! —espetó con ira en un tono bajo y amenazador.

—Lo siento —dijo Falot con arrepentimiento, como si lo hubiera dicho sin pensar—. Yo solo...

—No.

La esposa de Bleris se volvió hacia la ventana de nuevo.

—No quería incomodarte.

Silencio.

—Perdóname. —Falot volvió a la carga—. A veces soy demasiado ruda, supongo que la vida en la calle me ha hecho ser directa y no sé filtrar mis pensamientos. Deseo que Bleris esté junto a ti. De hecho, pensándolo bien, nadie sabe si al despertar decida venir y así acompañarte el resto del camino. He sido una tonta —lo dijo de carrerilla, se disculpaba nerviosa.

Sírde meneó la cabeza una sola vez, cerró los ojos e interiorizó toda su energía visualizando a su pareja dormida, deseando que por su sangre comenzara a navegar la vida con tanta fuerza que no le quedara más remedio

que despertar y salir a buscarla.

Falot se despertó porque el traqueteo había cesado. La puerta de la caravana se abrió y Mortial asomó la cabeza.

—Falot, acompáñame —pidió con seriedad.

La sánguira se sentó, se desperezó y bostezó mientras Mortial desaparecía por la puerta. Se levantó y le dirigió una mirada amable a la chica rubia cuyos cabellos parecían tener cada vez menos color, daba la sensación de que se marchitaba. La pena debía de estar comiéndosela por dentro.

—¡Yakán, entra con Síride, Falot cabalgará un rato! —ordenó el rey con la voz grave y alta.

La satra salió a la calle y se encogió por el frío que hacía.

El hijo de Mortial obedeció y se aproximó a ella, montado a caballo, con una sonrisa salaz en la cara. No miró a su padre, tenía la vista fija en la mujer que esperaba de pie a que el yor, corpulento, rubio y con la cara tostada por el sol, bajara de la grupa. Con un movimiento ágil descabalgó y le tendió el rocín. Mortial pasó por delante de ellos.

—Te espero a la cabeza, quiero que me cuentes cómo se encuentra Síride, ya que esta mañana me ha sido imposible encontrarte en tus aposentos y anoche desapareciste. —La voz de Mortial denotaba descontento, hastío, incluso celos. Pero eso solo lo detectó Falot. Supo que Yakán no se había enterado porque estaba más pendiente de robar un roce de piel a la sánguira que de las reacciones de su padre.

—Si quieres te ayudo a subir —le dijo en un ronroneo el yor.

—No es necesario. —El desdén bañó las palabras de Falot haciendo que el chico se sorprendiera y acto seguido frunciera el ceño—. Deja de jugar, te lo advierto. No quiero que tu padre decida que es mejor abandonarme en cualquier lugar porque estoy distrayendo a su hijo de la labor de protección.

Agarró las riendas del caballo y metió el pie en el estribo, Yakán sujetó su brazo antes de que se impulsara para montar.

—Estás diferente —reprochó el chico y aflojó su agarre—. Y descuida, si quieres un trato neutro lo tendrás.

La soltó y el mal humor le llegó a la chica como una ola. Falot no dijo nada y, montada a caballo, alcanzó a Mortial.

Cabalgaron poniéndose por delante de la caravana y dejaron varios metros de distancia.

—Por fin vamos a poder hablar —dijo el rey mirando al frente.

—Quizá, si hubieras decidido llevar otro carronato para el rey hubiéramos podido hacer más cosas que hablar, mi rey —comentó lasciva como si el tono de él no tuviera tintes de enfado.

—¿Por qué te conoce mi hijo?

—Porque en Ulama nos hemos cruzado alguna vez —dijo sin darle importancia, pero sintiendo que caminaba por el filo de un cuchillo.

Que la noche anterior Mortial no se hubiera dormido del todo solo mostraba lo que más temía, que estaba perdiendo el efecto sobre él. Le quedaba confiar en que llegara la partida de magma de Ignix a Brotás.

—¿Cruzado?

—¿Detecto celos, mi rey inmortal? —Lo miró adelantando el caballo una cabeza para poder hacerlo a los ojos.

—No me gusta que trates con Yakán, y no me gusta que me mientas.

—No esperaba que se acordase. Fue una vez que salí del palacio, me tropecé, me ayudó, me preguntó mi nombre y ahí se quedó todo.

No hablaron durante un rato. Solo los cascos de los caballos, el sonido del viento y el correr del río que bordeaban acompañaban sus oídos.

—¿Cómo está Síride?

—Débil, pálida. Creo que vamos a averiguar si alguien puede morir de pena, si las diosas son capaces de protegerla contra ella misma —dijo la información carente de emoción.

Si no llegaban a Ladas, si Síride no soportaba lo que le había tocado vivir, todo el objetivo principal se iría al traste. Falot pensó en si peligraba la vida de Síride, y esperó que las diosas lunares se encargaran también de aquello.

—Consigue que coma, ayúdala con alguna poción, haz algo. Se supone que eres la protectora de la lífila que viaja con una Dadora de Vida en su vientre.

Falot siseó algo para sí en ese lenguaje ancestral que había aprendido a dominar y que había perfeccionado desde que cayó en su poder el *Libro de las lunas*.

—Se supone que voy a ayudarte a conseguir la inmortalidad —la voz de la sánguira sonó con fuerza y, aunque fue un susurro, hizo que rebotara en los tímpanos de Mortial como si hubiera sido un golpe. No podía tolerar que él se pusiera así con ella.

—Perdona... —el tono del rey bajó varias octavas y, cuando Falot lo miró, tenía el semblante de un niño arrepentido. Todavía tenía poder sobre él.

—No pasa nada, esta noche dormiré contigo. Tengo ganas de sentir tu

calor, mi rey.

Mortal sonrió satisfecho, hinchó de nuevo el pecho y de repente vio cómo una pequeña sombra revoloteaba delante de ellos. Era un pájaro negro, tenía su pico, y un pequeño círculo alrededor del ojo, de color blanco al igual que alguna pluma de sus alas. Se posó sobre el hombro del rey y el yor lo miró con gesto preocupado. Sin duda ese pájaro provenía de alguien de su bando, era el que los Nigart usaban para comunicarse.

La satra puso su mano sobre el brazo de Mortal y con los dedos índice y corazón buscó su torrente sanguíneo en la muñeca. Leyó su preocupación temiendo que las noticias vinieran del castillo, de Rora... de Bleris.

Falot negó para sí y habló captando la atención del hombre que no hacía ningún movimiento para averiguar de qué se trataba.

—¿A qué esperas? —animó al rey.

Este cogió el paquete de cuero atado a la pata y sacó el papel enrollado, volvió a posar al animal en su hombro y lo desenrolló. Leyó la nota moviendo con rapidez sus ojos por las líneas.

Falot esperaba que fuera la noticia de Bleris, pero la sonrisa del rey se ensanchó y tiró de la cicatriz que unía la boca con su ojo. Asintió satisfecho y volvió a releer.

—Buenas noticias —le dijo a la ságuira.

Esta se mordió el labio y estrechó la mirada sintiendo que, a pesar de todo, las cosas podían empezar a salir bien después de todo.

Capítulo 21

Su sexto sentido no fallaba nunca y cuando incidía en algo era porque no le parecía del todo claro.

Cuando vio a aquél yor, que lo era sin duda por sus dimensiones y por el dibujo que se veía en su cuello entre el pelo suelto, no le transmitió ninguna confianza. Una de sus obligaciones era poner los máximos impedimentos para ese levantamiento de Greyers en contra de los Nigart que palpitaba haciendo un eco lejano en todo Tierra Doria, y evitar que los tráfugas llegaran a los destinos de rebeldía. Pero este salía de Benied, donde había un gran foco de los mismos. ¿Estaría llevando información hacia Pesala?

Fue la mirada de la chica la que alertó sus sentidos, esos ojos, aunque no vio claramente la diferencia entre uno y el otro, podrían ser los que el rey Mortial estaba buscando. Si no era así, ¿por qué estaría interesado ese yor en ocultarlos? Porque eso parecía que estaba intentando.

No podía enfrentarse a él solo, habría perdido. Ni siquiera con la ayuda de los tres mequetrefes con los que habían compartido frontera aquellas semanas podría haber hecho fuerza contra el tal Asherov, si es que ese era su verdadero nombre. Por ello necesitaba encontrar a la chica sola.

Drator abandonó su puesto en la frontera de Médiane con Benied esa misma noche, sin dar explicaciones y dejando a sus compañeros allí, algunos aliviados porque su intensidad era difícil de soportar y otros con un desasosiego interno por no entender su partida.

Desde la distancia, y haciendo uso de su don de rastreador eficaz, siguió a la pareja durante todo el camino. Darse cuenta de que la chica estaba entrenando para defenderse le hizo sospechar mucho más, no tenía sentido y no concordaba con lo que el yor de pelo rubio les había dicho en el paso fronterizo, además, había hablado de que esa mujer estaba en estado y no lo parecía.

En Puerto Cila, cuando vio que aquel yor sobornaba a los marineros, se

dijo a sí mismo que poco le quedaba por confirmar, si finalmente esa mujer no era la más buscada de Tierra Doria, estaban ocultando algo y él iba a averiguarlo y a llevarlos a ambos ante el rey.

No lo dudó un segundo. Se embarcó en una barcaza que un conocido le dejó en el puerto y siguió a la enorme embarcación hasta que la alcanzó. Cuando lo hizo se presentó a la contramaestre en nombre del rey, no ocultó en ningún momento que estaba trabajando a sus órdenes, le enseñó el bando donde se hablaba de la busca y captura de la sánguira y pidió que se desviara la ruta hacia Ulama sin alertar a la tripulación. Ni la capitana ni la contramaestre iban a impedir aquello, no querían ser cómplices de sacar a un fugitivo fuera de Tierra Doria.

Cuando la distancia a Ulama estaba a punto de concretarse, Drator transmitió la orden de que todo el personal debía de salir uno a uno por la pasarela al llegar a puerto, y que el barco sería revisado de forma completa una vez todo el mundo estuviera en tierra. Se formó un revuelo interesante, la confusión entre la tripulación reinó durante bastante rato, e incluso detectó algún enfado que otro. El guerrero de la guardia real esperó paciente situado en la popa del barco, oculto tras unas cajas, y apoyado en estribor. Estaba seguro de que, si huían, lo harían por el lado más cercano a tierra. Y lo observó todo sin perder detalle. La pareja salió de la bodega con una tabla atada a los macutos y ya iban descalzos y con escasa ropa para que no les pesara al nadar.

Habló con la capitana, le dijo que ya no era necesario que atracaran en el puerto, volvió a su barcaza y continuó hasta Ulama sin perder de vista a la pareja. Llegó a tierra mucho antes que ellos y allí aguardó escondido a que salieran del agua. El yor no daba muestras de cansancio, a pesar de la travesía; y la determinación entremezclada con el miedo, en la actitud de la chica, hicieron que Drator sintiera cierto orgullo hacia ella. Iba a ser interesante poder terminar con alguien que luchaba tanto por su vida. Mientras los espiaba vio la sombra de algo oscuro sobre el pie de la mujer. Sonrió ufano.

No había duda, tenía que ser la sánguira que buscaba el rey. Su instinto no fallaba nunca y esto se lo demostraba. En ese instante fue consciente de lo que esa chica llevaba auestas. No sabía desde dónde estaban huyendo, ni hacia dónde. Pero era un hecho que querían salir de Tierra Doria. Benied podría haber sido un lugar interesante para ocultarse, y sin embargo atravesaron su

frontera con el riesgo que suponía entrar en Médiáne. Las agallas que ella estaba demostrando en su fuga la convertían en una digna rival. Todo se tornaba más interesante.

Se preguntó entonces si el rey le permitiría acabar con su vida. Si algo le gustaba a Drator era asesinar, y hacía mucho tiempo que no había una guerra en aquel reino. Odió no haber estado presente en el enorme homicidio de Portálobe la noche en que Mortial se alzó como rey. Sentía la sed de sangre aprisionarle el gáznate.

Se centró en la pareja y los vio marchar de forma apresurada, pararse tras un montón de redes de pescadores donde supuso que se pusieron su ropa, además de calzarse. Sin prisa les siguió en la distancia hasta ver dónde iban a pasar la noche. Una sonrisa ladina recorrió el rostro duro y ajado por el sol y su trabajo a la intemperie. El *Porticario*, como llamaban al viejo marinero que regentaba aquella posada, era el ser más ruin de todo Ulama. Se vendía por muy poco, y eso lo sabían todos en aquel lugar.

Esperó pacientemente y, cuando decidió que ya había pasado el tiempo suficiente para que la pareja estuviera en su habitación, entró y, en nombre del rey, le pidió asilo. Además de avaro aquel hombre era bastante pusilánime, sentir sobre él el yugo real lo convertía en un ser manejable. Le ofreció una habitación en uno de los pisos, Drator no quería aquello, así que le pidió la suya propia que sabía que se encontraba en la planta baja, justo en la entrada.

—Y cuando los últimos inquilinos, esa pareja muerta de frío que acaba de hospedarse, salgan de aquí, me avisarás —ordenó el guerrero con una mirada amenazante y tocando el cuchillo que llevaba enfundado sobre el muslo derecho.

El posadero solo asintió sin apenas mirarlo a los ojos.

A la mañana siguiente dos toques en la puerta lo despertaron haciendo que saltara de la cama y la entreabriera, sin dilación, cuchillo en mano.

—Señor... —susurró el *Porticario*—. El yor ha salido.

Drator no se lo podía creer, ni siquiera le dio las gracias, aunque en su mente se dibujó una recompensa para ese hombre que había resultado ser tan leal a... la amenaza real. Quizá no asesinarlo allí por ser fiel a los hombres del rey era suficiente.

—Habitación —exigió mirando las escaleras que subían.

—Primera planta al fondo del pasillo. La única puerta pintada de azul.

Drator avanzó con zancadas por la estancia y alcanzó los escalones, en

menos tiempo de lo habitual estaba frente a la puerta azul que el *Porticario* le había indicado. Forzó la entrada de un empujón haciendo bastante ruido y provocando que la chica dormida se levantara asustada.

Drator miró a la mujer que se irguió y parpadeó con fuerza tratando de ubicarse, incluso palpó las sábanas como si no supiera donde estaba. No tenía forma de huir de aquella habitación, Drator cubría con su cuerpo fornido la totalidad del umbral y ese lugar no tenía ni siquiera una esquina donde aovillarse. El guardia fue testigo de cómo el miedo sesgó de golpe el aturdimiento de la chica que, con toda la rapidez que pudo, arrancó la sábana de la cama para cubrir su desnudez.

Lo primero que vio fue su pie con las marcas de raza que en ese momento se distinguían a la perfección y que confirmaron que era una sánguira, lo segundo, cuando los ojos de ella lo miraron con terror, fue la diferencia de color de los mismos. Constató, con una mueca horrenda entre una sonrisa y la pura codicia, que era lo que estaba buscando.

—Será mejor que te cubras con algo más, no quiero ir llamando la atención con una sánguira desnuda por las calles de Ulama —soltó con desdén.

Pasaron unos segundos mientras miraba cómo se vestía con rapidez y disfrutando de la desnudez de su cuerpo. Podría satisfacer ciertas necesidades físicas con aquella muchacha si las cosas se daban de forma correcta en su viaje, pero cuando vio que ella se lanzaba a la cama la alerta en su cuerpo le hizo reaccionar.

Drator la agarró por el pelo y la arrastró hasta la salida. Sus gritos se escucharon por toda la pensión, aunque nadie salió a auxiliarla.

Bajó las escaleras golpeándola con las aristas de las mismas y sin prestar atención a si la chica sufría demasiado; el ansia de sangre y de provocar dolor lo había poseído cuando su instinto le dijo que ella había tenido intención de atacarlo de alguna manera con ese movimiento inesperado. Salieron a la calle, la cargó en su hombro como un saco y caminó con celeridad en dirección al palacio del recién nombrado señor de Aldor. Nadie atendió a sus gritos, el uniforme de Drator le daban potestad para lo que estaba haciendo.

—Mi señor ...—Drator hizo una reverencia ligera, rozando la carencia de respeto por el que llamaba «su señor»—..., traigo a la sánguira de los ojos de dos colores.

Colocó a la mujer detrás suyo; esta no se había movido un ápice desde

que se habían parado en medio de la enorme sala donde el Señor de Aldor, Jazadi Lotrás, los había recibido.

—¿Finalmente es cierto? —preguntó apenas levantando la voz, sin hacer amago de levantarse de su silla de madera y porte regio, y poniendo las manos sobre la enorme mesa alargada de madera oscura.

—Tiene la marca en el pie, y sus ojos... —Se apartó para dejar al descubierto a su preciada presa que presentaba un aspecto lamentable. Miraba al suelo, pero Drator sujetó su barbilla con fuerza para mostrar sus ojos. Las lágrimas secas habían dejado surcos en sus mejillas oscurecidas por la suciedad que se le había pegado mientras era arrastrada por la polvorienta posada.

—Llamad a Esioro —pidió Jazadi elevando el tono y sin cambiar el rictus de su cara.

La sala quedó inmersa en un silencio mortal.

De repente los pasos apresurados resonaron en la sala y Drator se volvió hacia la puerta.

—Léela —exhortó.

—Mi señor, ya sabe que entre los sángueros no podemos leernos —dijo el hombre cuyas uñas de las manos, y probablemente las de los pies, eran negras como el carbón, su signo personal de sánguero. El respeto traslucía en cada palabra y el que no levantara la vista del suelo terminaba de corroborar la sumisión que presentaba ante su señor—. Pero no creo que haga falta, los rasgos distintivos de cada sánguero son únicos. Lo que implica que puede haber un sánguero macho con los ojos bicolores, pero no otra hembra además de ella, por lo tanto, tiene que ser. No hay más opciones si el rey habló de una mujer.

Jazadi carraspeó incómodo y con una mano pidió que se acercara a ella. Esioro se agachó frente a la chica; Drator se retiró para ver mejor lo que aquel sánguero estaba haciendo con su presa. Los ojos bicolores mostraban terror y shock a partes iguales. El hombre, con un gesto, le pidió que le mostrara la pluma lectora de su piel y Esioro miró a la chica con compasión. Se levantó y le pidió la mano al guerrero que la había traído, era parte de su trabajo, asegurarse de que quien entraba tenía la intención que decía tener. Drator le dejó sin oponer resistencia.

—¿Y bien? —preguntó el señor.

—Todo bien. Quiere entregar la sánguira de forma personal al rey. Ansía

matarla él.

Una risotada del señor de Aldor tronó en la sala; Drator no bajó la mirada, no le parecía algo tan descabellado. Ignoró la pequeña sacudida que dio la chica a su lado al escuchar las palabras de su congénere, y se preparó para escuchar a su señor.

—Dudo mucho que Mortial te lo permita, pero adelante, pídeselo a él cuando se la entregues.

Capítulo 22

Estaba siendo un infierno.

El odio interno que crispaba mi sangre reemplazaba con fuerza al miedo, ese que parecía haberse quedado en el palacio de Ulama.

Me sentí tan vulnerable cuando vi a aquel hombre en la puerta de la habitación... Ni siquiera hizo falta que hablara para que la voz me dijera que, efectivamente, era el guardia que nos lo había puesto difícil en la frontera de Benied. El pánico se apoderó de mí y solo pensaba en que Karés aparecería antes de que aquel hombre me capturara, que aquello no podía terminar de otra manera. Mientras me vestía mis ojos se desviaron hacia la cama, la punta de flecha del yor asomaba bajo las sábanas y no lo dudé, pero conseguirla hizo que no me diera tiempo a calzarme, el guardia me agarró con fuerza y me arrastró a la salida.

El miedo enmarañó todos mis pensamientos. El dolor de los golpes y el escozor de los arañazos me inundó y solo podía pensar en que iba a morir.

Apreté con fuerza la punta de flecha, pero no como si fuera un arma al que aferrarme, sino como algo que me llevaba de Karés y de los momentos de felicidad y pasión vividos entre aquellas cálidas paredes. Momentos que parecían tan lejanos que pensé que habían formado parte de un sueño.

En el palacio del señor de Aldor ocultarme era todo mi cometido, aunque usara a mi captor como escudo. Estaba dolorida y sentía unas náuseas que parecían querer doblarme por la mitad. Mis pies estaban helados y en un momento de consciencia, tras volver a apretar la punta de flecha en mi mano aterida, decidí que debía guardarla en algún lugar seguro, no podían arrebátarmela, así que la deslicé en uno de los bolsillos del vestido, uno de tantos que se confundían con los pliegues.

La mirada del sánquiuro cuando me alzó la cara mostró la compasión que en ese momento no necesitaba, porque lo que requería, de verdad, era ayuda para escapar de aquel hombre que ansiaba matarme con sus propias manos. Y

cuando me di cuenta de aquello en mi interior algo cambió.

Dejé de pensar en que iba a morir, dejé de desearlo incluso. Las entrañas se me retorcieron pidiendo que no cayera en vano todo el esfuerzo de haber llegado hasta allí.

Sentí una determinación tan férrea como el metal elódrico, que brotaba de mí sin esfuerzo: no iba a permitir que aquel hombre acabara conmigo, no sin presentar toda la resistencia que pudiera.

Claro que, no sabía hasta qué punto aquel ser iba a mermar mis fuerzas.

No era consciente de cuánto habíamos recorrido desde que salimos del palacio de Ulama hacía por lo menos tres días. Y tampoco sabía hacia dónde nos dirigíamos, supuse que volvíamos a Portálobe y la esperanza de volver a ver a mi madre, me armó de valor. Drator me trataba peor que a un animal apaleado, y no hacía más que repetirme que daba igual cómo llegara, que iba a morir de todas formas. Me llevaba caminando mientras él iba montado en el caballo y tiraba, de vez en cuando, de mis manos atadas para hacerme caer.

—¿Pensabais que me ibais a engañar? ¿Aquél yor me tomó por imbécil? —Rio de forma despiadada. Paró para mirarme y hablarme con desprecio—. Me gusta arrastrarte, aunque preferiría que te quejaras un poco más. De todas formas, ya escucharé tus lamentos. De eso no me cabe duda.

En nuestro avance Drator no me daba tregua, y el descanso, o lo que para él lo era, había resultado peor que caminar descalza bajo la lluvia.

Hacía frío, mucho frío, y una lluvia, tan fina como descortés, nos había acompañado desde la madrugada. Mi piel expuesta entre los jirones de ropa estaba amoratada, apenas sentía los dedos de los pies. Las manos me pinchaban y, en un acto de desesperación, comencé a moverlas una contra la otra haciendo que la soga dañara más la piel de mis muñecas. No me importó, porque el dolor me indicó que de nuevo la sangre empezaba a correr por ellas. Hacía ya bastante que el sol se había metido y Drator paró en seco, desmontó y tiró de la soga para que lo siguiera hacia el bosque.

—¿No te interesa mirarme? Quizá sea el último macho al que veas antes de morir —dijo deshaciendo el lazo que ataba sus pantalones para orinar contra un árbol.

Volví la cara asqueada y seguí moviendo las manos. No contestaba a nada de lo que él me decía. Por ello me había ganado dos guantazos fuertes en la cara, pero prefería aquel dolor a la repugnancia que me nacía si tenía que interactuar con él.

—Creo que debería desatarte para que me la sujetaras. Aunque puestos a ello, hubiera preferido que fuera ese macho que te llevaba a caballo. —Una carcajada áspera brotó de su pecho, terminó y volvió a acomodarse el pantalón—. ¿Estás cansada, satra?

Le lancé una mirada de repulsa que más bien fue un latigazo. Yo no era ninguna bruja de sangre, nunca había experimentado con nada que no fuera la mera lectura del pulso, y que me acusaran de ello con ese tono de insulto hacía que me ardiera mi propia sangre.

Apreté la mandíbula, estaba agotada y hambrienta, pero llena de ira. Con mis manos atadas palpé a través de la tela la punta de flecha que seguía escondida. Cuando Drator se acercó para volver a insultarme, me fijé en su carótida, estaba convencida de que si la clavaba allí ese desgraciado moriría desangrado.

—No sé si parar ya, y descansar un poco, o seguir —dijo desidioso mientras se acercaba a mí—. El caballo no está jadeante, y yo tampoco. —Lanzó su aliento sucio contra mi cara; le mantuve la mirada sin variar mi gesto—. Pero estoy harto de tanta agua. Creo que voy a montar mi tienda.

Me ató a un árbol, como si fuera un animal salvaje al que domesticar y sujetar, y se dispuso a preparar una pequeña tienda de campaña. Las dos noches anteriores habían sido igual, Drator se ataba la soga a la cintura tras pasarla por una rama alta y fuerte y dormía a cubierto mientras yo trataba de no morir congelada.

Los brazos elevados se convertían, con el paso del tiempo, en algo mucho peor de soportar que el frío. Y cuando descolgaba la soga pasaba varias horas tratando de desentumecerlos. El dolor punzante me hacía llorar sin querer y entorpecía mis movimientos hasta para poder sujetar el pedazo de pan duro y sucio que Drator me lanzaba al barro.

Aquella noche, a pesar de sentir el hueco de mi estómago, el frío en mis huesos y ver que de nuevo comenzaba la tortura del descanso, no me sentía débil. El resentimiento, la ira, la necesidad de no seguir pasando por aquello, estaba dándome fuerza. O quizá había algo más, porque sentía como si de repente mi sangre calentara mi cuerpo en cada bombeo. Una beligerancia innata se instauró en mí y pensé que debía aprovecharla, aunque no saliera bien, aunque no hubiera más intentos.

Drator estaba tumbado, llevaba un rato en silencio hasta que escuché un ruido lejano que me alertó. Era cuestión de tiempo que trataran de robarnos

algo, Karés me había contado que la frontera entre Aldor y Pesala era un nido de ladrones, y a mi captor parecía no importarle.

Sentir que alguien podía atacarnos hizo que me asustara, pero no permití que el miedo se apoderara de mí, de todas formas, no había nada mucho peor que lo que estaba padeciendo. Cualquier cambio sería bienvenido.

En un momento, que no fui capaz de procesar, Drator se levantó como un felino a pesar de su tamaño y se puso detrás de mí. Me agarró por el cuello y llevó mi cabeza a su cintura. Inmovilizó mi cuerpo con mucha fuerza. La sogá ya no estaba tensa, la había desatado de su cintura y mis brazos cayeron hacia delante.

—Shhh... —El siseo era una orden. Ese guardia no era idiota, sabía que no podía perderme y podría haber cazarrecompensas que nos habían seguido tratando de arrebatár el trofeo para el rey.

No hubo más movimientos; Drator me zarandó e hizo el movimiento para lanzarme al suelo como si fuera basura, pero de repente escuchamos otro ruido y volvió a sujetarme de la misma forma.

Si no lo hacía ya no tendría más oportunidades, él estaba pendiente de algo externo, no sabía cómo podía terminar aquello, pero tampoco podía planteármelo mucho.

Saqué la punta de flecha y mientras él estaba atento a cualquier otro sonido del bosque, pensé en tratar de romper la sogá que anudaba mis manos. Pero era inútil, así que decidí procesar los movimientos aprendidos con Karés y lo siguiente que hice fue adelantar mi pie para equilibrarme. Acto seguido, sin perder el tiempo y aprovechando que el guerrero no se lo esperaba, llevé mis manos atadas en forma de puño y con la punta de flecha entre los nudillos a la entrepierna del yor. Golpeé tan fuerte como pude, él reaccionó, y a pesar del aullido de dolor, intentó sujetarme. Pero volví a lanzar los puños con el arma a su cara. La rabia me dio la fuerza, y clavé la punta de flecha en uno de sus ojos. El grito resonó en todo el bosque.

Era libre, él no me sujetaba. Estaba agachado sujetándose la cara. Mis pupilas se habían adaptado lo suficiente a la oscuridad como para distinguir prácticamente cualquier silueta.

Karés apareció de la nada y cortó con el cuchillo la sogá, liberando mis manos. Sin dudar, y sin pararse un segundo en el que no fui capaz de procesar lo que estaba ocurriendo, se lanzó a por mi captor, que ya se había erguido y con el cuchillo atacó a Karés hiriéndole el brazo.

A pesar de las pocas fuerzas que le quedaban y a la inferioridad en la que se encontraba por sus heridas, Drator defendió de forma aguerrida cada movimiento y golpe asestado por Karés. Pero no pudo aguantar mucho más, un corte tras la rodilla le hizo caer. Karés no presentó fisuras en su lucha a pesar de la herida de su brazo izquierdo, clavó la daga en su cuello y cercenó parte del mismo, dejando que perdiera la consciencia mientras la vida huía de él tan rápido como su sangre.

Paralizada me encontré con mi compañero de viaje de frente, que con su mano derecha sujetó mi mejilla y me dijo algo que no fui capaz de entender. Karés se quitó su chaquetón forrado de piel y me lo puso sobre los hombros.

Caminamos de la mano sin decir nada. No sabía cómo reaccionar, mis emociones eran una amalgama que no me dejaba sentir con claridad. Karés solo me soltó para agarrar las riendas del caballo de Drator. Unos metros más allá llegamos hasta el jamelgo en el que supuse que él había llegado. El animal estaba agotado, la espuma de su boca y su delgadez hablaban por él.

No pude evitar echar la vista hacia atrás varias veces. Me costaba creer que todo hubiera terminado. Montamos sobre el rocín de mi secuestrador, el que él traía parecía no poder soportar nuestro peso, y lo hicimos de la misma manera que cuando salimos de Benied, yo echada sobre su pecho. Cabalgamos con celeridad y no creo que fuera por la posibilidad de que Drator pudiera seguirnos, supongo que fue la urgencia de sacarnos de allí lo antes posible.

Me abracé al cuerpo del yor e inspiré su aroma, a calor, a cuero limpio y sándalo, a ese algo picante que me hizo sentir como en casa.

—Estamos cerca de la frontera de Pesala. Este sendero nos lleva a una aldea donde hay una posada. Allí entraremos en calor. Estás tiritando —murmuró.

Ni siquiera era consciente del castañeteo de mis dientes hasta que lo mencionó, pero tampoco supe que estaba llorando hasta que sentí el sabor salado de mis lágrimas y amargo de la suciedad que limpiaban a su paso.

Cabalgamos con la lluvia sobre nuestras cabezas, pero lo hicimos sin parar hasta encontrarnos con la luz del farol que indicaba la entrada de la posada.

Bajamos del caballo sin decir una sola palabra. Karés tendió su mano y la sujeté, lanzándole una mirada rápida para volver mi vista al suelo. No me vi capaz de soltar su mano. No sabía por qué, pero lo único que quería era llorar y sentía cierta vergüenza de que él lo viera. Como si hasta ese momento el

miedo, que había quedado agazapado en algún lugar amordazado por la ira, estuviera saliendo a borbotones de mi cuerpo.

Entramos al cobijo de la pequeña posada, en realidad, como explicó Karés, era una taberna con habitaciones y por ello la zona del bar no estaba vacía. Unas seis personas tomaban cerveza en una mesa cercana al fuego que calentaba aquel lugar. Qué sensación más agradable fue sentir el calor en mis orejas, en mis manos, en mis pies...

Karés se dirigió con paso firme hacia la barra, donde el tabernero pasaba un trapo que dejaba mucho que desear, sobre la madera.

—Nos gustaría pasar la noche.

—¡Rátíara! —gritó el hombre tras lanzarnos una mirada furibunda.

Una mujer, alta y corpulenta, con el pelo rojo como el fuego y los ojos verdes sobre unos mofletes colorados, salió por una puerta con el gesto de enfado.

—Seguro que puedes darles la habitación tú. Lo he escuchado desde dentro —protestó; nos miró de arriba abajo, debía presentar un estado deplorable—. ¡Por las diosas lunares! Seguidme —ordenó haciéndonos un gesto con la mano—. No tardo nada en encender el fuego, ese cuarto se calienta enseguida. Y os dejaré un balde de agua grande para que lo calentéis y os aseéis. —El paso airoso de la mujer hacía crujir las tablas de cada escalón—. Tengo un guiso de carne de venado que os va a calentar por dentro. También subiré leche caliente, las vacas de mi hermana dan demasiada. Yo ya le he dicho que venda alguna porque no da abasto, pero es cabezona.

La perorata de Rátíara, la mujer pelirroja, continuó hasta que llegamos a una puerta que abrió con una llave grande.

Seguía sintiendo la mano de Karés, y busqué, en vano, la sensación de paz que antes nos embargaba con la unión de nuestras pieles. Pero solo había un contacto agradable y seguro entre nosotros que, aún y todo, no iba a rechazar.

Entramos y nos quedamos en medio de la estancia. No era muy grande, tenía una cama, un pequeño armario bajo y una silla. Mis ojos se quedaron anclados en la estufa salamandra que la mujer estaba limpiando de los restos de la quema anterior. El ambiente se llenó de olor a hollín, y sentí cómo aquello, que precedía al calor, me reconfortaba.

En realidad, no me importaba nada más que lo a salvo que me sentía. Drator estaba muerto, atrás quedaban sus amenazas, su maltrato, el frío que había calado mis huesos, el hambre que hacía eco en mi estómago, el sueño

que cansaba mis músculos...

Karés dio un pequeño paso hacia mí, apretó su mano y consiguió que mi vista se fijara en sus ojos.

—Esto está listo, tenéis una manta más ahí. —La mujer señaló el armario y según lo dijo se golpeó las manos contra el delantal sacudiendo el polvo que, volátil, se quedó a su alrededor—. Subo en seguida, a ver si ese vago desgraciado me echa una mano y lo hacemos todo en un solo viaje.

Cerró la puerta.

Escuché el fuego crepitar y el calor empezó a avanzar poco a poco, confortando la habitación.

—Tienes que quitarte esa ropa —me dijo Karés en un susurro; asentí y con reticencia dejó de agarrar mi mano.

Despacio empecé a desnudarme mientras él dejaba mi macuto sobre la cama.

—No sé si está toda, cogí la que pude —sonó a disculpa mientras con su mano se frotaba la nuca.

Tenía los ojos demasiado abiertos, estaba demasiado pendiente de mí, lo notaba, era imposible no hacerlo, y probablemente se sintiera culpable por lo que me había pasado. Quizá... quizá yo también lo culpaba, aunque en el fondo supiera que lo que me había ocurrido era uno de los riesgos de mi huida.

Miré mi mochila, el recuerdo de las prendas por toda la habitación en la posada de Ulama era lejano, parpadeé deprisa para evitar las lágrimas de nuevo.

—Me gustaría asearme antes de vestirme —susurré con la voz ronca. Fueron mis primeras palabras desde hacía días, y me hicieron daño en la garganta.

—Sí, claro.

Sin levantarse del suelo, donde estaba acucillado, extendió la mano. Se la cogí, fijando mi vista en la unión de estas, y cerciorándome, otra vez, de que no había magia azul entre nosotros. Miré sus ojos y me ofreció una sonrisa.

—Estás a salvo. Esto es Pesala y estamos fuera de peligro. Aquí no entran los Nigart.

En mi exhalación temblorosa dejé escapar una sonrisa fugaz, apreté su mano y acto seguido nos soltamos.

Karés se volvió y me dio la intimidad que pudo en aquel lugar tan pequeño; aunque a mí me daba igual mostrar mi desnudez ante él. No me

resultaba incómodo, y no solo por lo que había pasado entre los dos. La vivencia con Drator parecía haberme desprovisto de ciertas banalidades.

Tres golpes sonaron en la puerta y Karés, que estaba frente a ella, se acercó.

—¿Estás visible? —preguntó sin volverse.

—Sí —contesté atando los cordeles del camisón que me tapó casi hasta los pies. Esperaría por el agua caliente de la forma más cómoda, porque lo que no soportaba más eran los trapos en los que se convirtió el vestido que había llevado durante aquel infierno.

Abrió la puerta y fue él quien introdujo en la habitación la bandeja con comida que traía el mesonero con cara de malas pulgas, y el barreño enorme de agua caliente que portaba Rátiaara, aclarando que había calentado agua de sobra en la cocina.

El yor agradeció la hospitalidad y cerró la puerta.

—¿Quieres que te deje sola? —me preguntó mientras dejaba el barreño al lado de la estufa que ya despedía calor con potencia.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño sin entenderlo.

—Para lavarte.

—Ah... eso... —Negué con la cabeza sin mirarle—. No te vayas, por favor —supliqué en un susurro. No quería perderlo de vista.

—De acuerdo. —Se sentó en la silla y comenzó a descalzarse. Se quitó la ropa mojada y se puso un pantalón.

Mientras yo me desnudé y comencé a lavarme y a secarme por partes. Cuando terminé miré el camisón y me di cuenta de que lo había empapado con el pelo. No sé cuánto tiempo estuve sin reaccionar, pero de repente me encontré con una prenda negra y enorme que Karés me tendía con su mano.

—Te estará grande, pero será cómoda para descansar. No puedes ponerte esa ropa mojada.

La pasé por mi cabeza sin pensármelo mucho y sentí cómo su aroma me envolvía. Ese que me volvió a transportar a casa y que entró en mi pituitaria para hacerme sentir tan bien como el calor que inundaba la habitación en ese momento. Me remangué y volví a lavarme las muñecas, amoratadas, magulladas y doloridas, que presentaban varias heridas de aspecto bastante feo.

Apreté la mandíbula mientras escenas de los días anteriores pasaban por mi mente. Pero en ellas ya no sentía el dolor, así que debía afrontar que

aquellas heridas curarían, los recuerdos... esos serían más difíciles de sanar.

El yor sacó una pieza de lino de su macuto y lo rasgó varias veces, ese sonido me hizo mirarlo y salir del ensimismamiento de mis horrores. Se acercó a mí, me cogió las manos, secó con una tira las muñecas llenándolas de vetas rosadas por la sangre, y con las otras me las vendó.

—Las heridas de las muñecas mejorarán una vez que estén limpias —susurró.

Así era, y yo me encargaría de que los recuerdos no anidaran en mi alma y también sanaran.

—Gracias... —murmuré.

—No me las des. Te he fallado.

—No lo has hecho. Ahora estoy a salvo. —Di la vuelta a mis manos y las puse sobre las suyas. Lo dije de verdad. Si en algún momento lo había hecho culpable, en aquel instante sentí que había cosas que no estaban en su mano, y él había hecho todo lo posible por protegerme.

—Tenemos que llegar a Ladas —dijo él con determinación—. Come, está caliente y te va a sentar bien. Y luego descansa. Lo necesitas.

Miré la comida, pero su brazo me llamó la atención.

—Estás herido.

—Apenas ha sido un rasguño.

—No lo parece. —Me acerqué y vi el corte, tenía cierta profundidad, pero no era demasiado grave—. Hay que darle puntos. —Lo fui limpiando con cuidado, aprovechando las gasas y el agua limpia de la jarra.

—No tenemos ninguna aguja por aquí —dijo.

—Seguro que Rátalara tiene.

Alcé la vista y me encontré con sus ojos; se levantó inspirando, como si hubiera visto en mi mirada la determinación de quien no va a ceder hasta curarlo.

Salió por la puerta y supe que traería lo que necesitábamos para su herida.

Capítulo 23

Cuando Karés llegó a la habitación en la posada de Ulama y la vio vacía no era capaz de entender la situación. Registró el poco espacio, empaquetó todo demasiado deprisa y, cuando se llevó la mano al cuello, echó de menos la punta de flecha que le había regalado su abuelo.

Nunca se la quitaba. Probablemente se le había caído durante la noche, pero tampoco podía perder el tiempo buscándola. Sintió que si la dejaba olvidada allí era por una buena causa.

Tocó las sábanas, no estaban calientes. Bajó con paso decidido y se encontró de frente con el Porticario. Lo sujetó por la ropa que cubría su pecho y lo empujó contra la pared. Su voz sonó tan amenazante y letal que apenas se reconoció en ella. Aquel hombre, que parecía venderse a cualquiera, le dijo que un guardia real había estado esperando a la chica y que hacía un rato se la había llevado. Le exigió saber dónde, pero no hubo manera de que dijera nada coherente. Karés se dejó llevar por la intuición y caminó con rapidez hacia el palacio del señor de Aldor, cegado de frustración e ira. Quizá era allí donde iban a encerrarla hasta que Mortial Nigart apareciera para darle muerte con sus propias manos.

Pensó en contactar con su amigo Trékor para saber si al castillo de Portálobe habían llegado las noticias de la captura de Xadia, pero eso significaba perder más el tiempo esperando respuestas, y el riesgo era demasiado alto.

Llegó al palacio y sintió que no tenía la capacidad de enfocarse en su rescate. Había algo que lo estaba volviendo loco. No solo quería mantenerla a salvo porque era su obligación, un sentido de posesión lo invadía y no lograba entenderlo. Estaba valorando la posibilidad de entrar en nombre del rey para custodiar a la ságuira que sabía que habían encontrado, como un recurso que apenas se sostenía, cuando dos guardias de Aldor comenzaron a quitar los carteles de una de las columnas. Eran los mismos bandos de «Se busca» que

habían visto por todos los sitios.

—¿Crees que será la que el rey está buscando? —preguntó uno de ellos.

El compañero se encogió de hombros.

—Por fin dejará de venir la gentuza en busca de la recompensa tratando de engañarnos con cualquiera a la que secuestra.

—¿Entonces ya no tenemos posibilidades de cobrar esa recompensa? Yo tenía la esperanza.

—Pero si no has dado un paso hacia su búsqueda en ningún momento —le reprochó con sorna—. Según han dicho es la que está buscando y la espera en Ladas. Es definitivo que no tienes ninguna opción. —Se carcajeó del guardia en su cara.

Ladas... Xadia se dirigía hacia su salvación, pero allí estaría Mortial. Sin querer entender el motivo del viaje del rey a aquel lugar, se puso en camino en dirección a Isla Elodre, eludiendo, por supuesto, entrar en Pesala. El guardia del rey no se arriesgaría a entrar en aquel territorio donde se sabía que era complicado no encontrarse con la guardia de Pyros Greyers.

A la salida de Ulama viajó durante media jornada en una carreta con un rashari nómada que se desvió hacia el centro de Aldor y lo dejó en el camino que bordeaba la comarca contigua. Compró un rocín a una familia de labriegos. No era como *Farol*, no estaba tan bien alimentado y sus fuerzas flaqueaban bastante, pero le sirvió para apresurar su marcha. Apenas descansó, y por ello se encontró con Xadia y su captor cuando pararon para reposar. Fue una casualidad que no se esperaba. Mitad intuición y mitad agudeza auditiva fue lo que le permitió sentirlos a kilómetros de distancia.

Verla tan desmejorada hizo que le hirviera la sangre, y darse cuenta de que el guardia que la había capturado era aquel que en Médiene los había parado, le provocó una profunda frustración. Había sido un protector pésimo si ese guardia los había descubierto en ese mismo momento.

Quizá no estaba siendo tan profesional en su trabajo, y pesaba más llegar a los frentes rebeldes que proteger a esa chica.

Quizá no se lo había tomado demasiado en serio.

Quizá se le había nublado el raciocinio al tener tan cerca a Xadia, tanto que parecía haberse metido bajo su piel.

Se flageló y supo que no le faltaba razón, por eso mismo no debía fracasar en esa última parte. Debía dejar a un lado cualquier emoción. Su obligación era llevar a Xadia a su destino sin que le pasara nada más. Cerró los ojos con

fuerza cuando vio la posición de la chica mientras aquel desalmado descansaba.

Estuvo a punto de ir a por ella sin pensar, lo que hizo que la chica observara la zona donde él se ocultaba. Las emociones volvían a trastornarlo. Aquel guardia salió disparado para agarrarla y trató de caminar para ocultarse, pero la ságuira, sorprendiendo a Karés, aplicó los conocimientos de sus clases de defensa de una forma magistral, incluso le había herido con su puño.

Xadia era una guerrera.

Sus siguientes movimientos sobre el captor los hizo casi sin pensar, aunque el corte le pilló desprevenido. No cabía duda de que era superior a aquel guardia, la raza de Karés sobresalía por encima de cualquier intento de lucha por parte del secuestrador, y lo mató sin dilación. Todo lo que quería conseguir era poner a esa mujer a salvo y reconfortarla para partir cuanto antes hacia su refugio.

Karés y Xadia salieron de esa taberna al día siguiente al mediodía. En Pesala no se sentía en peligro. Era más problemático estar a favor de los Nigart que huir de ellos.

Justo en la puerta se encontraron con una partida de la guardia de Pyros Greyers. Karés habló con ellos durante un largo rato, estuvo tentado de decirles que la chica que iba con él era la ságuira que Mortial buscaba, pero pensó en los posibles infiltrados del rey y supo que podría ponerla en peligro. Solo les comentó que había desertado y que buscaba alistarse con el lado rebelde.

Aquellos guardias no quedaron satisfechos con la explicación, el cuchillo con el mango de los colores Nigart no hablaba a su favor, y a pesar de que Karés no puso nada de resistencia, decidieron llevarlos ante Pyros por si se trataba de un espía de los Nigart.

Ataron el caballo de Drator al carro y después subieron a la pareja con las manos atadas en la espalda. Ver cómo las muñecas dañadas de Xadia volvían a ser apresadas provocaron en la piel de Karés un escozor por empatía que lo llenó de rabia. Le quemaban más que su propia herida.

—No estamos poniendo resistencia, no hace falta que las manos de ella vayan atadas.

Los soldados Greyers no contestaron, se limitaron a cerrar la puerta del carramato dejándolos en una oscuridad rota por la luz que entraba entre las

rendijas de las maderas.

Comenzaron a moverse y Xadia habló por primera vez desde que aquellos guardias les habían parado.

—¿Y si nos entregan a Mortial? —No había miedo en su voz y Karés escudriñó su cara, su gesto. Solo vio determinación, intención de lucha, como si sopesara la posibilidad y quisiera crear una estrategia.

Karés elevó las cejas y asintió con orgullo.

—No van a hacerlo. Pyros Greyers no es Mortial Nigart. Nos escuchará.

—¿Lo conoces?

—No en persona, pero mi padre siempre habló con respeto hacia él, y mi madre decía que era un hombre justo y que atendía a razones. El problema es que con los incidentes entre las comarcas vecinas y la posibilidad de que un espía se infiltre en la resistencia, no iban a dejarnos sin más.

—Si lo sabías, ¿por qué no hemos huido?

—Porque llegar a Falor Fory en un carromato de Pyros Greyers es más seguro que hacerlo por nuestra cuenta. Nunca se sabe si nos íbamos a cruzar con algún campesino u otro guardia no simpatizante con el señor de Pesala. Si fuera así nos tocaría volver a luchar y quiero que tu llegada a Ladas sea lo antes posible y sin incidentes.

—Si esto no te parece otro incidente, no diré nada. —Miró hacia otro lado, altanera, como si no entendiera el plan del yor; a Karés le hizo gracia, pero no se rio, se limitó a ladear la cabeza.

—¿Ha vuelto el sarcasmo?

—No lo sé, Karés —respondió airada—. Pensaba que tendrías otro plan.

—Barajaba otro, sí, pero este me ha parecido mucho más seguro.

En silencio Karés confió en que la alternativa que había escogido, a encontrar una caravana cuyo destino era el Eclipse de Sangre para viajar con ella, funcionara. Sabiendo lo que sabía del señor de Pesala, si llegaban hasta él, supo que no iba a impedir que la chica fuera a Ladas, aunque esperaba que le permitieran custodiarla a él. Quizá eso sí que iba a suponer un problema.

La noche llegó y con ella el carromato paró definitivamente. Los guardias abrieron la portezuela y el espectacular Castillo de Aguas, como se conocía al palacio de Pyros Greyers, se presentó frente a ellos.

Contra el cielo estrellado y alzándose sobre su propia isla, la construcción resultaba espectacular. Estaba fortificado todo a su alrededor y tenía un portón cerrado sobre las aguas como único acceso. Recordó cómo lo hechizó cuando

lo vio por primera vez.

Xadia lo miró con fascinación.

—Supongo que es el efecto que causa —dijo Karés a su lado, sin perder de vista las muñecas atadas de su compañera.

—Andando. —El guardia los empujó hacia delante.

En un embarcadero al lado del enorme puerto de Falor Fory, subieron a una barcaza para cruzar la manga de agua que separaba el castillo de tierra firme.

Atravesaron la compuerta y cuando desembarcaron el propio señor de Pesala, que parecía revisar algo con un hombre fuerte y de gesto adusto, los esperaba en el muelle.

Lanzó una mirada rápida a los recién llegados, se volvió a su interlocutor al que entregó unos papiros enrollados, y caminó hacia el embarcadero.

—¿Son ellos? —Su voz grave precedió a su mirada seria y analítica.

Pyros Greyers no era el típico señor al que le gustaba llevar su comarca desde el sillón de mando. Era un hombre de acción, un yor que siempre había estado presente en cada batalla y se implicaba en cada misión como si fuera uno más. Su trabajo de campo era conocido por todos los dorianos. Los padres de Karés siempre hablaron de él con mucho respeto. Sus características físicas destacaban por encima de los demás, enorme y fuerte, de pelo demasiado corto y con ciertas entradas, y unos ojos azul claro como las aguas marinas del sur. Su barba de varios días le conferían un aspecto rudo, de hombre curtido.

—Lo son, señor —contestó uno de los guardias que custodiaban a la pareja.

Karés y Xadia no se movieron y Pyros los observó con detenimiento cuando la guardia franqueó la visión de los forasteros.

—Podéis marchar, yo me encargo —indicó a los dos guardias—. ¿Habéis dejado la zona cubierta?

—Sí, mi señor, en el cruce nos encontramos con una partida de doce, seis de ellos partieron hacia la frontera.

Los dos hombres, tras saludar con respeto a su señor, se fueron. No había mucha luz, las lunas no estaban lo suficientemente altas, todavía estaban apareciendo por el sur, pero, al igual que Karés, el señor de aquel palacio, por ser yor, poseía los dones de su raza. Karés supo que, a pesar de la mirada encantadora que les estaba dedicando no se perdió ni un solo detalle de sus físicos.

El chico Odalta echó un vistazo a Xadia que esperaba observando al frente sin ningún pudor.

—No es la primera vez que nos vemos, ¿verdad? —Pyros estrechó la mirada sobre la chica y Karés se tensó.

—No lo es, señor —contestó ella sin vacilar.

—Y..., ¿me puedes contar por qué? —Greyers se cuadró, abrió las piernas ligeramente y cruzó los brazos sobre el pecho. Detrás de él había dos hombres custodiando a su señor, muy pendientes de cualquier movimiento.

—Porque soy... fui... amiga de Síride —vaciló la ságuira.

El silencio que siguió duró lo necesario para que a Pyros se le endureciera el gesto y la mirara con fijación.

—Entonces venís directamente de Portálobe —afirmó y desvió solo sus ojos hacia Karés.

—Sí, señor.

—Habla.

—Soy Karés Odalta. Desertor de los Nigart, protector de Xadia, la ságuira de los ojos bicolors que Mortial está buscando, y espero que pronto admitido en sus filas contra la corona actual.

Otro silencio de comprensión.

—Conocí a tus padres —se dirigió al yor rubio con la voz tranquila.

Un silencio de varios segundos siguió a aquella confesión. Solo se escuchaban las olas que chocaban contra el fuerte exterior que rodeaba la isla.

—Vamos, necesitáis comer algo y os acomodaré. Aunque antes necesito que mi ságuiro os lea.

—Mi señor, ella...

—Sí, lo sé. Es una ságuira y como tal bloqueará su pulso, pero tú no.

Se dio la vuelta y la pareja, tras mirarse interrogantes, lo siguieron.

El comedor era impresionante. Tenía una mesa enorme, alargada, como si allí pudiera reunirse todo el servicio de aquel palacio inmenso. Y las vistas al estrecho Elódrico debían de ser magníficas cuando la luz del día lo inundara todo.

Los tres comensales cenaban en una de las esquinas. Pyros en la cabecera y sus invitados uno a cada lado.

—Tendréis que perdonar el trato de mis guardias en vuestro traslado, debéis entender que no es fácil mantener las fronteras libres de Nigarts.

—No lo es, y no se disculpe, señor. El trato no ha sido tan rudo —contestó

Xadia con amabilidad en sus ojos.

Karés la miró y supo que el camino hasta aquel lugar no había tenido comparación con el que tuvo con Drator.

—Y..., ¿vuestros planes son?

Karés elevó las cejas, no esperaba que después de ser leído por el sánguero de palacio necesitara más información.

—Vamos, no esperarás que me quede solo con lo dicho por Nenko. Me queda claro que la estás protegiendo y que tus intenciones inmediatas confirman tus deseos de alistarte con nosotros, pero necesito más. —Sonrió de forma torcida y aquel gesto suavizó su mirada que de pronto se bañó de cierta picardía.

Karés, que frunció el ceño extrañado y sintiendo que ahí había algo que parecía empezar a tornarse personal, habló y miró a Xadia mientras lo hacía:

—Tiene que llegar a Ladas. Una vez esté a salvo allí toda mi misión con ella habrá terminado.

—¿A Ladas? ¿Por el Eclipse de Sangre? —Estrechó los ojos y cogió su copa para llevársela a la boca. Parecía que la ligera salacidad de su mirada había desaparecido.

—No puede ser por eso —contestó ella.

—¿No estás en estado?

—Si lo estuviera no creo que las diosas hubieran permitido la interrupción de nuestro camino por tus guardias —dijo de forma incisiva y como si lo que estuviera planteando fuera una estupidez.

—La intención de mis guardias no era dañina, y la vuestra para atravesar Pesala tampoco. No se puede considerar un atentado contra la caravana, pero bien... eres una sánguira, tu piel, y el bloqueo con Nenko lo han confirmado. Entonces, ¿por qué Isla Elodre?

—Tengo una carta que entregarle una vez lleguemos allí —descubrió Karés haciendo que la chica lo mirara con sorpresa—. Supongo que en ella estará la explicación.

—¿Una carta? ¿Y por qué no me la has dado? —El reproche de sus palabras llegó a sus ojos bicolors.

—Áskara fue taxativa con ello. —El chico se disculpó con la mirada.

—Uh... aquí hay muchos secretos. —Pyros comió de su plato el asado de venado.

Los recién llegados lo imitaron. La carne les supo deliciosa después de las

comidas que habían realizado durante todo su camino. Xadia no quitó la mirada de Karés, y este la sentía como una daga.

—Mañana por la mañana parte el único barco a Isla Elodre, no tengo inconveniente en que embarquéis. Os escoltarán hasta el puerto, os dejarán en el interior. Si tu intención al dejarla allí sigue siendo unirme a nuestra lucha serás bienvenido, si cambias de idea te sugiero que no vuelvas en el mismo barco a Falor Fory, porque no me quedará más remedio que apresarte. —Se hizo un silencio en el que la mirada de Pyros se tornó oscura—. Sería una pena.

La cena había terminado, el señor de Pesala se levantó de la mesa y tras desearles buen viaje desapareció por la puerta.

La pareja se quedó sola y en silencio. Karés miró de reojo a la sánguira y supo que debía de hacerse a la idea de que la separación era inminente. Sabía que iban a compartir lecho, pero no se iba a dejar llevar por las emociones y los deseos de su piel. Quería tocarla, quería volver a sentir que le pertenecía tanto como él a ella, porque esa fue la sensación de aquella noche en Ulama, pero no iba a consentirlo. Él solo era su protector, nada más.

—Me has mentido —le dijo la chica en cuanto se quedaron solos.

—Hasta la misma puerta no debías enterarte de que yo tenía ese mensaje.

—¿La has leído? ¿Sabes lo que pone?

—¿Por quién me has tomado?

—No lo sé, no me has dejado leerlo y supongo que la razón es ese secreto. Quizá sea uno de muchos.

Se levantó airada y Karés la siguió. Estaba bien poner esa distancia, y que el trato con ella se alejara, de esa manera iba a ser más fácil dejarla atrás.

Una vez que Xadia se empeñó en curarle la herida, sin dirigirle la palabra, y se metiera en la cama, no pudo dejar de darle vueltas al viaje que tenían por delante al día siguiente.

Iba a ser el tramo más sencillo de todo su trayecto, no obstante, Karés no dejaba de pensar en la presencia de Mortial en Ladas. Quizá estuviera relacionado con el Eclipse de Sangre, la hija de los Greyers era una lífila, podría ser ese el motivo, aunque no entendía que Mortial estuviera allí, Síride podría acudir con su esposo al ritual. Algo no le cuadraba y, estratégicamente, que hubiera dejado el castillo no era prudente con el pálpito rebelde que se escuchaba en Tierra Doria. Quizá Áskara había hablado bajo tortura y por ello Mortial conocía el destino de Xadia.

Karés se levantó. Necesitaba hacerle saber a Pyros que contaba con una información importante. No tardó en encontrarlo, solo tuvo que volver al comedor y dejarse guiar por el ruido de risas y jadeos que salían de una sala custodiada por dos guardias. Quizá al señor de Pesala no le hizo gracia abandonar la fiesta, pero Karés se encontró con sus ojos nublados por la lujuria fijados directamente en él, que viajaban de sus ojos a sus labios como si no le fuera a dejar a hablar.

—Vengo a contarle que el rey está fuera de Portálobe. Está viajando hacia Ladas. No sé si es información relevante, pero si están planeando alguna estrategia quizá puedan interceptarlo en su vuelta hacia Sandoria.

Pyros cerró los ojos y cuando los abrió sonrió de una forma torcida.

—No estábamos seguros de esa información. ¿Es fiable tu fuente? — Parecía estar algo ido, bebido tal vez.

—Quiere matar a Xadia. La capturaron en Ulama y tenían órdenes de llevarla hasta allí.

—Fuiste su salvador. —Se acercó demasiado a Karés y este aguantó el tipo frente a él. Parecía que se lo quisiera comer allí mismo.

—En realidad se salvó ella misma. Yo solo estaba en el lugar adecuado — admitió. Esa sánquira era tan guerrera como él. Lo llevaba en la sangre.

El silencio como respuesta, un silencio largo en el que Pyros siguió mirando con fijación a Karés.

—Gracias. Que tengáis una apacible travesía por el estrecho Elódrico — concluyó y se dio la vuelta para volver al interior de la habitación. Las risas femeninas lo recibieron y Karés caminó hacia sus aposentos antes de que esa puerta se cerrara.

Llegó a la habitación y se metió en su lado de la cama sin hacer apenas ruido.

—Perdona —susurró Xadia.

Karés respiró con fuerza. Esperaba encontrársela dormida, de esa manera iba a ser mucho más fácil ignorar que estaba junto a ella.

—Llevabas razón. En casi todo. —Hubo un silencio y ella rio bajo su respiración—. Mi madre te ha dado unas órdenes y te debes a ella. Y... bueno, tu estrategia de venir hasta el castillo de Greyers era buena.

—Buenas noches, Xadia —contestó el yor.

Se dio la vuelta poniendo todo el espacio posible entre ellos y cerró los ojos deseando que ella no dijera nada más y que ambos se durmieran

enseguida.

Capítulo 24

El sol empezaba a ocultarse detrás de las casas que rodeaban la bahía del pueblo. El barco que zarpaba hacia Ladas estaba a punto de salir y ya estábamos solos, la guardia de Pyros nos había dejado en la pasarela. Esa mañana no vimos en ningún momento al señor del palacio, ni siquiera se molestó en despedirse, pero estaba claro que ya habíamos gozado demasiado de su presencia con la cena y la acogida que nos había dado.

Yo había visto al tío de Síride en numerosas ocasiones, y cuando me preguntó si nos conocíamos me pilló desprevenida. No esperaba ni que me reconociera ni que se acordase. Siempre que había estado en el castillo de Portálobe iba y venía sin detenerse. Áskara decía que era bastante casquivano y que cuando estaba lejos de sus quehaceres le gustaba disfrutar de los placeres de la vida. Síride era su ojito derecho, quizá por eso se había percatado de mi existencia.

Miré a Karés que, junto a mí, tenía la vista fijada al frente, al palacio de Pyros, mientras apretaba la mandíbula. Solo me dio los buenos días y no había vuelto a dirigirme la palabra.

—Lo mejor es que aparentemos que somos una pareja que está destinada al Eclipse, ya sabes, finge que estás en estado por si nos preguntan —Karés habló de repente.

—¿Va a ser necesario? Aquí no hay peligro, vamos a atracar directamente en el puerto de Ladas —dije reticente.

—No podemos arriesgarnos. —No me miró ni una sola vez y aquello me hizo desconfiar.

—¿Estás ocultándome algo?

Vi su parpadeo. Se volvió hacia la entrada que llevaba al interior del buque y el sonido de las anclas levándose me hizo agarrarme a la baranda.

—¿Tanto te cuesta fingirlo? —preguntó volviéndose hacia mí.

Me quedé en silencio.

—¿Tanto te cuesta contarme la verdad? —le reté—. No quieres que te lea, y no lo hago. Ayer entendí tu posición, pero ¿acaso no tengo el mismo derecho que tú a que confíes en mí?

—Mortal se dirige a Ladas.

Me quedé estática.

—¿Te lo ha dicho Pyros?

—No. ¿No te lo dijo Drator? Era vuestro destino.

Sentí cómo se me tensaba la garganta de asco al escuchar su nombre.

Negué con la cabeza.

—Te llevaba hacia Isla Elodre porque Mortal se dirige hacia allí. No creo que lo haga desde este puerto, no se va a arriesgar a entrar en Pesala para cruzar el estrecho Elódrico. Viajará a través de los Glaciares Xeos. Si no te parece motivo suficiente para aparentar que somos una pareja en estado que se dirige al ritual, es tu decisión.

—No, fingiremos que lo somos. No tengo ningún problema con ello, pero sí con que me mientas. —Le desafié con la mirada.

—Mañana por la mañana eso dejará de presentar un problema.

Su frase se clavó en mi mente y expandió una pena por mis venas que llegó rauda a toda mi piel. Se me erizó en un instante y sentí un frío repentino a pesar de la agradable temperatura de aquella ciudad.

A la hora de la cena todos los viajeros nos reunimos en el comedor, hasta después de esa comida no se asignaban los camarotes para la pernocta, y en la mesa que nos sentamos había una pareja del sur de Pesala.

Ella, Vildana, era muy habladora, a diferencia de su compañero Yasmin. Iban al ritual del Eclipse de Sangre. Hacían una pareja peculiar, pero era algo normal. Vildana era una lífila, de belleza etérea, cabellos largos de color cobrizo y ojos claros que destacaban en su cara de piel blanca y delicada. Él era un yor de dimensiones tremendas, similar a Karés, pero de rostro mucho más bronceado y ajado, su barba negra completaba su dura apariencia.

—Es impresionante este galeón, no parece tan lujoso por fuera —comentaba la lífila emocionada.

Ni Karés ni su compañero respondieron nada y me vi en la obligación de seguir su conversación, no sin lanzarle una mirada a mi pareja, que estaba sentado a mi derecha.

—Lo es, nosotros viajamos en uno desde Puerto Cila y no tenía nada que ver —dije a la vez que me encogía y se me arrugaba la nariz al acordarme de

aquel agujero de ratas.

Sentí de forma inmediata un apretón en la pierna por parte de Karés. Estaba metiendo la pata. Lo miré con intención.

«Habla tú», grité en mi mente.

—¿De dónde sois? —preguntó Vildana con interés.

Me quedé callada y Karés salió al rescate con sus mentiras.

—De Puerto Cila.

Bien, por lo menos podría hablar con propiedad de nuestra ciudad de origen.

—¡Vaya, un viaje largo! —exclamó asombrada.

—No tanto como si tuvieran que venir del sur de Tierra Rápari —dijo de repente Yasmin que parecía observarlo todo con demasiado detenimiento.

Sentí la mano de Karés en mi espalda, y me tensé, sabía lo que venía a continuación, y los dedos sobre la piel de mi nuca no se hicieron esperar. Una sensación de regocijo se instauró en mi estómago y la disfruté tanto que apenas presté atención a la historia de Vildana y Yasmin. La lífila nos estaba contando cómo se conocieron.

Dos bandejas, una de verduras cocidas y otra de pescado asado, fueron colocadas en el centro de la mesa por una mujer de aspecto enjuto.

—Aunque tenga mucho lujo vamos a tener que comer con las manos —dijo Vildana con su cantarina voz.

Degustamos los deliciosos alimentos calientes en silencio durante un rato.

—Si la Dadora de Vida resulta ser vuestra hija, ¿os quedaréis en Ladas? —preguntó Vildana.

Dejé de comer de inmediato. Hice varios movimientos con la cabeza, no era un sí, tampoco un no. Estaba claro que no sabía qué decir a eso. Me pilló tan de sorpresa que no supe cómo fingir que de verdad estaba en estado delante de alguien que sí estaba y que, evidentemente, tenía las prioridades muy claras.

—Xadia cree que no vamos a ser los padres de la Lífila Pura. Dice que en su vientre hay un yor fuerte —respondió Karés sacándome del atolladero.

Miré a mi supuesto compañero y me toqué el vientre plano copiando uno de los gestos que ella había hecho varias veces desde que se sentó. La lífila me observó y volvió a hablar.

—Si tienes esa sensación quizá no vayas desencaminada. Yo no sabría decir, la verdad, pero me encantaría que así fuera. Nosotros nos quedaríamos

allí con ella, a vivir en Ladas. —Miró con devoción a su pareja y cuando volvió a nosotros preguntó con emoción—: ¿No te parece increíble que una vez determinen si eres la Madre, el embarazo se acelere de tal manera que justo des a luz la misma noche del Eclipse de Sangre?

Asentí de prisa, volvió a pillarme por sorpresa. Ni siquiera me había planteado cómo sería todo lo referente al rito. No me concernía, pero tuve que fingir que estaba al día. Lo bueno de hablar con ella era que apenas daba tregua en su palique. Y continuó hablando de cómo se celebraba la elección de la Madre, sin dejar escapar ningún detalle.

—Mi abuela siempre nos lo contaba a mis hermanas y a mí, porque sus antepasados lo repetían una y otra vez ya que una de ellas también hizo este viaje —siguió hablando emocionada.

—¿Y fue la Madre? —pregunté con curiosidad.

—No —negó con la cabeza también—. La última madre era de Tierra Estraria —nos informó—. ¿Eres la primera de tu estirpe que hace el viaje? —curioseó de nuevo la lífila.

—Sí —asentí sin llegar a entender el peso que suponía aparentar que era la posible Madre.

Terminaron de comer y las bandejas fueron sustituidas por otras dos de fruta y tortas de pan dulce cubiertas por melaza, muy propias de Pesala.

—No nos habéis hablado nada de vosotros —dijo Vildana metiéndose un pedazo de fruta en la boca—. ¿Por qué no nos contáis vuestra historia? Nosotros ya os hemos contado la nuestra.

—Tú se la has contado —se quejó su pareja.

Vildana le dio un pequeño empujón y los dos sonrieron; él menos, porque parecía que iba en la sangre de los yores las sonrisas limitadas. Me acordé de todo lo que le costaba a Karés sonreír.

Pensé en lo que nos estaba preguntando y después de la metedura de pata con lo de Puerto Cila decidí que en esa historia no iba a intervenir, a mi pareja se le daba muchísimo mejor inventar. Miré a Karés y este le dio un trago al vaso lleno de un destilado. Inspiró y pareció relajarse. Creo que ya sabía que le tocaba hablar, pero por si acaso dije:

—Creo que es mejor que lo cuentes tú. —Le mantuve la mirada y no pude evitar sonreír, él me la devolvió con cierta picardía y el calor me subió desde los pies. Quizá sonreír para su raza era demasiado complicado, incluso peligroso, porque hizo que se me acelerara el pulso y mi mente voló rauda a la

noche en Ulama.

Carraspeó e hice un gran esfuerzo por tranquilizarme. Estaba deseando saber de su boca la versión romántica de nuestros inicios.

—En la biblioteca de Munilos.

Me sobresalté, no esperaba que fuera a relatar hechos tan reales. Mis ojos, de repente, se llenaron de lágrimas. El último recuerdo de mi padre se instaló en mi mente y saber que no iba a volver a verlo me aguijoneó el corazón. Dolió.

—Ohhh, si te emocionas y todo —canturreó pletórica Vildana; y traté de sonreír sintiendo que la pena no se alejaba del todo.

—Yo solía ir en la notra de luz a pasar una temporada con mis... padres —titubeó y yo aguanté la respiración—. Era una chica consentida a la que le encantaba leer. Además, creo que le gustaba el hijo del bibliotecario. —Me miró directamente con una sonrisa canalla y me sonrojé. Vildana y Yasmin rieron—. Todos los días iba por las tardes y se pasaba las horas metida entre libros. Cada noche la veía salir de allí, y un día me armé de valor y le pregunté si quería conocer un lugar real que no se encontraba entre las páginas. Aquí donde la veis es bastante descarada, aunque os engañe su sonrisa dulce, es tan atrevida como sus ojos de dos colores.

Le mantuve la mirada y me mordí los labios para que mi sonrisa no me delatara. Pasado el primer trago estaba encantada de escucharlo, y mi cuerpo reaccionaba con voluntad propia a sus palabras y a sus miradas, como si todo fueran intenciones veladas.

—Me contestó que no me creía, que era imposible.

—¡Lo era! —añadí de repente metiéndome en la historia. Volví a desear que fuera real, como aquella tarde en la granja de Turius.

La mano del yor volvió a mi espalda y su cara se acercó a la mía, como si me retara a decir algo más. No lo hice, pero sentí que con el calor que generaba su cercanía iba a conseguir que ardiera.

—Le contesté que me pusiera a prueba —dijo sin retirar sus ojos de los míos. Parecía que de verdad hubiéramos vivido aquello. Vi a Karés tragar saliva. Mi mente volvió a las sábanas revueltas y a los cuerpos resbalando aquella noche en Ulama—. La llevé a una cascada de un río cercano, y allí, entre el agua, las bromas y los juegos, supongo que nuestras pieles hablaron mucho más que nuestras bocas, porque... —lo dejó sin completar, sus cejas se alzaron, me miró y una pequeña sonrisa se asomó a sus labios.

Mi corazón se aceleró.

Deseé que fuera cierto, quise ser su pareja y que aquellos recuerdos tergiversados fueran los reales. Anhelé algo que no había tenido nunca con él y mi cabeza relleno los huecos de esa historia mientras sus ojos azules oscuros, como un mar erizado por la tormenta, no dejaron de mirarme fijamente. Sus mejillas estaban coloreadas y supe que las mías también lo estaban porque me ardían, en realidad me quemaba todo el cuerpo y necesité sus manos en el mío como la noche en aquella posada.

—¿Así? ¿En un solo día? —preguntó Vildana sorprendida dando un grito emocionado.

Nos sacó del trance.

Quizá si no hubiera habido nadie lo habría besado, quizá si hubiéramos estado solos esto no habría pasado.

Me moví incómoda y desvié la vista, Karés metió la mano bajo mi melena para sujetar mi cuello.

—Eres un romántico —dijo Yasmin y le dio un trago a su vaso—. No lo cuentes mucho porque nos dejas a los demás en evidencia.

—Nada que ver su paseo a la cascada con las piedras que me lanzabas para llamar mi atención —le contestó su compañera.

Soltamos una carcajada y el ambiente se distendió. La pareja juntó sus cabezas en un gesto cariñoso y se besaron. El alcohol debía de haber desinhibido a Yasmin, que apenas había hecho arrumacos a su esposa en público.

Me sentí un poco incómoda, como si invadiéramos su intimidad, y me volví hacia Karés, que me estaba mirando con una intensidad que hizo que mi estómago diera un vuelco de gozo. Levanté las cejas, interrogante. Karés parpadeó y lanzó una mirada soslayada a la pareja frente a ellos, se encogió de hombros y se inclinó un poco hacia mí atrayéndome hacia su cuerpo. Sonreí de la forma más natural que pude y me recosté en él. Lo sentí inspirar y traté de crear una barrera entre los dos porque la llegada a Ladas era inminente y, con ella, nuestra separación definitiva; pero este muro no quería alzarse, había una parte de mí demasiado potente que se negaba a no disfrutar de su contacto y sus arrumacos.

—Bueno, amigos —dijo Yasmin levantándose—. Creo que habría que descansar. Por la mañana llegaremos a Ladas y no sabemos lo que nos espera allí. Aprovechemos las camas que nos han cedido para dormir cómodamente.

Caminamos juntos hacia la zona de camarotes. Nos cruzamos con marineros que nada tenían que ver con aquellos que conocimos en Puerto Cila, y con familias que viajaban a Isla Elodre. Ese barco tenía un lujo especial, no era ostentoso, pero la luz y la limpieza del interior le confería una comodidad que hacía tiempo que no habíamos visto excepto en el palacio de Pyros.

Dejamos atrás a nuestros compañeros de viaje y entramos en el pequeño pero confortable camarote que teníamos asignado. Era todo de madera oscura y un candil lo dotaba de una luz cálida. La cama estaba encastrada entre las paredes y el espacio era muy pequeño, pero cálido y acogedor.

—Yo dormiré en la parte de dentro —dije cuando me senté en la cama, tocando con la palma abierta la colcha mullida y agradable, de color rojo, que la cubría.

—Como quieras —contestó él.

La distancia apareció en el momento en que cerramos la puerta del pequeño habitáculo, y aquella pérdida me dejó un poco más huérfana.

Nos quedamos en ropa interior. Karés a pecho descubierto y yo con la camisola negra con la que llevaba durmiendo desde que me la dejó la noche que escapé de Drator. No se la había pedido, simplemente me la quedé. Karés no puso ninguna objeción al respecto.

Tenía la punta de flecha en la mano. La cogí al sacar la camisa porque quería dársela, pero no sabía cómo hacerlo sin hablar de todo lo que había pasado. Si algo tenía claro era que no quería recordarlo en voz alta. Pensé en metérsela en el petate, pero necesitaba que supiera que con ella había herido a mi captor, quizá era una falta de respeto a ese objeto, quizá quería limpiarla de alguna manera porque estaba manchada de una sangre horrible, aunque yo ya hubiera quitado los restos. Sentía que tenía que decírselo y aquella era mi oportunidad. Al día siguiente nos separaríamos para siempre.

Nos tumbamos, Karés apagó el candil y quedamos los dos boca arriba con los brazos por fuera de las mantas. Apreté el colgante.

—Tengo tu punta de flecha —dije sin moverme.

Karés inspiró de forma audible.

—La cogí antes de que Drator me... —Corté mis palabras acordándome demasiado bien del momento en que sentí la pieza en mi mano y acto seguido la forma de sacarme a rastras de aquel sanguinario.

El yor tomó aire con fuerza.

—Toma... —susurré. Palpé por encima de la cama hasta que di con el

brazo fuerte de Karés, y lo acaricié, deleitándome más de la cuenta en su piel hasta llegar a su mano. Le di la vuelta, sin resistencia por su parte, y se la puse en la palma—. Tu punta de flecha me sirvió para herirle en la cara. Está limpia, pero quizá quieras lavarla más.

Retiré mi mano de su piel y metí los brazos bajo las mantas. Sentí frío, y noté que era el principio del fin con ese yor del que sabía que no quería separarme. Con él me sentía a salvo y en casa, y muchas, muchísimas más cosas que no podía ni siquiera mentarlas en mi pensamiento. No quería quedarme sola en Ladas esperando una protección que no entendía. Quería tenerlo a él a mi lado.

Un movimiento en la cama precedió al aliento de Karés en mi cara, al calor de su cercanía.

—Llevo evitándolo, lo juro por mi alma inmortal, desde la llegada al Castillo de Aguas, pero no puedo más —susurró.

Sonreí y atrapé sus labios a la vez que descendían hasta los míos. Con cierta desesperación, que sabía a despedida, nos besamos hasta que el calor y la necesidad de nuestros cuerpos hicieron que Karés se pusiera sobre mí. Sus manos acariciaron mi piel con devoción y arrastraron la camisa hasta dejar mi abdomen al descubierto.

Levantó la cara y me miró, su sonrisa canalla y hambrienta acompañó a sus dientes mordiéndose los labios. Descendió sobre mi vientre y lo besó, lamió despacio mi ombligo y bajó alterando mis terminaciones nerviosas hasta hundir su lengua en mi vértice. Besó mi sexo como si fuera mi boca y mis gemidos se hicieron audibles hasta que consiguió que estallara.

Cuando mi lamento de placer cesó, su boca volvió a la mía. Lo besé despacio, acaricié su pelo, su cuello, su nuca y mis piernas le dieron espacio para que su verga entrara en mí resbalando por la humedad que él había creado.

Nos entregamos el uno al otro sabiendo que sería la última vez, quisimos alargarlo como si estuviéramos engañando al tiempo, pero el sol entró por el portillo y nos anunció la llegada a Ladas iluminando mi cara que descansaba sobre su pecho, y su mano que acariciaba mi espalda.

No hablamos, no prometimos nada, no nos mentimos porque había destinos ineludibles. Me dormí arrullada por el vaivén del barco esperando que aquel viaje fuera eterno.

Capítulo 25

Isla Elodre era un lugar bendecido por las diosas. No cumplía con las leyes de la climatología, ni con las que marcaban su ubicación en el mapa. Daba igual que estuviera al norte, aquella isla era un paraíso en Siloria. Siempre gozaba de sol y de un clima suave, y tenía una única temporada de lluvias en la notra negra, la que conservaba la flora abundante y el verdor de sus bosques. Aquella bendición climática que le conferían las diosas afectaba, en mayor o menor medida, a todas las poblaciones del estrecho, por ello también habíamos notado el ambiente suave en Falor Fory.

Nos aproximamos a Ladas, la ciudad portuaria más importante de Isla Elodre, y su avistamiento fue un auténtico espectáculo. Aquella capital en realidad era un enorme palacio fortificado cuyo interior estaba lleno de patios y jardines, casas y edificios no muy altos, que se posicionaban escalonados sobre las colinas que flanqueaban un río llamado Adiv, el cual la cruzaba de arriba abajo y cuyo nacimiento lo tenía en las montañas que custodiaban la ciudad en su parte norte. Verla desde el barco fue extraordinario. Los materiales con los que estaba construida eran de colores rosados, anaranjados, amarillentos..., presentaba el aspecto del amanecer como si fuera una propia metáfora de su papel en Siloria. En Ladas nacía la vida del mundo que todos conocíamos.

Cuando desembarcamos nos despedimos de Yasmin y Vildana, lo hicimos en el mismo puerto. Ellos querían llegar cuanto antes a la residencia en la que iban a darles alojamiento a todas las futuras mamás.

Karés les dijo que nosotros íbamos a pasear antes de entrar. Escucharlo activó mis nervios y la melancolía se instauró entre nosotros. Lo que estábamos viviendo se había convertido en una despedida desde el mismo momento en que nos despertamos esa mañana, con un saludo formal y el silencio acompañando cada movimiento. Como si hubiera un arrepentimiento implícito por la noche juntos.

—¿Y si no me dejan entrar? —pregunté de repente a Karés con cierta desesperación.

Supe que fueron las ganas de no separarnos lo que me llevó a formular la cuestión y en cierto modo a desearlo. Quizá podía volverme con él a Falor Fory y alistarme a las filas de Pyros. No me parecía tan descabellado, allí también estaría a salvo y además podría luchar contra quienes nos habían hecho esto a mí y a mis padres.

—Áskara dijo que allí ibas a estar segura. No podemos poner en duda la palabra de tu madre —razonó el yor.

—Dame la carta y lo averiguaremos ahora —exigí de repente—. Quiero tener la opción de elegir. Quizá no me convenga —contraataqué mientras sentía el enfado al no sentir su apoyo.

—Creo que es un poco tarde para planteártelo. Y la orden fue que te la diera en la puerta, de hecho, no debes leerla hasta que estés sola. Áskara fue muy clara y no creo que estuviera mintiendo en cuanto a sus intenciones de protegerte.

—No pondría en duda la palabra de mi madre —me defendí—, no estaba hablando de ello. Mi madre nunca haría nada que no fuera para protegerme.

—Pues parece que es lo que estás haciendo ahora. —Me retó mientras elevaba una ceja.

Le lancé una mirada como un rayo y apreté la mandíbula de rabia, de impotencia.

«Maldito yor que quiere perderme de vista cuanto antes». No iba a ser yo quien quedara en evidencia, y estaba claro que mis pensamientos estaban nublados por todo lo vivido a su lado. Sin embargo, él había llevado a cabo su misión y nuestros encuentros íntimos habían sido circunstanciales.

—Vamos, porque supongo que me acompañarás hasta allí —dije airada.

—Por supuesto —asintió y comenzó a caminar.

Me puse a su lado ascendiendo por la cuesta adoquinada, de piedras del color de la madreperla, que subía hacia las puertas del palacio ciudad. Este crecía escalonadamente hacia las pequeñas colinas que bordeaban la bahía donde estaba el puerto.

Ya no había rastro de Vildana y su pareja cuando llegamos a la enorme entrada del color del acero frío, que rompía la armonía de los rosados. Nos paramos.

—Mi camino a tu lado termina aquí, tu madre fue muy clara. No podría

atravesar estas puertas contigo.

—De acuerdo —contesté manteniendo su mirada. No iba a llorar, no iba a derrumbarme ante la incertidumbre de lo que me esperaba ni ante la sensación de pérdida que estaba experimentando. Sentía como si aquel yor me estuviera arrancando de cuajo parte de mi alma y se la fuera a quedar para siempre, pero no iba a flaquear frente a él.

—Me gustaría que te quedaras esto —Karés lo dijo como si no hubiéramos intercambiado aquel puñado de palabras con tono filoso.

Miró al suelo y sus manos desataron la cuerda al cuello de la punta de flecha.

—No... —Lo miré con los ojos muy abiertos.

Me pilló tan desprevenida que no supe reaccionar. Si me regalaba aquello no sabría si podría mantener a raya mis emociones. Y era curioso porque, a pesar de ser el objeto que llevaba sangre de mi captor, lo veía más como algo que me protegía. Aferrarme a ello durante los días de mi cautiverio fue mi salvación. Pero lo rechacé.

—No puedo quedármelo —susurré.

—Quiero que sea tuyo, quiero que te proteja. Supongo que mi trabajo no ha sido el que debería, no he...

—Deja de decir eso, deja de pensarlo. —Fruncí el ceño enfadada—. Si no hubiera sido por ti no habría llegado hasta aquí.

Miré la punta de flecha sobre su palma abierta y un montón de imágenes de ese objeto colgado de su cuello pasaron por mi mente. Una de ellas mientras cabalgaba sobre su cuerpo sudoroso y entregado. Aquel recuerdo tenía demasiada fuerza en mi mente como para deshacerme de él. Cerré los ojos con fuerza.

—Te ha protegido cuando yo no estaba, me gustaría poder seguir haciéndolo de alguna manera. Mi abuelo habría estado de acuerdo.

El yor sujetó el amuleto por las cuerdas y se puso detrás de mí para atármelo al cuello

No me opuse, sus palabras calaron hondo y en el fondo necesitaba tener algo suyo, para que su remembranza no cayera en el olvido, para aferrarme a algo nuestro en mi vida desconocida a partir de aquel momento.

Sentí el peso del objeto sobre mi pecho, el calor que el material transportó de su piel a la mía, su olor a cuero limpio, a sándalo, a él. Todo ello entró por mis fosas nasales y me hizo apretar la mandíbula con fuerza. No iba a llorar.

—Y ahora llama, entra y no mires atrás. Quédate tan a salvo como tu madre quería que estuvieses.

Me tendió un papiro enrollado, su apariencia ajada me indicaba que mi madre no lo había escrito, demasiado viejo. Fruncí el ceño y elevé los ojos para encontrarme los suyos, me hizo un gesto hacia la puerta y me volví hacia ella.

Mi mano se convirtió en un puño, mis uñas se clavaron en mi palma alejando la maraña de sensaciones, nada de lágrimas, nada de rabia, nada de mostrar lo que de verdad me llegaba a la piel. Elevé la otra mano y cogí el enorme llamador, de metal rosado, cuya forma era de tres lunas, grande, pequeña y mediana, superpuestas y enganchadas en un aro central. Di tres golpes y esperé.

Se abrió la puerta y me permití mirar a Karés por una última vez. Sus ojos azules, su nariz recta, su pelo rubio sujeto en parte con una tira de cuero para que no le molestara en la cara, su barba clara y sus labios rojizos y finos. El yor me miró, sonrió de forma muy ligera.

—Que las diosas lunares te protejan —susurró con voz grave Karés.

Asentí y me volví hacia la puerta con la garganta tan atezada que sentía que no podía respirar.

—Adelante —una voz, cuyo dueño no se veía por ningún lado, habló haciendo que escudriñara la estrecha apertura que había entre el quicio y la puerta.

Di dos pasos y me encontré de frente con un hombre enjuto de pelo cano y barba puntiaguda, sus ojos amarillos como el sol me indicaron que era el sánqui que custodiaba el palacio, el sánqui llave. Tendí mi mano dejando que él pusiera la yema de sus dedos sobre mi muñeca. Agradecí en silencio la perorata de Vildana sobre la entrada a Ladas y cómo tenía que hacer.

El sánqui frunció el ceño y cerró los ojos, concentrándose más en cada latido de mi sangre. Me relajé todo lo que pude, para permitirle la lectura, como si fuera mi padre.

—De acuerdo —dijo retirando la mano—, es suficiente. Entonces, ¿accedes al interior tú sola? —Miró por encima de mi hombro.

Supe que hacía referencia a Karés.

—Sí —susurré,ladeé la cabeza hacia atrás viendo cómo el yor se alejaba.

La tristeza se apoderó de mi cuerpo, la consciencia de no volver a verlo provocó algo que pinchó desde el interior de mi pecho. Un enfado genuino

brotó de mis entrañas. Me volví antes de que la puerta se cerrara y localicé el caminar ágil de Karés.

—¿Dónde quedaron tus modales? —grité consiguiendo que él se volviera.

El chico se volvió, se encogió de hombros y sonrió. Fue una de esas primeras sonrisas que me mostró en nuestra andadura por Tierra Doria, y acordarme de aquellos momentos hizo que yo también sonriera, hasta que en mi campo de visión entró una pequeña comitiva en la que reconocí, por encima de todo, a Mortial Nigart.

De repente me encontré a Karés pegado a mi cara, parpadeé para salir del terror que ver al rey me había provocado.

—Entra —apremió—. ¡Vamos!

—¿No va a acompañarla? —preguntó de nuevo el sánquirolave.

—¡No! —Karés miró al hombre de los ojos amarillos— ¡Llévesela dentro! —Miró mis ojos, luego mis labios y dejó un beso rudo sobre ellos. Acto seguido nos empujó—. ¡Ahora!

—Karés... —Lo miré aterrorizada.

—¡Entrad!

Atravesé el umbral, y él mismo cerró las puertas.

De repente sentí miedo por él, ¿y si Mortial lo reconocía como un desertor de su guardia y lo mataba allí mismo?

Mis ojos se movieron hacia todos los lados sin apenas darme cuenta de la belleza de aquellas calles y edificios, de la forma coqueta de sus acabados, de los detalles en madreperla que deshacían la luz del sol en mil reflejos de colores, de todo aquello que habló Vildana en la cena y que a mí me daba igual. El miedo había bloqueado mis sentidos.

El sánquirolave me miró frunciendo el ceño y después hizo un gesto a una chica de cabellos anaranjados y rizados. Ella me sujetó por el codo de forma suave y me indicó que tenía que seguir adelante, a su lado.

Mortal iba a matarme, y quizá ya lo había hecho con Karés, o estaban luchando fuera de las puertas del castillo. Y todo aquel viaje no había servido para nada.

Iba a morir.

—No creo que deba preocuparse —dijo la chica pelirroja en un susurro—. Aquí está a salvo sea lo que sea que se le está pasando por la cabeza.

Seguro que el terror se traslucía en mis ojos

Caminé sin pensar, sin sentir, sin ver... al lado de la chica que me iba

orientando en cada paso. No fui consciente de donde estaba hasta que llegamos a un edificio muy alto situado en un lateral.

—No sé a lo que he venido —le dije a la chica saliendo del shock—. Mi madre dijo que estaría a salvo, pero no sé exactamente qué hago aquí.

Apreté en mi mano el pergamino, y fui consciente de que quizá en aquel pedazo de piel estaban las respuestas.

—Si estás dentro es porque tienes permitido el paso —la voz de la pelirroja era tan tranquila que mecía mis nervios—. Aquí solo entran quienes tienen acceso, y eso no lo deciden ellos, eso viene en la sangre.

La creí e inspiré. Entramos en el edificio cuyas puertas se abrieron solo con su presencia.

Una vez dentro la chica que me había acompañado se despidió con una reverencia y una bendición lunar. Me quedé sola en un patio ovalado y enorme coronado por una balconada cuyos barrotes eran figuras esculpidas en mármol rosado. Caminé hacia el centro y miré al suelo donde estaban representadas las tres lunas, Merdul, Maybla y Rashj, sobre un cielo negro cuajado de estrellas.

No acudía nadie y empecé a impacientarme. Caminé alrededor del patio curioseando. Había una escalera en forma de rombo, con dos rampas, cuya parte superior estaba coronada por un púlpito, y bajo la balconada de la parte superior del patio había puertas, muchas puertas. Paseé despacio, volviéndome de vez en cuando por si alguien me requería. Cada puerta tenía un nombre de mujer, los fui leyendo en voz baja.

—Átrari, Pítarca, Vildana... —Me gustó ver el nombre de la chica del barco y me pregunté si ya estaría en su interior.

En la siguiente puerta no ponía nada en la placa de piedra, y me la quedé mirando porque de repente una niebla azulada se posó sobre ella para retirarse despacio y dejar a la vista el nombre de Síride.

«No es posible», era demasiada coincidencia, pero..., ¿sería aquello por lo que Mortial estaba allí?

Caminé deprisa y pasé varias puertas leyendo los nombres, esperaba que alguien viniera a decirme algo, pero eso no pasó. Hice la mitad del óvalo y pasé la puerta de entrada, seguí caminando y me quedé parada frente a la siguiente puerta que encontré.

Ponía mi nombre.

Se entreabrió despacio y mi corazón comenzó a galopar en mi pecho

amenazando con salirse. Miré alrededor, asustada. No sabía si entrar o esperar a alguien, resultar descortés en un lugar como aquél podría costarme la protección por la que mi madre me había enviado allí.

«La carta...», recordé, y a la vez escuché la puerta principal abrirse. No me lo pensé más, atravesé el umbral y cerré tras de mí, me apoyé en ella y cerré los ojos. Esperé oír voces al otro lado, pero aquel lugar estaba tan aislado que daba la sensación de poder escuchar mis pensamientos en voz alta.

Abrí los ojos y la luz entró de golpe en mis pupilas haciendo que estas se estrecharan para manejar el destello que provocaba aquel lugar. Ventanales enormes de suelo a techo rodeaban una cama en el centro cuyo dosel estaba plagado de una especie de enredaderas cuyas flores de noche estaban dormidas. Como en el jardín nocturno del castillo de Portálobe al que me había escapado con Síride en numerosas ocasiones, y donde sabía que había tenido lugar la ceremonia de unión y el asesinato masivo de los Greyers.

Las flores que se adivinaban enredadas en los postes del dosel, y que ascendían hasta el techo trepando por este para llegar a las ventanas, no estaban abiertas porque solo lo hacían en presencia de las lunas. Sin embargo, su olor, suave y fresco, sin ser invasivo, flotaba en la estancia a pesar de tener las ventanas abiertas. El clima cálido entraba haciendo que la habitación tuviera una temperatura muy agradable.

Los colores blancos predominaban por encima de todo, las telas que conformaban las cortinas eran pura seda traslúcida y el edredón sobre la cama tenía una apariencia demasiado confortable. Rocé con las manos la superficie y sentí cómo el cansancio pesaba demasiado.

El viaje había sido muy duro, y a pesar de haber descansado esa noche en el barco mi cuerpo necesitaba más.

Me senté sobre la cama y desenrollé el papiro. Era evidente que tenía años y no solo unas semanas, y cuando vi la letra de mi abuela, de la madre de Áskara, tuve la urgencia de saber lo que ponía:

«Xadia siempre tendrá protección en Ladas. Ella es una lífila».

—¿Una lífila? —dije en alto asombrada y sintiendo que aquello no era posible.

Era una sánquira. Ni siquiera tenía la gota de la vida en mi piel y sí la pluma lectora. No podía ser cierto, mi abuela debía haberse equivocado. Seguí leyendo esperando averiguar algo más. La letra de mi madre aparecía en la siguiente línea:

«Espero que esto lo estés leyendo a salvo en Isla Elodre. Mi madre nunca me dijo nada, pero esto lo encontré entre las pertenencias que nos dejó cuando murió. Hasta ahora no había sido necesario rescatarlo, pero es algo que necesitas saber para que entiendas que allí siempre tendrás la protección de las diosas.

Te queremos, hija.

Sé fuerte y sobrevive.

Que las diosas lunares te protejan».

Capítulo 26

Me desperté porque el sonido de algo deslizándose en la quietud de mi habitación me sacó del sueño. Darme cuenta de que estaba allí y que no me despertaba al lado de Karés me hizo sentir una añoranza profunda de la que tuve que deshacerme a la fuerza. Cerré los ojos y los apreté.

Estaba la certeza de que no lo volvería a ver porque nuestros destinos estaban demasiado lejos el uno del otro, no podía esperar que entre los dos hubiera algo más, era un deseo absurdo. Había soñado con él, con el barco que nos trajo a Ladas, con sus brazos rodeándome y los susurros de su voz en mis oídos diciendo que él estaría a mi lado siempre reencarnado en la punta de flecha que llevaba en mi cuello. Me la toqué, cerré los ojos y la imagen que mi mente me trajo fue la última: él despidiéndose, su beso y la urgencia porque me quedara a salvo. Me obligué a no pensar en la presencia de Mortial y en el peligro que habíamos corrido.

Debía averiguar cómo iba a ser mi vida a partir de ese momento.

Abrí los ojos de nuevo y fijé mi vista en la ranura de la puerta. El silencio en esa habitación era reconfortante, mullido, sereno. Caminé descalza y me agaché para coger el pedazo de papel en el que solo había una frase escrita:

«Tras las tres campanadas te esperamos en el patio».

—¿Para qué se me espera? ¿quién? —pregunté en voz alta.

No quise ser descortés, y no sabía lo que tardarían en sonar las campanadas a las que se referían, por ello entré en la zona de aseo donde había una sofisticada letrina, un lavabo con agua que salía de un tubo metálico y una bañera que tenía el mismo sistema. Cuando abrí la manilla de la tina el agua que empezó a llenarla salió tibia y me sorprendí.

—Qué fácil parece la vida aquí. —La comparé con mi día a día en casa, en Portálobe, y la sensación de no saber hacia dónde me dirigía, la incertidumbre de mi futuro, hizo que los nervios empezaran a brotar con fuerza

en mi estómago.

Preferiría, sin ninguna duda, estar allí con mi madre, llorando la ausencia de mi padre. Los echaba tanto de menos.

Volví a frenar aquellos pensamientos y despacio me metí en el baño. ¿Esa iba a ser mi vida a partir de ahora? ¿Tratar de ignorar que podría estar en otro lugar, con mi gente?

Pensé en las palabras escritas de mi abuela, y me pregunté si aquello no sería un error y estaba colándome sin permiso en la tierra de la sangre pura de Siloria. Tenía la sensación de que había perdido todo, hasta mi identidad, y sentí mi sangre gritar que debía luchar, rehacerme a mí misma, pero no entendía la razón y no sabía si iba a tener fuerzas para hacerlo.

Mortal estaba allí, no había manera de ignorar aquello. Había atravesado Tierra Doria para nada. Mi padre había muerto para protegerme y su verdugo, el de todo el reino en realidad, estaba en el mismo lugar que yo.

Era imposible salir de allí con vida, todos los esfuerzos habían sido en vano. ¿Sería una lífila de verdad?, puede que el hecho de que me hubieran permitido la entrada a Ladas lo confirmara, pero seguía sintiendo que era una farsante... ¿Cómo iba a lograrlo?

Salí preparada al patio, vestida con una túnica de los colores del amanecer que estaba sobre la cama cuando terminé de asearme, en cuanto escuché el tañir de las campanas. Lo hice sin miedo, a pesar de los pensamientos tóxicos que no dejaban de rondarme.

Tras la limpieza de mi cuerpo una sensación de seguridad se extendió desde mis entrañas, era algo muy similar a la niebla azul que había creado en cada contacto con Karés. Quizá las palabras de mi abuela tenían magia, quizá ella estaba en lo cierto. Mi madre siempre decía que era una mujer muy poderosa que no se daba cuenta de todo su potencial. De repente sentí que sus palabras tejían una red de protección a mi alrededor e hicieron que la incertidumbre comenzara a desaparecer. Esta fue sustituida por la determinación férrea de afrontar lo que estuviera por llegar, aunque fuera una lucha contra el rey y morir en ella.

Atravesé el umbral de la puerta de la habitación sabiendo que iba a pelear, y aquello me hizo sentirme fuerte desde el interior. No iba a convertir mi huida en algo vacío.

El patio ovalado presentaba esa mañana un aspecto mágico. El sol incidía en el púlpito y en las barandas de la enorme balconada superior. Cada

columna, cada barandilla, estaba rodeada de las enredaderas de flores rojas, como la Luna de Sangre que los sílores esperábamos aquellos días. Estaba claro que el palacio se engalanaba para el eclipse y a mí tendrían que trasladarme de allí para permitir el ritual. Reubicarme, asesinarme... algo tendría que pasar conmigo, y no faltaba mucho para averiguarlo.

Miré a mi alrededor, ya no era un patio solitario, aunque sí silencioso. La luz iluminaba las zonas centrales y dejaba en penumbra a todos los sílores que nos encontrábamos allí, grupos de entre dos y cuatro personas que esperaban frente a cada puerta orientados hacia el centro del patio.

Los nervios se asentaron en mis piernas y subieron como lava candente hasta la rabadilla. La espera era algo que no llevaba bien, y cuando distinguí a Vildana y a su pareja me pregunté si aquella recepción sería para distribuirnos por zonas según nuestras funciones en aquel lugar.

Una última puerta se abrió y todos miramos hacia ella. Tuve un pálpito horrendo al ver cómo Síride ponía un pie fuera de su habitación, tras ella salió una mujer de pelo azul, sin duda una sánguira, y por la puerta de acceso principal accedió el rey con su hijo mayor. Mi amiga, que temerosa, pálida y con signos de debilidad echó un vistazo a su alrededor, posó su mirada en mí y abrió los ojos. Sorpresa, confusión... ¿terror?

Negué despacio, le pedí con mis ojos que no me delatara, y no supe si me entendió, pero bajó la mirada y caminó hasta colocarse entre las dos columnas como estábamos el resto.

Asomarme a su mirada rodeada de ojeras fue doloroso. No vi a Bleris por ningún lado, no era buena señal. ¿Estarían aquí por ser una posible Madre? ¿o sería por otras causas? La compañía desde luego no era muy agradable y su semblante aterrorizaba.

Síride llevaba una túnica como la que llevaba yo y entonces me fijé de nuevo en Vildana y en las mujeres que estaban frente a cada puerta de las habitaciones.

Un latigazo de certeza me golpeó. Supe de inmediato que estaba en un lugar que no me correspondía. Aquellas mujeres habían viajado a Ladas por el Eclipse de Sangre, por el ritual de la Vida.

Bajé la mirada en cuanto vi a Mortial y a Yakán ponerse tras mi amiga, si seguía mirando me iban a descubrir. El rey podría matarme allí mismo si ese era su deseo.

—Las puertas de Ladas se han cerrado —una voz desde el pulpito captó

la atención de todos—. No hay más viajeros cuyo destino sea el Eclipse de Sangre. Entre vosotras está la Madre.

«Por las diosas lunares...». ¿Y si hablaba? ¿Y si avisaba de que yo no estaba allí por el ritual? Sabía que firmaría mi sentencia de muerte con el rey, pero quizá el daño era menor que el agravio que iba a cometer falseando mi posición en aquel lugar. Yo no era una posible Madre, yo era una lífila, según mi abuela, que venía a pedir asilo.

No levanté la vista. ¿Acaso el sánquiro de las puertas de la ciudad no había visto que mi destino no era el eclipse?

—Alzad la vista al centro, sentid con orgullo que estáis cumpliendo vuestro deber con la vida de Siloria.

Me dejé llevar por el instinto de protección, por la fuerza interior que no quiso seguir mis pensamientos y comunicar la verdad, así que hice lo que pidió. Entonces vi a la sánquira. Era, sin duda, la portavoz y la que tenía comunicación directa con las siete ancestras lífilas, aquellas que habían perdido la voz en pos de su inmortalidad.

Ella iba a ser la que leería a cada una de las lífilas para averiguar quién era la Madre. Era la única que gracias a los dones que las diosas lunares por obra de las ancestras, conseguía atravesar la barrera de lectura. Era la única que podía ver en el vientre a través de la sangre.

Supe que toda la información que Vildana nos dio en aquella travesía en barco iba a ser más importante de lo que en un principio creí, su charla me estaba sirviendo para entender todo lo que estaba pasando. Pero entonces me pregunté cómo afectaría al rito mi postura cuando en mi lectura vieran que era una farsante, que estaba ocupando un lugar que no me correspondía. Iba a cambiar el rumbo de la historia de Siloria y era sabido que las diosas no eran magnánimas cuando los sílores intercedíamos con nuestros errores mundanos en sus ceremonias.

Fueron las mismas diosas las que pidieron el sacrificio de una lífila pura cada mil años tras las guerras sin sentido que masacraron Siloria, cuando en un intento por rescatar nuestro mundo dos sílores trataron de presenciar su ritual. Aquel ritual era secreto y debía de hacerse bajo la protección de los ejércitos, aun así un alto mando de Ignixia junto con un sánquiro intentaron averiguar cómo iban a hacer rebrotar el poder de Siloria. Y lo consiguieron, pero las diosas se enteraron y cuando anunciaron que Siloria volvería a la vida ordenaron que, tras seis notras, una recién nacida de una lífila y un yor

puro debía de sacrificar su vida junto a su familia para darla por todos.

Miré a las siete ancestras, que era lo más parecido a ver a las diosas lunares. Estaban detrás de la sánquira que nos hablaba y esperaban pacientes, con la cara serena y con una belleza mágica. Tenían más de diez mil años y aparentaban veinticinco.

La sánquira tenía el pelo rojizo y los ojos verdes esmeralda, sin duda el color de estos era sobrenatural y era su rasgo distintivo, tenía cierto parecido a la chica que el día anterior me había guiado por las calles de Ladas hasta aquí. La vi descender por los peldaños y caminar hasta la primera lífila situada a la derecha de la escalera.

La mujer a la que se acercó tendió su mano hacia arriba, sin el pulgar pegado a la mano, y la sánquira se la tomó de la misma manera posando todos los dedos sobre ella. Cerró los ojos, el silencio reinaba en el patio como un manto protector de aquella lectura, los abrió y tras una reverencia ligera con su cabeza, se fue a la siguiente. Así hizo, de una en una, hasta que le tocó el turno a Vildana, cuya sonrisa de esperanza me mostró de nuevo la ilusión que tenía por ser la Madre, un orgullo para su familia. La sánquira dejó su mano con delicadeza, reverenció a la lífila y pasó a la siguiente. Las chicas a las que había tocado se miraban entre ellas, inquietas, y volvían la vista a sus parejas o acompañantes. Estaba muy claro que nadie sabía lo que estaba pasando y lo que estaba descubriendo.

Llegó a Síride, y desde mi posición vi el nerviosismo entre sus acompañantes. Aunque no quisiera era imposible no espiar lo que estaba pasando en ese grupo. Mortial abrió las piernas inquieto y se posicionó agachando la cabeza y lanzando una mirada furibunda a la mujer que leía el pulso de cada lífila; la sánquira de pelo azul tenía su mismo gesto, como si ambos desafiaran a las ancestras lífilas a que dijeran que Síride no era la Madre. La hostilidad que emanaba aquel grupo resultaba nauseabunda. Fruncí el ceño, aquello, como todo lo que rodeaba al nuevo rey, resultaba demasiado raro.

La sánquira sujetó la mano de mi amiga, miró sus ojos y, con el mismo saludo que había hecho a todas las demás, dejó la mano despacio.

Caminó hacia mí, que bajé la vista y me posicioné. Estaba tan nerviosa que pensé que me iba a desplomar allí mismo. Sin hacer muchos movimientos me puse tras la columna para ocultarme de la vista de los Nigart.

Vi los pies de la sánquira y su mano tendida. Despacio cedí la mía,

temblorosa, esperando que sobre mí recayera la furia de las diosas y quizá... quizá por ello condenara la vida de mi mundo, de Siloria.

—Yo... —susurré y la ságuira me miró a los ojos con una sonrisa cálida para cerrarlos acto seguido.

Mantuvo los párpados así un segundo más; me callé, esperé a que ella lo leyera, acataría lo que fuera que me deparaba el futuro.

Dejó caer su mano de la misma manera que con las otras, me saludó despacio y pasó a la siguiente, que era la última.

Cuando terminó subió al púlpito con solemnidad y habló en susurros para las ancestras Lífilas, tocó las muñecas de unas y de otras como si estuvieran manteniendo una conversación a través de la propia sangre.

Se volvió hacia todos cuando terminó con ellas.

—Xadia Vashi —pronunció la ságuira elevando la voz.

El corazón latió con fuerza contra mis costillas cuando escuché mi nombre con el apellido de mi padre. «Por la diosas...». Iba a morir allí mismo y no iba a saber lo que le depararía a mi mundo mi impertinencia.

—Ven, colócate frente a nosotras —pidió.

Parecía que mi cuerpo no me respondía, de repente me encontré buscando apoyo, la mirada de alguien que me ayudara en el caso de que un castigo sagrado cayera sobre mí por ser testigo y participar en un rito que no me correspondía.

Vildana sonrió, pero no le llegó a los ojos cuando su mirada se cruzó con la mía. Era incapaz de moverme, todavía no había dado un solo paso hacia el centro. No supe por qué, pero miré a mi izquierda y me encontré directamente con los ojos de Mortial Nigart y la ságuira que le acompañaba.

Vi cómo se tensaban, la ira en el semblante del rey, la extraña comprensión seguida de una furia en los ojos de la ságuira de pelo azul. Desvié la vista y caminé hacia el centro. No iba a hacerlas esperar más. Un sudor frío me bañó la espalda mientras el corazón cabalgó en mi pecho amenazando con salirse por mi garganta. La energía tranquila que sentía en mi interior trataba de mitigar los efectos del miedo, quise concentrarme en ella, pero la ansiedad estaba por encima de todo. Me posicioné allí, delante de todos y frente a las escaleras que presidían las siete ancestras lífilas.

—Eres la portadora de la Dadora de Vida. Eres la Madre de la Vida de Siloria —anunció con solemnidad y con una voz que pareció llegar a cada rincón del mundo—. Gracias por acudir a nuestra llamada y cumplir con el

deber para con los sílores. Todos los reinos agradecen tu presencia aquí y la de tu futura hija en el Pozo de la Vida.

Las ancestras lífilas asintieron mirándome directamente.

«¿La Madre?».

Inspiré, pero no sentía que el oxígeno llegara a mis pulmones.

«¿Mi futura... hija?».

Parpadeé con lentitud, mis músculos no me respondían, no podía moverme, no parecía que mi cuerpo fuera mío.

De repente, la niebla azulada, la misma que generaba mi contacto con Karés, me rodeó de paz. La tensión quería desaparecer, sumirse en esa calma, pero no podía.

«Portadora de la Dadora de Vida...», aquello era imposible.

Sentí que una parte de mi piel, la cicatriz sobre mi glúteo izquierdo, me quemaba. Llevé mi mano allí, pero me costó tanto como si me moviera dentro del barro. Conseguí tocarla y la sentí arder.

Volví la vista hacia las ancestras.

—Yo no... —susurré.

Una sensación de náusea se apoderó de mí y la contuve. Llevé mi mano al vientre que de repente estaba más hinchado.

—Yo no estoy...

La magia azul llenó todo a mi alrededor. Me tragó, me llenó de serenidad, cerré los ojos para dejarme caer sobre esa niebla que se convirtió en negra como la noche.

Capítulo 27

Xadia cayó desplomada al suelo.

Vildana dio un paso hacia delante y su pareja, Yasmin, la sujetó. Ninguno de los dos entendía qué hacía sola, dónde estaba Karés. Dos de las ancestras lífilas se aproximaron al cuerpo de Xadia para darle los cuidados pertinentes, nunca había pasado aquello en todos los milenios que habían llevado a cabo la ceremonia.

—Falot Vashi, ¿hay alguna razón para que no estés acompañando a tu hermana? —la voz, proveniente de la sánguira portavoz, sonó como un chasquido.

No se había bajado del púlpito.

La sánguira del pelo azul se irguió ante la noticia, como si le hubieran dado un latigazo en la espalda. Dio un paso hacia delante y miró con un terror atávico en sus venas a la chica desmayada, atendida por la primera y la tercera ancestra.

Tras el anuncio de la Madre sintió cómo el destino en la sangre de los Nigart se había cumplido, pero al verla caer al suelo su alma, pesada como las piedras de Siloria, se regocijó pensando que quizá no tuvieran que hacer nada para acabar con ella, quizá no era lo suficientemente fuerte y cambiara el rumbo de su destino. Porque además... aquella chica de ojos bicolors no era una lífila. Lo que estaba pasando era incongruente.

Lo que no esperaba es que aquella sánguira, que llevaba la vida del mundo dentro, fuera... ¿su hermana?

Se volvió y miró al rey. Mortial la observaba con los ojos demasiado abiertos, con su mirada le pedía explicaciones, alguna respuesta por su parte. Pero ella no respondió.

Era la hermana de la Madre.

Aquella chica estaba sola.

Tenía acceso directo a la Dadora de Vida.

Las ancestras le pedían que se pusiera al lado de la chica desfallecida.

Aquello cambiaba el curso de las cosas para Mortial, pero...

Falot podía estar presente en el rito del Eclipse de Sangre.

La satra inspiró y echó un vistazo a su alrededor, una sonrisa soberbia creció en su cara y Mortial la miró confuso. Ella se sintió exultante y giró todo su cuerpo hacia el púlpito. Sabía perfectamente cómo tenía que actuar.

—Estoy al servicio del rey, —dijo haciendo una reverencia—. Me obligó a viajar cuidando de la esposa de su hijo y por ello no pude acompañar a mi hermana —su voz sonó afectada—. Ella tuvo que huir hace semanas del castillo.

Apretó la mandíbula y soslayó a Xadia, fingiendo dolor por estar apartada.

Le costó todo el poder del magma de Ignix, que finalmente consiguió en Brotás, manipular la lectura del sanguíro de la puerta. Hacerse la sangre pura, la sanguíra que solo protegía a la lífila a su cargo, vació el poder de satra.

Esperó que no la leyeran en ese instante porque no sabía si los resquicios del magma iban a ser suficientes para aquella sanguíra.

—Acércate, eres libre de cualquier mandato real. Acompaña a tu hermana a su habitación —le dijo la sanguíra.

Una yora se acercó a Xadia, la cogió en brazos y las ancestras, una vez comprobado que la Madre estaba bien, ascendieron por las escaleras y se fueron de allí con las otras cinco, seguidas de la sanguíra portavoz y lectora.

Falot esperó a que su hermana desapareciera por el umbral de la puerta para formar una discreta sonrisa ladina. Sintió a Yakán a su lado y este le apretó la mano antes de que ella diera el primer paso para separarse de los Nigart.

—Falot... —susurró el rey haciendo que ella se volviera.

—No soy una Nigart —pronunció en alto dándole a su tono tintes de dolor.

La sanguíra lo miró de hito en hito, luego desvió la vista a Yakán, que observaba estupefacto.

No podía negarse a aquel chico descarado y engreído, las escapadas en el camino hacia Ladas fueron más de las que en un principio ella había prometido, y es que, tenerlo tan cerca y no tocarlo era algo superior a ella. Descuidó su relación con el rey, pero al estar tan cerca del objetivo el monarca la disculpó por las necesidades de estudiar el *Libro de las lunas* y conservar la magia con su descanso. Falot reconocía que además le gustaba el juego del gato y el ratón que se traía con el primogénito Nigart, y burlar a

Mortal era un añadido más.

Entonces la sánguira de pelo azul lo supo. No necesitaba a Mortal, pero sí a los Nigart, sí al heredero. Cerró los ojos y se concentró en su sangre, en el resquicio de poder del magma de Ignix y pronunció en un murmullo dos palabras en una lengua que solo la tierra y la sangre entendía.

Soltó el amarre del rey, se sintió más liviana.

Mortal se tambaleó, cerró los ojos y al abrirlos tenía aspecto enfermizo, más anciano, pero recuperó la mirada bondadosa a la que Rora tanto había extrañado aquellos años atrás. A la satra casi le dio pena... casi.

—Te buscaré... —Falot susurró las palabras que llegaron sopladadas por su aliento al oído de Yakán sin siquiera acercarse a él.

Se dio la vuelta y caminó hacia su recién descubierta hermana.

Xadia abrió los ojos despacio. Falot la observó con cautela sentada en una mecedora al lado de la ventana por la que entraba la brisa suave y marina que hacía bailar las blancas y etéreas cortinas.

La satra vio cómo a su hermana, con la que por mucho que pronunciara el parentesco y mencionara que llevaban la misma sangre no la sentía como tal, le costaba moverse. Parecía que no tuviera fuerzas para desperezarse. Trató de darse la vuelta y en ese momento su vientre hinchado la precipitó hacia un lado.

A su mirada de extrañeza le siguió un movimiento rápido para quitarse el edredón que la cubría. Una barriga de por lo menos cinco meses de embarazo le hizo ahogar un grito.

En sus ojos apareció la comprensión. Empezó a asimilar lo que había pasado en el patio durante la ceremonia de la Madre.

—Soy la Madre... —susurró.

Falot no se movió, esperó sin hacer ni un solo movimiento que indicara que estaba allí, quería saber cómo reaccionaba, qué información tenía.

Cerró los ojos y llevó su mano al vientre.

—No puede ser. —Abrió los ojos—. Karés...

Durante un rato reinó el silencio y Falot no se aguantó más. Si aquella chica iba a quedarse encerrada en sus pensamientos no servía para nada esperar.

—Tu bebé ha crecido en unas horas, y lo seguirá haciendo deprisa porque se ha anunciado el Eclipse de Sangre para mañana.

La voz de la satra hizo que Xadia se volviera deprisa buscando su origen.

—Tú... —Frunció el ceño con la incomprensión mudando su rostro.

Entonces el miedo cayó sobre ella de repente, se llevó el brazo a su abdomen hinchado y comenzó a recular hacia una esquina de la cama hasta caerse al suelo.

Falot acudió en su ayuda.

—No temas —le dijo sin tocarla y arrodillándose a su lado.

—Eres la ságuira que está con el rey... —balbuceó Xadia al verla acercarse, se movió de forma muy torpe.

—Ahora estoy contigo.

—No te creo, habéis venido a matarme —rebatió la Madre con rapidez y furia.

—No, ya no. —Falot no pudo ni quiso evitar la sonrisa, habían cambiado las cosas y ella había salido favorecida—. De todas formas, aunque Mortial quiera terminar con tu vida, ya no le está permitido el paso. A la Madre no se le puede tocar. Estás protegida por la diosas lunares.

—Entonces... —Miró a los lados y empezó a hiperventilar—. ¿Estáis esperando a que dé a luz? ¡Por las diosas...! —susurró recelosa, miró a todos los lados y paró su vistazo sobre la satra.

—Eres la Madre, estás en Ladas, aquí es imposible que el rey te alcance aún sin estar embarazada. —Falot esperaba prudente a una distancia en la que Xadia no se sintiera incómoda.

—¿Tú sabes por qué me buscaba? —inquirió Xadia tratando de entender algo.

—No —dijo Falot—. Solo sabía que quería acabar contigo, con la ságuira de los ojos de dos colores.

La satra pensó en lo increíble que era que la razón por la que la ságuira se iba a interponer en los planes de inmortalidad del rey era porque iba a ser la propia Madre.

—Y soy una lífila también... —susurró sin parpadear y sin mirar a nada en concreto.

—Sin duda —corroboró su hermana.

—Pero eso es imposible. No tengo la gota de vida en mi piel, tengo la pluma lectora.

—La tienes en la espalda, sobre el glúteo izquierdo. Lo he visto mientras dormías. La gota de vida está iluminada en tu piel. No puede ser que no lo supieras —lo dijo con cierta desconfianza porque no se creía que aquella

sánguira fuera ajena a todo lo que estaba pasando.

—Eso no es una marca, es una cicatriz —sus palabras sonaron a exabrupto, como si estuviera porfiándola—. Y me enteré esta mañana de mi nueva raza.

Entonces Xadia se levantó con torpeza, sujetó las faldas del enorme camión que caían hasta sus pies y se lo levantó. Dejó a la vista su espalda, aunque con la barriga le costaba incluso volverse. Era muy visible, de hecho, no era solo de color rojo, como las marcas habituales de las lífilas, la suya además parecía emitir luz y calor. Era indudable que aquello era una gota con una espiral de varios hilos que salían del mismo extremo superior.

Inspiró y retuvo el aire.

—¿Cómo?... No es pos...

—Lo es. —Falot consiguió que fijara su vista en ella con la cara llena de preguntas, durante unos segundos.

Xadia no dejaba de parpadear, como si estuviera desorientada. Se volvió a sentar en la cama y lo hizo despacio.

—Mis padres nunca me dijeron nada —pensó en voz alta.

—Bueno, supongo que ha habido muchas cosas que se han callado —dijo Falot sin poder evitar el resentimiento.

Sabía que con ella no podía mostrarlo, aquella chica extraña que había resultado ser su hermana era vital en ese momento y en ese lugar.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Xadia rompiendo el silencio y haciendo que Falot colocara en su cara una sonrisa postiza.

—Somos hermanas —lo dejó caer de su boca.

Y tras la frase lapidaria dejó que el drama que contenía el silencio en aquella habitación hiciera el resto en su interlocutora. Debía incorporarlo a la pila de noticias excéntricas que estaban teniendo lugar allí, en la preciosa habitación del monasterio de Ladas. Y todavía faltaba el golpe de gracia.

Xadia cerró los ojos, negó, los abrió de nuevo y miró a la chica con ese pelo azul eléctrico para volver a negar con un movimiento de cabeza.

—La sanguíra de las ancestras lo ha descubierto. Ya sabes que cuando se trata de la Madre el poder de la sangre hace que seas prácticamente transparente para ella.

—Entonces..., ¿eres mi hermana? —El asombro se filtraba en cada letra pronunciada.

—Así es... Por lo tanto, no estarás sola en este proceso. Me liberaron de

Mortal, que me tenía a su servicio, para poder acompañarte.

—¿Mortal te tenía presa? —La escudriñó.

—Algo así. Tenía que cuidar de Síride, que está embarazada, y las circunstancias eran favorables para hacer la migración hasta aquí. Pero resultó que ella no era la Madre y sí lo era mi hermana. —Quería desviar la atención de su papel con los Nigart a toda costa.

—Mis padres nunca me hablaron de que tuviera una.

Falot, esta vez sí, se sintió observada en detalle.

—Me dejaron en el orfanato de Tarix, en la isla de Anthexis. Apenas tenía tres años.

Xadia la miró tratando de encontrar alguna lógica a aquello que contaba. Sus padres no serían capaces de hacer algo así.

—¿Cuál es tu nombre?

—Falot.

—Eres una ságuira, como yo y como... papá —susurró al mencionarlo.

Entonces la satra ató cabos que no se había planteado desde que había entrado en esa habitación hacía apenas unas horas. Su plan y su actuación con su recién conocida hermana acaparaba toda su mente.

Aquel hombre al que Mortal decapitó era su padre también... Áskara, la rashari de palacio... Quizá por eso no había podido sentir ese odio cuando trató de leerlos dormidos. Quizá su sangre le cantaba la pertenencia. No debía de ser así, el odio debía de existir, aquella pareja la había abandonado.

Fue inmediato, la ira y el rencor burbujeó en su sangre, y cuando vio la expresión de Xadia supo que no había podido tapar la reacción.

—Son muy buenos... Ellos —la Madre habló con rapidez—. Es imposible que ellos te abandonaran.

—No puedo decir lo mismo —habló Falot y se volvió hacia la ventana—. Lo único que puedo asegurar es que no soy su hija.

—Eres mi hermana.

—Tú no me abandonaste —sentenció.

Xadia emitió un sonido extraño y su hermana se volvió hacia ella. Vio cómo inspiraba profundamente con una mano a la altura del estómago.

—¿Estás bien? —se preocupó Falot.

—Sí... ha sido... —La miró. La chica del pelo azul se había arrodillado a su lado y fingía una preocupación genuina en su rostro—. Me siento más hinchada, es como si creciera por momentos.

—Así es, Xadia. —Falot puso la mano sobre la que la chica tenía tocándose el vientre, y ambas sintieron el movimiento de la niña que tenía en su interior—. Deberías comer algo y descansar. Han dicho que, debido al crecimiento tan rápido, va a resultarte agotador.

Como si las hubieran escuchado, un golpe en la puerta las sobresaltó. Falot elevó la voz:

—Adelante.

Entonces entró una mujer con un carro en el que había una bandeja de comida llena de viandas con pinta deliciosa. La Madre comió como si hiciera días que no lo hacía y, después de eso, se acomodó en la mecedora frente a la ventana.

Falot se sentó en el alféizar mirando las calles flanqueadas de edificios rosados y anaranjados que ascendían hasta las montañas de la parte alta de Ladas. Era un lugar impresionante que transmitía paz. La satra se encontraba fuera de lugar, quizá demasiada bondad para ella, sensaciones demasiado puras, demasiado claras.

Xadia miró hacia la ventana y habló de repente.

—¿Síride ya se ha ido a Portálobe? —preguntó.

—No sé si ha vuelto o no. Si su pareja moría iba a pedir asilo aquí, en Ladas, como lífila que es tiene derecho a quedarse. Antes de partir iba a solicitar información al castillo.

—¿Bleris ha muerto? —A la Madre se le instauró la pena en los ojos.

—Es posible. Cuando salimos del palacio estaba inconsciente y muy débil. Xadia aguantó la respiración.

—Por la diosas... Síride tiene que estar destrozada, primero sus padres y ahora su compañero. ¿Fue Mortial? Ese hombre es capaz de matar a su propio hijo.

—No se sabe quién fue, pero yo tengo mis sospechas y todas apuntan hacia él.

No hablaron, dejaron que el sonido del Adiv entrara por la ventana durante un rato en el que Xadia cerró los ojos.

—Cuando entrasteis en Ladas... —comenzó a hablar Xadia mientras de forma distraída se tocaba el cada vez más hinchado vientre.

—¿Sí?

—Verás... —Se incorporó un poco y la miró a los ojos—. A mí me ayudó un yor de la guardia de los Nigart, pero cuando estaba a punto de entrar en la

ciudad fortificada, aparecisteis vosotros.

—¿Un yor de pelo rubio y guapo? —Falot esperó a que ella asintiera, y lo hizo—. ¿El padre de la Dadora de vida? —inquirió elevando una ceja.

Xadia se quedó en silencio un segundo y luego asintió de nuevo.

La sánguira de pelo azul miró por la ventana y trató de mostrar una pena que no sentía. Se dio cuenta de que provocar disgustos a esa chica, que había entorpecido tanto sus planes y había vivido una infancia que le correspondía a ella, le agradaba, no podía negarlo.

—Desde luego era un yor con mucha destreza, te trajo hasta aquí. —Lanzó una mirada de reojo a la Madre, que esperaba ansiosa las noticias—. Mortial, junto a su hijo y los guardias, lo persiguieron al ver que se trataba de un desertor. —Miró a Xadia de frente a riesgo de no saber fingir bien la compasión que debía de mostrar a continuación, pero era imperante verle la cara al conocer el desenlace de la historia. El asentimiento de Mortial al entrar al ritual de la Madre se lo había confirmado—. Si hubieran sabido que, además, era tu protector la satisfacción del rey al darle muerte habría sido mayor. No me cabe duda.

Capítulo 28

No podía dormir, permití que mi hermana, aquella chica de pelo azul, se recostara en mi cama para que descansara. Mi vientre estaba muy abultado, la pesadez que sentía en mi interior aumentaba por momentos, pero el Eclipse de Sangre no llegaría hasta el día siguiente, nos quedaban muchas horas para que se diera el fenómeno.

Los acontecimientos del último día habían sido abrumadores. Mi mente colapsó ante la noticia de que yo era la Madre. Pero tras esa buena nueva venían muchas más y con ellas preguntas sin respuestas.

Luego estaba el que loide sobre mi glúteo izquierdo, ese que había desaparecido y se había convertido en una brillante y roja gota de vida.

Recordaba esa cicatriz siempre ahí, y a mi madre contándome que fue una herida desde mi nacimiento. Si mi abuela estaba al tanto de mi marca de lífila era porque fue ella quien se encargó de quemarla. Pero... ¿una lífila y una ságuira a la vez? No recordaba que nadie me hubiera hablado de un caso similar.

Luego estaba esa niebla azul que se formaba cuando Karés y yo nos tocábamos, como si las diosas propiciaran nuestro encuentro, como si nos obligaran a ello.

Mi hermana, la ságuira de Mortial.

Y Karés...

Me quedé en shock cuando Falot me dijo que Mortial lo había asesinado. No quería creérmelo, pero no había motivos para que ella quisiera mentirme, estaba conmigo, acompañándome en aquella atípica situación.

Sabía que no volvería a verlo, que aquel yor no iba a cruzarse en mi vida nunca más, o que era remotamente difícil que pasara, pero saberlo muerto...

La tristeza se acunó en mi pecho y trató de colonizarlo todo. Los sentimientos que creí tener hacia él crecieron sin límite, como si su muerte me diera permiso para sentir que de verdad me había enamorado de él.

Lo lloré durante horas y vi amanecer tras las viviendas de Ladas con los ojos hinchados por todas las lágrimas vertidas, y la pena haciendo un nudo alrededor de mi corazón. Rememoré cada paso dado a su lado y me guardé sus sonrisas. Volví a llorar cuando tuve la certeza de que no iba a conocer a su hija, se había ido sin siquiera saber que estaba en camino. Se lo había llevado el mismo asesino que perpetró la muerte de sus padres, apreté la mandíbula con rabia. Pero me enorgullecí porque él había custodiado la vida de Siloria hasta su destino, y esa era su hija.

No supe cuando cerré los ojos y me quedé dormida, pero un dolor desde dentro de mi vientre, como si me estuvieran arrancando algo por dentro, me despertó. Sentí ganas de gritar, pero apreté los dientes y aguanté hasta que pasó.

Cuando abrí los ojos me di cuenta de que el sol entraba por la ventana a raudales. Falot me miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué no me has despertado? —estrechó los ojos y susurró desmereándose—: deberías haber descansado en la cama.

—Creo que estoy mejor sentada que tumbada, no te preocupes. Además, tengo todo el día para andar dormitando —dije con un hilo de voz.

Me levanté despacio para ir al baño.

—¿Son fuertes? —preguntó.

—Es lo más fuerte que he sentido en mi vida. —Me encogí de hombros—. No sé si soy muy objetiva.

Entré en el baño y observé mi cara hinchada de llorar y la enorme panza que había crecido mucho más. La sujeté incómoda para sentarme en la letrina y al levantarme vi, con horror, que había sangre. El grito que di hizo que, tras aparecer Falot en el baño, unos golpes se escucharan en la puerta. Aquello no había hecho más que empezar.

Los dolores se sucedieron durante todo el día y parte de la noche.

Al amanecer llenaron la tina de agua tibia y me metí en ella, donde parecieron mitigarse ligeramente. Las cuidadoras que aparecían de vez en cuando en la habitación nos habían dejado solas y Falot, tras pasar una contracción que sentí que había subido de intensidad, comenzó a acariciar mi pelo húmedo de sudor y del agua que mis manos llevaban con desesperación en los momentos de dolor.

—Esto podría haber sido diferente —dijo.

Yo estaba con los ojos cerrados, agotada, y solo solté el aire de mis

pulmones.

—Las cosas entre nosotras si hubiéramos sido... hermanas. Quizá...

—Quizá estaríamos igual que ahora —dije suponiendo que el destino estaba escrito—. Agradezco a las diosas que te hayan puesto en mi camino, si no estaría sola.

Una nueva contracción subió de intensidad y amenazó con partirme por la mitad.

—Quizá podría invocar a la sangre y ayudarte con el dolor —dijo mi hermana frunciendo el ceño.

—No te asustes. He visto muchos partos y esto es normal. No queda mucho, cada vez son más largas y se suceden más rápidas —dije jadeando.

La puerta de la habitación se abrió dando paso a la sánquira portavoz, seguida de las siete ancestras. Todas ellas ataviadas con túnicas sedosas rojas.

—Estás preparada para traer a la Dadora de Vida —dijo la sánquira del pelo anaranjado.

El agua de la tina no perdía su calor, y por toda la estancia aparecieron pequeños focos de luz tenue que hicieron de aquel lugar algo mágico y calmante. Las ancestras se pusieron alrededor de la bañera y dos de ellas me sujetaron las manos. Me incorporé cuando sentí que una nueva contracción llegaba y apreté sus manos, pero, de repente, la magia azul que tan familiar me era viajó desde sus manos hacia las mías, recorrió mis brazos, mi piel, mi sangre y amortiguó el dolor dejando solo una sensación sorda de presión en mi útero.

Mis músculos se relajaron y aquello me hizo sonreír.

La perspectiva de traer a mi hija así cambiaba por completo.

El parto fue mucho más rápido de lo que esperaba, y no sentir el dolor que había visto cuando asistía a los nacimientos con mi madre fue algo indescriptible. Disfruté de cada instante, porque no podía pensar en otra cosa que traer a mi hija al mundo, y me sentí abrumada por la grandeza del momento, incluso mis ojos se llenaron de lágrimas cuando miré a Falot y vi en ella ciertos rasgos de mi madre y mi padre. Los eché de menos, pero aparté el pensamiento para seguir con el trabajo del parto.

La niña nació y la colocaron sobre mis pechos, donde se amamantó durante un rato. No me podía creer que aquel bebé de mejillas sonrosadas y nariz puntiaguda fuera hija mía y... de Karés. Las lágrimas volvieron a aparecer y se deslizaron por mis mejillas. Reconocí que el sentimiento hacia ella era

extraño. Había pertenencia, y ganas de protegerla, pero había algo más, supongo que el fin de su creación, de su nacimiento, que me hacía sentir que no era solo mía.

Aquella pequeña era de Siloria.

—Vamos —susurró la ságuira de Ladas haciendo que levantara la cabeza y dejara de mirar a la niña.

Nos sacaron de la tina y, de alguna forma mágica en la que no sentí el peso ni siquiera de mi cuerpo, nos pusieron sobre la cama y secaron con mimo. No apartaron a la niña de mi piel en ningún momento y nos cubrieron con una cálida manta que apenas pesaba. Tumbadas en la misma cama de la habitación nos sacaron hacia el patio.

Las ancestras iban por delante de nosotras, seguidas de la ságuira que les daba voz. Falot, que se apresuró en meter un papel en la manga de su túnica azul, iba a mi lado. La cama parecía moverse sola y yo solo podía mirar a la pequeña que dormía con placidez sobre mi regazo. Si me enfocaba en ella solo la felicidad tenía cabida en mí.

Atravesamos el patio ceremonial, y después una puerta situada a un lado de las escaleras donde las ancestras presidieron la ceremonia de la Madre. Entonces, tras un tramo de ascenso por un camino, a la intemperie, con la luz del sol enrarecida, llegamos a una pequeña pradera en cuyo centro había un pozo ornamentado.

Miré al cielo y vi a las tres lunas, cada vez más cercanas entre sí, que se iban tiñendo de rojo intenso con el paso de los minutos. Al llegar al borde del pozo, la luz, que iba desapareciendo, incidió de forma mágica sobre la cara de la pequeña.

—La Dadora de Vida tiene un nombre —habló la ságuira y me miró.

—Maradilia —dije con la voz bastante ronca.

El nombre de mi abuela era el que debía honrar a aquella niña.

Ella me puso a salvo, ella me llevó Ladas, y ella propició el camino que dio lugar al nacimiento de su bisnieta. Por lo tanto, mi hija lo llevaría con orgullo.

Sentí mis emociones contrapuestas. No me sentía nerviosa, y había cierta alegría que nacía de mí y se mezclaba con tristeza, melancolía más bien. Y me sentía agradecida. Nunca hubiera pensado que ser la Madre sería tan gratificante.

Y luego estaba la soledad a la que me enfrentaba, y lo hacía con una

fortaleza innata y suficiente. Supe que era por ella, por mi hija...

Mi hija.

«Saca toda esa fortaleza que llevas dentro. Eres grande y todo tiene un fin», las palabras de mi padre resonaron con fuerza en mi cabeza.

Darí­a la vida por ella, aunque lo que sintiera por esa ni­ña no fuera el amor incondicional del que siempre me habían hablado, porque había una parte de mí, muy grande, que era tan ajena a la maternidad que no asimilaba lo que tenía encima. Quizá había sido demasiado rápido, no me había dado tiempo a asimilar que traía una vida al mundo, y lo que había acontecido después me sobrepasó.

«Todo a su tiempo», me dije, y acaricié su cara pronunciando en silencio su nombre.

Maradilia Odalta Vashi.

La pequeña emitió un suspiro sobre mi pecho y me hizo sonreír y llorar a la vez. Aquella ni­ña no era consciente de lo grande que era para Siloria, para nuestro mundo... para mí, que sin saberlo me había salvado la vida. Y yo debía de serlo para ella.

Elevé la vista y busqué a Falot, cuya mirada esquiva, incluso ausente, me extrañó. Parecía que estuviera muy lejos de allí.

Maradilia y yo no estábamos solas. Necesitaba hacerle saber que ella tampoco.

—Eres su tía —le dije—. Esta ni­ña no conocerá a su abuelo ni a su padre, pero a ti, si quieres, te tendrá todos los días porque quiero que estemos juntas hasta que tú decidas irte. —Mi hermana se me quedó mirando con cierta sorpresa en la cara, lo que hizo que se retirara la extraña frialdad que había visto en sus ojos al mirarla—. Solo si quieres, Falot. Puedes formar parte de nuestra familia y las dos criaremos a Maradilia. Ya no estamos solas, nos tenemos la una a la otra, la tenemos a ella.

Miré a mi hija y tragué saliva. Quizá no todo era tan malo, quizá mi madre podría venirse con nosotras...

De repente un ronroneo entonado nos envolvió; las tres lunas se alinearon delante del sol inundándolo todo de una luz roja que parecía que nos bañaba de sangre.

Del enorme pozo surgió una luz azul.

Las ancestras Lífilas nos rodearon y con Maradilia en brazos me levanté, como si hubiera recibido una orden interna, como si supiera que tenía que

hacerlo. Posaron sus manos sobre mis hombros y brazos, la piel se me erizó. El ritual estaba a punto de empezar.

No me costó moverme. No estaba débil, al contrario, podía sostenerme perfectamente sobre mis piernas y supe que aquello era obra de su magia.

El pozo tenía, alrededor y en descenso, una escalinata ancha. Bajamos despacio y una vez que llegamos al fondo, vi una grieta de la que surgía la luz azulada con mucha más fuerza.

Ese era el verdadero Pozo de la Vida.

Nos pusimos a su alrededor, y a mí me situaron al borde, con solo un tambaleo podría caerme, pero una firmeza extraña, como si la propia tierra de Siloria me sujetara a sus raíces, me daba seguridad.

Vi a Falot ponerse detrás de mí, y su mirada fija en la niña, como si quisiera leerla, como si no le despertara la ternura que despierta un bebé, me hizo, de repente, no sentirme segura. Quise hablarle, quizá mi propuesta la había descolocado, quizá había despertado en ella celos de lo que tuve en mi infancia, de lo que tenía en aquellos momentos.

Las plegarias de la sánquira se elevaron por encima de nosotras y el ronroneo melódico de las ancestras fue adquiriendo más intensidad.

Entonces dejé de mirar a mi hermana.

Un tímido rayo de luz roja cayó en el interior del pozo y una niebla del mismo color que el cielo se formó a nuestro alrededor. Mi sangre parecía querer cantar, como si quisiera unirse al murmullo de las ancestras que subía de volumen y reverberaba contra las paredes de la cueva que protegían el pozo.

Entonces surgió primero una figura de la espesura roja, seguida de dos más. Mi sangre parecía pertenecerles, sentí que respiraba con demasiada fluidez, como si ensanchara mis pulmones con toda la capacidad.

La niña estaba tranquila, nada perturbaba su sueño.

Tres mujeres, de una belleza sobrenatural y muy superior a la de las ancestras lífilas, rodearon la grieta frente a nosotras y fueron arrojadas por la presencia de las ancestras.

Maradilia se removió sobre mi pecho buscando algo, hociqueó con su pequeña boca, hasta que dio con mi pezón y succionó de mis pechos llenos. Se calmó de inmediato.

—Síloras, Lífilas, Sánquiras —pronunció, con voz celestial, la diosa Rashj—. Madre, Dadora de Vida.

El silencio dramático se sostuvo sin problema esperando que el ritual siguiera su curso.

—El agua de Siloria necesita de tu sangre.

La Ancestra que parecía mayor, y que sabía por Vildana que su nombre era Primidia, situada a mi lado, buscó con delicadeza el pie de Maradilia. La pequeña no se inmutó, y acto seguido, con un alfiler del color de los rayos lunares, pinchó el talón de la pequeña.

Brotó una gota de sangre que cayó al agua produciendo el mismo sonido que una piedra que choca contra la superficie acuática. Como si en esa sangre llevara todo el peso de Siloria, de la tierra que iba a nutrir.

La diosa Rashj comenzó un rezo, las diosas Merdul y Maybla acoplaron sus susurros y finalmente las ancestras terminaron la oración. La luz del pozo fue tornándose rojiza y cuando su color fue carmesí, esta se elevó, convirtiéndose en niebla y deshaciendo los cuerpos de las diosas.

La piel se me erizó de nuevo, sonreí sabiendo que aquello había terminado, que estaba hecho, que habíamos cumplido con nuestro deber.

De repente, Falot me apartó de un movimiento brusco para coger el pie de la pequeña. Vi cómo se manchó de la siguiente gota de sangre que empezó a brotar de su pie y acto seguido nos apartó del todo. Me tomó tan desprevenida que terminé sobre el suelo con Maradilia todavía amamantándose, pero que se despegó y rompió a llorar.

Miré a mi pequeña, traté de calmarla, pero el grito ahogado de la ságuira portavoz me hizo mirar al frente.

Vi a Falot pincharse el dedo manchado de la sangre de la niña y comenzar a pronunciar frases en un lenguaje que yo no entendía pero que las ancestras sí, por los gritos de horror que se sucedieron.

El papel que se había guardado en la manga de su vestido lo tenía en su mano, pero no lo leía, solo lo tocaba, lo sobaba en realidad.

La ságuira del pelo rojizo se echó sobre mi hermana, pero esta se lanzó por la gruta arrastrándola con ella mientras gritaba:

—*¡Asghte yuras em ímortal! ¡Vine ma!*

Agradecimientos

A ti, lector, que has elegido este libro, porque sin tu lectura todas las palabras aquí escritas serían absurdas. Gracias por regalar a Xadia y a los habitantes de Siloria tu tiempo, ese preciado tesoro.

A mis sisSoul, Merce y May. Por vuestro apoyo y cariño siempre. Por vuestro aguante ante mi boicoteador interno con esta historia, por vuestra paciencia infinita, y por vuestra sapiencia para hacer de esta novela algo mucho mejor. El momento de contaros la trama el verano de 2018 en Nódalo es algo que atesoraré para siempre en mi corazón, al igual que las charlas sobre los giros necesarios de la novela en mi consulta y en un restaurante en Pamplona con May. Las gracias para vosotras siempre se quedarán muy cortas.

A mis lectoras cero Janet (@readmakesmehappy) y Estitxu. Habéis sido un empujón muy necesario para que saque a la luz esta historia, y vuestro disfrute ha sido fundamental. GRACIAS.

A mi familia; a Pablo por su paciencia cuando le hablo de mis locuras de escritora, de la historia que me traigo entre manos, de las ideas y de los enfados cuando me bloqueo. No es necesario que leas mis novelas para hacerme saber el orgullo que sientes hacia mi pasión por la escritura. A Iago porque sin ese pequeño mi vida sería otra, y probablemente Xadia no habría llegado a mí, porque el sueño de Xadia llegó en uno de os muchos despertares que ese pequeño incansable me provocó. A Uxia, a mi Coruji, a mi niña que con ilusión me ayudó a crear Tierra Doria, porque cada nombre inventado es suyo, porque sus preguntas y ánimos cuando quería saber cómo llevaba la historia de Xadia me hacían aumentar mis ganas de escribir.

A mis padres, tíos, primos, abuelos, hermano, cuñadas y amigas, que desde que se enteraron de mi faceta de escritora me apoyan y se enorgullecen.

A toda la gente que en redes me anima a seguir escribiendo con sus reseñas, sus comentarios, sus *likes* y sus ganas de saber lo que me traigo entre manos. He descubierto una comunidad lectora en Instagram agradecida y llana con la que es un gustazo intercambiar ideas y opiniones. Gracias a las poquitas personas que formasteis parte del juego de los embajadores para Xadia.

Acerca de la autora

Soy Ana Idam, escritora de novela romántica y erótica. Mis novelas de este género son [*Noches sin luna*](#) , [*24 Horas*](#) y [*Presente. Pasado... Tú.*](#)

Xadia, la lectora de sangre, la primera parte de la bilogía *Un mundo de tres lunas*, es la primera novela de género fantasía que escribo y como no puedo renegar de mis preferencias, en ella la trama tiene sus tintes de romántica y su punto erótico.

Me podéis encontrar en las redes sociales como:

[Ana Idam](#) en mi perfil personal de Facebook

[Ana Idam escritora](#) en mi página de autora en Facebook

[@anaidam7](#) en Instagram.